



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Span 2214.4

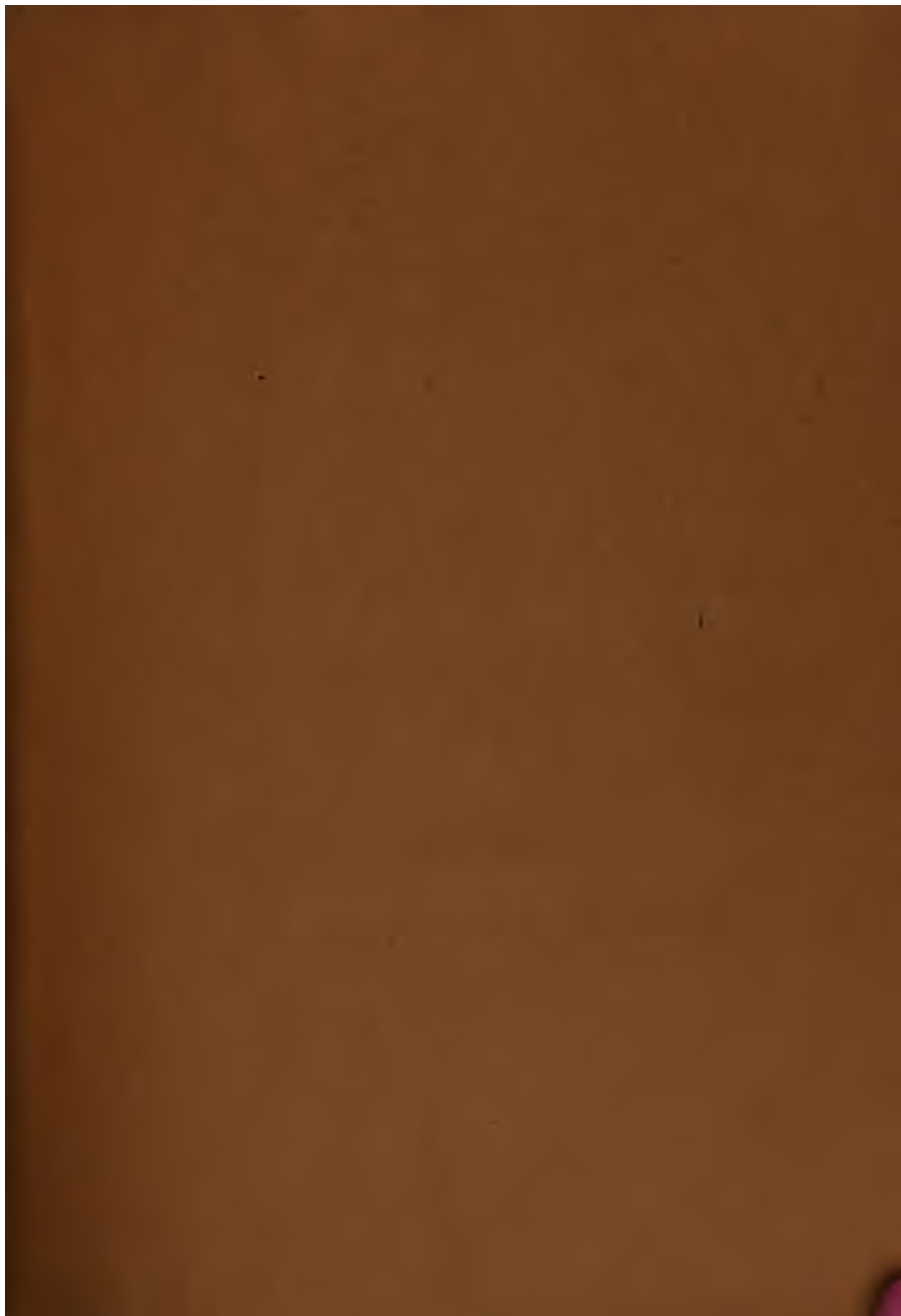
Harvard College Library



FROM THE FUND OF

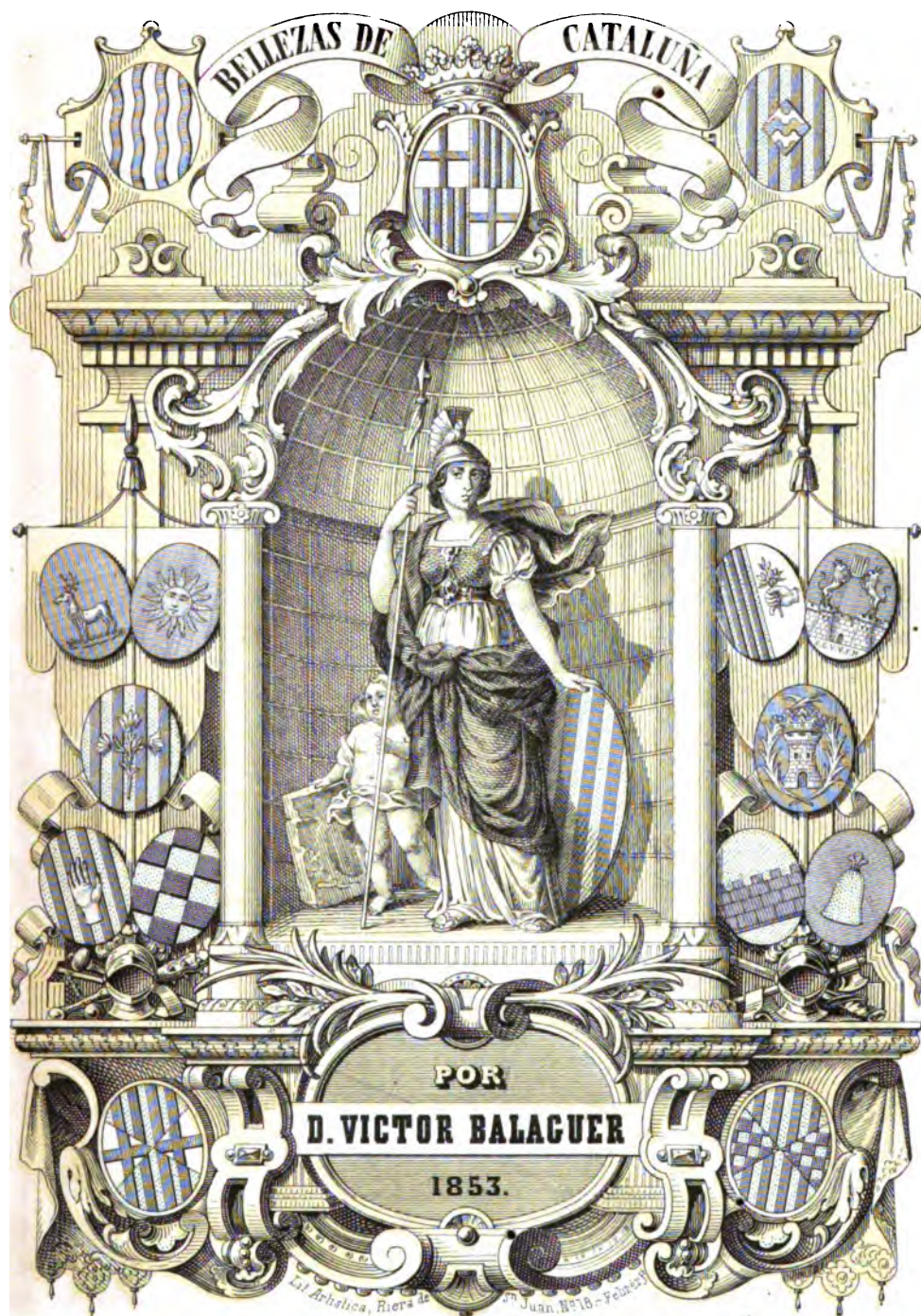
CHARLES MINOT

Class of 1828





II/2



100

100

100

100

100

BELLEZAS DE LA HISTORIA DE CATALUÑA

LECCIONES PRONUNCIADAS
EN LA SOCIEDAD FILARMÓNICA Y LITERARIA

de Barcelona

por

D. Victor Balaguer.

Bajo la proteccion

**DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL
DE LA MISMA CIUDAD.**



BARCELONA.

IMPRESA DE NARCISO RAMIREZ, ESCUDELLERS, 40, PISO PRIMERO.

1853.

Span 2214.4

Marv ... Library

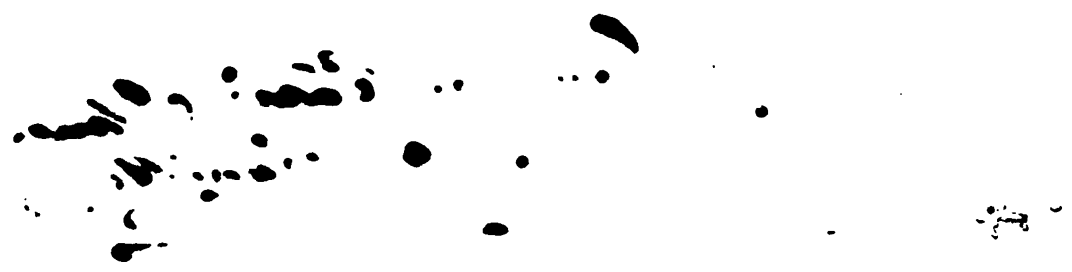
1912

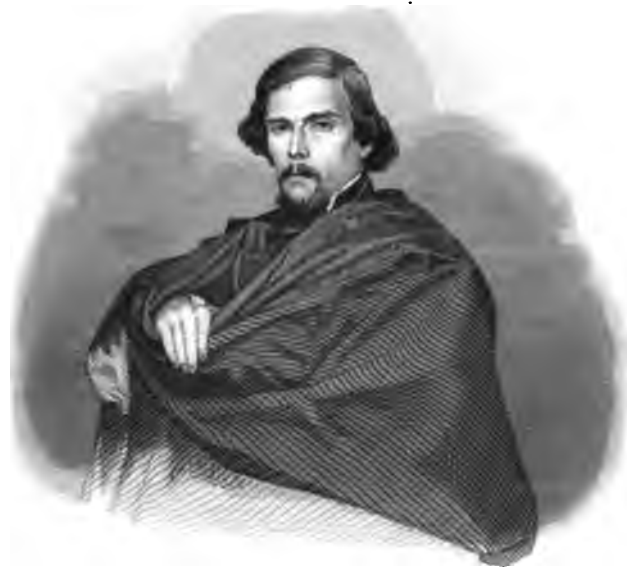
Mr. G.

(2 vols)

En el interior, yo me contentaré con narrar su historia, y esto lo haré, señores, no por lucimiento, ni por orgullo, ni por vanagloria, sino por deber, por obligación, por ley; porque así como el sacerdote se debe á sus altares y el soldado á sus banderas, el hijo se debe á su madre y el ciudadano á su patria.

DISCURSO DE INAUGURACION.





VICTOR BALAGUER.

Goy de Ray: Plamen
Benito

AL EXCMO. AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL

de la ciudad de Barcelona.

EXCMO. SR.

A principios del próximo mes de octubre pienso empezar en los salones de la *Sociedad filarmónica y literaria* una cátedra de *Bellezas de la historia de Cataluña*, de la cual me cabe la honra de acompañar á V. E. el programa. Al abrir esta cátedra, no me guía mas anhelo que el de ser útil á mi patria, y cuento para llevarla á cabo no con mis fuerzas sino con mis buenos deseos.

Creo ser buen ciudadano; por esto consagro mis pobres conocimientos al servicio de mi país, del suelo que me ha visto nacer, del suelo que — lo confío — me verá morir. Ha tiempo ya que ardo en deseos de hacer conocer lo grande que ha sido este país, lo grande que será aun. Es un brillante pasado el que ha tenido, pero es un bello porvenir el suyo. El cielo le tiene reservado aun altos destinos.

Y bien, Excmo. Sr., yo me atrevo á ser el cantor de su pasado, el profeta de su porvenir

Sé que la que me impongo es una carga inmensa para mis débiles hombros, pero el amor patrio me sostiene y me dará fuerzas para sobrellevar el peso. No solo es mi intencion la de explicar las bellezas de nuestra historia en un determinado número de lecciones, sino que pienso luego publicar estas lecciones. La cátedra y la obra se darán la mano para servir al país.

Séame, pues, permitido dedicar á V. E. y poner bajo sus auspicios una y otra. A nadie mejor que á V. E. corresponde la dedicatoria, á nadie mejor que á V. E., digno representante del pueblo catalán, noble cuerpo descendiente del famoso *Consejo de ciento*, grande por mas de un hecho en los anales de nuestra historia. Perdon si á tanto me atrevo, pero considero como un deber imperioso dedicar á V. E. esta obra, tratándose de una historia en la cual los antecesores de V. E. aparecen en cada página como ilustres diputados y como esclarecidos héroes.

Excmo. Señor.

De V. E., S. y A. S. y G. S.

Victor Balaguer.

Barcelona 22 de setiembre de 1882

EL AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE LA CIUDAD DE BARCELONA.

POR CUANTO ha sido antigua y loable costumbre en esta ciudad de Barcelona continuar los hechos ocurridos en la misma en un Dietario que antes estaba á cargo del SCRIBÁ RACIONAL; considerando que la corona de Aragon ha tenido cronistas especialmente encargados de la narracion de los sucesos memorables que debian transmitirse á la posteridad para honra de los reinos que la constituian y digno ejemplo de las generaciones venideras; atendiendo que asi como Barcelona tiene en lo pasado un largo catálogo de hechos gloriosos que nos ha transmitido la historia, no es menos fecundo su presente, ni lo será menos su porvenir en sucesos que perpetuar en la memoria de las gentes; tomando en consideracion que vos DON VICTOR BALAGUER, como buen hijo de esta preclara ciudad habeis en todos tiempos puesto en alta estima los sucesos de la misma y aun los de todo el antiguo Principado, y que á su recordacion consagrais actualmente vuestro curso de BELLEZAS DE LA HISTORIA DE CATALUÑA; y deseando esta Corporacion daros un público, solemne y perpetuo testimonio del aprecio que vuestros trabajos históricos le merecen y cuanto agradece la dedicatoria de dicho curso, en la que habeis prestado un digno homenaje á la memoria del ilustre cuerpo de que es esta Municipalidad sucesora y con cuyas glorias esta ciudad se ennoblece;

POR TANTO os nombra á vos, D. VICTOR BALAGUER, *Cronista de la ciudad de Barcelona*, y quiere que así os tituleis, con las obligaciones, honores y prerogativas que aquí se espresan.

OBLIGACIONES.

Primeramente: Que debais escribir cada cinco años la historia de la ciudad de Barcelona durante el mismo período.

Idem: Que cuando os lo encargue el Ayuntamiento, debais escribir la narracion especial de algun suceso notable ocurrido en esta ciudad.

HONORES.

Se os concede la honra de tener asiento y lugar en todos los actos públicos á que asista el Ayuntamiento, colocándoos en este caso á la izquierda del Secretario.

PREROGATIVAS.

Que os sea facilitada á todas horas la entrada en el Archivo Municipal, y os sea permitido, sin necesidad de especial autorizacion, registrar y sacar copias y notas de los documentos antiguos y modernos que en él se conservan.

Barcelona 6 de noviembre de 1852.

El Alcalde Corregidor, Presidente,
Santiago Luis Dupuy.

Por acuerdo de S. E.
Manuel Duran y Vbas,
Secretario.

Recordar la historia de su patria es siempre un deber del buen ciudadano; hacerla revivir en la memoria de las gentes es pagarle el doble homenaje de la adhesion y el entusiasmo. Pero contar la historia de Cataluña en la que son inmortales tantos Reyes, héroes tantos capitanes, portentosas tantas conquistas, ricas de sabiduria tantas leyes, feliz para sus hijos el gobierno de los que han regido sus destinos: exhumar de las crónicas y de las tradiciones las bellezas en que abunda esta historia, es decir los ejemplos morales que la hacen grata á la imaginacion y secunda en enseñanza, realizar este estudio con las flores de la poesia, sin despojarle de la severidad que la narracion histórica requiere, es un trabajo que esta Municipalidad aplaude y cuya dedicatoria acoge, porque debe aplaudir y acoger todo pensamiento que proclame la grandeza del pueblo cuya cabeza es la ciudad que, despues de haber sido córte de Condes y Reyes, fué asiento del noble consejo de que es ella sucesora.

Asi es que en sesion del día de ayer aceptó con reconocimiento esta Corporacion la dedicatoria del curso de *Bellezas de la historia de Cataluña* que está V. próximo á inaugurar; acordando que se diesen á V. las gracias por un acto en que esta Municipalidad se ha visto honrada, mas que en sí misma, en el patriótico recuerdo del noble cuerpo cuya memoria V. evoca.

Dios guarde á V. muchos años.—Barcelona 25 de setiembre de 1852.—El alcalde corregidor presidente, *Santiago Luis Dupuy*.—P. A. de S. E. *Manuel Durán y Bas*, secretario.

SEÑOR D. VICTOR BALAGUER.

Agradecido este Ayuntamiento á la dedicatoria del curso y de la obra de *Bellezas de la historia de Cataluña* que se sirvió V. hacerle, y deseando recompensar el mérito que V. contrae levantando en esta como en otras ocasiones á esta estima los sucesos que ennoblecen á esta ciudad y á todo el antiguo Principado, acordó en sesion de 29 de octubre último que sean matriculados á dicho curso, á expensas de esta Corporacion, los dos alumnos mas sobresalientes de las nueve escuelas de niños costeadas por la misma; y nombrar á V. *cronista de la ciudad de Barcelona* con las obligaciones, honores y prerrogativas que expresa el título adjunto.

Dios guarde á V. muchos años.—Barcelona 6 de noviembre de 1852.—El alcalde corregidor presidente, *Santiago Luis Dupuy*.—P. A. de S. E. *Manuel Durán y Bas*, secretario.

Sr. D. VICTOR BALAGUER.

PREFACIO.

Como da bien á entender el título de la presente obra, estas lecciones son mas bien que el trabajo del historiador la tarea del poeta. Sin embargo, yo he procurado hermanar ambas cosas y hacer entrambos pensamientos tributarios de mi objeto. A través de las tinieblas en que yacen envueltos ciertos remotos acontecimientos, he procurado ser fiel á la verdad histórica; á pesar de las disidencias que existen entre los cronistas y de los diversos modos con que se cuentan las narraciones tradicionales, he tratado de hacer resaltar la belleza poética.

No es una historia lo que he pretendido escribir.—Lejos de mí tan osada empresa y tan gigantesca tarea.—Pero en cambio, he querido explicar por medio de grandes cuadros dramáticos el pasado de este ilustre país, y desplegar á la vista esa serie de hazañas y empresas, de victorias y conquistas con que nuestros condes primero, y despues nuestros reyes han formado la herencia y el tesoro de Cataluña.

Sin ser, pues, una historia, mi obra será un guia seguro para estudiar nuestra historia.

Estas lecciones se dividen en siete grandes épocas:

ÉPOCA PRIMERA.—Desde los primeros tiempos de Cataluña hasta el nacimiento de Cristo.

EPOCA SEGUNDA.—Del nacimiento de Cristo hasta la fundacion del condado de Barcelona.—Epoca de la irrupcion de los bárbaros, período carlovingio y primera época de la reconquista.

EPOCA TERCERA.—874 á 1173.—Desde el Levantamiento del feudo hasta la union de Cataluña con Aragon.—Epoca de los condes soberanos.

EPOCA CUARTA.—1173 á 1314.—Desde la union de Cataluña con Aragon hasta la expedicion de Levante.—Epoca de los reyes de Aragon.

EPOCA QUINTA.—1314 á 1516 —Desde la expedicion de levante hasta la union con Castilla.—Epoca segunda de los reyes de Aragon.

EPOCA SEXTA.—1516 á 1700.—Desde la union con Castilla hasta el levantamiento de Cataluña en favor del archiduque de Austria.

EPOCA SÉPTIMA.—Desde el levantamiento hasta nuestros dias.

Antes de empezar, voy á hacer una observacion. Cumple á mi lealtad el hacerla, pues que se la debo á la justicia, se la debo á mi propia dignidad. Entre los varios distinguidos escritores que me han precedido en la tarea de recordar la historia de nuestro ilustre pais, figuran en primera linea tres sin cuyo auxilio acaso no podria yo llevar á buen término mi intento. Estos tres escritores son D. Próspero de Bofarull, D. Pablo Piferrer y D. Antonio de Bofarull. Los tres con una asiduidad la mas constante y con un talento el mas privilegiado, han registrado las crónicas y han hecho grandes servicios á nuestra historia. A mí solo me toca seguir sus huellas.

Debo advertir tambien, que si se hallan en esta obra algunos fragmentos, aunque en muy corto número, que hayan ya visto la luz en libros ó periódicos, no debe acusarme de plagio. Algunos los copio de obras mias y que llevan mi nombre al frente, otros de revistas literarias y de artículos tambien míos, aunque firmados con un nombre supuesto. Si de estos fragmentos me valgo es siempre con adiciones. Por lo demas yo creo usar del derecho que á cada cual compete de recobrar lo suyo allí donde lo encuentre.

Ahora solo me falta pedir indulgencia para mi obra, que bien por cierto la necesita. Téngase presente que lleno de buenos deseos la he escrito.

V. B.

TABLA CRONOLÓGICA

de los Condes Gobernadores, de los Condes Soberanos y de los
Reyes que han sido considerados como Condes de Barcelona.

CONDES GOBERNADORES.

Empazan el gobierno Años.		Terminaron el gobierno. Años.
801.	Bera ó Bara.	820
820.	Bernardo de Tolosa.	848
848.	Aledran.	849
849.	Guillermo de Tolosa.	849
849.	El mismo Aledran.	851
851.	Odalrico.	855
855.	Wifredo de Bia ó de Arria.	858

CONDES FEUDATARIOS.

858.	Salomon.	870
870.	Wifredo el veloso.	874

CONDES SOBERANOS.

874.	El mismo Wifredo el veloso.	898
------	------------------------------------	-----

Casó este conde con Doña Winidilda hija de los condes de Flandes, y tuvo por hijos á D. Rodulfo, que entró monje en el monasterio de Ripoll, á Don Wifredo Borrell, que le sucedió en el condado, á D. Suniario ó Sunyer, que fué el tercer conde soberano, á D. Miron que heredó los condados de Berga y Conflent, á D. Seniofredo, que fué conde de Urjel, á Doña Emmon, monja del monasterio de San Juan Bautista de Ripoll, á Doña Ermesinda, de quien no se tiene mas noticia que su nombre, y á Doña Riquilda, monja del monasterio de Monserrate.

Empezaron
el gobierno
Años.

Concluyeron
el gobierno.
Años.

898. . **Wifredo II ó Borrell I.** 912
- Casó este conde con Doña Garsinda, cuyo linaje se ignora, de la cual tuvo un hijo que murió antes que él y una hija llamada Riquilda que casó con Odon vizconde de Narbona.
912. . **Sunfario ó Sunyer, hermano del anterior.** 953
- Casó con Doña Riquilda, cuyo linaje se ignora, y tuvo de ella á D. Armengol que murió antes que su padre; á D. Borrell, que le sucedió; á D. Miron, que gobernó con su hermano; á D. Gofredo ó Josefredo, al parecer hijo bastardo, y á Doña Adalix, abadesa que fué del monasterio de San Pedro de las Puellas de Barcelona.
953. . CONSTRUIDO. { **Borrell II.** 992
 { **Miron.** 966
- Miron murió sin hijos. Borrell casó con Doña Ludgarda hija de los condes de Auvernia, tuvo de ella á Ramon Borrell que le sucedió; á D. Armengol que fué conde de Urgel; á Doña Ermengarda que casó con un caballero principal llamado Geriberto; á Doña Richel esposa de Udalardo vizconde de Barcelona; y á Doña Theoda que casó con Bernardo señor de Albret. Casó Borrell en segundas nupcias con Doña Almerudis, hija también de la casa de Auvernia, de la que no tuvo sucesion.
992. . **Borrell III.** 1018
- Casó con Doña Ermesindis hija de los condes de Coserans y Carcasona, de la que no tuvo mas hijos que D. Berenguer Ramon.
1018. . **Berenguer Ramon I el ciego.** 1035
- Casó con Doña Sancha hija del conde D. Sancho de Gascuña, y tuvo de ella á D. Ramon Berenguer que le sucedió, y á D. Sancho Berenguer que fué prior de San Benito de Bajes y que abandonó el claustro para ser conde de Manresa. Casó de segundas nupcias con Doña Guisla, hija del conde de Ampurias, y tuvo de ella á D. Guillermo Berenguer, que fué conde de Ausona y murió monje en el retiro de San Miguel del Fay; y á D. Bernardo Berenguer cuya suerte se ignora. La condesa Doña Guisla sobrevivió á su marido y casó con el vizconde de Barcelona Udalardo Bernardo.
1035. . **Ramon Berenguer I el viejo.** 1076
- Casó en primeras nupcias con Doña Isabel á la que con fundamento se supone hija de Bernardo Trencavello vizconde de Bitiers. Tres hijos tuvo de este enlace: D. Berenguer y D. Arnaldo que murieron en la infancia, y D. Pedro Ramon que asesinó á su madrastra y que murió en la peregrinacion que efectuó á Jerusalem. Hay vehementes indicios de que estuvo ca-

sado con una señora principal llamada Doña Blanes, y se supone que la repudió para enlazarse en terceras nupcias con Doña Almodis hija de Bernardo y Amelia condes de la Marca en el Limosín. De este tercer matrimonio tuvo á D. Ramon Berenguer y á D. Berenguer Ramon que le sucedieron.

1076. . condado. { **Ramon Berenguer II *cap de catalys*** . . . 1081
 { **Berenguer Ramon II *el fratricida*** . . . 1096

Ramon Berenguer casó con Doña Mahalta hija del famoso capitán normando Roberto Guiscardo duque de Calabria y Pulla y conquistador de Sicilia. De este matrimonio nació D. Ramon Berenguer III *el grande*. En cuanto á Berenguer Ramon, que asesinó á su hermano y gozó durante quince años del condado, no tuvo sucesion.

1096. . **Ramon Berenguer III *el grande*** 1131

Tres esposas tuvo este conde. De la primera Doña María Ruderic ó Rodrigo, hija del *Cid Campeador*, tuvo una hembra llamada Dulcia que casó con Don Bernardo conde de Besalú. De su segunda esposa Doña Almodis, cuyo linaje se ignora, no tuvo sucesion. De su tercera mujer Doña Dulcia condesa de Provenza, tuvo á D. Ramon Berenguer IV *el santo*; á D. Berenguer Ramon que fué conde de Provenza; á D. Bernardo que murió en la infancia; á Doña Berenguela que casó con D. Alfonso VII rey de Castilla y emperador de España; á Doña Jimena que fué esposa de Roger conde de Foix; á Doña Mahalta que casó con D. Guillermo de Castellvell; y á Doña Almodis que contrajo matrimonio con Ponçe de Carvess después de haberla este robado del palacio condal de Barcelona.

1131. . **Ramon Berenguer IV *el santo*** 1162

Casó este conde con Doña Petrosila reina de Aragon y tuvo de este enlace á D. Ramon que mas tarde trocó su nombre en el de Alfonso y fué Alfonso I *el casto*; á D. Pedro que murió niño; á D. Sancho que fué conde de Provenza; á D. Ramon Berenguer hijo bastardo que fué abad del monasterio de Monte-Aragon; á Doña Dulcia que casó con D. Sancho I rey de Portugal; y á Doña Leonor que murió niña siendo prometida esposa del príncipe Roberto de Inglaterra.

REYES DE ARAGON—CONDES DE BARCELONA.

DE LINEA VARONIL.

1162. . **Alfonso I *el casto* (II de Aragon)** 1196

Casó con Doña Sancha hija del rey de Castilla D. Alfonso VII y tuvo de este matrimonio á D. Pedro I *el castólico*; á D. Alfonso que fué conde de Provenza y casó con la condesa de Forcalquier; á D. Fernando que fué

Empezaron
el gobierno
Años.

Cochuyeron
el gobierno.
Años.

monje del monasterio de Poblet y abad del de Monte-Aragon; á Doña Constanza que casó en primeras nupcias con Emerico rey de Hungría y en segundas con Federico II emperador de Alemania; á Doña Leonor que se enlazó con Raimundo IV conde de Tolosa; á Doña Saucha que casó con Raimundo V conde de Tolosa; y á Doña Dulcia religiosa del monasterio de Sixena del que fué fundadora la reina Doña Sencha su madre, que se retiró también al claustro á la muerte de su esposo.

1196. . **Pedro I el católico é el noble (II de Aragon).** 1213

Casó con Doña María de Montpellier y tuvo de ella un solo hijo que fué D. Jaime *el conquistador*. Fuera de matrimonio tuvo también á una hija llamada Doña Constanza que casó con Guillermo Ramon de Moncada, senescal de Cataluña.

1213. . **Jaime I el conquistador.** 1276

Casó primero con Doña Leonor hija de Alfonso IX de Castilla, de la que tuvo un hijo llamado D. Alfonso que murió jóven. Divorciado de su primera mujer, casó con Doña Violante de Hungría de la que tuvo cuatro hijos y cinco hijas: D. Pedro que le sucedió en el reino; D. Jaime que fué rey de Mallorca, conde de Rosellon y Cerdeña; D. Fernando que murió mozo; D. Sancho que fué arzobispo de Toledo; Doña Violante que casó con Alfonso XI rey de Castilla y de Leon; Doña Constanza que casó con D. Manuel infante de Castilla; Doña Sancha que murió en una peregrinacion á Jerusalem; Doña María que fué monja; y Doña Isabel que casó con Felipe III rey de Francia. D. Jaime *el conquistador* tuvo cuatro hijos bastardos, que fueron D. Jaime señor de Exerica, D. Pedro señor de Ayerve, D. Fernan Sanchez á quien dió la baronía de Castro y fué troneo de la ilustre casa de este apellido, y D. Pedro Fernandez á quien dió la baronía de Ixar procediendo de él los señores del linaje de Ixar.

1276. . **Pedro II el grande (III de Aragon).** 1285

Casó con Doña Constanza hija de Manfredo rey de Sicilia, y hubo en ella cuatro hijos y dos hijas: D. Alfonso que le sucedió en el trono; D. Jaime á quien dejó el reino de Sicilia. D. Fadrique que fué rey de Sicilia cuando su hermano D. Jaime pasó á ocupar el trono de Aragon por muerte sin hijos de D. Alfonso; D. Pedro que casó con una hija del vizconde de Bearne; Doña Isabel reina de Portugal venerada hoy en los altares como santa; y Doña Violante que casó con el rey de Nápoles D. Roberto. Tuvo el rey D. Pedro II varios hijos fuera de matrimonio, entre ellos D. Jaime Perez que fué señor de Segorbe, Doña Beatriz que casó con D. Ramon^o de Cardona; D. Fernando señor de Albarracin y D. Sancho Castellán de Amposta.

1285. . **Alfonso II el liberal (III de Aragon).** 1291

Murió este rey antes de poder consumir su enlace con Doña Leonor hija de Eduardo IV rey de la Inglaterra; se supone que dejó un hijo bastardo.

Empezaron
el gobierno
Años.

Concluyeron
el gobierno.
Años.

de unos amores que tuvo con Doña Dulcia hija de Bernardo de Caldes, ciudadano de Barcelona.

1291. . **Jaime II el Justo.** 1327

De su primera esposa Doña Isabel de Castilla no tuvo sucesion, pues que se anuló el matrimonio antes que se consumara; de su segunda esposa Doña Blanca de Nápoles tuvo á D. Jaime, que murió monje en Tarragona; á Don Alfonso que le sucedió en el trono; á D. Juan que fué arzobispo de Toledo, de Tarragona y patriarca de Alejandria; á D. Pedro que fué conde de Ribagorza y Ampurias; á D. Ramon Berenguer que fué conde de Prades; á Doña María que casó con el infante de Castilla D. Pedro; á Doña Constanza que casó con D. Manuel infante de Castilla; á Doña Isabel que casó con D. Federico III duque de Austria y de Siria; á Doña Blanca que fué religiosa del monasterio de Sixena; y á Doña Violante que casó con D. Felipe Despoto de Rumania, y despues con D. Lope de Luna señor de Segorbe: de su tercera esposa Doña María de Chipre, nide su cuarta esposa Doña Elisenda de Moncada no tuvo sucesion.

1327. . **Alfonso III el Benigno (IV de Aragon).** 1335

Casó de primeras nupcias con Doña Teresa de Entenza y de Antillon. Tuvo de ella cinco varones y dos hembras: D. Alfonso que murió niño; Don Pedro que le sucedió en el reino; D. Jaime que fué conde de Urjel; D. Fadrique y D. Sancho que murieron niños; Doña Isabel que murió tambien niña; y Doña Constanza que casó con D. Jaime último rey de Mallorca. De su segunda esposa Doña Leonor de Castilla tuvo dos hijos: D. Fernando que fué señor de la ciudad de Tortosa con título de marqués y que casó con una infanta de Portugal; y D. Juan que casó con Doña Isabel de Lara y de Vizcaya.

1335. . **Pedro III el Ceremonioso (IV de Aragon).** . . . 1387

Casó en primeras nupcias con Doña María de Navarra de quien tuvo un hijo y tres hijas; D. Pedro que murió recién nacido; Doña Constanza que enlazó con Federico II de Sicilia; Doña Juana que contrajo matrimonio con el conde de Ampurias; y Doña María que falleció en la infancia. Casó segundas nupcias con Doña Leonor de Portugal de la que no tuvo hijos. Fué su tercera muger Doña Leonor de Sicilia en quien hubo á D. Juan que le sucedió en el reino; á Don Martin que sucedió á D. Juan; á D. Alfonso que murió niño; y á Doña Leonor que casó con D. Juan I de Castilla. Tuvo este rey otra cuarta esposa en Doña Sibila de Forciá hija de un caballero ampurdanés. De este matrimonio le nacieron tres hijos: D. Alfonso que fué conde de Morella; otro cuyo nombre se ignora, y Doña Isabel que casó con el último conde de Urjel Jaime *el desdichado*.

1387. . **Juan I el cazador ó el amador de la gentileza.** . . 1396

Tres veces estuvo casado. La primera con Doña Juana de Valois hija de

Empezaron
el gobierno
Años.

Concluyeron
el gobierno.
Años.

los reyes de Francia, de quien no tuvo sucesion; la segunda con Doña Marta de Armenyach, de la que tuvo dos varones que vivieron muy poco tiempo y una hija llamada Doña Juana que casó con D. Mateo conde de Foix: la tercera con Doña Violante sobrina del rey de Francia é hija del duque de Bar, de la que tuvo á D. Fernando que murió niño; á Doña Violante que casó con D. Luis II duque de Anjou; y á Doña Juana que murió en la infancia.

1396. . . **Martin el Humano.** 1410

Estaba ya casado con Doña María condesa de Luna, cuando la muerte sin hijos varones de su hermano le llamó á ocupar el trono. Tuvo de su primera esposa Doña María una hija llamada Doña Margarita que murió jóven, y tres hijos: Don Martin, D. Jaime y D. Juan. Estos dos murieron niños; en cuanto al primero fué conde de Exerica y jurado sucesor á la corona de Aragon, pero murió sin dejar sucesion de las dos esposas con que sucesivamente se enlazó. D. Martin *el Humano* casó en segundas nupcias con Doña Margarita de Prades, pero no tuvo de ella hijos.

INTERREGNO DE DOS AÑOS.

PRIMERA LÍNEA FEMENINA DE CASTILLA.

1412. . . **Fernando I el Honesto é de Antequera.** 1416

Por haber muerto sin sucesion D. Martin, el parlamento de Campe nombró rey á D. Fernando infante de Castilla, nieto de D. Pedro III de Aragon por la línea femenina de su hija Doña Leonor que casó con D. Juan I de Castilla, padree de D. Fernando. A su elevacion al trono estaba ya casado con Doña Leonor de Alburquerque de quien tuvo cinco varones y dos hembras: D. Alfonso que le sucedió; D. Juan que sucedió á su hermano; D. Enrique que fué conde de Alburquerque y señor de Ledesma; D. Sancho que fué maestro de Calatrava y Alcántara; D. Pedro que fué duque de Nothe en Italia; Doña María que casó con su primo hermano D. Juan II de Castilla; y Doña Leonor que casó con D. Duarte ó Eduardo rey de Portugal.

1416. . . **Alfonso IV el sabio é el magnánimo (V de Aragon).** 1458

Casó con Doña María de Castilla de la que no tuvo sucesion. El trono pasó pues á su hermano.

1458. . . **Juan II el grande.** 1479

Casó en primeras nupcias con Doña Blanca reina de Navarra, de quien tuvo á D. Carlos príncipe de Viana que murió envenenado; á Doña Blanca que murió lo mismo despues de haber sido declarado nulo su matrimonio con Enrique IV de Castilla; y á Doña Leonor que casó con Gaston conde de

Empezaron
el gobierno
Años.

Concluyeron
el gobierno.
Años.

Foix. De su segundo enlace con Doña Juana Enríquez hija del almirante de Castilla, tuvo Juan II á D. Fernando que le sucedió; á Doña Leonor y Doña María que murieron niñas; y á Doña Juana que casó con D. Fernando I rey de Sicilia.

1479. . **Fernando II *el católico*.** 1516

Casó con Doña Isabel reina de Castilla de quien tuvo á D. Juan que murió joven, á Doña Isabel que casó de primeras nupcias con D. Alfonso príncipe de Portugal, y de segundas con D. Manuel rey de Portugal; á Doña Juana que debia reinar en España con el nombre de Juana *la loca*, muger de Felipe *el hermoso*; y á Doña María que casó con D. Manuel rey de Portugal, su cuñado, viudo de su hermana mayor. Muerta su primera esposa, D. Fernando II casó otra vez con Doña Germana de Foix, de la que tuvo solo un hijo varón que vivió pocas horas.

REYES DE CASTILLA.— CONDES DE BARCELONA.

1516. . **Juana *la loca*.** 1555

SEGUNDA LÍNEA FEMENINA DE AUSTRIA.

1516.	. Cárlos I <i>el máximo</i>, hijo.	1556
1556.	. Felipe I (II de España) <i>el prudente</i>, hijo.	1598
1598.	. Felipe II (III de España) <i>el pto</i>, hijo.	1621
1621.	. Felipe III (IV de España) <i>el grande</i>, hijo.	1665
1665.	. Cárlos II <i>el paciente ó el hechizado</i>, hijo.	1700

TERCERA LÍNEA FEMENINA DE FRANCIA.

1700.	. Felipe IV (V de España) <i>el animoso</i>, sobrino.	1724
1724.	. Luis I <i>el liberal</i>, hijo.	1746
1746.	. Fernando III (VI de España) <i>el justo</i>, hermano.	1759
1759.	. Cárlos III <i>el político</i>, hermano.	1788
1788.	. Cárlos IV <i>el cazador</i>, hijo.	1808
1808.	. Fernando IV (VII de España) <i>el descado</i>, hijo.	1833
1833.	. Isabel I (II de España) <i>la contrariada</i>, hija.	

DISCURSO INAUGURAL.

SEÑORES :

Honrado por mis ilustres compañeros de seccion para ocupar durante algunos momentos la atencion de concurso tan esclarecido, me veo á la verdad confuso, y no puedo menos de considerar mi insuficiencia y mi escaso mérito para semejante encargo. Cualquiera de ellos, señores, hubiera llenado mejor que yo este cometido, cualquiera de ellos hubiera indudablemente sabido responder á las esperanzas de la sociedad mejor que yo, yo, señores, su mas humilde y su mas oscuro individuo.

Recuerdo muy bien que cuando se abrieron por vez primera las cátedras de esta sociedad; recuerdo muy bien que cuando quiso la *Sociedad Armonica* unir á su título el de *literaria*; recuerdo, digo, que fui yo tambien quien aquí, en este mismo salon, tuve que desplegar mis labios para consagrar un dia solemne en los anales de la Barcelona moderna, inolvidable para la Barcelona literaria.

Pero era aquella ocasión muy distinta de la presente, muy distinta, señores, pues que en aquel momento todo se reunia para favorecer, para hacer oír y hasta para hacer aplaudir al que se atrevia á usar la palabra.

La *Sociedad filarmónica*, que habia ya recogido abundantes lauros en el camino del progreso; la *Sociedad filarmónica*, la primera en su clase que habia visto nacer Barcelona, la cuna de tanto jóven artista, la fuente á que habian ido á beber raudales de inspiracion muchos jóvenes entusiastas, gala de nuestros salones, acababa de dar un gigantesco paso en la senda brillante que de mucho tiempo antes seguia. No contenta con abrir un teatro, círculo dramático, cita de la elegancia y del buen gusto, abria un Ateneo, círculo literario, cita de la instruccion y del talento. La *Sociedad filarmónica* en aquella ocasion, dándose un dia de gloria á sí misma, daba un dia de gloria á su patria. El vacío que en Barcelona se notaba, que en la antigua ciudad de los condes se hacia dolorosamente sentir, esta Sociedad, pródiga y amante, se habia apresurado á llenarlo. A su solicitud, á sus desvelos, á los multiplicados esfuerzos de sus socios y al acierto de su ilustrada direccion, debia la juventud barcelonesa, esa juventud que se agita ansiosa de saber y de instruccion, ver elevarse un Ateneo, es decir un bello edificio literario cuyos sólidos cimientos le aseguran un largo, duradero y provechoso porvenir.

En ocasion, pues, tan favorable; en momento tan feliz y tan oportuno, cualquiera podia adelantarse á usar de la palabra, seguro de hacerse oír. Esto fué precisamente lo que sucedió.

Pero hoy, señores; ¿con qué derecho, con qué autoridad, bajo que carácter podia presentarme á reclamar vuestra atencion?

Afortunadamente mi asignatura ha venido en mi apoyo; afortunadamente la bondad del asunto hará que se escuche al orador; afortunadamente en fin, el brillo de la materia ocultará la desnudez del escrito. Con el oro se cubren los harapos.

Voy pues á ocuparme de mi patria, señores, voy á ocuparme ahora en general del asunto que prestará abundante materia á las lecciones de todo mi curso en particular. Voy á hacer constar, no tanto la importancia de Cataluña, como la importancia del estudio de su historia.

La patria, señores, es para todos un nombre eléctrico, pero para mí y para todos los que piensan como yo, es algo mas que un nombre, es una religion, es un templo.

Señores, una voz ha dicho: Los dioses se van, los reyes se van! Y bien,

podrá irse todo, pero hay sin embargo una cosa que no se irá nunca: es el amor patrio. Pueden hundirse los tronos, pueden desaparecer las creencias: mientras haya hombres, habrá patria. Se hablará en nombre de la patria, en su nombre se combatirá, se vencerá en su nombre

Todo el que hable invocándola, está seguro de ser siempre escuchado. Todo el que enarbole un pendon aclamándola, está seguro de encontrar soldados. Desde lo alto del humilde guardaruedas de una esquina el individuo mas oscuro á la voz de la patria lanzará millares de hombres á estrellarse contra un muro de bayonetas enemigas; desde lo alto de una tribuna el orador mas desconocido se hará respetar y detendrá á la multitud enfurecida en nombre de la patria.

Yo he tenido presentes estas reflexiones, señores. Por esto he escogido, júzguese de mi pobreza, este asunto como tema; por esto me he dicho: Habla de la patria, y á lo menos serás oído.

Señores, me adelanto á decir que es tarea fácil probar la importancia del estudio de la historia catalana, y digo que es fácil, porque no hay nada mas sencillo que probar que es grande una cosa grande. Cataluña en solo su nombre dice su gloria.

Antes de todo, señores, es preciso comprender, y que quede sentado es preciso, que no es la historia de Cataluña la de una sola comarca, la de una sola provincia, la de un solo pueblo, sino la de todo un pais, la de toda una nacion, la de toda una monarquía, monarquía tan influyente como respetada, tan respetada como poderosa, tan poderosa como grande. No forma esta historia cierto número limitado de memorias fugitivas, cierto grupo de aisladas tradiciones que divagan vaporosas y errantes sobre las desmanteladas ruinas de algunos castillos feudales, sino que la forma una reunion de soberanos con sus dinastías, sus conquistas, sus empresas y sus tratados de paz, de guerra ó de alianza. La historia de Cataluña es tambien la de Aragon, la de Valencia, la de Mallorca, la de muchas sangrientas guerras que han resonado de una manera estrepitosa en todo el mundo hallando eco en varios pueblos, y es tambien, no hay que dudarlo, la historia de la libertad en España.

La historia de Cataluña, desgraciadamente es hoy no olvidada sino desconocida, desconocida del todo, criminalmente desconocida.

No hemos de ir á otras crónicas á mendigar actos de fortaleza y grandeza, ni hemos de ir á buscar ejemplos, de cualquiera clase que sean, fuera de nuestra patria. De todo tenemos, de todo estamos rica y abundan-

temente provistos. ¿Dios quereis en valor cívico, en amor patrio? Aquí están. ¿Los quereis en respeto á las autoridades, en virtud, en grandeza de alma? Aquí se hallan. ¿Los quereis en sacrificios á los reyes, en afecto á las instituciones, en amor, en santo amor al pais?..... Aquí nos sobran. ¿Quereis Césares y Pompeyos? Nuestros anales citan sus nombres. ¿Quereis Lucrecias? Nuestra historia las menciona. ¿Quereis por fin un Carlomagno? Tambien lo tenemos.

Para estudiar un pais y conocer lo que puede ó lo que ha podido pesar su importancia en la balanza de los destinos de las naciones, no hay mas que pasar revista á sus reyes, á sus héroes y á sus ciudadanos.

Ahora bien, la historia de nuestros reyes es un drama, la historia de nuestros héroes es un poema, la historia de nuestros ciudadanos..... ¡oh! en cuanto á esta es algo mas, es un Evangelio.

¿Quién no conoce á los condes de Barcelona y á los reyes de Aragon? A qué pais, por remoto que sea, no ha llegado la fama de sus hazañas? ¿Qué crónica, por humilde que se crea, no ha prolongado el eco de los ecos que han llevado hasta los mas lejanos rincones de la tierra sus hurras de guerra ó sus gritos de triunfo?.....

Cárlos V decia que estimaba en mas ser conde de Barcelona que rey de romanos, y despues de él un príncipe tan ilustre como desgraciado añadió: que valia mas ser conde en Barcelona como cualquiera de los últimos Berenguers, que rey en el mundo como Cárlos V.

Se ha celebrado mucho, señores, y es por lo mismo muy conocida la espresion de Luis XIV el gran monarca francés, cuando al enviarnos al que fué Felipe V para sentarse en el trono de España, le despidió diciéndole: *Ya no hay Pirineos!*

¡Ya no hay Pirineos! ya no hay Pirineos! Pues qué, ¿los hubo acaso alguna vez para los reyes de Aragon? ... ¿Conocieron jamás ellos, ni los condes de Barcelona, esta valla? ¿No era suyo, enteramente suyo, suyo como Barcelona, suyo como Zaragoza, todo ese bello y fértil pais que se estiende entre el Garona y el Ródano?

¡Ya no hay Pirineos! Para los catalanes y para los aragoneses jamás los hubo, y si los hubiese habido..... si los hubiese habido, señores, los hubieran saltado. ¿No saltaron el mar para ir á dictar leyes á Atenas?

Pero, volvamos á nuestros monarcas. ¡Qué historia mas grande la suya! ¡qué anales mas gloriosos los de sus vidas! Desde Wifredo que alcanzó la independendencia de Cataluña con su espada, la libró del feudo con su valor y

la conquistó un blason con su sangre, hasta Alfonso V que entró vencedor y triunfante en Nápoles obligando á los genoveses á rendirle tributo, al Papa á contraer con él alianza, y al duque de Milan á nombrarle heredero de sus estados, qué período mas ilustre! qué época mas rica en conquistas. en glorias, en empresas y en hazañas!

Permitidme, señores, que os trace de ella no un cuadro sino un boceto. Seré breve. Lo haré á grandes rasgos. mirarémos la historia á vista de pájaro.

Fuerte con la herencia de los condes gobernadores sus antecesores, que le señalaron ya con su espada el camino que guiaba á la inmortalidad, á la gloria y á la independendencia, envuelto en el lujoso prestigio y en el poético brillo de las leyendas y baladas, vemos asomar á Wifredo I *el veloso* encabezando la serie de esos condes independientes y soberanos que se fueron legando unos á otros, como sagrada mision, el hacer tremolar siempre vencedor el pendon venerando de la sangrientas barras. Wifredo, con la sola ayuda de sus buenos catalanes, arroja á los moros de todo el antiguo condado de Ausona ó de Vich, limpia de turbantes las faldas y sierras de Monserrat, y adquiere, arrancándosela á los infieles, buena porcion del campo de Tarragona. Su hijo hereda ya de él una comarca bastante estensa, y puede con orgullo ceñir su altiva frente con la triple y envidiada corona condal de Barcelona, Ausona y Gerona

Borrell II se deja en un dia de desgracia arrebatado por los moros su rica joya, su querida Barcelona, la perla de su condado, pero novecientos caballeros, — de los que está destinada á salir una raza guerrera — acuden al grito de dolor que lanza su herido conde, y se ve entonces partir de Manresa, de la Covadonga catalana, un puñado de héroes que arrollan á los sarracenos, reconquistan la perdida ciudad, y vuelven á clavar el pendon de los condes sobre las cristianas cúpulas de la restaurada metrópoli.

Borrell III ó Ramon I, que con ambos nombres es conocido, ve tambien un dia invadidos sus estados. Manresa entregada á las llamas, varios castillos arrasados, los monasterios saqueados, el Panadés y el Vallés pasados á sangre y fuego le anuncian la llegada de sus eternos, constantes y encarnizados enemigos. Barcelona aterrada ve cruzar por delante de sus muros, como un metéoro que llora sangre, al infatigable y terrible caudillo á quien los árabes llaman Almanzor. Pero es de Dios que esta invasion y esta victoria debe un dia costar cara á los sarracenos. La sangre que derraman es fecunda. Tremolan al aire las banderas de los señores catalanes, ondea

sobre todas , gallardo como un penacho , el pendon de las gules barras , la tierra tiembla y se estremece bajo el peso de nueve mil combatientes. Los sacerdotes mismos se hacen soldados , y sobre sus burdos y holgados flóculos de apóstoles se ciñen las férreas y lucientes corazas de simples guerreros. Los obispos de Barcelona , de Vich y de Gerona ocultan con el yelmo de los valientes sus nevadas canas y , sin abandonar el báculo patriarcal , empuñan la tajante espada. Las ricas comarcas de Andalucía ven asombradas aparecer este ejército , las aguas del Guadalquivir llegan á reflejar en su azulado espejo las vencedoras armas catalanas. Almanzor ha cruzado como un meteoro por delante de los muros de Barcelona ; Ramon Borrell cae como una maza de hierro sobre Córdoba. Barcelona ha visto pasar á lo lejos el ejército sarraceno ; Córdoba se ve obligada á abrir sus puertas al ejército catalan.

Tiembla el orgulloso emirato de Zaragoza ante los rudos golpes que le descarga la férrea mano de Ramon Berenguer I penetrando en Aragon y ensanchando sus fronteras ; los árabes rinden tributo al conde barcelonés ; bríndale con su amistad el moro de Sevilla ; doce reyes moros tienen á honra ser sus tributarios ; los castillos de Provenza le son feudatarios ; los condes de Foix , de Tolosa y de Bigorra se inclinan ante él y como á señor le respetan ; los vizcondes del Bearn , de Narbona y de Carcasona le rinden tributo y vasallaje ; toma el título de conde y de marqués ; se le da el renombre glorioso de *muro del cristiano pueblo*. Del Ebro al Ródano , del Segre al Garona casi todo es suyo , casi todo obedece su ley y acata sus mandatos. Ya no hay Pirineos!...

Uno de sus sucesores , Berenguer Ramon III , avanza mas aun. Nuestra historia le proclama *el grande* y en verdad que ha sido justa nuestra historia. Su espada invencible hace saltar la brillante diadema que ceñía las sienes del rey moro de Mallorca , empieza la conquista de Tortosa , emprende la de Lérida , termina la de Provenza , es en un juicio de Dios el vencedor paladin de una emperatriz de Alemania , y dicta leyes á las dos potencias navales de la época , á Génova y á Pisa , de una de las cuales se digna admitir un tributo , mientras que á la otra se digna darle un blason para sus armas.

Berenguer Ramon IV empuña el cetro de su antecesor y dibuja orgulloosamente en las crónicas su gigantesca figura. La historia le conoce por el príncipe mas poderoso de la época en mar y en tierra. Él es quien clava el pendon de las barras en los muros de Almería y en las torres de Me-

quinenza , él quien sueña en la conquista de Valencia que ha de llevar á cabo mas tarde el *Ricardo* catalan , él quien destruye á Fraga y edifica á Poblet , él quien rinde á Montpeller y arranca con sus coronas las cabezas de cuatro reyes moros , él en fin quien se enlaza con Petronila que le trae por dote el reino de Aragon.

Alfonso *el casto* y Pedro I continúan la brillante epopeya de sus antepasados , acaban de reconquistar el Aragon , son marqueses de Provenza y condes del Rosellon , teniendo por tributarios y vasallos á los mas grandes y mas poderosos señores de su época , pero todos sus recuerdos se olvidan al aparecer Jaime I *el conquistador* , como se olvidan las estrellas cuando luce el sol. Jaime I , de quien se ha dicho con acierto y con justicia que jamás vieron los guerreros adalid mas bravo , ni las damas mas gentil caballero , ni los caballeros mas dadivoso señor , ni los vasallos rey mas justo y mas humano. Su vida abarcó casi todo un siglo , su nombre llenó toda la tierra conocida. Jaime I es la gran cabeza de los cristianos que llegan á ver en él á un enviado del cielo , y el terror de los moros á quienes ahuyenta con solo el relincho de su corcel de batalla. Cae con su escuadra sobre Mallorca y la sujeta , cerca con su ejército á Valencia y la rinde , gana á Murcia y asienta su pié sobre la cerviz de los reyes de Granada y Tunez que caen á sus plantas como el ángel malo á las del celestial arcángel , desdeña el ser rey de Leon , olvida y desprecia sus derechos al trono de Navarra , da un reino á su hijo segundo , sienta á sus hijas en los solios de Castilla y de Francia , crea baronías para sus bastardos que llegan á ser troncos de ilustres linajes , los infieles se apresuran á rendirle parias , los príncipes cristianos le toman por juez en sus contiendas , el Papa pide su asistencia á los concilios , el kan de Tartaria y el sultan de Babilonia le envian dones y le rinden homenaje , y para que nada falte á la gloria del que al mismo tiempo que empuña la espada maneja la pluma , del que es á un tiempo cronista , rey y soldado , las crónicas le realzan con portentos sobrenaturales , y diríase que del mismo modo que ha sido el esplendor de la tierra ha sido el asombro del cielo : el Espíritu Santo le infunde su ciencia , Dios le destina para Apóstol , la Virgen le cura en Montpeller , y los santos abandonan la morada celestial para aparecérsele en las batallas y militar como simples soldados bajo sus banderas.

Pedro II su hijo , ilustre heredero de la gloria del padre , es el que se proclama campeón de la libertad de Sicilia , el que recoge el guante ensangrentado que arrojara desde el cadalso Coradino , el que acomete la caballerosa

empresa de ir solo á Burdeos donde están sus enemigos para no faltar á su palabra de asistir á un duelo , el que vence á los reyes de Francia , de Tremecen y de Tunez , el que , señoreándose del mar de Levante , tiene por almirantes á hombres que se llaman Marquet y Lauria , y es coronado rey en Palermo y señor en Galipoli y en Malta.

Pero , ¿ á qué cansarme mas , señores , y fatigar sobre todo vuestra benévola atencion con tantas y tan portentosas relaciones de hazañas ?

No es este el lugar de escribir la historia de nuestros reyes. Para conocerles , para saber quienes fueron , bastan los citados.

¿ No os decia yo , señores , que la historia de nuestros reyes era un drama ?

Para juzgar de su importancia basta que se me permita hacer un pequeño cálculo. Es el testimonio de una suma el que necesito , irrecusable como el de toda suma.

Cuando la union de Castilla con Aragon , Castilla se encontró repentinamente grande , mas grande de lo que nunca habia sido. Y hé aquí porqué , señores.

De los cuarenta y cinco estados que disfrutaron entonces los reyes de Castilla , los veinte y cuatro fueron herencia de los condes de Barcelona y reyes de Aragon ; de los veinte y siete reinos que la hicieron poderosísima , los catorce se los dieron los catalanes ; de los cinco grandes ducados de que gozó , los tres se los cediera Cataluña.

Por lo demas , ya sabemos tambien , y ahí está la historia para atestiguarlo , que ni los aragoneses pusieron los pies fuera de su territorio , ni los castellanos salieron vencedores de España , hasta que unidos estuvieron con Cataluña , y hasta que circuló la sangre de nuestros condes por las venas de sus reyes.

Y bien , ahora que conocemos á nuestros reyes , ¿ conocer quereis á nuestros héroes ?

Tantos son , señores , que casi debo renunciar á citarlos. El mármol y el oro han grabado sus nombres , y los verdaderos pechos catalanes guardan su recuerdo en el fondo del corazon como en el interior de un templo .

Los límites de un discurso son estrechos para citar á los Cardonas , esa ilustre raza de montañas águilas ; á los Moncadas , esa pléyada de esclarecidos rebeldes nacida junto á las gradas de un trono ; á los de Ampurias , esa familia de titanes rivales de los condes de Barcelona ; á los de Urjel , que debian acabar por llorar en el destierro , en la proscripcion y en la des-

gracia la falta de haberles hecho Dios nacer iguales á los reyes de Aragon y herederos de su trono.

Y no son estos solos los héroes que citar podria.

Hay en nuestra historia un Vilamarin que conquistó una ciudad; un Roger de Lauria que sujetó un condado; un Hugo de Moncada, el Neptuno catalan, que se apoderó de una isla; y un Berenguer de Entenza que ganó un reino. Hay tambien un Luis Despuig que mantuvo por el rey la Lombardía; un Gilaberto de Centellas que se apoderó de la Calabria; y un Ramon de Ortafá, azote de los turcos, que penetró hasta el corazon de la Albania donde batió moneda, en señal de dominacion, con las armas catalanas. Y hay entre otros y otros que seria difusa tarea citar, un Guillerme de Canet que subió el primero á clavar el pendon de la cruz en las murallas de Jerusalem ante el ejército atónito de Godofredo de Bouillon; un Dalmau de Crexel que muriendo en la batalla de las Navas mereció que tres reyes llevasen en hombros su cuerpo á la sepultura; un Juan Blancas. Guzman *el bueno* de Cataluña, que arrojó por encima de las murallas de Perpiñan la espada con que debian inmolar los enemigos á su hijo; un Luis de Requesens que compartió con D. Juan de Austria el mando, la gloria y los peligros de Lepanto; un Ramon Pedro de Alemany, que siendo capitán general de la santa liga, fué llamado por la sede apostólica *brazo derecho de la iglesia y columna de la fé católica*, mereciendo por sus hazañas la *Rosa* y el *Estoque* que solo daban los sumos pontífices á los mas famosos capitanes; y un Galceran Destorrens conceller de Barcelona, que apoderándose á viva fuerza de la puerta de Santa Sofia en Nápoles, abrió paso por ella al ejército de Alonso V para que pudiese sujetar la ciudad hermosa que se alza entre el Vesubio y el mar, entre el agua y el fuego.

¿No he dicho antes que la historia de nuestros héroes era un poema?...

¿Y nuestras leyes, señores? Un gran rey las llamó *las santas leyes de la tierra*. Hasta las naciones estrañas, para el mejor acierto de su gobierno, venian á buscarlas y se las llevaban copiadas como precioso tesoro. No era, nó, de nuestras leyes de las que podia decirse: *Allá van leyes donde quieren reyes*, sino *allá van reyes donde quieren leyes*. Escritores de grande autoridad, señores; legisladores de valía han dicho en sus obras que Barcelona debia ser preferida en gobierno á todas las ciudades de la tierra.

La libertad civil y la libertad política no son, nó, para los catalanes, una conquista de los tiempos modernos; aun mas, nunca podrán ser para ellos tan amplias y tan estensas como han sido ya. Estas libertades nacieron

con ellos, fueron consagradas por sus costumbres y santificadas por sus leyes que respondieron siempre, justas, acertadas y benéficas, á su carácter, á sus sentimientos, á sus intereses y á sus necesidades. Y estas leyes eran la obra, la espresion, la norma de un pueblo que vivia tranquilo, agrupado bajo los pliegues del pendon del gobierno que se habia dado, solo con él y por él en el rincon de la tierra en que se habia establecido.

Para encontrar en Cataluña la cuna de la libertad de su pueblo, seria preciso que, haciéndonos alumbrar por la tradicion como el héroe de Monte Cristo por su flamíjera antorcha, nos introdujéramos en la mas oscura noche del pasado para ir en busca del verdadero tesoro de este pueblo.

Mientras que Cataluña inscribió su nombre, como el de una de las provincias mas ricas de la república y del imperio en el mapa del mundo romano, nada induce á creer que el código del pueblo-rey fuese su ley exclusiva y suprema.

Al cambiar de señores, no cambió de leyes. Los godos, al dar Barcelona por metrópoli á su reino, no impusieron á los naturales sus leyes, sino que con las suyas las combinaron.

Despues de los godos la invadieron los sarracenos. Estos respetaron sus leyes y tambien su religion, y aun dejaron en el fondo del pais, para que germinaran con el tiempo como las semillas en las entrañas de la tierra, ciertas leyes de elementos civilizadores que luego debian prohiar y amoldar á sus usos los catalanes.

Vienen despues los condes.

Borrell crea los primeros fundamentos de un código militar nombrando hombres *de paratje* á cuantos le ayuden á reconquistar su Barcelona cautiva en poder de moros. Berenguer Ramon I compila con el ausilio de sus barones el código llamado *Usatges*, y da á la Europa el primer ejemplo de una semejante compilacion al mismo tiempo que pone con él la base del órden político y social de sus estados.

Vinieron luego los reyes de Aragon.

La dinastía catalana en el trono de Aragon fué—muchos son los historiadores que lo dicen no pudiendo negar este tributo á la verdad.—fué altamente civilizadora al mismo tiempo que sumamente popular. En su tan larga como ilustre y gloriosa existencia, no pensó mas que en consolidar por una parte al mismo tiempo que engrandecia por otra, y así vemos á Jaime I, al redondear sus dominios en la Península, establecer como raiz de un gran tronco la legislacion que mas tarde, no sin antes haber atrave-

sado por el tamiz de una sangrienta guerra, debia un monarca castellano fundir en un código despues de haberla hecho añicos con su espada.

Jaime I es el rey de quien se puede decir que apoyándose en el pueblo hizo seña al porvenir para que se adelantara hasta él.

Esta libertad civil y política que él hizo salir del seno de las municipalidades como sale una flor de su tallo, esta libertad no la compró Barcelona, como otras ciudades, al precio de una suma ó de un tributo mercenario; tampoco fué para ella uno de esos injustificables actos de regia munificencia ni menos un velo corrido sobre particulares proyectos de rebeldia ó de ambicion: no fué en fin pedida con las armas en la mano, ni impuesta al rey como una condicion desde lo alto de un baluarte en cambio de la sumision de una ciudad. Monumento histórico, mas aun, título honroso de gloria para el catalan, es un tratado entre el rey de una parte y el pueblo de otra; es un eslabon de bronce que enlaza á la municipalidad con el trono; es un pacto que, para comun ventaja, establece sobre sus derechos respectivos y en el interior de límites insuperables las prerogativas de la corona y la libertad del ciudadano; es, en fin, el acto que convierte al señor de vasallos en padre de súbditos.

El estandarte de una ciudad libre, que el ciudadano tuvo desde entonces derecho de clavar triunfante en lo alto de sus torres, llamó á su seno al hombre que aislado en la soledad de los campos arrostraba una vida miserable, la vida de los reptiles, bajo los muros del castillo feudal. Cualquiera pudo entonces venir á pedir á Barcelona libertad, trabajo, proteccion y garantías en pago de la obediencia que juraba á sus leyes.

Por todas partes, con el establecimiento de las municipalidades, se vieron ensancharse los centros de las poblaciones, como se ensanchan, cuando aspira el aire libre los pulmones de un gigante; por todas partes se modificaron las costumbres, se remediaron las necesidades, se combatieron las exigencias injustas, se ahogaron las obligaciones despóticas, se hicieron mas íntimas las relaciones de sociedad y familia, se dió mas vida á las artes y mas impulso al comercio; por todas partes con ello la civilizacion marchó en alas del progreso, y leyes mas benéficas, mas justas y mas propias, leyes que mas de cerca remediaban el daño, combatian el abuso ó laureaban el mérito, estendieron sobre los habitantes de las municipalidades su protector dosel.

Si esta verdad histórica pudiese ser siquiera puesta en duda, la historia de nuestro pais bastaria por sí sola á confirmarla sin tener necesidad de re-

currir á las mil pruebas que podrian aducirse exhumando de los archivos la historia de las municipalidades todas.

Es este santo principio de libertad civil y política siempre respetado por el soberano, que no faltó jamás de sujetar á él las decisiones reales cuando eran contrarias á las leyes, siempre tambien respetado por el pueblo que mas de una vez tuvo forzosamente que apelar á las armas para defenderle, á lo que debe Barcelona figurar algunas veces como única en la lista de las ciudades defensoras y protectoras de los derechos populares.

De este principio es tambien del que salió una magistratura ciudadana como pocas ciudades puedan contarla en sus anales, magistratura que al perpetuarse de edad en edad, y al legarse, como herencia sagrada, la honradez y la justicia, empezó, continuó, concluyó y mejoró un código de leyes municipales que á cada página, á cada párrafo, á cada línea prueba de una manera irrecusable cuanto era el amor que sentian por la patria nuestros padres, cuanta era la adhesion que tenian á sus conciudadanos y á sus libertades.

Un sucesor de Jaime I aun dió un paso mas; instituyó un parlamento nacional, unas Córtes en que tenian derecho á tomar asiento los prelados, los religiosos, los barones, los nobles, los caballeros y los ciudadanos.

En el siglo XIX, cuando las asambleas nacionales son uno de los vitales elementos de todo gobierno ilustrado, muchos saben apenas que en el fondo de la Europa meridional, en un rincon de la tierra y en el siglo XIII, existia ya una de estas asambleas á la cabeza de un pueblo que podia no ser numeroso, pero que era valiente; que podia tener fronteras para su jurisdiccion, pero que no las tenia para su gloria.

Y sin embargo, señores, esta asamblea merece mas que un recuerdo, merece un homenaje. Tiene derechos á la admiracion de nuestro mismo siglo de luces; reclama el mas vivo interés por la solicitud, la nobleza y el patriotismo con que sostenia los derechos nacionales...

Hablamos de las leyes. Ningun pais les ha conservado un culto mas constante y mas decidido. Dos ejemplos me acuden á la memoria y voy á citarlos. Júzguese por ellos.

Uno de los reyes de Aragon mas famosos en la historia, habia quemado los privilegios generales del reino y no queria guardar otros. Catalanes y aragoneses fueron llamados para ayudarle en la jornada que á intentar iba contra franceses. Los aragoneses se negaron á ir por lo que habia hecho de no querer guardarles los privilegios, los catalanes fueron todos por el

contrario , todos sin faltar ninguno , pero acudieron con lanzas sin hierro , con vainas sin espadas ni puñales , solo con corazas , almetes y otras armas defensivas.

—¿ Qué es eso ? preguntóles el rey admirado de tan estraña novedad .
¿ Cómo acudís de esta manera ?

Respondió por todos el conceller *en cap* de Barcelona.

—Somos vasallos , os debemos obediencia , pero no somos libres y no podemos usar las armas que solo los hombres libres empuñan . ¿ Quemais nuestros privilegios ? Marchamos al combate sin mas armas que nuestros brazos . ¿ Nos devolveis nuestras leyes ? Iremos á buscar al enemigo armados de todas armas .

El rey pesó la respuesta en su imparcialidad y en su justicia . Las leyes les fueron devueltas .

Pasemos al otro ejemplo .

Juan II celebraba la solemne apertura de las Córtes en la catedral de Barcelona . Una constitucion ó ley nacional prohibia á cualquiera que fuese , hallarse en el estrado que sustentaba el trono y al nivel del rey , mientras que este pronunciaba el discurso con el cual abria la legislatura . Mientras que Juan II pronunciaba este discurso , su nieto , hijo del conde de Foix é infante de Navarra , estaba junto al trono del rey su abuelo .

Terminado el discurso , la asamblea guardó silencio y tardaba en dar la respuesta que , segun uso , debia á la comunicacion real . Era que habia decidido no contestar hasta que el infante hubiese abandonado el puesto que contra ley ocupaba . Esta decision fué comunicada en voz baja al vice-canciller , pero en términos generales como eran los de que « no podia darse contestacion mientras que hubiese junto al trono personas que no debian estar . » Encargado de transmitir esta respuesta al rey , el vice-canciller cumplió con su encargo , pero el rey le volvió á enviar á la asamblea para hacerla observar que la presencia de un niño era sin consecuencia , y que no debia dilatar por lo mismo su respuesta .

A pesar de la opinion del rey , las Córtes persistieron en su silencio , y Juan II , cediendo ante una insistencia protegida por la ley , dió orden al infante para que abandonara el sitio . Un prelado se adelantó entonces respetuosamente hasta el pié del trono y dió la contestacion mas halagadora que el rey podia desear , contestándole con respeto á sus proposiciones , que se haria lo que mas conforme estoviese con el servicio de Dios y la salud del Estado .

En todas las circunstancias como en esta hallamos la prueba de los sentimientos íntimos, de los sentimientos patrióticos y nacionales que animaban á nuestras antiguas cortes y á nuestros antiguos ciudadanos. Estos siempre respetuosos para con el rey, siempre adictos, pero inspirándose de la susceptibilidad mas leve en sus relaciones con el poder soberano, pero inflexibles con respecto á lo que imperiosamente les exigian su posicion en el estado y las prerogativas anexas á uno de los grandes poderes nacionales, á la representacion del pueblo que les habia confiado la elevada mision de defender sus derechos y sus franquicias, y habia depuesto entre sus manos una parte de su soberanía al confiarle el poder de hacer sus leyes.

Un tercero y último ejemplo probará, señores, que el catalan era el fiel observador de sus leyes, el defensor adicto de sus instituciones políticas, el campeon decidido de sus privilegios y franquicias. Constante y hasta tenaz en sus ideas, decidido en sus opiniones, vemos al catalan, aun cuando elevado á las mas altas dignidades del pais podia haber en el mas favores y mejor porvenir que esperar de hacerse el complaciente servidor de la voluntad real; le vemos, digo, aun en este caso, que prefiere conservar su independencia, ejercer sus derechos de ciudadano en toda su amplitud, y no tener ni querer por protectores mas que á sus propios deberes, santa, estrictá y religiosamente cumplidos.

Tal fué Fivaller, señores, Fivaller, cuyo nombre conocemos todos, cuya estatua todos respetuosamente saludamos al pasar por delante de las Casas Consistoriales junto á cuya puerta se eleva.

Fernando I, el de Antequera, habia sido nombrado rey en el parlamento de Caspe, y un santo, Vicente de Ferrer, habia puesto sobre su frente la corona de tres reinos ante la multitud de estos tres reinos allí mismo congregada.

Fernando al llegar á Barcelona, manifestó á los concellers su voluntad de no pagar un impuesto sobre los comestibles, y en efecto, su dispensero negándose á pagarlo, promovió en el mercado un alboroto tal, que solo logró calmarse con la presencia de los concellers.

Fernando envió en busca de un miembro del consejo. Fivaller fué el que se dispuso á cumplir con la voluntad del monarca. Tan inminente peligro corria Fivaller en aquella entrevista con el rey y tan segura creia su muerte, que fué primero á despedirse de su esposa é hijas á las que dejó anegadas en llanto. En seguida se lanzó á la calle, empezando á andar con grave y tranquilo ademan; iba vestido de luto, arrastraba luenga falda cuyo es-

tremo sostenia un paje asimismo enlutado, precedíale el verguero municipal vestido tambien de negro y cubierta su maza ó verga con un velo de igual color; acompañábanle, en fin, doce escuderos revestidos de sendas grmallas negras y con anchas y enlutadas caperuzas. El pueblo de Barcelona se paraba atónito ante aquel inusitado cortejo, é íbase agrupando y siguiendo aquel sombrío y magestuoso espectáculo, precedido por los magistrados y personas mas notables de la poblacion que veian con dolor á Fivaller caminar hácia su muerte.

Así se presentó al monarca, y cuando este, asombrado ante aquel aparato de luto, le preguntó: ¿Quién sois?—Soy Barcelona, contestóle el conceller.

Este esplicó entonces al monarca lo qué era la ley en Cataluña y qué templo tenia la ley en Barcelona.

El rey insistió, se obstinó Fivaller. Ni dádivas ni amenazas lograron vencerle. Fernando cedió, pero salióse aquella misma noche de Barcelona.

Al llegar á Igualada tuvo que detenerse por enfermedad. Acababa de ser herido por la peste que asolaba á Cataluña. Otro de los privilegios de Barcelona era el de asistir á los de la familia real que enfermasen en el principado. Sabedores los concellers de la triste situacion del rey, determinaron cumplir con aquel privilegio como habian cumplido con el otro. Fivaller fué enviado junto al lecho del real enfermo.

Entonces fué cuando la municipalidad barcelonesa dió al mundo el mas raro ejemplo de lealtad, cuya memoria ha durado hasta nosotros conservada por la tradicion, y que no reconoce igual en los anales de municipalidad ninguna, pues de tal modo cumplió su encargo Fivaller, que curaba al rey con sus manos las llagas del contagioso mal y sorbíale con sus labios la podre de estas mismas llagas.

Así es, que agradecido el rey á accion tan heroica, nombróle al espirar, en un codicilo, albacea mayor, y le encargó la persona del príncipe y el cuidado de sus hijos y de sus reinos.

Este rasgo de héroe da una idea demasiado elevada y noble de nuestros antepasados, para que aqui se pudiera pasar en silencio. Es una escena sola, pero una escena que refiere toda la historia de un pueblo; es todo un drama con solos dos personajes: un rey y un conceller.

Prescindamos aun de averiguar si habia derecho ó habia error. Fivaller defendia en toda su libertad, en toda su independencia, lo que en su opinion

él creia ser su derecho ante la ley violada, y esto en presencia del poder, cara á cara con la voluntad real, á cuatro pasos del verdugo.

Debe ser, pues, señores, muy grande la historia de tales hombres que así se mantenian en pié ante tales reyes.

Y entiéndase que todo lo que acabo de decir, es no mas que un simple bosquejo, es nada respecto á lo que decirse puede y á lo que decirse debe. En este ligero bosquejo he tratado solo de hacer resaltar la importancia de nuestra historia, mirándola por el prisma de sus reyes, de sus héroes y de sus legisladores. Poco es, pero basta para el objeto que me he propuesto; basta para juzgar si debe ser grande el pasado de este pueblo, ilustre la historia de este país, que tenia héroes en el trono, gigantes en el campo y sacerdotes, sacerdotes de la ley en el parlamento.

Una palabra mas y concluyo este discurso, que es ya en verdad demasiado largo, y que puede que yo haya conspirado para hacerle difuso.

Esta palabra la reclamo para mí, y la reclamo porque quiero hacer constar, puesto que la ocasion es propicia, que en la cátedra que voy á abrir no cuento con mis conocimientos. Estos son nulos. Cuento solo con mis buenos deseos.

Deseo, sí, hacer constar los legítimos derechos que tenemos á la historia de las naciones, y al proclamarme cantor del pasado me proclamaré tambien, aunque conozca mi insuficiencia, profeta del porvenir. Del porvenir, sí, porque el cielo—mi corazon me lo dice y raras veces engaña el corazon—el cielo reserva altos destinos aun á Barcelona.

En el ínterin yo me contentaré con narrar su historia, y esto lo haré, señores, no por lucimiento, ni por orgullo, ni por vanagloria, sino por deber, por obligacion, por ley, porque así como el sacerdote se debe á sus altares y el soldado á sus banderas, el hijo se debe á su madre, y el ciudadano á su patria. — HE DICHO.

ÉPOCA PRIMERA.

CATALUÑA ANTIGUA.

PARTE PRIMERA.

CATALUÑA ANTIGUA.

LECCION I.

LOS CARTAJINESES.

Los doce pueblos que formaban la antigua Cataluña.—Cartago y Roma.—Régulo.—Amilcar.—La mujer de Régulo.—Los cartagineses en Laetania.—Los betulones.—Fundacion de Barcelona.—Desembarco de Scipion en Empurias.

SEÑORES :

Antes de comenzar el curso que vamos á emprender y en el que , desde ahora lo digo , yo no seré jamás un profesor , sino siempre un guia ; se me han de permitir algunas reflexiones generales , de las que ni puedo ni debo de ningun modo prescindir.

Procuraré ser breve.

La tarea del historiador tan difícil y tan delicada siempre, lo es mucho mas aun cuando trata de su propia patria. La imparcialidad, que es casi la primera condicion de toda narracion auténtica, está espuesta á sufrir grandes ataques por parte del amor patrio, y asi es que en un caso tal, permítaseme decirlo asi, la cabeza se halla en lucha abierta con el corazon. Esta imparcialidad, sin embargo, yo creo tener la suficiente fuerza de voluntad para mantenerla vírgen durante el transcurso de mis lecciones. Amo como el que mas á mi patria, acaso hago mas que amarla, la idolatro;—si no he tenido ocasion de demostrarlo aun, quizás llegue mas adelante el dia en que dar pueda esta prueba de buen hijo y de buen ciudadano:—esto no obstante, yo sabré prescindir de mi amor para hacer plaza á la justicia del historiador, á la severidad del crítico, á la imparcialidad del narrador.

Acabo de usar, señores, la palabra *historiador*, y acaso esta palabra no es la mas propia, puesto que no es el de historiador el nombre que me pertenece. Nó, no lo es, y diré porque.

No lo es en primer lugar, porque habrá dias que mis lecciones parecerán una novela. Sin embargo, protesto desde este instante y afirmo que nada novelesco hallará cabida en mis lecciones. Procuraré amenizar estas como pueda y nada mas. Si hay hechos que por sí solos son un cuadro, yo no haré mas que ponerle un marco al cuadro. Poetizar, dramatizar un hecho, no es mentir ni anovelar, como no es falsificar un pasaje histórico el que un pintor dé espresion á los rostros, color á los trajes y vida á las personas; como no es destruir un diamante rodearle de un cerco de oro.

Por otra parte, la historia grave, árida, seria, la historia que se nutre de las crónicas, y se alimenta de los pergaminos, y vive de los documentos; esta, me apresuro á decirlo, no se ha hecho para mí. Se necesitan para ella talentos que yo no poseo, estudios á que no me hallo en el caso de poderme entregar, y se necesita mas, se necesita la cabeza nevada de un anciano, no el corazon ardiente y entusiasta de un jóven.

No pretendo que mi curso sea una crónica, pero tampoco quiero que sea una novela; deseo que sea una narracion histórica y nada mas.

Es una noble, es una digna, es una santa mision la del historiador, y por lo mismo que es tan grande he retrocedido á su aspecto, como retrocedian los antiguos Celtas ante el escudo bruñido que estaba al umbral del bosque sagrado y que con sus rayos deslumbraba y ofendia á cuantos trataban de acercársele. Modestia á un lado, señores; para tan difícil tarea he dudado de mí, pero no he dudado al hacerme la reflexion de que el

pueblo vive casi tanto en su historia como en sus leyendas y en sus tradiciones.—Me he dicho por lo mismo que podia muy bien evocar los recuerdos de mi patria contando sus bellezas.

Se ha dicho,—y se ha probado,—nuestro tan ilustre como malogrado Piferrer es de ello una relevante muestra,—que se puede escribir la historia de una nacion escribiendo la de sus monumentos. Pues bien, si los monumentos son los libros de un pueblo. ¿por qué las leyendas no han de ser las páginas de estos libros?

Yo á lo menos asi lo creo, y como que asi lo creo, emprendo mis tareas de este modo y en esta forma. Tengo al hacerlo asi la conviccion de ser útil. Ni mas ambiciono, ni otra cosa espero.

Hay una necesidad que nadie podrá negarme : es la de que Cataluña se conozca, digámoslo asi, mas particular, mas íntimamente, con mas detalles de lo que se ha conocido hasta el dia.—La guerra de sucesion es un abismo que la separa de su antigua historia; la guerra de sucesion es el caos donde fué Cataluña á precipitarse y á perecer, impelida hácia él por la fatalidad, como impelido por el soplo de la tempestad va á estrellarse el buque en un bajo. Todo el pasado de esta vieja Cataluña, todo ese pasado rico de gloria y que Felipe V, señores, repudió como se repudia á un hijo ingrato, todo ese pasado es preciso que vuelva á aparecer á los ojos de los actuales catalanes que leerán en él grandes cosas desconocidas, grandes hechos portentosos, hijos de la fé, de la rectitud, de la conciencia de nuestros padres.

Y este pasado yo lo evocaré, señores, porque hemos llegado á una época en que es preciso que cada pueblo desentierre sus pergaminos como una simple familia, y trate de leer en la historia lo que ha sido para establecer y presentar su árbol genealógico; porque es preciso que cada pueblo conozca de donde viene para saber á donde va; porque es preciso, en fin, que cada pueblo esté persuadido, si lleva corona, que esta corona no oculta ninguna mancha, y que es tan pura la frente como la diadema que la ciñe.

Esto es, señores, lo que debia y lo que me tardaba decir. Libre ya mi conciencia de este ligero peso, pasemos á dar principio á nuestras lecciones.

He dado al presente curso el título de *Bellezas*, con el objeto de que pueda amenizarlo sin traspasar los límites prescritos por la severidad histórica. No dejaré que mi imaginacion divague por el terreno de la fantasía, pero me permitiré algunas frecuentes escursiones en el campo de la poesía y del drama.

No cumple á mi objeto arrojar una mirada por el mundo antiguo, ni averiguar entre el laberinto de controversias y el dédalo de opuestos pareceres á que ello ha dado lugar, si en efecto descienden los españoles, como se supone, del biznieto de Noé. Solo diré, y esto de paso, que el Asia es, segun las tradiciones de todos los pueblos, la que debe ser mirada como la cuna del género humano. Tres grandes razas salieron una tras otra del seno de tan fecunda madre, y fueron á depositar en las tres patres del mundo conocido la semilla de los futuros pueblos.

Fueron estas tres razas la *céltica*, la *teutónica* y la *slava*.

La raza céltica se esparció por la Europa como por un campo un rio salido de madre. Uno de los principales pueblos de esta raza fué el de los *Ibéricos*, que viniendo probablemente por el norte de Europa ocuparon tambien el norte de la península itálica con el nombre de *Etruscos*, el mediodia de la Galia con el nombre de *Aquitanos*, y en fin toda la península que fué mas tarde llamada *hispánica*.

Pero si la nacion toda fué ya desde un principio conocida con el nombre de *Spania*, nombre que recibió de los Fenicios, Cataluña tardó mucho en ser llamada y denominada así.

En el momento, señores, en que á traves de la noche de los tiempos, alumbrados por la antorcha de la tradicion y de la historia, subimos á sorprender á la antigua Cataluña en su estado primitivo, la encontramos dividida en pequeñas provincias, digámoslo mejor, en pequeñas repúblicas.

Nuestros estudios exigen que conozcamos los nombres de estas repúblicas y sepamos su demarcacion y límites.

Doce eran los pueblos que se repartian el antiguo principado: los *ceretanos*, los *russinos* ó *russiliones*, los *indicetes* ó *indigetes*, los *lacetanos*, los *laletanos*, los *sedetanos*, los *suesetanos*, los *cosetanos*, los *ilerjetes*, los *acetanos*, los *ilercachones* y los *ausetanos*.

Los *ceretanos* fueron lo que despues fué Cerdaña.

Los *russinos* lo que despues fue Rosellon.

Los *indigetes* ocupaban desde los Pirineos hasta Gerona y tenian por capital á la famosa Empurias, ciudad hoy enterrada bajo una sábana de arena y de la que apenas queda otra cosa que el recuerdo.

Los *lacetanos* ocupaban lo que hoy forman los distritos de Moya y Manresa y tenian por capital á esta última.

Los *laletanos* dominaban la costa de levante, el Vallés, el llano de Bar-

celona y el del Llobregat que era entonces conocido por el rio *rubricatum*. Los laletanos contaban en su recinto tres ciudades, *Blanda*, *Iluro* y *Betulo*, es decir, Blanes, Mataró y Badalona. Mas tarde contaron á *Barcino* que pasó á ser su capital. Los laletanos han sido llamados por algunos *Betulones*, es decir, del territorio de Bétulo ó Badalona, pero mi opinion es de que los betulones estuvieron sujetos siempre y formaron parte de los laletanos, no estos de aquellos.

Los *sedetanos* y *suessetanos* estaban por la costa del mar desde Ebro hacia occidente.

Los *cosetanos* tomaban gran parte del campo de Tarragona y tenian á esta por su capital.

Los *acetanos* eran los que tierra adentro confrontaban con los cosetanos é ilerjetes entrando en Aragon hasta Jaca.

Los *ilergetes* comenzaban en Aragon y entraban en Cataluña siguiendo el rio Gállego hasta encontrarse con el Ebro, y tomando á lo largo del Segre. Tenian dentro de sí á las ciudades de Urjel y Balaguer, y su capital era *Ilerda* ó Lérida.

Los *ilercahones* se estendian desde los cosetanos hasta los ceretanos. Su capital era *Ilercaosa* ó Tortosa.

Los *ausetanos* comprendian todo lo que es hoy las tierras de Vich y tenian por capital á esta ciudad que entonces se llamaba Ausa.

Tal era el pais que mas tarde debia llamarse todo junto Cataluña, tal era el pais que llegó á dar celos y envidia á los cartagineses, á esa nube de buitres salidos del corazon del Africa y que, al remontar su vuelo, hasta debia llegar á cubrir por un momento la luz del sol á la misma Roma.

Los cartagineses ocupaban ya en España la Bética ó Andalucía cuando, sabedores de que cerca de Empurias, en tierra de indigetes, se habian descubierto unas minas de oro y plata, decidieron estender sus conquistas y ocupar con sus ejércitos toda esta parte de España.

Las minas de oro y plata descubiertas por los empuritanos fueron pues el cebo que aqui atrajo á los cartagineses.

Y no es extraño. Aquellos hombres que mas tarde debian ir, guiados por Anibal, á poner sitio á Roma; aquellos hombres que debian saltar los Pirineos y los Alpes, esas dos gigantescas vallas, aquellos hombres ya entonces no conocian mas ley, mas culto, mas idolatria que el dinero. Y está bien cerca de su pérdida toda nacion ó todo pueblo que no tiene mas religion que el becerro de oro.

Amilcar llamado Barca, es decir, *el rayo*, fué el primer general cartagines que vino á Cataluña.

Es de saber, señores, que Amilcar tenia un odio profundo, un odio inconciliable, un odio eterno á los romanos. Estos tenian en Amilcar un enemigo que habia sabido comunicar á todo un pueblo su aversion hacia ellos, un enemigo irreconciliable que señalando á sus cuatro hijos pequeños acostumbraba á decir que criaba cuatro leoncillos para devorar á Roma.

Ahora bien, señores, la historia del odio de Amilcar es todo un drama, y este drama voy á contarlo. Lo he leído en un manuscrito lemosin y como lo he leído lo cuento. No pretendo salir garante de la verdad del caso.

Cartago y Roma, estas dos ciudades que bien puede decirse que cada una representaba una civilizacion, se habian encontrado ya un dia cara á cara. Cartago era la reina del mar; Roma la señora de la tierra. Cartago con sus colonos, sus marineros y sus negociantes pretendia la posesion del mundo; Roma con sus soldados, sus tribunos y sus labradores soñaba en el imperio universal. Cartago era un gobierno de mercaderes, Roma un pueblo de soldados. Cartago tenia mercenarios, Roma tenia ciudadanos. Cartago era la civilizacion africana, Roma la civilizacion europea. Las dos no cabian á un tiempo en el mundo que era ya casi demasiado estrecho para una sola. Estas dos naciones representantes de las razas de Cham y Jafet comprendian que la vida de la una era la muerte de la otra.

En una de sus contiendas, quiso la suerte de la guerra que Régulo, cónsul romano, cayese en poder de los cartagineses, mientras que Amilcar, que no era todavia el famoso general de mas tarde, quedaba en poder de los romanos con otro capitan cartagines llamado Bodostar.

Los africanos enviaron á Roma al mismo Régulo para invitar á sus ciudadanos á consentir en el canje de prisioneros, despues de exigirle el juramento de volver si no lo conseguia. Régulo fué en efecto á Roma, pero prefiriendo á su propia salvacion el interes público, aconsejó al senado continuar la guerra y dejar morir prisioneros á aquellos que no habian sabido conservar su libertad. En seguida, esclavo de su palabra, volvió á Cartago, donde le esperaba morir entre tormentos.

Compitiendo entonces Roma en barbarie con su rival, entregó á la venganza de la esposa de Régulo los prisioneros cartagineses. Esta, inconsolable por la muerte de su marido, ideó para castigar á los cautivos el refinamiento de la venganza. El dolor y la ira la convirtieron en hiena.

Empezó por encerrar á los prisioneros en un estrecho recinto donde se

vieron obligados á tener el cuerpo doblado como animales , y á estar cinco dias sin alimento. Bodostar sucumbió el primero rendido por la fatiga , por la desesperacion y por el hambre. Amilcar , cuya alma era grande y cuyo cuerpo era de hierro , se sostenia aun , y cada vez que asomaba la esposa de Régulo á una reja de hierro que alumbraba la cárcel , le decia :

—Mujer , mujer , devuélveme la libertad !

Pero siempre le respondia ella :

—Cuando me devuelvas á mi marido.

Esta cruel mujer no hizo caso ni de súplicas ni de lamentos. Amilcar , encontrando ya que era vergüenza el rogar tanto , se cruzó de brazos y esperó la muerte. Cinco dias mas estuvo el cadáver de Bodostar encerrado con Amilcar , y este no recibia mas alimento que el necesario para dejarle el conocimiento de su padecer. Los magistrados llegaron á tener noticia del hecho en el momento en que Amilcar se encontraba ya en la última estremidad , tanto por la horrible putrefaccion que exhalaba el cadáver de su compañero , como por las demas miserias de aquel inmundo calabozo. Las puertas de su cárcel le fueron abiertas á tiempo por orden del senado que castigó á la mujer de Régulo por su barbarie ; en cuanto á Amilcar fué devuelto á la libertad , así que estuvo restablecido.

Al partir le dijeron si queria ser aliado de los romanos.

Amilcar dió con el pié en el suelo con lo que levantó polvo , y contestó :

—Antes será Roma convertida en polvo como este , que yo sea amigo de los romanos.

Amilcar volvió á Cartago y de allí pasó á España donde ilustró su nombre con repetidas victorias. En la costa oriental de España , no lejos de Elche , á la misma orilla y en frente de la mas pequeña de las Pitiusas , habia hecho levantar una ciudadela sobre un tajado peñon que tenia por nombre *la peña blanca*. Desde este punto comunicaba libremente con Cartago. Alli tenia sus cuarteles , sus elefantes , sus municiones de boca y sus almacenes de armas ; desde alli enviaba anualmente á Cartago naves cargadas de caballos , armas , hombres y dinero. Sobre este peñasco alimentaba el odio á los romanos que habia hecho nacer en el corazon de su hijo Anibal.

En efecto , un dia que estaba haciendo un sacrificio á Júpiter , vió de pronto á su pequeño hijo Anibal ; tomóle de la mano , condújole al altar y sobre las víctimas le hizo jurar que seria eternamente enemigo de los romanos.

El niño no olvidó jamás su juramento. Antes al contrario, el odio le hizo hombre.

Acompañaba á su padre á todas las expediciones que siempre Amilcar llevaba á cabo con buen éxito. El general cartaginés, anidando como un buitre en lo alto de la *peña blanca*, se arrojaba de improviso como un buitre tambien sobre la llanura, y cargado siempre de botin y de riquezas se volvía á su guarida á proyectar otra expedicion y á amasar hiel y odio contra los romanos.

Cuando pasó á Cataluña, vino con él Anibal que revelaba ya en sus actos al futuro vencedor de Italia.

El dominio cartaginés es corto en Cataluña, pero basta para hacer conocer que ya habia en este pais un gérmen de independecia, pues que rebusaron sus naturales todo trato de amistad y de alianza con los africanos y se opusieron á su invasion con las armas en la mano.

Amilcar encontró á los que mas tarde debian llamarse catalanes muy audaces y atrevidos con el continuo ejercicio de las armas, rebeldes á la lisonja, indiferentes á las promesas, huyendo al yugo extranjero, nada codiciosos de riquezas, fieros solo y envidiosos de su independecia con cuyo respeto se envolvian como con una coraza sagrada.

Desconfiado el general cartaginés de poderlos amansar, deseando por otra parte escusar el rompimiento con ellos al mismo tiempo que deseaba darles muestras de pacífica amistad, determinó fundar una poblacion que llevara el mismo nombre que la gran Cartago de Africa. Echó pues los cimientos de su nueva fundacion, y Cataluña tuvo una segunda Cartago. Pasaba esto por los años 235 antes de Cristo.

Esta Cartago se llamó mas adelante *Cartago la vieja*, para distinguirla de *Cartago la nueva*, hoy Cartagena, que edificó despues el mismo Amilcar. Cartago la vieja es la que en el dia conocemos por Villafranca del Panadés.

Amilcar hacia la guerra hasta cierto punto y casi como caudillo independiente. Repartíase el botin en tres lotes, uno para los soldados, otro para el tesoro de los cartagineses y el tercero para él. Fundaba ciudades y fortalezas, firmaba tratados de paz y declaraba la guerra. ¡Quién sabe si habia en él un secreto designio! ¡quién seria capaz de decir si en lo profundo de aquel corazon, vivo por el odio á la raza de los romanos, se alimentaba el proyecto de sacudir un dia el yugo de Cartago, y dibujar en el siglo su arrogante figura, y entrar él, un hombre solo, en lucha

abierta con el poder de Roma! si tal era su designio, el destino no le permitió llevarlo á cabo, pero á lo menos empezó aquella guerra sin piedad y sin cuartel que debia Anibal continuar, Alarico proseguir y Atila terminar.

Fundada Cartago, teniendo en ella un refugio y un asilo, Amilcar manifestó sin rebozo sus planes, y aprovechando el primer momento de sorpresa, cojió desprevenidos á los naturales y paseó sus armas vencedoras y sus triunfantes señeras por toda la tierra que hay desde el Ebro al Llobregat.

Su intencion era ir avanzando hasta llegar al pié de los Pirineos donde los romanos tenian ciudades amigas y aliadas, y donde estaban las minas de oro y plata que habian descubierto los emporitanos y que proseguian siempre siendo el particular objeto de la codicia de Cartago.

Amilcar, teniendo ya sujeta toda la tierra de los cosetanos, atravesó el Llobregat y se entró por la Laletania pasándolo todo á sangre y fuego y encaminándose hácia el mar en cuyas aguas debian ya balancearse los bajeles que estaban dispuestos á ayudarle. Pero antes de llegar al mar, tropezó con un muro de hierro, es decir, con los betulones que le salieron al paso.

Los laletanos y los betulones no tenian ningun esperto capitan que les instruyese para la pelea, pero sin embargo habia en ellos hombres respetados por sus linajes y valerosos hechos de armas que servian de capitanes; por ellos se regian y gobernaban, y aunque no guardaban orden en el combate, combatian bien sin embargo porque sabian morir si no acertaban á vencer.

Amilcar sufrió grandes y terribles ataques de toda aquella gente decidida á defender á todo trance su pais, y á no permitir el paso á los cartagineses. Las vencedoras armas del enemigo de los romanos tuvieron entonces que inclinarse humilladas ante los hijos de Bétulo, y aquel puñado de gente indisciplinada y salvaje bastó por sí sola á detener á Amilcar en su triunfante camino.

Badalona. señores, esa poblacion hoy casi desconocida que yace á un paso de nosotros indiferente y olvidada; Badalona, esa villa que hace poco prendió nuestra ciudad á su diadema con un lazo de hierro; Badalona cuenta como una gloria de su pasado, haber, antes que Roma, vencido y humillado á Cartago.

Amilcar que con la obstinada resistencia de los betulones pudo apenas llegar hasta la orilla del mar, se vió obligado á detenerse. Era imposible pasar adelante. Los betulones habian aumentado sus filas con

mucha gente de la tierra, y Amilcar que habia ya probado lo que eran siendo pocos, juzgó lo que valdrian siendo muchos.

Sentó pues su real, orillas del mar, á la falda de un monte en cuya cima se elevaba un templo á Júpiter, y esperó la llegada de la flota que no debia tardar en aparecer y en traerle refuerzos al mando de su yerno Asdrubal.

Llegaron los bajeles que esperaba y con ellos la vida al real de Amilcar, pues que en tan grave apuro habian logrado poner al insigne capitan los betulones. que este habia ya casi perdido toda esperanza de salvacion.

Asdrubal le trajo refuerzos de gente, de armas y de dinero, y entonces Amilcar, con el doble objeto de elevar una fortaleza que pudiese abrigar á sus soldados de los ataques de los naturales y de hacer un puerto cómodo y seguro para los bajeles cartagineses, echó en su propio real los cimientos de una ciudad que su hijo Anibal debia terminar y engrandecer, y que, perenne y eterno monumento de gloria, debia á traves de las edades y de los siglos llevar siempre como un título de honor el nombre de las Barcas cartagineses.

Para resistir á los naturales era débil el campamento de Amilcar. Rodeóle pues de murallas y de torres.

Los betulones vieron con asombro y como si hubiese brotado del suelo, aparecer una ciudad en lugar del real de los cartagineses.

Esta ciudad fué llamada Barcino: Amilcar quiso que su nombre participara del que á él le habian dado sus triunfos y sus victorias.

Barcino brotó en un campamento naciendo de la guerra. Por la guerra debia crecer, por la guerra dominar, por la guerra ser señora y reina.

Aun no estaba terminada Barcino, cuando Amilcar tuvo que partir precipitadamente á la Bética por la rebelion de algunos pueblos que habian sacudido su yugo. Dejó pues á Anibal al frente del ejército, y el futuro gran capitan, el precursor de Atila, fué el que acabó de edificar la ciudad de Barcino que pasó á ser en seguida cabeza de los lalitanos pueblos. Fué esta fundacion por los años 227 antes de Jesucristo.

Amilcar murió en una refriega que tuvo con los pueblos rebelados, y su yerno Asdrubal pasó á ocupar su puesto en el mando del ejército, pero poco despues la espada de mando se escapaba á su vez de sus vacilantes manos y era empuñada por Anibal que no habia olvidado el jura-

mento de odio á los romanos prestado á su padre sobre la humeante sangre de las víctimas y ante el ara sacra de sus dioses.

Así pues, en seguida que hubo sucedido á su padre y á su cuñado en el mando de los ejércitos de España, Anibal lo primero que hizo fué incendiar á Sagunto, ciudad amiga de los romanos, para tener un pretexto de romper con Roma.

Esta se irguió como una serpiente que siente pisada su cola, y envió embajadores á Cartago para que le fuera entregado Anibal. El senado se negó. Entonces adelantándose el mas anciano de los embajadores, presentó su manto doblado y dijo con orgullo.

—Traigo aquí la paz y la guerra, cual de las dos elejís?

—Elige tu mismo, le contestaron desdeñosamente los cartagineses.

El embajador soltó los pliegues de su manto y sacudió la guerra. Todo se preparó entonces para el combate á muerte.

Por última vez, eligiendo el mundo por palenque, Cartago y Roma se iban á encontrar cara á cara.

Entonces fué cuando Dios que apresuraba la obra misteriosa, Dios que habia puesto á Roma enfrente de Cartago, colocó á los Scipiones enfrente de los Barcas.

Cuando Anibal pasando los Pirineos y los Alpes entraba en Italia, el primero de los Scipiones, atravesando los mares, desembarcaba en Cataluña.

Anibal era el rayo lanzado por Cartago y caído en el seno de los estados de Roma: Scipion era el dardo inflamado que Roma habia dejado caer en el seno de los campamentos de Cartago.

Empurias, la capital de los indijetes, fué la primera que vió el ejército romano.

Ya tenemos pues, señores, á los romanos en Cataluña. En nuestra próxima lección, veremos lo que hicieron aquí esas águilas del Tiber, esas águilas, señores, que si tuvieron en los cartagineses su capitolio, debían tener su roca tarpeya en los bárbaros.

LECCION II.

LOS ROMANOS.

Anibal.—Teolongo Bachio.—Cartago y Roma.—Scipion.—Mandonio é Indibil.—Ilerjetes y cartagineses.—Los Scipiones.

SEÑORES :

Nuestra primera leccion se terminó en el momento en que Anibal, sucesor de su padre Amilcar en el mando del ejército, pasaba á Italia, y en el momento en que Neyo Scipion enviado por los romanos llegaba á Empurias.

Dejamos pues, como quien dice, á romanos y á cartagineses frente á frente, es decir á las dos civilizaciones europea y africana cara á cara.

No es propio de este lugar decir como llevó á cabo Anibal la atrevida y colosal empresa que acaso no se comprendería si de nuestros dias no se hubiese visto ejecutar la misma á Napoleon, el Anibal moderno; ni pertenece á nuestro asunto seguir en su marcha á aquel ejército expedicionario que hubiera acaso acabado por borrar hasta el nombre de Roma de la memoria de los vivientes, si el ardor guerrero de los soldados no hubiese muerto ahogado por los lúbricos besos de voluptuosas cortesanas en las orjias y en las saturnales de Capua.

Solo un detalle de esta expedicion referiremos y este aun porque á nosotros nos atañe.

Al proyectar Anibal su marcha á Italia, decidió llevarla á cabo, segun cuentan nuestras crónicas, atravesando la Laetania y el pais de los indijetes. De la Laetania formaban parte los pueblos betulones que, segun vimos en nuestra primera leccion, tan obstinada resistencia presentaron á Amilcar.

No menor la habia de encontrar Anibal

Los ascendientes de los que mas tarde debian formar el principado de Cataluña, tenian una aversion decidida al yugo de los cartagineses, y de esta aversion nació su simpatía para los romanos. Es muy natural. Los romanos eran enemigos de sus enemigos: se hicieron pues naturalmente aliados de los romanos y, sirviendo sus propios intereses, sirvieron á los de sus aliados.

Anibal encontró pues la Laetania erizada de enemigas lanzas, y al llegar á Barcino, la ciudad que su padre y él habian edificado y que él y su padre habian tenido que abandonar por exigirlo asi sus intereses de la Bética, al llegar á Barcino, repito, la encontró en poder de sus enemigos que habian hecho de ella una fortaleza para impedir su paso.

Aleccionandos los betulones con las refriegas que sostuvieran con Amilcar y convencidos de lo importante que era tener en la guerra á un esperto capitan que supiese llevarles al combate, habian nombrado por su general ó gefe á un hombre principal llamado Teolongo Bachio, el que no solamente se habia declarado amigo y parcial de los romanos, sino que tambien ante el ara de sus dioses habia jurado guerra eterna á Anibal, exigiendo igual juramento de todos los que se presentaban á alistarse bajo sus banderas. Este hombre por lo que he podido rastrear á través del laberinto de nuestras crónicas, era de Blanda y gefe tan esperto como decidido y valiente.

Laletanos, indijetes y betulones todos estaban á sus órdenes y obedecian sus mandatos.

Una de las primeras disposiciones de Teolongo habia sido la de apoderarse de Barcino, en la que dejara Anibal al partir de ella una débil guarnicion cartaginesa. Allí era donde tenia Teolongo sus cuarteles, sus almacenes; de allí era de donde dictaba sus órdenes á toda aquella fiera y salvaje, pero fiel y leal multitud que participaba de su odio contra Anibal.

Este, que venia con un poderoso ejército, no tardó en forzar el paso, á pesar de la heroica resistencia de Teolongo y de los suyos; pero el próximo vencedor de Italia tuvo que sufrir mucho de la desesperada obstinacion con que defendieron los naturales el suelo que no querian ver manchado ni con las huellas siquiera de los ejércitos cartagineses.

Anibal se abrió paso como se lo abre el rayo á traves de las apiñadas nubes, y llegó á los Pirineos no sin ser siempre molestado por Teolongo y los suyos que le ocasionaron notables pérdidas en sus filas.

Dejemos ahora á Anibal continuar su marcha. Ya he dicho que no debíamos seguirle en su gloriosa pero tambien infausta expedicion.

En cuanto á Teolongo ¿qué se hizo de él? volvió á Barcino? continuó siendo gefe del ejército que habia reunido para oponerse al paso de Anibal? Esto es lo que no se sabe, esto es lo que nuestras crónicas ignoran.

No se tiene de él otra noticia sino la de que mas tarde los habitantes de Blanda le dedicaron una estatua para perpétua memoria de las proezas que obró en aquella ocasion, y en agradecimiento de lo que trabajó por la república romana su amiga y confederada.

El nombre de Teolongo, del héroe laetano, vuelve á hundirse en la oscuridad de donde habia salido. Brilló un momento como un meteoro; como un meteoro se apagó sin dejar mas que su memoria.

Mientras que Anibal pasaba á Italia, Neyo Scipion llegó á Empurias con una gran flota de buques romanos y con un ejército bastante numeroso dispuesto á arrojar de España á los cartagineses.

Neyo Scipion fué recibido como un amigo, aun mas, como un salvador

Es que se presentaba con el carácter de aliado.

Aquí se me hace preciso, señores, permitirme algunas reflexiones que me parece vienen muy al caso, y que contribuirán no solo á hacer comprender el verdadero carácter de las dos grandes naciones á cuya lucha asistimos, sino el de nuestro pais que, aliado alternativamente de los romanos y de los cartagineses, representa un interesante y grandioso papel en la historia de esta lucha. Las reflexiones que voy pues á permitirme, presentan tan mayor interés, cuanto que sin su auxilio no se comprenderia acaso la verdadera índole y el comportamiento del pais que tuvo que ser teatro de tan sangrienta lucha.

Es pues de saber, señores, que Roma, cuya perseverancia era in-

domable, vivia de la guerra, mientras que Cartago, cuya tiranía era absoluta, vivia del comercio. La avaricia y la codicia hacian á los cartagineses atropellar por todo y no respetar nada, el cálculo y la ambicion hacian á los romanos permitirlo todo y respetarlo todo. Cartago al apoderarse de una nacion la unjia á su carro como esclava; Roma al sentar su pie en un pueblo lo enlazaba á sus intereses como aliado. Cartago al sujetar á una nacion le imponia sus leyes, con sus leyes su religion, con su religion sus ritos, sus execrables ritos; execrables sí, pues, que Cartago en toda su religion veia dominar imágenes sombrías y feroces, supersticiones bárbaras y salvajes que degradaban las almas: su religion era el espejo de su carácter avaro y sombrío hasta la crueldad; eran entre los cartagineses no solo permitidos los sacrificios humanos, sino que hasta, segun las circunstancias, se degollaba sobre el ara de sus dioses á los seres y personas á quienes mas se queria; á la vista de la divinidad se prostituian las doncellas y el dinero con que se compraba su honra servia para pagar su dote. Roma al contrario, tenia una religion enteramente distinta, que distaba mucho de ser tan bárbara y disoluta, y esta religion se guardaba bien de imponerla; Roma, por sistema y por índole, dejaba á los pueblos que sujetaba su religion, sus leyes y sus costumbres. Su tarea, como dijo el gran poeta romano, debia cifrarse solo en imponer la paz, en perdonar al rendido y en abatir al soberbio. Cartago, cerrando su alma á toda emocion generosa, queria los pueblos como un instrumento; Roma, abriendo su corazon á toda idea grande, no queria de un pais mas que el influjo político. Cartago ambicionaba comarcas para ser mas rica; Roma deseaba pueblos para ser mas grande. Cartago exijia impuestos y tributos, queria oro y sangre; Roma favorecia en los demas paises la industria y el comercio á que nunca habian querido dedicarse sus ciudadanos. Cartago era pues un látigo que azota; Roma una mano que acaricia. Cartago pretendia un vasallaje absoluto; Roma se contentaba con un simple homenaje. En una palabra, señores, Cartago era el monopolio, Roma la libertad; Cartago la abyeccion, Roma la gloria.

¿Qué sucedia pues con esto? qué es lo que resultaba de tan opuestos caracteres? Sucedia que Cartago en lugar de tener un pueblo sumiso de esclavos, tenia un pueblo de rebeldes; mientras que Roma que empezaba por hacerse un pueblo de aliados, acababa por tener un pueblo de súbditos: resultaba que Cartago que lo imponia todo, se encontraba al fin con

que no haba impuesto nada; y que Roma que no imponia nada, se hallaba al cabo con haberlo impuesto todo.

Hecha esta explicacion, señores, explicacion que he creido no solo necesaria sino indispensable, ya se comprenderá facilmente como la antigua Cataluña se apresuró á abrir sus brazos á los romanos. Muchos sanguinos que se habian escapado á la ruina de su patria y vivian retirados en varios pueblos, temerosos siempre de los cartagineses, acudieron al real de Scipion que los recibió con afabilidad y cariño proveyéndoles de todo lo necesario. Casi todos los pueblos que habia en la marina desde el Pirineo y Rosas hasta el Ebro, se apresuraron á solicitar la amistad de Scipion, y públicamente se hicieron de la parte de Roma, admitiendo banderas y guarniciones de romanos en sus recintos. Tarragona, mas llena entonces de honor que de pueblo, fué la primera en brindar con su amistad al romano cónsul. Gerona, despues de Empurias, le admitió y hospedó dentro de sus murallas, Lérida le dió arras para atestiguar su apoyo y simpatía, Atanagria y Ausa, es decir, Manresa y Vich, se ofrecieron á pagarle cierto tributo para subvenir á las necesidades de la guerra. Aquí es preciso decir, puesto que tropezamos con ciudades de cuya fundacion no hemos hablado, que Tarragona fué, segun opinion, fundada por Tubal, nieto de Noe; Gerona por Gerion séptimo rey de España y su primer tirano; y Lérida ó Ilerda por una de las bandas de gente advenediza, vagabunda y aventurera de que habla Plinio.

Scipion, pues, viendo que cada dia aumentaba sus buenas relaciones y tratos con los pueblos de mas adentro de tierra y con los de la montaña, que eran gente mas feroz y brava que la de la marina; viendo que se conciliaba verdaderas amistades reclutando á cada paso armas, banderas y capitanes, con lo que crecian el ejército y la parcialidad romana en número y poder; Scipion, digo, decidió pasar á Tarragona con su flota, y fondeó por primera vez en aquella ciudad á la que tanta gloria y tanto brillo estaban reservados.

Tarragona, que mas tarde debia ser ilustre cabeza de la España tarraconense, fué elegida por Scipion como su corte y capital.

Hanon y Asdrubal, gefes de los ejércitos de Cartago, no dejaron de ver con asombro acercarse á Scipion, robustecido su poder con el auxilio de casi todas las provincias de Cataluña.

Decidieron pues presentarle batalla y se adelantaron hácia Siso que mas tarde fué Segur. Scipion, que no queria hacerse esperar, les sa-

lió al encuentro. Trabóse la batalla que fué, al decir de los historiadores, muy cruel y sangrienta, y terminó con la derrota completa del ejército cartaginés y la victoria decisiva de las águilas romanas.

Esta jornada, tan gloriosa para las armas de Scipion, abrió la puerta á otras no menos brillantes y encabezó una serie de portentosas hazañas que tiene el lujo y la poesía de una odisea.

Hay para mí, señores, una cosa exacta, clara, inconcusa. Es la opinion que tengo formada sobre el carácter catalan. Esta opinion es la que trataré de comunicar para mayor claridad de las relaciones sucesivas.

Los catalanes han guardado siempre en su corazon, y lo han guardado inestinguible y eterno, como el ara sacra de Vesta el fuego de los misterios, un gérmen de independecia y libertad, que ha podido algunas veces debilitarse pero nunca extinguirse. Los catalanes han mirado siempre como de primera necesidad y han tenido siempre como primera ley la libertad de su patria. Y esto lo han heredado ya de sus ascendientes, de aquellos que aun no se llamaban catalanes, pero que debian ser padres de los que estaban destinados á tener un poema por historia.

Esta inclinacion natural é inestinguible fué la que, mañeros y astutos, decidieron avivar los cartagineses para que sirviera á sus planes.

Comprendieron los africanos que Scipion era invencible si no abrian á sus pies un abismo en que pudiera caer un dia; comprendieron que pues con Scipion estaban el valor y la gloria, con ellos debian estar la rateria y la astucia.

Tendieron en consecuencia sus redes y tuvieron sus planes un feliz éxito.

Dos hombres existian entonces que eran los que mejor podian elegir los cartagineses para juguete y para servir inocentemente á sus secretos designios. Estos dos hombres eran generosos, francos, valientes hasta dejarlo de sobra, pero ambiciosos hasta no poder mas. Se llamaban el uno Mandonio y el otro Indibil y eran dos hermanos, de sangre y de raza real como que habian nacido junto al trono.

En efecto, el trono de los ilerjetes pertenecia de derecho á Mandonio el hermano mayor, pero habiendo visto usurpado su puesto por un deudo, se retirara á las montañas de Aragon donde vivia indiferente al parecer y al parecer resignado, aguardando una ocasion en que poder hacer valer sus derechos y conquistar sus estados.

Esta fué la ocasion que trataron de procurarle los astutos cartagineses.

Mandonio no vivia sin embargo tan aislado y retraido de los negocios, que no tuviera secretas inteligencias y hasta públicas simpatías en toda la comarca ocupada por los ilerjetes. Los cartagineses lo sabian. Solicitaron pues su amistad, y para obtenerla firme y duradera, proyectaron enlazar á su hermano Indibil con una jóven cartaginesa de singular hermosura que era parienta de Anibal. Indibil, jóven fogoso y ardiente, acostumbrado á no refrenar jamás su corazon, cayó en el lazo. Vió á la jóven y se enamoró perdidamente de ella. Efectuóse pues la boda.

En el interin, los cartagineses por medio de sus secretos aliados empezaron á sembrar en todos los pueblos amigos de los romanos máximas é ideas que debian producir su fruto. Despertaron en el dormido corazon de los naturales ese gérmen de independencia de que he hablado antes, y procuraron hacer comprender que los romanos solo se habian presentado como aliados para titularse mas tarde señores; que solo habian tomado el nombre de amigos para introducirse y acabar como tiranos.

Al decir esto, acaso tenian razon. Ya sabemos, en el rápido bosquejo que antes hemos hecho, cual era la política romana.

De todos modos fué fácil hacerlo creer todo á aquellos corazones sencillos y entusiastas, que así como los cartagineses no tenian mas religion que el oro, y los romanos mas religion que la gloria, ellos, á su vez, no tenian mas religion que la independencia de su patria.

Cuando los cartagineses conocieron que tendrian muchos partidarios las ideas de libertad el dia en que un guerrero valiente y simpático tratase de personificarlas en él, decidieron dar el golpe.

Pero ya este golpe, sirviendo sin saberlo los intereses de sus enemigos, lo habian adelantado Leonero y Amusito, régulo este de Ausa y aquel de Atanagria. Estos dos reyezuelos cegados por la ambicion, que acostumbra á ser mala consejera, soñaron desde el seno de su impotencia en el imperio de España, y Scipion que entonces estaba en Empurias, á donde habia vuelto mientras se reparaba y engrandecía por su orden á Tarragona, Scipion juntó su ejército y marchó á ahogar aquel conato de rebellion y á sentar su planta sobre aquellas dos orugas que se alzaban silvadoras creyéndose serpientes.

El cónsul romano deteniéndose primero ante Atanagria, la asaltó, la tomó y la hizo asolar y arrasar toda, quedando el siito como si jamás hubiese en él existido poblacion. Por esto luego aquel miserable sitio fué llamado

Manurasa, tomando la ciudad al ser reedificada el nombre primero de *Manurasa* y despues de *Manresa*.

De alli Scipion pasó á Ausa que tuvo que sufrir la misma suerte.

Ausa quedó destruida y solada, no permaneciendo en pié mas que una calle de sus arrabales, de donde se originó el decirse *Vicus ause*, como quien dice Vich, ó calle quedada de la destruccion de Ausa. Cuando el sitio se volvió á poblar y junto á esta calle se alzaron otras, la poblacion tomó el nombre de Vich, repudiando su anterior nombre de Ausa.

Esta medida que Scipion se vió obligado á tomar para estirpar en su fuco la rebelion, fué generalmente mal recibida por todos los pueblos. Los cartagineses se vieron pues protegidos en sus secretos planes por el mismo general de los romanos. Es así. Exasperados con esto los ánimos de muchos naturales, abandonaron las banderas vencedoras de los romanos, y desde aquel instante, no el partido cartagines, sino el partido nacional, digámoslo así, se encontró reforzado secretamente con el apoyo de muchas voluntades

Mandonio, el príncipe de que he hablado, tenia á las ciudades de Ausa y de Atanagria como suyas, pues que precisamente estaba en secreta inteligencia con sus dos regulos Amusito y Leonero, y era tambien donde acaso alimentaba su parcialidad mas simpatias.

Al llegar pues hasta el corazon de las montañas, donde estaba retirado, el grito de muerte lanzado por Ausa y Atanagria, Mandonio contestó con un rugido de dolor y de desesperacion, y poseido de un arranque repentino, llamó con voz ronca á su hermano.

Su hermano se presentó. Ya sabemos que Indibil era adicto á los cartagineses con una de cuyas damas se habia casado, enlazándose por su esposa con la familia de Anibal.

La tradicion nos ha conservado la conversacion de los dos hermanos.

—Indibil, hermano mio, —le dijo Mandonio, —dime que harias si un ladron ambicioso y atrevido penetrara en tu morada y te robara violentamente dos de tus mejores joyas?

—Le mataria, —contestó sin vacilar Indibil.

— Pues bien; un hombre á quien los romanos llaman Scipion, ha penetrado en nuestro pais, ha incendiado y pasado á saco nuestros pueblos. ha arrasado las ciudades de Ausa y Atanagria. ¿Qué merece ese hombre?

— La muerte, —volvió á contestar Indibil con la misma firmeza.

— ¿Qué merece el ejército de infames que conduce tras sí como un rebaño?

—Ser exterminado como la yerba ponzoñosa que crece en los campos y la cual se quema para que de ella no quede rastro.

—Bien dicho, hermano, — exclamó entonces Mandonio; — reconozco en tí mi sangre.

El príncipe de los ilerjetes se dirigió á un rincón de su estancia, tomó un jarro lleno de vino, vertió parte de él en una copa de plata groseramente labrada y volviendo hacia su hermano le presentó la copa.

Esto, según la costumbre de aquellos tiempos, quería decir que le nombraba general de sus ejércitos y que podía por lo mismo declarar la guerra según y con la fórmula que se usaba.

Indibil lo comprendió, se acercó á su vez á un rincón, tomó una especie de chuzo de forma extraña que mas tarde debía ser el arma favorita de los almogavares, y empuñándolo con la mano izquierda, asió con la derecha la copa que le presentaba su hermano.

En seguida se salió de la morada donde estaban, y cuando se encontró en el campo y al aire libre, seguido de Mandonio y delante de algunos de sus deudos y amigos, se volvió hacia el sitio del horizonte donde estaban Ausa y Atanagria, y exclamó con robusta voz y claro acento, teniendo bajo el chuzo y levantando en alto la copa:

—Porque el pueblo romano y los guerreros de esta nación han osado hostilizar al pueblo de los ausetanos, aliado y súbdito del príncipe de los ilerjetes, y porque el príncipe de los ilerjetes ha ordenado la guerra contra el pueblo romano, el pueblo de los ilerjetes y yo declaramos y haremos la guerra al pueblo romano.

Concluidas estas palabras apuró el contenido de la copa, guardando solo algunas gotas de vino que arrojó al suelo pisándolas después y borrándolas con su planta, como queriendo suponer que lo mismo haría con la sangre de los romanos, es decir, que se la beberían sus huestes y que la que cayese en el suelo sería borrada para que ni siquiera conservara esta mancha de la dominación romana.

Hecho esto, dejó la copa, pasóse el chuzo á su mano derecha y volviéndose hacia el sitio del horizonte donde estaba Tarragona, la ciudad elegida por Scipion para su morada, continuó:

—Porque tú, Scipion el romano, has entrado á saco los pueblos aliados del príncipe mi hermano, y has incendiado los hogares, y has vertido la sangre de nuestros hermanos en las calles de las ciudades; yo, Indibil, hermano del príncipe de los ilerjetes, te juro un odio eterno á tí y á tu ra-

za, y no habré yo ni ninguno de mis hijos reposo, ni tampoco los hijos de mis hijos, hasta que cada uno de mi raza, como yo haré contigo, le haya sacado á uno de los tuyos las entrañas, y quemándolas en el ara de los dioses haya luego arrojado las cenizas á los vientos para que hagan estéril la tierra donde caigan.

Dijo, y poniendo su chuzo á manera de dardo arrojadizo lo lanzó con tanta violencia como pudo hácia el sitio donde se elevaba Tarragona.

Con esta ceremonia quedaba declarada la guerra. No podia ya retrocederse.

Inmediatamente Indibil hizo partir hácia diferentes puntos á varios hombres cubiertos de pieles, de aspecto salvaje, empuñando su mano una lanza corta y llevando unas trompas de cobre que delineaban en espiral un ancho círculo sobre su cabeza y que despedían, cuando se las aplicaban á los lábios, un sonido ronco, duro, espantoso, análogo completamente á la circunstancia terrible que espresaba.

En efecto, estos hombres eran los encargados de ir reuniendo los pueblos al son de su trompa para conducirles á los pies del general que debia ponerse al frente de ellos y comenzar la guerra.

Al mismo tiempo que estos hombres, partia tambien un mensajero en direccion á Cartago nueva ó Cartagena para manifestar á Asdrubal lo que pasaba, y solicitar el socorro que ya el general cartaginés tenia prometido á su deudo Indibil para el dia en que él y Mandonio declarasen la guerra á los romanos.

Mientras que esto tenia lugar, Scipion, vuelto á Tarragona, se embarcó en su flota y se hizo á la vela saliendo al encuentro de la armada cartaginesa que venia á intentar un desembarco en Cataluña. Encontróse con ella á cinco leguas de la boca del Ebro y la venció derrotándola completamente.

Animado por esta victoria, pasó adelante con intencion de sorprender á Cartagena. Consiguiólo. Llegó á la ciudad de la que estaba ausente Asdrubal, saltó en tierra en sus contornos, la sitió y mantuvo el sitio con mucha perseverancia hasta que una noche dió un asalto y se apoderó de la plaza entrándola á fuego y sangre, saqueándola y envolviéndola con un cinturón de llamas. Rico y victorioso se volvió á sus galeras y dió triunfante la vuelta á Tarragona.

Asdrubal, pues, recibió al enviado de Indibil entre los escombros humeantes aun de Cartagena.

Furioso de cólera, sediento de venganza, el general cartaginés renovó al embajador la promesa de proteccion y auxilio que hiciera á Indibil, y para mayor seguridad dió en el acto la órden de que se pusiera en marcha su ejército para pasar el Ebro y que, combinado con el de Indibil y Mandonio, cayera sobre Tarragona que deseaba destruir y asolar como hiciera Scipion con Cartagena.

Vuelto á Tarragona, mandóla Scipion cercar de nuevas fortificaciones y adornar de nuevas bellezas con el oro que habia recogido en su última y gloriosa campaña.

Asi que la bocina de guerra de los ilerjetes hubo despertado todos los ecos de las montañas; asi que, como una ráfaga de cercana tempestad, trajo el cierzo de los montes envueltos en sus pliegues los primeros roncacos acentos de la guerrera trompa hasta las tiendas de Scipion, este se dispuso á la lucha y al combate y sacó su ejército de Tarragona.

Salió al encuentro de Indibil, que á el venia con poderoso ejército, para aborrrarle la mitad del camino. Indibil que esperaba el socorro de Asdrubal, no se decidia á presentar batalla. En vano retardó; tuvo por fin que aceptarla y fué derrotado y vencido.

Al retirarse otra vez á las montañas para rehacerse con los pocos que vivos le habian dejado las armas de Scipion, supo porque Asdrubal no habia llejado á tiempo.

Un ardid de Scipion era la causa de todo.

Al saber el general romano que Asdrubal venia en apoyo de Indibil, valiése de la traza de hacer que unos celtíberos que poco antes se le habian confederado, intentasen un avance hácia Cartagena con intencion de apoderarse de ella. Asdrubal que estaba ya junto el Ebro, tuvo noticia de la marcha de los celtíberos, y temiendo por su capital que podia otra vez ser víctima durante su ausencia, retrocedió dejando á sus amigos en lo mas apurado del lance.

Asi eran los cartagineses y bien los conocia Scipion. Egoistas lo primero de todo. Antes que nada su interés.

Conseguida esta nueva victoria, volvió Scipion á Tarragona donde ya le estaba esperando su hermano Publio Cornelio que habia llegado trayéndole un poderoso socorro de parte del senado romano.

Lo que entonces hicieron los dos hermanos Scipiones, está consignado en cien crónicas y nos lo recuerdan cien monumentos que, arrostrando la ira de los siglos, han llegado casi intactos hasta nosotros.

Fué un lujoso período de brillantes hazañas para las águilas romanas.

Empezaron por destruir á Cartago la vieja que reedificaron con el nombre de Villafranca; encontraron á su paso á Rubricata — que se supone si estaría donde hoy Olesa — y solo dejaron su nombre por memoria; dieron sobre Sagunto y la tomaron; entraron á saco Turdeto — hoy Teruel, — fundaron Valencia, cambiaron el nombre de Barcelona en el de Favencia para no dejar ni rastro en ella del dominio cartaginés, y en medio de todo este torbellino de empresas gigantescas, en medio de un sin número de batallas ganadas, con lo cual aumentaban el crédito de su fama, vemos á los Scipiones retirarse de cuando en cuando á reposar á Tarragona, su ciudad favorita, á la que engalanaban con ricas joyas durante sus horas de ocio, como un amante se entretiene en tejer coronas de flores para su amada durante sus horas de ventura.

Pero tocaba ya á su término la gloria de los Scipiones; su tarea de gigantes se habia llevado á cabo.

Un día la bocina de guerra de los ilerjetes volvió á retumbar en las montañas y á su eco despertaron los que dormían retirados en las cavernas, y á su voz se lanzaron al valle, guiados por Indibil y Mandonio, todos los que se hallaban en estado de manejar un arma.

Indibil ansiaba vengar su derrota; ansiaba cumplir también su juramento.

El odio y la venganza le volvían á lanzar al campo de batalla, y ya las cosas se habían puesto de un modo tal y habían tomado un tal aspecto, que era su suerte la suerte también de Cataluña.

Es que aquella guerra que al principio fuera en parte por defender el partido de los cartagineses, acababa por ser la primera que los catalanes hacían en nombre propio contra los romanos.

¿Cómo perdió después esta alianza Scipion? ¿cómo algunos pueblos que tan amigos se le mostraban al principio, se rebelaron contra él? ¿cómo los catalanes, tan adictos á las águilas romanas, dejaron luego de favorecerlas, y aun más, les fueron en gran parte contrarios? ¿cómo, en fin, de amigos se hicieron enemigos, y la guerra que había comenzado contra los cartagineses acabó por ser contra los romanos?

Hé ahí, señores, lo que ninguna crónica explica claramente y lo que yo sin embargo me he esforzado en demostrar en mi lección de hoy proponiéndome completar mi tarea en mi lección próxima.

LECCION III.

SCIPION Y SERTORIO.

Muerte de los Scipiones.—Scipion el joven.—Muerte de Indibil y Mandonio.—Division de España.
—Tarragona.—Desafueros de los pretores.—Sertorio.—Pompeyo.—Muerte de Sertorio.

SEÑORES:

Nuestra leccion de hoy que será en su primera parte como un corolatorio ó por mejor decir como una esplanacion de la anterior, debe empezar recordando ciertas palabras que acaso aun no habrán tenido tiempo de borrarse de la memoria de los que las oyeron.

Dijimos al final de nuestra leccion, hablando de Indibil, que al presentarse por segunda vez en el campo de batalla, dispuesto á arrostrar un nuevo combate con el poder de Roma, ya las cosas se habian puesto de un modo tal y habian tomado un tal aspecto, que venia á ser su suerte la suerte tambien de Cataluña.

Esto merece una explicacion, y me apresuro á darla.

Algunos historiadores, enemigos acaso de nuestra patria, y algunos cronistas que no se han entretenido en estudiar las causas para juzgar con mas acierto de los efectos, han dicho al llegar á la época á que hemos llegado ya nosotros, que no veian en los catalanes mas que una movilidad suma tocante á sus resoluciones; pues tan pronto fueron amigos como enemigos de los romanos.

Yo, pues, ya que la ocasion se me ofrece, voy á vindicar de semejante inculpacion á los catalanes.

Y entiéndase, señores, que al decir catalanes ó al decir Cataluña, uso solo de este nombre, como antes que yo han hecho algunos cronistas, para indicar solo aquellos pueblos que habitaban lo que hoy es Cataluña. No hay otro modo de espresarse hablando de ellos en conjunto.

Decia, pues, que no se debe culpar á los catalanes ni de varios ni de inconstantes. La política romana se habia hecho amigos á los pueblos, y estos la prestaron sincero y leal apoyo en su primera guerra contra los cartagineses. Así lo hemos visto á la llegada de Scipion á Empurias donde fueron á unírsele muchas familias y á darle pruebas de amistad y alianza muchas villas. Quien particularmente se esmeró en brindarle con su confederacion, fué el pais de los ilergetes, cuya capital Ilerda ó Lérida, no vaciló en darle arras para atestiguarle su apoyo y simpatía.

¿Cómo fué, pues, que repentinamente veamos á esos mismos pueblos agruparse bajo las banderas de Indibil y Mandonio y pelear contra los romanos, sus antiguas aliados? Cómo fué que los ilerjetes los primeros, es decir los mas adictos á Roma, levantaran con mas empeño y pertinacia pendon contra los Scipiones? Cómo, en fin, al lanzarse Indibil segunda vez al campo de batalla, le vemos en cierto modo reasumir en él el destino y porvenir de Cataluña?

Cómo? Voy á decirlo, señores.

Al presentarse los romanos, los catalanes no vieron en ellos mas que unos amigos, unos aliados, unos salvadores, unos hombres francos, leales y generosos, que acudian á libertarles del yugo cartaginés. Tomáronles tales como se presentaban y se apresuraron á prestarles su alianza. Era lo menos que podian hacer.

Pero luego la trompa de guerra del príncipe de los ilerjetes llama á los catalanes á agruparse bajo los pliegues del pendon que enarbola en las montañas. ¿Porqué entonces muchos — no todos aun — abandonan las águilas romanas? Porqué?....

Porque el príncipe de los ilerjetes es el porvenir, porque el príncipe de los ilerjetes es la libertad, porque el príncipe de los ilerjetes es la patria.

Ya hemos dicho que culto profesaban los que fueron padres de los catalanes á su patria, ya hemos dicho de que modo, como un punzante aguijon, les dominaban las ideas de libertad y de independencia.

En la bandera, pues, que elevó Mandonio en el pico mas elevado de las

montañas, en los sonos de la trompa de guerra que fueron á despertar los dormidos ecos de los montes y los valles, los catalanes no vieron ni hallaron otra cosa mas que un pendon nacional, un llamamiento nacional.

En la primera lucha Indibil, el general de Mandonio, fué vencido, y fué vencido porque, habiendo reclamado el apoyo de los cartagineses, su causa no inspiró completa confianza á los catalanes, que continuaron aun en gran mayoría prestándole á Roma su apoyo.

Pero llega el momento en que no se trata ya de cartagineses. La causa se hace puramente nacional. Retumba segunda vez la trompa guerrera de los ilerjetes, y los catalanes acuden á su llamamiento y desertan las banderas de los romanos, porque no es ya un príncipe amigo de los cartagineses quien los llama, sino que quien los llama es la patria.

Todos, pues, acuden á la voz de la patria, todos menos parte de aquellos á quienes sus intereses detienen en las ciudades y pueblos ocupados por los romanos.

La lucha amenaza ser sangrienta, mortal.

Los romanos, que han visto, no sin rencor, apartarse sus amigos y rechazar su obediencia, abandonan su natural política y se entregan á algunos excesos precursores de una despótica tiranía. Los naturales, al ver esto, se deciden con mas empeño al combate.

El guante está echado.

Hé aquí, señores, como la suerte de Indibil y Mandonio viene á ser la suerte de Cataluña.

Volvamos ahora á anudar el hilo de nuestra relacion.

Los Scipiones, ya lo hemos dicho, se habian hecho poderosos, pero todo este poder debia desaparecer un dia, como la nubecilla de humo que una simple ráfaga basta á disolver.

Barcelona era ya entonces una ciudad notable. Los dos Scipiones residiendo en ella gran parte del tiempo, la habian mejorado y embellecido. La jóven Barcelona elevaba sus torres á orillas del mar en el que se miraba como una coqueta en un espejo, pisaba distraida é indiferente la alfombra de flores que se estendia á sus plantas y, recostada en la falda de Monjuich como una virgen que reposa, veia desplegarse en toda su imponente magestad la cordillera de montañas que la rodea como una muralla, al propio tiempo que veia abordar á su playa á cada instante las galeras romanas que llegaban preñadas del oro y las riquezas arrebatadas á Cartago.

Pero la ciudad que en particular mereció el amor de los dos generales

romanos, fué Tarragona. Aun guarda en el día recuerdos de su magnificencia y esplendor de aquella época. Tarragona era *emporio*, es decir, lugar de ferias y mercados; tenía un anfiteatro que era entoces su placer como sus ruinas son ahora su orgullo, un acueducto formidable lazo de piedra que une dos montañas, y una infinidad de templos llenos de mármoles y riquezas dedicados á las gentílicas divinidades.

Los Scipiones se entretenían en adornar estas dos ciudades de Tarragona y Barcelona, á la cual en vano pretendieron mudarla su nombre en el de *Favencia*, cuando les sorprendió el ronco acento de la trompa de los ilerjetes llamando á la guerra.

Los Scipiones se dispusieron á la lucha. La lucha les fué fatal.

Pelearon pero cayeron en el campo cubiertos de gloria y de heridas; cayeron como caen los buenos y los héroes, después de una resistencia desesperada y de un combate sangriento.

El juramento de Indibil se cumplía, el odio de raza empezaba á escribir con letras de sangre las páginas de la historia.

Al decir de la tradición, los dos generales romanos fueron enterrados no lejos de Tarragona, allí donde aun en el día se alza el monumento romano que es conocido en el país por el sepulcro de los Scipiones.

Con la muerte de estos dos héroes, no solo Cataluña sino España toda quedaba perdida para la república romana, si un caballero llamado Marcio no se hubiese apresurado á recoger los restos del ejército y á hacer frente á los cartagineses, aliados aun de Indibil y de Mandonio.

Pero en vano se esforzó Marcio, en vano procuró ganar lo que con la muerte de los dos famosos generales se había perdido.

La victoria había abandonado las águilas romanas y la ambición sonreía á Indibil y á Mandonio que empezaban á soñar en el imperio de España.

Entonces una mano débil, un corazón tierno, un joven de veinte y cuatro años apenas, un niño, en fin, se atrevió á enpuñar la espada que dejaban escapar desalentados los procónsules romanos.

Verdad es que este niño se llamaba Publio Scipion, hijo y sobrino de los dos célebres generales muertos en la lucha. Perpetuaba su nombre y quería perpetuar su fama.

He ahí lo que había pasado.

Congregáronse en Roma los senadores para elegir un proconsul que pasara á España á proseguir la tarea de los Scipiones, pero la muerte de estos caudillos tenía tan desanimados á los caballeros romanos, que no hubo

uno solo que se ofreciese á tomar aquel encargo. Todos se miraban unos á otros y ninguno hablaba.

Entonces en medio de aquel silencio se levantó de su asiento Publio Scipion, jóven de veinte y cuatro años, y en alta voz pidió que se le concediese aquel encargo que ninguno se atrevia á emprender.

Los senadores miraron sorprendidos á aquel niño que se ofrecia á completar la obra de su padre y de su tio. Concertáronse entre sí, y salió elegido por unanimidad: su nombre y su resolucion habian conseguido que la república no vacilara en depositar en manos de un niño la suerte de las armas en España.

El jóven Scipion se lanzó al campo empuñando la espada de su padre, y la fortuna le sonrió cono si fuera un antiguo conocido.

Scipion al desembarcar en Empurias, ciudad que se conservaba inalterable en su amistad para con los romanos, empezó á estudiar el pais en que acababa de sentar el pié; y como el nuevo general reunia al ardor y á la impetuosidad de un jóven, la refleccion y la cabeza de un anciano, dispuso su plan como mas acertadamente se lo dieron á comprender las circunstancias.

Dos enemigos poderosos se le ofrecian á la vista. Los cartagineses de una parte, de la otra Indibil y Mandonio.

Resolvió, como general prudente, atacarles y vencerles por separado, y tomada esta resolucion, en seguida, sin perder tiempo, como que Cartajena era en España el corazon de los cartagineses, decidió ir recto al corazon.

Cartajena, sitiada repentinamente por mar y tierra, se vió obligada á rendirse al valeroso capitan.

Scipion se aprovechó de esta victoria como guerrero prudente.

Hé aquí dos hechos que dicen mucho en favor del jóven procónsul, dos hechos que hablan muy alto y que irán siempre unidos como una aureola de gloria al nombre del esforzado caudillo.

Con la toma de Cartajena quedaron prisioneras, entre otras damas, la esposa de Mandonio y dos hijas de Indibil que aquella ciudad habitaban.

Al saber Scipion que tales damas eran parte de la victoria y del despojo hecho á los enemigos, mandó que fuesen guardadas y tratadas con el recato y respeto que les correspondia por quienes eran. Su custodia fué particularmente encargada á uno de los cuestores del ejército

Cierto dia estas damas pidieron hablar al procónsul, é introducidas á su presencia, la esposa de Mandonio se arrojó á sus pies y en nombre suyo

y de sus sobrinas , que sin duda habian sufrido algun deshonesto insulto, le pidió por merced y con mucha eficacia , que mandase á aquellos á cuyo cargo habia puesto la custodia y asistencia de ellas , que mirasen con gran cuidado por el respelo de las mugeres que confiadas estaban á su lealtad.

Dice la crónica de donde saco esta noticia , que Scipion la hizo alzar del suelo , pensando que lo que le decia era sobre el asunto de que fuesen proveidas de las cosas necesarias ; la respondió que estuviesen ciertas de que no las faltaría cosa alguna , y haciendo comparecer ante sí los que hasta entonces habian estado encargados de proveerlas les reprendió por el poco cuidado.

Al ver aquello , comprendió la dama que Scipion no la habia entendido, y le replicó diciendo que no era tal lo que ella le rogaba , ni la faltaba lo que él decia : que ya confiaba que no les faltaria , pues cualquier cosa bastaba para el miserable estado en que se hallaban , y que otro mayor temor era el que la acongojaba , considerando la edad y la hermosura de aquellas doncellas sus sobrinas.

Hízose cargo entonces Scipion de lo que la esposa de Mandonio deseaba, y la contestó como hubiera podido hacerlo mas tarde un verdadero caballero de la edad media , que en tanto era cierto que no debia tener mas cuidado por la honestidad y virtud de sus sobrinas , por cuanto desde aquel momento quedaban todas libres para reunirse á los suyos.

Y en efecto , uniendo el hecho al dicho mandó que se dispusiese una compañía de soldados para acompañar á aquellas damas al campamento de los ilerjetes.

El otro hecho de que he hablado no nos pertenece tanto á nosotros , pero servirá para acabar de bosquejar el retrato del jóven caudillo de los romanos.

En la misma toma de Cartajena otra señora quedó prisionera , y tan bella y agraciada la hallaron los vencedores , que por serlo en extremo les pareció á los soldados que ninguno era digno de ser señor de ella sino Scipion. Se la presentaron pues , pero luego que la tuvo en su poder y supo que era esposa de un caballero español , no solo no quiso mancillar su honor , sino que haciendo buscar á su esposo se la entregó diciéndole que intacta le devolvía la joya que pusiera en sus manos la suerte de la guerra.

Entonces los padres de la cautiva en agradecimiento dieron al procónsul como rescate una gran suma de moneda . Scipion la recibió , pero fué para entregársela allí mismo al esposo como aumento del dote que le tenian dado.

Estos son los dos hechos que he indicado, los dos hechos, señores, que dieron á Scipion tanta gloria como una batalla.

El primero de ellos influyó poderosamente en el ánimo de Indibil y Mandonio. Los dos héroes de la independencia catalana se inclinaron ante tanta generosidad y admiraron tanta grandeza de alma. La libertad de la esposa del uno y de las hijas del otro les conmovió vivamente y les hizo prestarse á una tregua de hostilidades.

Scipion aprovechó esta tregua con los unos para deshacerse completamente de los otros. Los cartajineses fueron echados de España que perdieron para siempre, y lanzados al Africa por la espada del joven procónsul que fué para ellos lo que el látigo del capataz para un tropel de esclavos.

En medio de todo aquel torbellino de batallas en que Scipion estuvo envuelto, nada quedó en pié ante los vencedores romanos. Solo Indibil y Mandonio se habian quedado como dos robles seculares contra los cuales se estrellan los vientos y las tempestades.

Rota ya la tregua, tres veces fueron vencidos por Scipion, tres veces levantaron contra él pendones. Habian jurado guerra y esterminio al nombre de Scipion; cumplan con su juramento.

A mas, ya lo hemos dicho, su causa era nacional. Debian combatir hasta su último aliento. No se trataba ya de los cartagineses, pues que de los cartagineses se hablaba ya solo como de un recuerdo, se trataba de la patria, y en aquella ocasion demasiado sabian Indibil y Mandonio que ellos eran la patria.

Desplegada su ambicion, rotas las cadenas de alianza contraidas por los pueblos con los romanos, irritados por el encarnizamiento de los combates, los dos héroes ilerjetes no querian ceder hasta alcanzar el dominio de España. «O venceremos, ó pereceremos en la demanda,» se habian dicho.

Lo efectuaron así.

Ya que no podian vencer, perecieron.

Los ilerjetes tenian un ejército de treinta mil hombres cuando se presentaron por última vez ante los romanos.

La batalla fué sangrienta y encarnizada. Duró todo un dia desde el rasguear del alba hasta las primeras sombras de la noche, y aun no hubiera acaso terminado, si la muerte de Indibil, herido por la lanza de un centurion, no hubiese introducido la confusion y el terror en las filas de los suyos.

Scipion aprovechó aquel momento, y el avance de las legiones romanas

acabó de sembrar el pánico en el ejército de los ilerjetes que emprendió la fuga perdiendo á su príncipe Mandonio.

Los romanos incendiaron el campamento para sustituir la luz de las llamas á la del sol que les faltaba, y al resplandor rogizo del incendio persiguieron á los infelices ilerjetes que huían uno tras otro cayendo con cada uno una esperanza de la patria.

Aquella victoria entregó la España toda en manos de Roma, que ya no la trató como una aliada sino como una esclava. No quedaban ya enemigos que vencer. Los cartagineses habian huido al Africa, y la España se rectorcia, cautiva y oprimida, bajo la planta de hierro de sus vencedores.

Fué entonces dividida la península en *ulterior* y *citerior*. La España *citerior* que tambien se llamó *tarraconense* por su capital Tarragona, comprendia toda la parte septentrional desde los Pirineos hasta la embocadura del Duero sobre el Occéano y hasta la ciudad de Murjis sobre el Mediterráneo. La *ulterior* se formaba del resto de la península y contenia el Portugal, Granada y Andalucía.

No contaré aquí, señores, —seria largo y difuso y á mas no es propio de un curso como este de simples *Bellezas* — todo lo que tuvo que sufrir entonces la peninsula y en particular la España *tarraconense* de la tiranía y del despotismo de los pretores y cónsules romanos. Obraron con un desenfreno que hasta llegó á merecer severos cargos del mismo senado.

Tarragona, la capital de toda la comarca, vió entonces en su recinto escenas terribles y degradantes. Allí era donde los pretores se entregaban de dia á los robos, á las tropelías, á los cohechos, al saqueo y á la infamia, mientras que veian transcurrir la noche, rodeados de los placeres de las orgías, en los lúbricos brazos de las esbeltas y primorosas bailarinas de que Gadez, la perla de la Bética, surtia abundantemente sus teatros.

De Cataluña era de donde recojian en gran abundancia los metales mas preciosos, empleándolos hasta en usos muy vulgares. La mayor parte de las riquezas, producto de exacciones y saqueos, de tributos y robos, pasaba á engrosar el tesoro de los pretores que se volvian á Roma cargados de riquezas para conseguir á fuerza de oro los honores del triunfo. Cuentase de un pretor de la España *tarraconense*, de Fluvio, que al llegar á la capital del pueblo rey, despues de algunos años pasados en Tarragona, depuso en el tesoro público ciento veinte y cuatro coronas de oro, treinta y una libras tambien de oro en barras, y ciento setenta y tres mil piezas de moneda de plata. Esto sin contar con sus riquezas personales que eran

tan cuantiosas, que con una corta porcion tuvo para recompensar liberalmente á todos los veteranos que le habian seguido á Roma, para dar durante diez dias, todo de su propio peculio, espléndidas fiestas y magníficos espectáculos al pueblo, y para la edificacion de un suntuoso templo dedicado á la Fortuna en cumplimiento de un voto que hiciera en Tarragona.

Roma, al ver indiferente á sus funcionarios públicos entregarse con todo desenfreno á sus pasiones, no pensaba quizá que se hallaba al umbral del camino de su pérdida.

La España tarraconense sufrió largos años el yugo de esos pretores infucos, que olvidados de la antigua gloria y de la antigua grandeza de los romanos, se revolcaban en el fango de las bacanales y vivian en el cieno de la disolucion y del oprobio.

Cataluña, y no me cansaré de repetir que al decir Cataluña quiero manifestar el pais ahora comprendido por tal, Cataluña, pues, que fué en España, por ser la mas rica provincia, la que mas tuvo que sufrir, abrigó un momento deseos de levantarse como un leon cansado de dormir que se alza y sacude su poblada melena.

Para que sus deseos pudieran efectuarse necesitaba un hombre adicto y resuelto, un hombre algo gigante para luchar con el poder de Roma, algo ambicioso para no volver un pié atrás, algo atrevido para despreciarlo todo.

Este hombre la España tarraconense lo encontró. Fué un mismo romano. Fué Sertorio.

Sertorio, señores, es una figura tan colosal que casi no cabe en una sola leccion. Por esto yo no haré mas que un simple bosquejo, concretándome á hablar de él en solo lo que á nuestro asunto atañe.

Sertorio, el proscrito de Roma que casi llegó á dictar leyes á la misma Roma, el valiente caudillo que contaba á un rey entre sus cortesanos, el gran capitán que en un dia de atrevido, pero justificable orgullo, se lanzó á decir: « Roma ya no es Roma, yo soy Roma » es una gigantesca figura para un dráma, es un magnífico lienzo que aguardando está su marco.

El teatro no te ha adquirido todavia, la novela no le ha reclamado aun. Yo pues, señores, le dejaré toda su virginidad. Un boceto no es un cuadro.

Cuando las ruidosas discusiones de Roma entre Mario y Sila que tanto han dado que hablar á los historiadores, Sertorio, caballero romano, amigo y partidario del primero, fué envuelto en su desgracia y tuvo que huir de la capital del mundo. Vínose á la España tarraconense donde ya habia estado ejerciendo un cargo público.

Viéndose al llegar aquí rodeado de amigos y de simpatías, el proscrito de Roma abrigó la idea de alzarse contra la república.

Se ofreció pues á Cataluña ó mejor á la España tarraconense como el hombre que buscaba.

Las ciudades laletanas, que sentian bullir en su seno las ideas de independencia y que se conocian haber nacido para algo mas que para ser miserables ciudades esclavas de los voluptuosos romanos, admitieron á Sertorio por gefe en cambio de la libertad que debia prometerles.

—No solo á vosotras, sino á todas las ciudades españolas, dijo Sertorio, quiero hacer independientes: España ha de brillar en el mundo mas alta que Roma, y las águilas romanas han de arastrarse humildes á los pies de los hijos de este suelo.

Tal habló Sertorio. Al oírle espresarse así, se adelantó una diputacion de los pueblos ausetanos, de aquellos que no podian olvidar que su Ausa y Atanagria habian sido un dia pisoteadas por el poder de Roma, y le dijeron:

—Reclamamos una merced de tí, Sertorio. Permítenos que sean guardia de honor de tu persona las compañías de ausetanos que te daremos, formadas todas de hijos de Vich y de Manresa. Admítelas, Sertorio, que hombres son que por tí se harán matar, y que si mueres morirán sobre tu cadáver.

Sertorio admitió. Luego veremos, señores, como supieron los hijos de Vich y de Manresa cumplir la palabra que en su nombre comprometieran sus diputados.

Puesto desde aquel momento Sertorio no solo al frente de los pueblos de la Cataluña de mas tarde, sino de todos los de la Península, hermanos de los laletanos y ausetanos en ideas de independencia; apoyada, en una palabra, España por tan habil y esperto capitan, pronto se encontró cara á cara con Roma, midiéndose con la vista como dos robustos enemigos dispuestos á atacarse, preparándose para el combate, disponiéndose para una lucha á muerte. El mundo entero tomó en el combate su parte de espectador y, tales anduvieron las cosas, que se llegó á dudar por largo tiempo si era mayor el poder de Sertorio en España que el de los romanos en Italia, y se llegó á vacilar durante algunos años sobre quien, si España ó Italia, sería la que con el tiempo señorease el mundo.

Sucedia todo esto unos sesenta años antes de Jesucristo.

Sertorio habia ganado ya varias victorias contra los romanos, y los pre-

lores enviados por el senado temblaban ante aquel hombre cuyo ejército iban á engrosar de todas partes millares de españoles desde que habia proclamado la independencia de la España.

Todos los historiadores al hablar del proscrito de Roma, mencionan las compañías de ausetanos, su particular guardia de honor, compañías que ellas por sí solas le ganaron muchas batallas y contribuyeron á muchas victorias.

El senado viendo crecer el poder de aquel hombre que amenazaba, como años antes Anibal, llegar un dia hasta la puerta misma de la aterrada Roma, mandó en contra de él al general Popeyo con grandes y crecidas fuerzas.

Al entrar Pompeyo en los Pirineos, una ciudad, que mantenía secretas relaciones con los partidarios de Roma, dió el primer grito de rebelion.

Esta ciudad fué Laurona que existía en el sitio donde hoy está Grano-llers ó cerca de él al menos. Sertorio, que se hallaba en Manresa cuando tuvo de ello noticia, partió precipitadamente y puso estrecho cerco á la ciudad rebelde. Allí fué á encontrarle Pompeyo con todas las jaclanciosas ínfulas de un jóven mimado que se cree invencible. Los muros de Laurona presenciaron su derrota, derrota tanto mas dura y vergonzosa, cuanto que habia hecho alarde ante el senado romano de terminar la guerra en pocos meses.

Sertorio vencedor á un tiempo de Pompeyo y de Laurona, adquirió con este triunfo una fama imperecedera entre los españoles y acabó de conquistarse sus simpatías.

Es que España se hallaba por él en vísperas de ser lo que aun no habia sido: una gran nacion. España ya por él se habia despojado de su traje de provincia romana y de su collar de esclava, y trage y collar habia arrojado hechos pedazos á los pies de la soberbia Roma, diciéndola en orgulloso reto: Ya soy libre.

Sertorio tenia para España el triple carácter de héroe, de caudillo y de legislador.

Ciento veinte y ocho mil romanos al mando de diversos generales acreditados, habian sido vencidos por él; un verdadero sistema de gobierno, gracias á sus cuidados, quedaba establecido; todos los puertos de alguna consideracion estaban fortificados y las plazas se veian resguardadas; la Lusitania y la Celtiberia reunidas bajo su protectorado, tenían sus dos respectivas capitales en Evora y en Huesca; Evora era solio de un senado for-

mado casi todo de españoles ; Huesca lo era de una universidad donde los hijos de la península , esperanza de la España , aprendían las letras griegas y latinas bajo la dirección de sabios profesores que se habían mandado venir de Italia.

A parte de esto , el ejército se veía floreciente como nunca ; y con estar siempre diciendo Sertorio que la España era su única patria y que la felicidad de los españoles era su anhelo mas entrañable , había merecido ser no solo amado sino idolatrado por parte de los hijos de la península.

Después de la victoria de Laurona , su fama subió de punto. Continuó impavido en su triunfante carrera , mientras que Pompeyo , de derrota en derrota , tuvo que retirarse otra vez hasta los Pirineos , desde donde escribió al senado romano que si prontamente no le enviaban recursos , su ejército y en pos de él el de Sertorio pasarían á Italia.

Envíole refuerzos el senado , y entonces , lleno de nuevo ardor Pompeyo , se dirigió contra Sertorio que estaba acampado orillas del Ebro no lejos de Tortosa.

Ya en este intermedio , Sertorio había recibido noticias de varias derrotas sufridas por sus generales en distintos puntos de España. La Betica estaba perdida para él y apenas le quedaba nada mas que la España tarraconense.

Al avistarse los dos ejércitos , vinieron á las manos en seguida. Sertorio y Pompeyo mandaban el ala derecha de sus respectivas huestes. El campo estaba ya cubierto de cadáveres é indecisa se mantenía rato hacia la victoria , cuando el ala izquierda de los españoles , mandada por un general llamado Perpena , empezó á ceder. Reparólo Sertorio entre la confusión de la batalla y se lanzó hácia los fugitivos.

—A donde están , gritó , los españoles que han jurado defenderme hasta la muerte? idos , volved á vuestras casas , pues que cedéis el campo. Para vencer os necesitaba á vosotros , que para morir lo sé hacer solo.

Dijo , y se arrojó al galope de su caballo contra las filas enemigas:

Aquellas pocas palabras inflamaron el ánimo de los fugitivos y la acción de Sertorio les hirió en su amor propio. Todos pues se precipitaron tras él , rompieron la muralla de hierro que el contrario les oponía , y repentinamente la derrota se cambió en victoria.

Los soldados de Pompeyo empezaron á huir y á desbandarse y entonces el joven romano , viéndose perdido , exclamó : — Piérdase todo! Y mandó pegar fuego á su propio campamento.

Esta victoria volvió á colocar á Sertorio en la posición que en parte ha-

bia perdido con las derrotas sufridas por sus generales en Andalucía, pero, cuando aun estaba el destino indeciso entre dar el mando del mundo á España ó continuárselo á Roma, Sertorio se encontró con un reptil que le atajó el paso, como se encuentra á veces un leon en el desierto con una víbora que le muerde y le mata.

El caso fué como voy á contar.

Estaba, poco despues de la victoria, acampado el ejército de Sertorio en Aytona poblacion cerca de Lérida. Varios de sus capitanes habian dispuesto un banquete y le habian convidado, aceptando Sertorio sin saber que aquel banquete era su muerte, pues que Perpenna uno de sus generales unido con otros varios, habian decidido deshacerse de él para recibir una gruesa recompensa del senado romano.

Sertorio asistió pues sin desconfianza al convite. A mitad de la comida, Perpenna dejó caer una copa llena de vino. Esta era la señal convenida entre los conjurados. Sacaron sus espadas, precipitáronse sobre Sertorio y le cosieron el cuerpo á estocadas, antes que pudiese volver en sí de su sorpresa.

Asi murió aquel héroe, pero de poco les sirvió su muerte á los asesinos. Pompeyo se apoderó de ellos y mandóles matar á todos, á Perpenna el primero, para demostrar lo mucho que le horrirazara la muerte del caudillo ilustre.

Al dia siguiente de su muerte, las compañías ausetanas se alejaron del campamento, se dirigieron á un lugar entre Vich y Manresa, y allí, cumpliendo con el juramento que habian prestado á Sertorio, dando á la posteridad un espectáculo de grandeza y de heroismo, que tiene pocos ejemplos, manifestaron su sentimiento por la muerte del héroe que tanto amaba la España, luchando entre sí y matándose unos á otros hasta no quedar ninguno.

Raro ejemplo de abnegacion!

Antes de morir se compusieron ellos mismos su epitafio y grabaronlo en una piedra que muchos años despues se encontró en el sitio donde habian sido enterrados.

Curioso es este epitafio que así dice traducido del latin:

«Aquí están enterradas muchas compañías de gente de á caballo de Quinto Sertorio que se ofrecieron á la tierra, madre de todos los mortales, porque, muerto él, les era la vida enojosa; y así, pugnando fuerte y valerosamente, se mataron los unos á los otros abandonando una vida que sin su gefe no querian. Descendientes, adios!»

Muerto Sertorio, la España tarraconense volvió á poder de los romanos.

Segunda vez la causa de Cataluña fué perdida. La primera vez habia muerto con Indibil y Mandonio; la segunda vez moria con Sertorio.

En nuestra próxima leccion, señores, veremos lo que fué Cataluña bajo los emperadores, y saludaremos ya al hombre-Dios que brotando en oriente allí mismo donde brota la luz, debia cambiar la faz del mundo desde el árbol de la cruz que daba como un estandarte de gloria á la cristiandad entera.

LECCION IV.

LA MUERTE DE JESÚS.

España despues de la muerte de Sertorio.—El triumvirato.—Pompeyo y Cesar.—Los ceretanos.
—Los emperadores.—Los apóstoles y los mártires.—Aurora de la nueva civilizacion.—Saqueo
de Roma por los bárbaros.

SEÑORES:

Muerto Sertorio y castigados sus asesinos, dispersado el ejército español por las entonces vencedoras armas de Pompeyo, sujeta otra vez la España al poder del senado romano, Pompeyo se retiró á Italia, y en la falda de los Pirineos, antes de salir de España, quiso celebrar sus obtenidas victorias con una alegre fiesta, y en ella se mandó tributar un triunfo por sus soldados, amigos y confederados á la usanza romana, haciendo que se construyese una imagen ó figura parecida á él con objeto de que fuese honrada y venerada.

En esta fiesta, á semejanza de Alejandro Magno que en el extremo de las Indias pusiera en señal de sus victorias unas aras ó altares, quiso Pompeyo edificar alguna obra que pudiese pasar á la posteridad envuelta con su nombre. Al efecto mandó construir lo que los historiadores han llamado *Los trofeos de Pompeyo*; las historias han vacilado largo tiempo sobre el sitio donde estos trofeos estaban colocados y sobre lo que los

componian. Unos dicen que fueron puestos en Andorra, otros que en Cervaria ó Collbiure, otros que en Altavaca y no falta quien asegura que en Pamplona. Hay por lo demas historias que afirman haber consistido los trofeos de Pompeyo en un simple haz de armas, otras dicen que en un ara, otras que en unas columnas y no falta tampoco un historiador que asegura que en un templo.

Yo, señores, me he atrevido á formular mi pobre opinion, hija del estudio á que al efecto me he entregado. Però esta opinion entiéndase que no la impongo, sino que la adelanto y nada mas.

Queda pues para mi fuera de toda duda, por lo que he coleccionado de tan distintas y tan contrarias opiniones, por lo que he rastreado á traves de tan opuestos pareceres, que los trofeos de Pompeyo estuvieron en el Pertús, es decir en la antigua *Portus ad summum pyrinæum* de los romanos, encima de la eminencia donde hoy se eleva el castillo de Bellegarde, inmóvil y vigilante centinela que defiende en el dia la entrada á las posesiones francesas.

En cuanto á los trofeos consistieron, á mi pobre modo de juzgar, en una torre cuadrada que se podia facilmente divisar de varios puntos del Rosellon y del Ampurdan, torre convertida mas tarde en fortaleza por los reyes de Aragon y hecha luego derribar por un general francés para en su lugar hacer la plaza de armas que hoy existe en el castillo.

Dejemos ahora á Pompeyo que, edificados sus trofeos, se encamine á gozar en Roma de los honores del triunfo, y volvamos á anudar el hilo de nuestra narracion.

Despues de los últimos sucesos referidos en nuestra leccion anterior, el senado conceptuó necesaria la presencia en España de un poderoso ejército que la ocupase, como quien dice militarmente, y fuese bastante á ahogar cualquier conato de rebelion. Al salir de las manos de Sertorio, por abatido que estuviese el pais, no era fácil que se aviniera tan pronto y tan facilmente á una nueva esclavitud. Roma, pues, envió como en otro tiempo pretores revestidos de la potestad civil y militar á la vez, y estos pretores, me apresuro á decirlo, en nada desdijeron tampoco de los que les habian precedido. Fueron las mismas orjias, los mismos robos, las mismas crápulas.

Las cosas de Roma iban ya en esto tomando un nuevo aspecto, y acababa de nacer en el seno de la capital del orbe el primer triumvirato que debia trocar la existencia del mundo romano, el triumvirato que de-

bia ser la primera grada donde Cesar habia de apoyar su planta para subir á su solio de dictador.

Los Triumviros que fueron Cesar, Craso y Pompeyo, se repartieron, á fuer de patrimonio, las provincias mas pingües de los dominios de la república: cúpole á Craso la Siria con las regiones circumvecinas, á Cesar las Galias y la Germania, y á Pompeyo la España con aquella parte del Africa sojuzgada ya por los romanos. Con el oro robado por Cesar á los españoles en una época en que de cuestor y aun de pretor, segun quieren algunos, habia estado en España, consiguió el mismo Cesar del senado la ratificación ejecutiva de aquel tratado que ponía todo el imperio en manos de tres competidores, origen de las desdichas que sobrevinieron y causa fundamental de la próxima ruina de la república.

Del senado de aquel mismo triumvirato del que nacer debia el imperio, brotó tambien la desavenencia entre Cesar y Pompeyo, la desavenencia á que los dos generales se habian de entregar con todo el desenfreno de sus pasiones indómitas y que por teatro de sus sangrientos horrores debia tener nuestra propia patria.

Muy conocida es la lucha de Cesar y Pompeyo para que yo me entretenga en referirla aquí con todos sus detalles; solo diré algo de lo que reclaman los anales del pais cuyas bellezas evocando estamos por sus recuerdos.

Publicada en Roma la guerra entre los dos ambiciosos caudillos que ansiaban entrambos envolverse un dia en la púrpura de los emperadores, Cesar se dirigió con numeroso ejército á España donde estaba concentrado todo el poder de Pompeyo.

Las tropas pompeyanas, sabedoras de esta llegada, ocupaban todos los pasos en el Pirineo que mas tarde debian ocupar tambien los almogávares de un rey de Aragon para impedir que fuera saltada por los franceses la cordillera de montañas.

Eran pobre dique para Cesar las compañías que Afranio y Petreyo lugares tenientes de Pompeyo, habian mandado al Pertús para impedirle el paso. Las arrolló y arrojó de sus posiciones, y el futuro dictador de los romanos penetró en Cataluña, tratando de dirigirse á Lérida en cuya ciudad y bajo cuyos muros estaban los generales de Pompeyo fiados en sus numerosas fuerzas que, al decir de los historiadores, se componian de cinco legiones romanas, ochenta cohortes de soldados españoles y siete mil caballos.

Cesar entró pues en Cataluña persiguiendo, como signo de próxima victoria, á los soldados de Pompeyo, y donde primero se detuvo y aposentó fué

en la ciudad de Empurias que mas tarde debia elevar al grado de colonia romana. Sujetó el Ampurdan, pasó á Gerona y siguiendo hasta Barcelona ó Favencia como entonces se llamaba, que se declaró en su favor, se dirigió á Lérida situando su real en la montaña de Gardeny y entreteniéndose, durante sus dias de ocio en el campamento antes de comenzarse la batalla, en fabricar dos puentes sobre el Segre para el paso de sus tropas.

Hallándose ya frente á frente los dos ejércitos, no podia retardarse la accion.

El choque fué tan terrible que se estremeció el mundo, el mundo sí, señores, que aguardaba el resultado de aquella lucha para saber si obedecería á Cesar ó á Pompeyo, como poco antes habia aguardado el fin de las jornadas de Sertorio para saber si debia ser español ó romano.

El combate fué desesperado, pero la victoria coronó los esfuerzos de las tropas cesarianas.

Los que tuvieron por largo rato indeciso el triunfo fueron los ilergetes que en favor de la causa de Pompeyo se habian declarado, los ilerjetes es decir los descendientes de aquellos valerosos hijos del pais que habian dado á los Scipciones la victoria contra las armas cartaginesas y que despues, agrupados bajo el pendon nacional de Indibil y Mandonio, habian legado á su patria una herencia indisputable de gloria con que poder enriquecer de noble orgullo á toda una posteridad reconocida.

El mismo Cesar confiesa sin rebozo en sus *Comentarios* célebres, y nadie me negará que es de un gran peso la autoridad y la opinion de Cesar, que el valor de los ilerjetes le asombró en gran manera y le hizo hasta temer por el éxito de su primera refriega. El modo de pelear de los ilerjetes, segun él, embistiendo denodadamente y á su alvedrío, ya avanzando, ya cejando, segun las circunstancias, con el acero en la mano, era temible para los romanos encajonados en sus filas por la severidad de su disciplina.

No obstante tan desesperada resistencia, la fortuna que no se habia de cansar de sonreir á Cesar hasta los últimos instantes de su vida, le protegió y le dió el triunfo.

Los muros de Lérida contemplaron pues la primer victoria de Cesar, como muchos siglos mas tarde debian contemplar la primera derrota del gran Condé.

La nueva de aquella primera victoria circuló con la velocidad del rayo, y no tardó Cesar en tocar sus venturosos efectos. Llegaronle de las Gálias

tropas de refresco, carros cargados de abastos y pertrechos, y una porcion de jóvenes de las familias mas esclarecidas de Roma que venian á constituirse sus alumnos en el campamento. Al mismo tiempo llegaron á su real á brindarle con su amistad y alianza, reconociendo en él al futuro señor de España, los *laletanos* que como sabemos tenian por capital á Barcelona, los *ausetanos* que tenian por tal á Vich, los *cosetanos* que obedecian á Tarragona, y los *ilercakones* que seguian las órdenes de Tortosa. En cuanto á los indicetes, contaba ya con ellos desde que se habia detenido á reposar en su capital Empurias.

Casi toda Cataluña se agrupó pues bajo las banderas de Cesar decidida á seguir su suerte, á no abandonarle en el camino que se abria ante sus pasos.

La segunda victoria de Cesar que no tardó en llegar, le valió la posesion de Lérída.

Desde aquel momento, Lérída fué, digamoslo así, el nido de las águilas romanas en toda aquella campaña. De allí salian las huestes que volvian triunfantes y coronadas de laureles á recibir el premio del triunfo, de allí eran espedidas las órdenes y disposiciones de Cesar que le atrajeron la sumision de toda España y la derrota de los pompeyanos ejércitos. Lérída, convertida momentáneamente en corte del ilustre guerrero, fué por él, momentáneamente tambien, la capital de España.

Asimismo como un tributo rendido al apoyo que le habian prestado Tarragona y Ampurias, las hizo á entrambas colonias romanas marcándolas con este sello de su favor para que lo pasasen á la posteridad como un título de gloria.

En seguida, tranquila ya España, y rotos los ejércitos pompeyanos, Cesar se volvió á Italia, pero al volver á pasar los Pirineos quiso levantar un monumento en oposicion á los *trofeos* de su rival. Solo que disfrazando su orgullo con un velo de modestia, se limitó á dar á su obra el nombre de *ara*. La posicion que ocupaba el ara de Cesar es hoy totalmente desconocida y yo, señores, no me atrevo á poner aquí ninguna opinion de las varias que adelantan los historiadores. Ninguna reconozco propia ni acertada.

Luego que Cesar hubo abandonado nuestro suelo, los hijos de Pompeyo que venian huyendo de Africa donde muerto habia su padre, se vinieron á España y trataron de levantarse aprovechando las simpatias que aun alcanzaba el nombre de Pompeyo. Consiguieron crear un ejército poderoso en la Betica ó España ulterior que era la que mas habia conservado los recuerdos de Pompeyo, pero Cesar atravesó de nuevo los Pirineos, marchó

contra los sablevados y como ya hemos dicho que con él iban la fortuna y la victoria, el ejército rebelde se desbandó á su aspecto. Solo necesitó el dictador una batalla bajo los muros de Córdoba para volver á sujetar la España.

Uno de los hijos de Pompeyo llamado Gneo murió en esta ocasion, y como su hermano Sexto se vino á refugiar en Cataluña y entre los pueblos laletanos, se trajo aqui su cuerpo encerrado en una especie de sepulcro de mármol, obra muy adornada con follajes y figuras de guerreros de á pie y de á caballo. Ignórase lo que el cuerpo se hizo, en cuanto al sepulcro existe aun en Barcelona y es el que hoy sirve de pila á la fuente que hay en el patio de la casa que llamamos del Arcediano, esquina á la calle del Obispo y frente á la catedral.

El sucesor de Cesar fué Octaviano. Durante su dictadura nuestras crónicas nos dicen que los pueblos *ceretanos* es decir la Cerdaña, se levantaron contra los romanos sin que sepamos á punto fijo la causa. Lo único cierto es que los demás pueblos de Cataluña no apoyaron este levantamiento. Asi es que Gneo Domicio, gobernador de la España *tarraconense* marchó contra ellos y los venció facilmente, entrando despues en Roma triunfante por aquella victoria y llevando mucho oro y otras riquezas que con la misma victoria habia adquirido. Y fueron tantas, al decir de nuestras antiguas crónicas, que no solo sufragaron para su triunfo, sino que fueron suficientes y bastantes tambien para el del mismo Octaviano que entró triunfante en Roma el mismo año, y para la edificacion de su palacio que habia un incendio convertido en cenizas.

Octaviano trasladó despues su corte á Tarragona donde construyó un palacio cuyos restos conservan aun su nombre; y aprovechó su estancia en Cataluña para hacer levantar un castillo, *castrum Octaviani*, donde hoy se eleva la bizantina iglesia de San Cucufate del Valles; para hacer colonia romana á Barcelona que Cesar habia olvidado en el reparto de sus gracias, y municipio á Lérída que, reconocida á un obsequio tal y viendo que de entonces mas podia regirse por sus leyes, fabricó monedas en honra y alabanza de Octaviano.

Desde entonces tambien Barcelona se llamó *Favencia Julia Augusta Barcelona* y como colonia pudo nombrar curias ó senados y tener duumviros y decuriones que mas tarde debian trocarse en sus célebres concellerses.

En cuanto á Tarragona levantó un ara en honor de Octaviano y se le ofrecieron sacrificios como á un Dios, siendo con esto la primera en instituir una costumbre que luego dejeneró en abuso insoportable para con los su-

cesores del Imperio , tanto que mas tarde Tiberio vióse obligado á decir en el senado cuando los de la España ulterior querian levantarle un templo á él y á su madre:

« Bastante honrará mi memoria la posteridad si me juzga digno de mis antepasados , celoso por vuestros intereses , constante en los peligros y nada cobarde en arrostrar cuantos disgustos redunden en beneficio de la república. Estos son los templos que debeis eregirme en vuestros pechos , estas las bellas estatuas y las mas duraderas ; las que me levanteis de piedra podrán ser despreciadas ante mi sepulcro si el juicio de los venideros condena mis hechos.»

Palabras dignas y memorables , señores , palabras grandes que no por ser de un gentil merecerian menos brillar eternamente en oro y en mármol.

No referiré aquí los acontecimientos que marcaron la época de los emperadores sucesores de Octaviano Augusto. Pocos sucesos ocurrieron en España bajo el imperio, y los hechos notables de entonces, no son de nuestro propósito, pues que no pertenecen á la historia cuyas bellezas estamos enumerando.

Bastará decir en general que desde el advenimiento de Octaviano al trono imperial bajo el nombre de Augusto , la España que llevaba cerca de doscientos años de atropellos y saqueos por los romanos , vió su porvenir un poco mas halagüeño , y mas bien vino á ganar que á perder en el cambio acaecido en las leyes fundamentales de la gran dominadora del mundo.

Hemos llegado ya , señores , á la época grande en que termina el primer período de nuestro curso , que lo hemos hecho breve , como harémos tambien el segundo en gracia de poder llegar cuanto antes á nuestra Cataluña.

Ya por aquel entonces la faz del mundo comenzaba á cambiarse , y el sensual materialismo de los romanos iba á desaparecer del universo.

Por los años diez y nueve del reinado de Tiberio , acaeció en Judea un gran suceso y un gran misterio.

Jesus , hijo de María , habia sido crucificado en el calvario.

Del pié de aquella cruz , que debia ser un dia pendon triunfante de toda la cristiandad , doce hombres pobres , desnudos , desvalidos , doce legisladores con la fé en el alma y el cayado en la mano , partieron para enseñar á los pueblos y predicar la sublime é inspirada doctrina del Dios-hombre del Moria.

Las catacumbas romanas oyeron en el silencio y misterio de la noche los primeros cantos de aquella santa religion que se hundia en las entrañas

de la tierra, como su divino legislador en el sepulcro, para luego, lo mismo que él, reaparecer triunfante y estenderse por el mundo regenerado.

Los doce apóstoles, los doce pobres de la cruz sembraban por la tierra simientes de plata que debían producir sus frutos de oro; los circos se veían regados con la sangre de los mártires, los dioses de barro se estremecían ante la cruz de madera que elevaba como glorioso estandarte la humanidad redimida.

Era, señores, que el mundo todo se rejuvenecía.

Era, señores, que el mundo todo iba á ser libre.

Es grande el espectáculo que ofrece la iglesia en sus primeros años, cuando empezó á echar raíces en la arena del desierto el árbol colosal de la vida contemplativa que debía estender pobladas y fructíferas sus ramas, que debía desarrollarse prodigiosamente, que debía crecer cada día con mas jugo, mas pompa y mas orgullo.

Una nueva civilización brillaba con májicos y deslumbrantes resplandores, ahogando entre los torrentes de su luz pura y vivísima los restos de otra civilización vetusta que se desmoronaba como el edificio herido por el rayo. La palabra de los apóstoles infundía la fé; la cruz se cernía sobre los templos y las termas; los neófitos se agrupaban para recoger la palma del martirio.

El olimpo se estremecía ante aquella revolución empezada en un establo de la Judea, y todo ese fabuloso ejército de paganas y fantásticas divinidades, de que orgullosos y soberbios se hacían descender los emperadores, empezaba á replegarse y á desaparecer junto con los maravillosos cuentos forjados por los poetas, ante la desnudez del Niño tiritando de frío en el pesebre, ante el espíritu divino refugiado en las catacumbas y sembrando en las entrañas de la tierra la semilla que debía al brotar producir tan saludables frutos.

Entonces fué cuando se vieron salir de todas partes seres privilegiados que se arrojaban á los púlpitos á predicar las eternas verdades, para tener derecho á entrar triunfantes en el circo cuya arena debían teñir con su sangre.

Los neófitos y los conversos, aunque fortalecidos por la influencia verdaderamente májica del Evangelio, aunque henchidos de su entusiasmo y primitivo fervor, sin embargo no podían soportar entre su contemplación espiritual el mundo que les rodeaba y menos aun los espectáculos impuros y las profanas fiestas que patronizaba á sus ojos una religión impía.

Cada dia nuevos motivos les impelian á protestar contra la relajacion de costumbres que se habia apoderado de la sociedad. Ya eran los juegos sangrientos y repugnantes del circo, ya las impúdicas representaciones de los coliseos, ya las obscenas danzas de las voluptuosas bailarinas de la Bética, ya las orjias en que las bacantes sacerdotisas se presentaban medio desnudas, con pieles de tigre á manera de bandas, las sienes coronadas de yedra, los ojos delirantes, el tirso en la mano y lanzando las triunfantes aclamaciones de una embriaguez salvaje.

Estos excesos de un imperio moribundo y que caia ahogado entre el desórden de la crápula, este servilismo de las almas, este embrutecimiento de los corazones y esta esclavitud de los cuerpos que se arrastraban cual miserables reptiles á los pies de hombres que como Calígula daban á su caballo por cónsul á todo un pueblo; estos desórdenes y estos vicios todos, necesitaban que los adeptos de la nueva religion, los hijos de la fé, los discípulos del mártir del Moria, se lanzaran á reprenderlos y á anatematizarlos en el nombre santo del Dios de la justicia, del Dios de la libertad, del Dios de la misericordia

Y se lanzaron en efecto, y el mundo se pobló de apóstoles, y los circos de mártires.

Hasta las vírgenes tiernas se arrojan á protestar contra la impiedad de los espectáculos en presencia de la santa religion que se eleva, y Eulalia en Barcelona sufre los crudos dolores con que la martirizan los tiranos, y sube sonriendo á la cruz donde como su salvador divino debe morir perdonando á sus verdugos, y desde donde su alma debe volar al cielo en forma de paloma, imagen purísima de sus cándidos deseos.

Con la muerte de Eulalia debia á Cataluña quedarle un pendon que mas tarde guiase sus hijos al combate, de la misma manera que con la muerte de Dios le quedó un estandarte á la cristiandad entera.

Entre tanto se cumplia todo esto, el reloj de los siglos iba á dar la hora final de la grandeza de Roma.

Con los romanos debia empezar á cumplirse una de las santas verdades del Evangelio.

Ellos que se habian impuesto al mundo por el hierro, por el hierro debian desaparecer del mundo.

Los cartagineses, ya lo dijimos en otra leccion, habian sido su capitolio; los bárbaros debian ser su roca Tarpeya.

Corria el tercer siglo de Cristo cuando Roma, cara á cara con los bárbaros,

tuvo que empezar esa lucha homérica que debía serle tan fatal, y presentar á los siglos venideros el espectáculo de un león acorralado defendiéndose á un tiempo de todos sus enemigos, y á un tiempo arrojando el último suspiro por las abiertas bocas de cien heridas.

Los francos, los sajones, los alemanes, los godos, y otros pueblos mas salvajes aun, los vándalos, los lombardos, los herulos y los hunos se agrupan como una muchedumbre furiosa á las fronteras del imperio.

Roma se encuentra frente á frente de los godos á orillas del Danubio.

Por espacio de dos siglos el mundo tiene ecos para el choque continuo de sus armas.

Llega un dia en que los godos proclaman por rey á Alarico, y Alarico empieza su reinado jurando la guerra á Roma, pero una guerra sin cuartel, una guerra á muerte, como se la habian jurado en otro tiempo Amilcar y Anibal, Indibil y Mandonio.

Nunca juramento alguno ha sido observado y cumplido con mas tenacidad, con mas insistencia, con mas decision.

A la cabeza de los suyos, Alarico se precipita como un torrente sobre la Italia, pero junto á los muros de Polentia encuentra una derrota al encontrar á Stilicon, general romano, y sus tropas se le desbandan vencidas bajo las murallas de Verona. Replega el monarca bárbaro los restos de su ejército y se retira á Grecia.

Dos años despues, vuelve á empuñar las armas, y cuatrocientos mil hombres atraviesan en pos suyo los Alpes, pero tropiezan con la misma muralla de hierro, con Stilicon que los dispersa con solo un puñado de gente. La Italia se salva segunda vez, pero las otras provincias quedan de todo punto invadidas.

El imperio se desmorona pieza á pieza.

Muerto Stilicon, el único enemigo á quien Alarico teme, el godo se arroja tercera vez sobre Italia, y esta vez llega hasta Roma y fija ante sus muros las estacas de sus tiendas.

La ciudad de los Césares tiene que entrar en pactos con él, y Alarico se aleja, pero no siendo despues obedecidos sus tratados, se enciende en furor como brota repentinamente la llama de un tizon medio apagado, y marcha de nuevo contra Roma.

El gran cuadrante de los siglos ha dejado ya oir la hora fatal, el 24 de agosto de 410, Roma ha sido ganada ó vendida; unos estandartes extraños que flotan desde el primer sonris del alba en la cúpula del capitolio, anun-

cian al mundo y al porvenir que la ciudad de los Césares ha cambiado de señores.

Seis dias de saqueo ponen á Roma, á la orgullosa y triunfante Roma en manos de los bárbaros que pisotean sus glorias, mientras se entregan á su orjía de sangre y desenfreno.

Vencida Roma, muere Alarico y muerto Alarico le sucede Ataulfo.

Este es el primer rey godo con que tropezamos en Cataluña, pues que le vemos elegir por córte y por sólio á Barcelona.

Nuestra leccion próxima, señores, nos dirá lo que fué Cataluña bajo los godos, ahora que ya sabemos lo que fué bajo los romanos.

LECCION V.

LOS VISIGODOS EN SU APOJEO.

Cristianismo. — Mártires catalanes. — Ataulfo. — Barcelona y Tarraçona. — Asesinato de Ataulfo. — Sucesores de Ataulfo. — Atila. — El pañuelo ensangrentado.

SEÑORES:

410 Hemos asistido en nuestra leccion anterior á la caida del imperio.

Segun espresion feliz de un escritor, este al heredar la ciencia de los pueblos, habia tambien heredado sus vicios.

Roma ya no era la poderosa Roma que dando generosa hospitalidad en su recinto á todos los pueblos y en sus templos á todos los dioses, se habia impuesto por capital y por señora al universo. Roma en sus noches de orgía y en sus dias de disolucion, habia dejado escapar de su mano debilitada por los placeres, el cetro de hierro con que gobernaba al mundo.

La corrupcion habia entrado en las córtes y se habia sentado á la mesa de los banquetes, presidiendo los juegos y las fiestas; la molicie reinaba como soberana en las capitales. Los ciudadanos habian abandonado sus corazas de guerreros para vestir túnicas y mantos perfumados, para usar telas tan ligeras que el menor soplo de viento levantaba; pasaban la vida mecidos por la indolencia y por la holganza, y, en brazos siempre del pla-

cer, abandonaban solo la sala de los banquetes para ir á tenderse sobre lechos de rosas, donde se hacian verter sobre sus cuerpos fatigados olorosas esencias y balsámicos aceites. De soldados se habian hecho sibaritas

Las mujeres repartian sus dias entre el baño y el tocador de donde salian cubiertas con el manto para entrar en las casas de prostitucion. Ya no existian las antiguas matronas romanas, quedaban solo las impuras meretrices; las Lucrecias se habian convertido en Mesalinas.

Entonces fué cuando la moral jóven y pura del Evanjélio empezó á brotar tierna y consoladora, como brota á veces milagrosamente en un arena! ó en una tierra corrompida, un árbol frondoso lleno de vida y de esperanza.

Vióse entonces á los apóstoles herir el suelo con el pié, y brotar del seno de las catacumbas ejércitos de cristianos avanzándose á la lucha y al combate bajo el pendon sacrosanto del divino leño, sin mas corazas para proteger sus miembros que la fé, sin mas armas para guardar su vida que la oracion y el rezo, sin mas dardos para arrojar á sus contrarios que la persuasion y la palabra.

Muchos de los que formaban parte de esos ejércitos de pacíficos combatientes, murieron en la demanda y fueron á servir en el circo de espectáculo á los emperadores, de diversion al pueblo y de pasto á las fieras, pero cuantos mas perecian, mas iban acudiendo. Sucedia con ellos como con aquel árbol misterioso de la Eneida: á cada rama que se arrancaba otra mas tierna aparecia: *Uno avulso non deficit alter*.

Como un resultado natural de las máximas de Cristo, como un desenlace hijo de las palabras de los apóstoles, los mas graves intereses, los sufrimientos de la muchedumbre encontraron defensores que, si no enviados, eran á lo menos incitados por Dios. No desconocian ciertamente estos defensores que iban á una muerte segura, que caminaban á un patíbulo afrentoso, pero poco les importaba ni el sangriento fin que les esperaba ni el género de muerte que para ellos se elegiria. Bastábales saber que cumplian con su conciencia, con los preceptos de su religion, con las órdenes de Dios.

Soldados de Jesucristo, se hacian mártires de una idea. Ahora bien, señores, debia ser una gran idea la que contaba con tantos mártires.

En vano el génio del antiguo Olimpo intentó luchar con la nueva civilizacion que avanzaba; tuvo que confesarse vencido.

El verdadero espíritu del cristianismo era una doctrina de libertad y de igualdad universal; una doctrina que empezaba diciendo con Jesucristo: *Te-*

dos los hombres son hijos de Dios: son iguales ante él; amaos mutuamente que esta es la ley. Ya pues se puede considerar que semejante espíritu de libertad debia aparecer monstruosamente revolucionario á los ojos de aquellos otros hombres, indolentes y aristócratas romanos, que autorizaban la esclavitud, que desconocian la caridad, que oprimian al débil y que consideraban la violencia como una virtud.

Así pues, ellos que vivian impudentemente á costa de la sangre y del sudor de otros hijos de Dios, debian declarar una guerra á muerte, una guerra sin misericordia á la nueva institucion que se elevaba radiante, fuerte en sí misma, á la nueva civilizacion que tenia hombres libres por guerreros, mártires por víctimas y sacerdotes por soldados.

La historia de esta guerra, de esta persecucion encarnizada, que vino á ser luego la sacrosanta auréola del cristianismo, es la que forma la época de transicion entre la España romana y la España gótica.

Cuantos edictos de proscripcion se pregonaban en Roma, eran fiel y despiadadamente ejecutados en nuestra patria por los gobernadores romanos, que al ponerlos en práctica tropezaban con firmes voluntades, con ánimos resueltos, con verdaderos hijos de aquel Dios que habia querido morir en una cruz por la redencion humana. Los anales del martirio cuentan en España con una larga serie de varones ilustres que confesaron su fé en medio de los tormentos; la region que debia llamarse bien pronto Cataluña, cifra tambien su orgullo en el recuerdo de esclarecidas víctimas, defensoras valientes de las nuevas y santas creencias.

Por esto vemos á todas las principales poblaciones engreirse con algun mártir de aquella época: Tarragona con Magin el anacoreta, con Máximo y su obispo Fructuoso, que pereció con sus dos fieles diáconos Augurio y Eulogio; Barcelona con su patrona Eulalia y su obispo Severo; Gerona con Narciso, con Felio y con el diácono Victor que padeció martirio el mismo dia que sus padres; Lérida con el soldado Anastasio, llevado al sepulcro con sesenta y tres compañeros; Manresa con su obispo Lucio que supo morir perdonando, como su divino maestro, á sus verdugos; y finalmente, Vich con sus Luciano y Marciano, que arrancó á las filas de la idolatria dándoles en premio la palma de los santos.

Tal era pues nuestro pais, señores, y empezaba ya á dar el fruto mejor que prometerse podian las nuevas ideas, cuando las enseñas de Alarico, tremolando altaneras en la cúpula del Capitolio, anunciaron una nueva era para la Roma pagana.

Roma arrastró en su caída al imperio, y el mundo romano se deshizo á pedazos, de los que se apoderaron los mas audaces y los mas fuertes.

Pocos dias despues del saqueo de Roma, Alarico, como si no hubiese esperado mas que á marcar con el sello de su nombre el gran acontecimiento que cambiaba la faz del mundo, murió en Cosencia en la Calabria. Sus soldados abrieron su sepulcro en el cauce de un rio cuyas aguas habian desviado, volviéndolas á su madre concluida la ceremonia. Se dice que dieron muerte tambien á los cautivos que habian empleado en esta operacion para que el lugar de la sepultura quedase siempre ignorado.

Fué justo. El que abriera una tumba á Roma, no debia tener mas tumba visible que la misma de Roma.

El sucesor de Alarico se llamaba Ataulfo, varon esforzado y capaz, corazon indómito y salvaje, cuyo deseo mas ardiente era anonadar el nombre romano y trocar todo el ámbito de su imperio en otro nuevo de godos, de modo que cuanto era Romania se volviese Gocia, convirtiéndose Ataulfo en un Cesar Augusto. Pero todos estos planes, todos estos deseos hijos de la ambicion y de la sed de gloria, debian desaparecer y disiparse vencidos por una muger. Lo que no hubiera podido ni la persuasion, ni el valor, ni la resistencia, ni la fiereza, lo pudo el amor, el amor, señores, que aunque solo tiene cadenas de rosas, son cadenas que sujetan mas fuertemente que las de hierro.

He ahí lo que sucedió.

El emperador Honorio tenia por hermana á la muger mas hermosa de Italia. Placidia que asi se llamaba, era un modelo de perfeccion y de belleza, tanto, que los gentiles decian de ella que era Venus descendida á la tierra para tomar la forma de los mortales.

Ataulfo la vió y desde aquel momento, el godo que queria tener por esclavo al mundo todo, fué el primer esclavo de la peregrina hermosura. Placidia reinó como déspota en el corazon del que como déspota reinaba en el mundo.

Vióse entonces al godo, á quien el odio hácia los romanos habia hecho monarca, hacerse romano por el amor de Placidia.

Honorio, á quien importaba asegurarse la alianza de Ataulfo, se apresuró á aprobar aquel amor y á conceder al godo la mano de Placidia, dándole en dote la Galia narbonense y la España tarraconense de que Ataulfo vencedor hubiera podido apoderarse por derecho de conquista, sino hubiese estimado mas adquirirlas como prenda de amor con la mano de su amada.

La boda se celebró completamente á la usanza romana, en Narbona, en casa de uno de los ciudadanos principales del pueblo. Allí, en el sitio mas visible de un pórtico guarnecido al intento segun estilo romano, Placidia, que aceptando la mano del godo faltaba, como luego veremos, á los juramentos hechos á un romano, se sentó en un trono teniendo á su lado á Ataulfo vestido de toga y absolutamente á la romana. Sobresalian, entre los varios regalos de boda que hizo á la novia, cincuenta mancebos vestidos todos de seda, todos con un azafate en cada mano, colmado el uno de monedas de oro y el otro de piedras preciosas de valor inestimable, procedentes del saqueo de Roma por los godos.

Celebrados sus desposorios, Ataulfo pasó los Pirineos y llegando á Barcelona fijó en ella su sólio haciéndola su córte, y con su córte capital de todos los pueblos en que imperaban las vencedoras armas de los godos.

Tarragona entoces inclinó ante la jóven Bcelona su frente ceñida de torres y de cúpulas; Tarragona, envuelta en el manto romano que le habian dado los Scipiones y en la púrpura que le concedieran los Césares, vió á Barcelona elevarse majestuosa y erguida con la corona de reina que acababa de ceñir á sus sienes el primero de los monarcas visogodos; Tarragona, en fin, la capital un dia de la España citerior, fué la primera en tener que rendir homenaje á su rival Barcelona, que se sentó orgullosa sobre un trono, empuñando por de pronto el doble cetro de la España Tarraconense y de la Galia Narbonense, cetro que debia conservar de entonces mas como una herencia y que estaba destinado á tener en su robusta mano el triple significado de olivo, de hacha y de espada.

Ataulfo halló á Barcelona ceñida por el cinturon de murallas que le habian dado los romanos.

Hoy, señores, que todo lo antiguo desaparece, hoy que los últimos vestigios de los romanos monumentos caen bajo la zapa y el martillo precursores de la especulacion y armas del positivismo, hoy que vemos borrarse uno tras otro los antiguos testimonios de la primitiva importancia barcelonesa que casi intactos nos legaron los siglos, hoy nos toca reconstruir con los ojos del espíritu el antiguo recinto de Barcelona que sirvió de campamento á los cartagineses, de ciudadela á los romanos y de palacio á los godos.

Considero, pues, señores, que no se ha de hallar inútil ni innecesario el que marque aquí la situacion de la antigua muralla. Tan marcada es por

otra parte esta situacion , que , segun antes que yo ha dicho un ilustre cronista , salta á los ojos al menos observador , y permite que sin dificultad se le acompañe como por la mano.

En el arco de la bajada de la Cárcel se abria una puerta que miraba á Nordeste , flanqueada de dos torreones poligonales ; la muralla se tendia en línea recta por toda la calle de la *Tapineria* , á cuyo extremo y delante de la que fué inquisicion , aun hace poco se veia el fragmento mas grandioso de aquella circunvalacion , del cual resaltaba en un recodo el arranque de una enorme cornisa ó voladizo ; antes de llegar á la casa canonical ó *Canonja* describia un leve ángulo , y dentro de esta casa otra torre poligonal defendia la esquina , donde la línea torcia por las *Escalas de la Seu* hasta la del Arcediano y la Plaza nueva. Tambien guarnecida de dos torres , bien que redondas , aquí otra puerta miraba á Noroeste ; mas hoy falta el arco cuya memoria se conserva aun y que completaba el efecto y la magestad de aquel resto venerable. A través del actual palacio episcopal proseguia la línea , defendida á trechos por torres cuadradas por detras de las casas de las calles de la *Paja* ; aquí torcia , y describiendo un ángulo entrante y dos salientes , se encaminaba por la de *los Baños* ; y junto al *Call* , probablemente una tercera puerta miraba á Sudoeste , flanqueada asimismo de una torre poligonal , hace poco desaparecida , donde una tradicion piadosa colocaba la cárcel en que la mártir barcelonesa Santa Eulalia confesó en los tormentos la verdad del Evangelio. A espaldas de la calle de *Avinyó* continuaba la fortificacion hasta encontrar el *Palau* , y marcando el ángulo una robusta torre redonda , revolvía á formar otra mayor entrante. Este enviaba su restante lado hácia otra igual inmediata á la bajada de *los Leones* , que forma parte de aquel vasto edificio ; y de ella corria el lienzo á unirse á otra torre , de la cual se enderezaba directamente al arco del *Regomir* , viniendo á componer un baluarte ó cuerpo avanzado casi rectangular de la línea que va desde este último punto á la bajada del *Palau*. Aquel arco era la cuarta puerta , situada á Sudeste ; desde ella cruzaba la línea hasta la plaza de Arrieros donde formaba ángulo ; y siempre siguiendo la parte superior de las elevadas cuevas que allí aparecen , quedaba entre las casas de las calles de *Basea* y San Justo , por donde torcia á reunirse con el arco de la bajada de la Cárcel. (1).

Tal era el circuito de la muralla romana. Hoy apenas quedan de ella vestigios. La especulacion por una parte y por otra la privacion que tiene Bar-

(1) Descripcion que hace Piferrer de la muralla romana en el segundo tomo de *Cataluña*.

celona de estenderse por el llano, hacen que se aproveche el terreno ocupado un dia por las robustas moles de la romana fortaleza.

La dominacion goda poquísimos vestigios ha dejado en Barcelona y en la misma Cataluña. Fué como esas flores inodoras que son de singular belleza, y que sin embargo no tienen perfumes para embalsamar el espacio.

Pero en cambio de esta escasez de monumentos, Barcelona á lo menos desde la época de los godos empieza á adquirir la importancia de que ya no se despoja y que se le aumenta en la edad media, y su nombre antes rarísimo en la historia, tiene ya desde entonces mencion honorífica en muchas de sus páginas.

Poco despues de haber establecido Ataulfo su sόlio en Barcelona, las legiones de Constancio, general de Honorio, se adelantaron contra la Galia narbonense.

Constancio, segun de antiguas crónicas se desprende y segun varias tradiciones refieren, habia sido amante correspondido de Placidia, y esta le habia unjado á su triunfante carro, antes que Ataulfo cayera á sus pies loco de amores y le brindara con su mano y con el trono. Rival, pues, de Ataulfo, no pudo ver con calma ni contemplar con indiferencia que la mujer que le fuera un dia tan querida, que la mujer que un dia tanto amor le habia jurado, pasase á brazos de un afortunado esposo que se la robaba á su amor y acaso tambien á su ambicion. Por esto, encargado del mando de las tropas de la Galia, se negó como Honorio se lo imponia, á acatar la voluntad de Ataulfo, y en vez de rendirle homenaje como á su señor, levantó pendones contra él y le declaró la guerra. Apetecíala Constancio por dos motivos, no solo porque veia con disgusto la alianza de Honorio con los asoladores de Roma, sino tambien porque esperaba con la victoria sacar á Placidia del poder del rey godo. Segun Constancio, solo por violencia podia Ataulfo haberse desposado con Placidia, y queria por lo mismo arrebatársela á su tirano mejor que á su marido.

Los deseos de Constancio quedaron en parte cumplidos. Los godos, despues de diversas batallas en que la suerte de las armas les fué siempre contraria, tuvieron que abandonar la Galia narbonense y retirarse á Cataluña donde se agruparon junto al trono de Ataulfo.

Este, prendido en los lazos del amor que habia sabido inspirarle Placidia, ni de su reino se cuidaba apenas ni de sus propios asuntos. Un dia habia podido vivir para la guerra; entonces solo vivia para el amor. Barcelona habia sido convertida por él en un lugar de encantos y delicias,

como convenia á la morada de dos reales amantes. Ataulfo pasaba los dias á los pies de su bella esposa, entretenido en hablarle de amores, en leer en sus ojos sus deseos, en satisfacer sus caprichos, en ser el primero en rendirse á su voluntad.

Pero si su rey vivia del amor, el pueblo que no podia vivir mas que de la guerra, empezó á murmurar contra la indolencia y la molicie que de su gefe se habia apoderado. Los godos, gente indómita y turbulenta por naturaleza, amaban mucho las armas con las cuales en tiempos pasados se habian hecho respetar y temer. Así es que viéndose espelidos por un tratado de Roma y por una derrota de Narbona, viéndose reducidos á vivir en un rincon de Cataluña, teniendo frescas aun las injurias y vivo el dolor, dieron en criticar á su rey que habia abandonado la Italia y perdido la Galia sacrificando dos reinos al amor de una mujer.

Hé ahí como fué, señores, que la monarquía goda en España tuvo la fatalidad de depender del capricho de una mujer. El amor hizo perder al primer rey de los godos la Italia y la Galia; el amor debia hacer perder al último monarca la España. Fué bien fatal el amor para la monarquía goda!

Una conspiracion se acababa de tramar en Barcelona contra el indolente Ataulfo. Sigerico, hombre audaz, resuelto, violento, enemigo declarado de los romanos, se puso al frente de los conjurados.

Entre estos habia un enano ó bufon que formaba parte de la servidumbre del rey y se llamaba Vernulfo. Segun antiguas consejas, este bufon, de figura baja y repugnante, de monstruoso aspecto, se habia enamorado de su reina y habia tenido la osadía de declararle su amor, lo que le valiera un severo castigo de parte del monarca. Vernulfo, irritado, habia jurado vengarse, y sabedor de la conspiracion que tramaba Sigerico se presentó á él ofreciéndole sus servicios.

Sigerico los aceptó y puso un puñal en manos del enano.

Pocos dias despues, estando Ataulfo en conversacion con su bufon, este se arrojó repentinamente sobre él y le tendió en el suelo de una puñalada. Ataulfo apenas tuvo tiempo para murmurar el nombre de Placidia, de la mujer á quien tanto habia amado y por la cual moria.

Sigerico habia sido el brazo que impelió; Vernulfo el puñal que hirió.

Los godos, muerto su rey, nombraron por su sucesor á su asesino Sigerico.

Este, para celebrar su elevacion al trono, hízose pasear por las calles de Barcelona en una carroza triunfal, haciendo caminar á la hermosa Pla-

cidia á pié delante de sus caballos y revuelta entre un enjambre de prisioneros y de mujeres perdidas. A esta ~~sota~~ se redujeron todas las proezas de Sigerico. Fué rey unos pocos dias y la única cosa notable de su reinado es la afrenta de una mujer.

En efecto, la crueldad y el orgullo que mostró desde que hubo subido al trono, así como también su pereza en empezar la guerra prometida, hizo que los godos se disgustaran pronto de él, y el solio volvió á quedar vacío. El puñal aguzándose de nuevo en las tinieblas de la conspiración, hizo rodar á Sigerico por las gradas.

Walia fué electo en su lugar. Este honró á Placidia, la orgullosa soberana de Ataulfo, la bella cautiva de Sigerico, y colmándola de dones y presentes la dió un lugar en su palacio y un asiento cerca el trono.

Walia, según se supone, es el que hizo recoger los restos de Ataulfo y guardarlos en un suntuoso panteón, que algunos cronistas pretenden haber sido el templo de Hércules que edificado había en la calle del *Paradis* y del cual aun en la actualidad se conservan algunas columnas.

Para dar pasto á la índole guerrera de sus godos, y no engañar como sus antecesores las esperanzas del pueblo, Walia así que subió al trono, juntó en Barcelona un ejército y cubrió las aguas del puerto con una numerosa escuadra. Había decidido pasar al Africa y apoderarse de las tierras que allí poseía Honorio.

No pudo sin embargo conseguirlo. Una desecha borrasca dispersó su armada y le hizo desistir de su empresa. El rey godo tuvo que volverse á Barcelona á tiempo que un enemigo en tierra, aprovechando la ocasión de su ausencia, amenazaba apoderarse de sus estados y llegar hasta la misma capital.

Era este enemigo el mismo general Constancio que antes hemos visto lanzarse á la pelea por el amor de Placidia, y arrebatár á los godos la Galia narbonense. El general de Honorio pasó los Pirineos y se adelantó hácia Barcelona talando el Ampurdan.

Walia, á quien según expresión de un cronista, aunque le faltaban fuerzas de brazos, le sobraban bríos de godo, luego que hubo desembarcado en su córte y sabido la llegada de Constancio, ordenó lo mejor que pudo los restos del ejército que le había dejado la pasada tempestad, y marchó resueltamente contra el invasor. •

Al avistarse las dos huestes, Constancio, á quien solo un móvil le lanzaba al campo de batalla, propuso una entrevista al rey godo, y en

esta entrevista ofreció retirarse con sus tropas si se le devolvía á Placidia.

Walia entonces, como el usurero que tiene un tesoro y especula con la codicia ó la necesidad del que lo desea, pidió á Constancio tres provincias en rescate de su amada. Constancio le hubiera dado su sangre si se la hubiese pedido. ¿Qué mucho, pues, que otorgara tres provincias?

Placidia, pues, es decir, la amante perjura de Constancio, la amada esposa de Ataulfo, la despreciada esclava de Sigerico y la respetada amiga de Walia, fué devuelta á su primer amante. Así fué como Walia, sin hacer mas sacrificio que dar la libertad á una mujer, se encontró señor de la Aquitania, de parte de la Narbonense y de la Novempopulania.

Devuelta Placidia, y habiéndose retirado Constancio, Walia fué contra los Vándalos, Suecos y Alanos que ocupaban el Norte de España y los venció, apoderándose de Mérida. En seguida pasó á la Galia narbonense fijándose en Tolosa con objeto de ir poco á poco engrandeciendo sus estados.

Quieren muchos autores suponer que en el reinado de Walia empezó el pais que habia formado gran parte de la España tarraconense, á llamarse Catalonia para luego trocar su nombre en Cataluña, pero los cronistas rechazan esta opinion tan infundada como gratuita. Cataluña no habia aun alcanzado el tiempo de ser llamada tal.

Muerto Walia en Tolosa, sucedióle en el trono Teodoreto ó Teodorico, que fué el primer rey que dió leyes á los godos y el primero que, abandonando Barcelona, fué á fijar su corte y capital en Tolosa.

En esto, Roma que se habia recobrado un poco, intentó volver á apoderarse de los dominios que habia perdido, y, bajo el consulado de Honorio y de Teodosio II, abrigó la idea de hacer que el mundo fuera de nuevo romano. Fué esto el estertor de su agonía; fué esto la declaracion de su impotencia.

Honorio envió á España á Castino, conde de los domésticos (*comes domesticorum*) ó en otros términos capitán de la guardia del emperador. Castino entró en Cataluña y consiguió algunas ventajas parciales, pero habiendo aceptado sin reflexion una refriega general en las cercanías de Tarragona, quedó vencido y roto. Veinte mil romanos perecieron en esta batalla que fué el abismo donde se hundió el orgullo de Roma.

Pero entre el vaiven continuo de tantas guerras y desastres, en medio del choque de tantos pueblos y de tantos ejércitos, en el caos de aquel desorden, de aquel desquiciamiento, de aquella destruccion, se ven, como veian los alquimistas formarse el oro en el fondo de su crisol, se ven, repito,

formarse los elementos de un gran pueblo. Un día ha de llegar en que, á la voz omnipotente del que rije los destinos de las naciones, nazca la luz en las tinieblas, un día ha de llegar en que al *fat* soberano de la voluntad divina, se reunan las semillas arrojadas y esparcidas por Dios y formen la renovacion del pueblo cuya suerte tiene decretada en sus secretos designios.

Sí, señores; de entre todo este caos, de entre toda esta mezcla de razas. de costumbres, de leyes y de castas, veremos salir á Cataluña pura y vírgen, como pura y vírgen brota la rosa de entre los abrojos y los zarzales.

El cristianismo iba adelantando y ganando prosélitos, la unidad religiosa iba bien pronto á unir los pueblos con un mismo lazo cobijándoles bajo el manto de una misma fé.

Entonces fué cuando Dios, que queria sin duda apresurar su grande obra, envió á Atila, á Atila llamado *el azote de Dios*, á Atila que pasó como un torrente desbordado por encima de pueblos, ejércitos y ciudades.

El agua del diluvio habia purificado la raza primera. El hierro y la sangre debian purificar la nueva raza.

Atila no fué sino el diluvio de los tiempos modernos.

Quinientas ciudades incendiadas fueron las antorchas que alumbraron el camino seguido á traves de la tierra por Atila, por Atila que hacia tirar su carro de triunfo por una cuádriga de reyes prisioneros, y que daba una reina vencida por esclava á cada uno de sus tenientes.

Un huracan habia pasado por el mundo como si Dios hubiese querido fundir en un crisol todas las razas; del seno de comarcas desconocidas habian brotado innumerables hordas de bárbaros; los rios habian arrastrado corrientes de sangre; torbellinos de fuego se habian elevado, á fuer de triunfantes penachos en todas las ciudades; las naciones habian amontonado unas sobre otras sus escombros, y la sangre de los hombres de todos los paises habia, mezclada y confundida, goteado de la espada terrible del *Azote de Dios*.

Los *campos catalaunicos*, que son los que se estienden junto á Chalons-sur-Marne en Francia y que hoy se llaman los *campos de Atila*, fueron los que presenciaron la derrota del rey de los Hunos. Teodorico, el monarca de los godos sucesor de Walia, se habia concertado con el general romano Ecio para oponer un dique al torrente de los bárbaros. Teodorico queria á toda costa proteger su España cuya valla formada por los Pirineos no hubiera vacilado Atila en saltar como habia hecho con la de los Alpes.

La batalla fué sangrienta y como nunca se habia visto otra igual. Un ria-

chuelo que atravesaba la inmensa llanura apareció como un torrente hinchadísimo, no con la lluvia, sino con la sangre que venia á servir de bebida á los heridos que, abrasados de sed, se iban arrastrando hácia la corriente. Ciento sesenta y dos mil cadáveres hacinados en la llanura señalaron la derrota de Atila.

Entre estos cadáveres estaba el del rey Teodorico. Su hijo Turismundo, que habia recibido una herida en la cabeza, fué declarado su sucesor y proclamado rey en el mismo campo de batalla sobre el ensangrentado cadáver de su padre.

Despues de la derrota de Atila, volvióse Turismundo á Tolosa, la capital del reino godo, y tomó posesion de los tesoros de su padre con un afán y una codicia que revelaron en él los mas desordenados vicios. Poco duró su reinado. Era inhumano, avariento, cruel y tirano. Esto le acarreó el encono de los suyos, y sus dos hermanos, haciéndose representantes del odio de su pueblo, apelaron al fratricidio para deshacerse de él. Verdad es que si ellos no hubiesen asesinado á Turismundo, Turismundo les hubiera asesinado á ellos. Tales eran, señores, los hombres de raza real entre los godos.

El mayor de los dos hermanos fué entonces elegido rey con el nombre de Teodorico II, pero no debia tardar otro fratricidio en dejar vacante el trono. Eurico, el hermano menor, subió al sόlio de los godos poniendo el cadáver de Teodorico por escabel de su planta.

Nuevas invasiones se sucedieron y nuevos trastornos. Nunca pais alguno ha sido disputado con mas tenaz empeño del que lo fué España á los godos.

En tiempo de los sucesores de Eurico, Barcelona cuyo nombre ya no falta mas en todas las páginas en que se trata de gloria, Barcelona contempló al pié de sus murallas la derrota de los vándalos, y poco despues abrió sus puertas á Amalarico que la volvió á hacer la capital del reino, trasladando á esta parte de los Pirineos el solio del gobierno de los godos que desde Walia habia estado en Tolosa.

Amalarico se casó con una hija del rey de Francia Clodoveo, llamada Clotilde, mujer de peregrina hermosura y de singular virtud. Era cristiana y en vano trató de convertirla Amalarico queriendo que se inscribiera á toda costa en la secta de los arrianos. Clotilde, que alimentaba en su corazon el fuego secreto que un dia hiciera fuertes á los mártires contra los tormentos, se negó resueltamente. De la obstinacion del marido y de la negativa de la mujer se originaron enconos y tropelías. Un dia Amalarico irritado la dió

con el pomo de su espada causándole una herida en la frente. Clotilde restañó su sangre con un pañuelo, y en seguida envió por un mensajero el lienzo manchado en su sangre á su hermano el rey franco Childeberto.

Este tomó las armas para vengar á su hermana, y entró al frente de un poderoso ejército en los estados de Amalarico, pasándolo todo á fuego y sangre.

Childeberto se presentó á las puertas de Barcelona, antes que los godos sorprendidos hubiesen podido hacer ningun preparativo de defensa. La ciudad fué presa de los francos, el esterminio y la matanza corrieron libres por las calles. Barcelona aterrada vió al ejército franco apoderarse de sus murallas, de sus fuertes y de sus templos. Amalarico, que habia tenido tiempo de bacer ocultar sus tesoros en las naves que anclaban en el puerto, iba á refugiarse en ellas cuando fué alcanzado y herido por la lanza de un soldado franco.

Muerto Amalarico, Childeberto se acabó de enseñorear de Barcelona sin perder ni uno de sus soldados, y se apoderó tambien de las naves que poseian el tesoro del monarca difunto. Formaban parte de este tesoro, producto casi todo de despojos hechos á los templos cristianos, sesenta cálices y quince patenas de oro finísimo que el franco repartió entre diferentes iglesias de su reino.

Despues de la toma de Barcelona, Childeberto pasó adelante despoblando mucha parte de España hasta Toledo, y de allí se volvió á Francia llevándose consigo á su hermana Clotilde.

Esta invasion de los francos divide perfectamente en dos épocas la historia de la dominacion goda en España.

Los acontecimientos de la segunda época son demasiado numerosos, demasiado dramáticos y demasiado interesantes, sobre todo, para que pueda permitirme encerrarlos en los límites de nuestra leccion de hoy. Les dejaremos pues que nos procuren asunto para la inmediata.

Allá veremos á los godos, á los vencedores de Roma, desaparecer en la batalla del Guadalate, y perder por la prostitucion de una mujer el imperio de España que el perjurio de otra mujer les habia dado.

LECCION VI.

LOS VISOGODOS EN SU DECADENCIA.

Theudia.—Sus sucesores.—Hermenejildo y Recaredo.—El catolicismo y el arrianismo.—Wamba y Paulo.—Rodrigo.—El conde D. Julian.—Los árabes.

SEÑORES:

Estamos ya en el segundo período de la dominacion goda. Nos vamos sin sentirlo acercando á Cataluña, en cuya historia ya se conocerá que no podíamos permitirnos entrar de lleno sin antes trazar un cuadro general de las épocas primitivas, sin antes hablar de las distintas razas, metéoros de la historia, que han fijado un dia sus tiendas en nuestro suelo y coronado con sus enseñas las torres de nuestras ciudades.

Despues de la toma de Barcelona y muerte de Amalarico, despues de haberse Childeberto retirado á Francia abandonando el pais que acababa de devastar, los godos eligieron por rey á Theudia.

Durante su reinado, Childeberto y Clotario, reyes francos, para proseguir acaso la venganza de la injuria hecha á Clotilde, ó probablemente tomando esto como un pretesto que disfrazara sus deseos de conquista, entraron en España por Pamplona y llegaron hasta la provincia tarraconense donde les esperaba Teudisela, general del ejército de Theudia.

Una batalla tuvo lugar entre los dos ejércitos cerca de Tarragona se-

gun la mayor parte de los historiadores, aunque Beuter el cronista, supone que fué entre Igualada y Cervera en un sitio que, segun dice, se llamaba aun en su tiempo *Uch de la matansa* ó *lugar de la matanza*, y nuestro Pujades vacila entre si dar la preferencia á un territorio que hay entre Monmaneu y los Hostalets que aun se llama *las fossas* es decir *las sepulturas*, ú otro que es el de *Reminat* donde hay tradicion de haberse efectuado un combate sangriento en época de godos.

544 Sea el sitio donde fuere, el caso es que los francos fueron vencidos, y tan favorable fué la batalla á los godos, que Teudisela hubiera acabado en ella con todos los enemigos, sino se hubiesen apresurado á pedir una capitulacion que el general les otorgó, consintiendo por una gran suma de dinero en concederles tregua por un solo dia y noche, en cuyo perentorio tiempo debian escapar los que pudiesen. Transcurrido este espacio, se quedó con el derecho de matar ó prender á los que quedasen. Y así fué. Todos los que pudieron, pusiéronse en cobro durante aquel dia y noche, pero los que se retardaron y no supieron aprovechar el tiempo, fueron pasados sin misericordia á cuchillo.

548 Cuatro año despues de este suceso, como era ya costumbre en los reyes godos, Theudia murió asesinado y subió al trono Teudisela, el vencedor de los francos.

551 Ni en el reinado de este ni en el de sus sucesores Agila y Atanagildo, se encuentra gran cosa de particular sobre Cataluña. Solo debo decir, para mejor comprension de lo sucesivo, que habiéndose alzado Atanagildo contra el rey Agila, imploró para vencerle el socorro de los romanos los cuales en premio de su apoyo se apoderaron de parte de Cataluña. La alianza de Atanagildo los metió en ella y siete sucesores suyos fueron menester para espelerlos luego de España.

Ya en esto, Barcelona habia vuelto á dejar de ser capital de los godos, reemplazada en este destino por Toledo.

Muerto Atanagildo que se habia hecho bautizar como católico, pero en secreto, pues no se atrevió á romper abiertamente con la doctrina de Arrio, quedó vacante el trono y tuvo entonces lugar un corto interregno.

A la noticia de la muerte de Atanagildo, los magnates del reino habian montado á caballo, y seguidos de sus bucelarios y rodeados de fastuoso aparato, se presentaron en la corte, esperando ser cada uno el elegido y prontos para ello á alegar sus derechos, sus títulos ó sus méritos.

Hubo grandes debates y contrariedades entre ellos para ver quien habia

de ser el favorecido, y como no les fuese posible convenirse tan pronto, hubo de quedar vacante el s6lio por algun tiempo. Acordaron por fin quien habia de ser la persona, y un dia reson6 por todo el imperio godo el grito de: Viva Liuva!

Liuva era gobernador de la Galia Narbonense, y 6 Narbona partieron los principales dignatarios precedidos de cuatro mensageros especiales que debian dar 6 Liuva la fausta noticia de su eleccion. Acoji6 afable el que iba ser rey de Espa6a 6 los embajadores, pero no ocult6ndosele los 6st6culos y dificultades del trono que se le llamaba 6 ocupar, rog6 6 los grandes que le dieran 6 su hermano Leovigildo por compa6ero en el s6lio.

572 Aceptaron los embajadores, y los dos hermanos subieron al poder, siendo rey de la Espa6a Liuva y de la Galia Leovigildo, pero hab6anse apenas pasado tres a6os, cuando Liuva baj6 al sepulcro dejando se6or de todo 6 Leovigildo.

Este cumpli6 como buen y fiel monarca. Desde el principio de su reinado la guerra pareci6 ser su elemento, y llev6 sucesivamente sus legiones 6 Andaluc6a, Granada y C6rdoba que gan6, conquistando parte de la Galicia, Vizcaya y reino de Leon, con lo cual asegur6 casi sus reinos dejando 6 los romanos con poqu6simo terreno. No contento con esto, alz6 pendones contra Apsidio, se6or de Ajer, que se habia rebelado, y persigui6 hasta el corazon de sus monta6as llev6ndoselo cautivo con su muger y sus hijos.

Mientras tenia Leovigildo tan altas ideas tocante al aumento de su reino, y no cesaba de llevar do quiera triunfantes sus armas, abrigaba las mismas tocante 6 la grandeza de su honor y 6 la reputacion de la magestad real. El fu6 el primero de los reyes godos que se cubri6 con el manto r6gio y prohibi6 las insignias reales usadas en otros paises, cetro y corona; 6l fu6 el primero que se sent6 solo 6 la mesa, desde6ando la costumbre de sus antecesores de comer en particular compa6a.

Todo ello contribuy6 en gran manera 6 darle cr6dito y fama, y 6 conquistarle sobre todo el aprecio de sus vasallos.

Cuando comenz6 6 reinar Leovigildo, estaba ya casado con Teodora, la hija del duque de Cartajena, de la cual habia tenido dos hijos: Hermenejildo y Recaredo.

Vi6ndose seguro del afecto de sus vasallos, crey6 que no seria dif6cil arraigar como costumbre en los godos la particion del reino entre dos personas, y por lo mismo reuni6 un dia 6 sus magnates, y les

propuso elegir en vida suya á sus hijos para que juntos ocupasen el trono de España, así como juntos le habían ocupado él y su hermano.

Accedieron á ello los grandes de su reino por ser él quien lo proponía, y por el pronto repartióse la España en la forma siguiente: Hermenegildo recibió el reino de Sevilla y otros señoríos de aquella parte; á Recaredo le fué dada la Celtiberia y con ella todo lo que es hoy Cataluña y lo que los godos poseían en la Galia gótica; en cuanto al padre, se quedó con el reino de Toledo.

Relatan antiguas crónicas que poco antes de partir Hermenegildo para Sevilla á tomar posesion de su reino, se presentó á su padre y le anunció su deseo de casarse con Yocunda, la hija de los reyes de Francia.

Leovijildo recibió esta noticia con asombro. Arriano como era, no podía aprobar que su hijo se enlazase con una muger de distinta religion que la suya. Hízoselo observar y le dijo que Yocunda era católica.

—Es que yo tambien soy católico, contestóle su hijo.

A esta nueva inesperada y para él terrible, que recibió el anciano rey como un dardo en mitad del corazón, las lágrimas inundaron repentinamente sus ojos, y dícese que entre contrito y enfurecido así exclamaba:

—Ya no tengo mas que un hijo, pues que he perdido á uno de los dos que poseía. Solo me queda Recaredo, solo en él cifraré mi cariño y mi esperanza. Yo aborrezco de muerte á los católicos, yo haré que de ellos sean purgados mis estados; soy capaz de arrojarlos todos á las fieras, en esos anfiteatros que nos han dejado los romanos.

—No hableis así, padre mio, —diz que le dijo entonces Hermenegildo con tono profético, —puede que un dia llegue en que abraís los ojos á la luz, y os hagais tambien católico.

—Yo! jamás! jamás! —contestó segun la crónica el enfurecido padre —vete en mal hora de mi palacio y mis estados, Hermenegildo, serpiente que he abrigado en mi seno. Vete, hijo mio, que has renegado de tu padre abrazando el catolicismo. Yo soy arriano: vete antes que mi furor estalle, y húndete en tu reino de Sevilla que en mal hora te he dado. Me tarda el verte fuera de mi presencia. Los católicos causan horror á los arrianos: olvídate de mi nombre. De aquí en adelante, no he de vivir mas que por Recaredo y he de fundarle una ciudad tan famosa, que pase á los siglos futuros con su nombre, siendo corte y esplendor de nuestra religion.

A este razonamiento diz que contestó el joven Hermenegildo:

—Ya me voy, padre, puesto que de vuestro palacio me arrojais y de vuestro reino. Edificad en buen hora ciudades; fella sea la que fundeis en honra y con el nombre de Recaredo, pero, tenedlo presente, una voz secreta me lo dice, la misma ciudad que levantareis para que sea arriana, será la mas constante defensora de la fé, y los sacerdotes católicos arrojarán un dia de su recinto á todos los sectarios de Arrio. No puede menos de suceder. La heregía camina al sepulcro. Las tinieblas huyen á la luz del sol.

Estas palabras exasperaron al monarca godo, y Hermenejildo se retiró para no irritarle mas con su presencia.

Al dia siguiente partia para Sevilla donde no tardó en enlazar su suerte con la de la hermosa, de la cándida Yocunda.

En el interin, su padre que se habia venido á Cataluña echó los cimientos de una ciudad á la cual, cumpliendo con su promesa, puso por nombre *Recopolis* ó *Recapolis*, palabra compuesta de *polis* ciudad, y *reca* sincopa y radical del nombre Recaredo. Mas tarde la nueva ciudad abandonó su nombre para llamarse Ripoll, que no fué mas que la contraccion de *Recapolis*, acabando por pronunciarse de aquel modo á medida que con el latin se vino á crear el romano vulgar á que pertenece la lengua de nuestro suelo.

Dios quiso que el presajio de Hermenejildo se cumpliera. Para hacerlo ver me contentaré, señores, con narrar simplemente los hechos.

Leovigildo recibió con ira la nueva del casamiento de su hijo con la católica Yocunda; y tanto se exasperó, y tanto fué lo que le cegó la cólera, que envió un embajador á Sevilla para decir á los dos nuevos esposos que les haria matar como no dejasen la fé católica. No cedieron á esta amenaza los dos esposos, antes bien continuaron firmes en su digno camino. Mas como su padre repetia con frecuencia el mandato y aumentaba las amenazas, decidieron defenderse con las armas, para cuyo fin Hermenejildo se hizo fuerte en la ciudad de Sevilla, haciendo alianza con los romanos.

Enfurecido mas y mas con esto su padre Leovigildo, envió un poderoso ejército contra él y le sitió en Sevilla, desde donde, preso á traicion, fué llevado á poder de su cruel padre y encerrado en una estrecha cárcel de Tarragona. Allí le hizo tener con grillos y en el cepo, y allí, viendo que resueltamente no queria abandonar la fé católica que habia abrazado, hizole un dia matar despiadadamente por un emisario llamado Gisberto ó Sisberto, que le abrió la cabeza de un hachazo.

Tal fué aquella horrenda catástrofe que manchó con la sangre de un hijo amante y piadoso las húmedas losas de un oscuro calabozo de Tarragona. Hermenegildo murió bendiciendo á su padre que le daba la corona del martirio, ínterin la iglesia le adjudicaba mas tarde la de santo.

La sangre de Hermenegildo, derramada en testimonio de la fé católica, fué como un arroyo que fecunda un campo. Su muerte produjo un efecto contrario al que su padre esperaba. Los católicos abundaron desde entonces, y á tal extremo llegó el sentimiento de la muerte dada en Tarragona al santo rey de Sevilla, que, segun cuentan los cronistas, poblaciones enteras se convirtieron. El mismo rey Leovigildo, cumpliendo con la profecía de su hijo, se hizo católico, siguiéndole en pos Recaredo, que tan firme columna debia ser de los católicos altares, y despues todos los godos en cuyos estados se abrazó como única religion el catolicismo.

Tambien se cumplió el presagio de Hermenegildo tocante á la ciudad levantada en honor de Recaredo y de los arrianos. Si bien por el pronto quedó olvidada, con todo, al renacer el catolicismo fué en su suelo donde se vió levantarse soberbio uno de los mas firmes baluartes de la fé, una de las casas de oracion mas célebres y conocidas, y desde entonces hasta el dia no ha habido en el orbe quien haya ignorado la existencia y grandeza del famoso monasterio de Santa María de Ripoll.

A Leovigildo que murió de muerte natural, cosa rara entre los godos, sucedió Recaredo cuyo reinado debia dejar un glorioso nombre. Este rey fué el que regaló al santo mártir de Gerona San Felix, la corona de oro que luego debia un traidor robar para ceñírsela á sus propias sienes.

Durante el reinado de diez monarcas que sucedieron á Recaredo, Cataluña apenas figura en los anales de la historia. Su suerte es la suerte general de toda España.

En esta época se ve el arrianismo querer luchar aun como el mónstruo que se debate en su agonía, pero acabó de morir completamente con Witerico el usurpador del trono de Recaredo en un festin en que fué este
610 asesinado por sus magnates. De entonces mas el catolicismo reinó sin rivales y casi ya sin obstáculos.

Despues de Suintila que no dejó un instante de reposo á sus tropas y que acabó la conquista de España haciendo desaparecer todo lo que llevaba aun
629 el nombre romano, la historia de la Peninsula queda en parte reducida á la historia de los varios concilios que tuvieron lugar en Toledo, Tarragona, Zaragoza, Barcelona y Narbona, en los cuales los grandes dignata-

rios de la iglesia se esforzaban por secundar la accion de la autoridad real. Los nobles y magnates se habian hecho turbulentos, indómitos y ambiciosos; los reyes, pasando de un extremo á otro, eran ó débiles ó tiranos; solo el clero intervenia como un poder moderador.

670 El reinado de Recesvinto fué una época de dicha y de paz para la España. Si se exceptua una rebelion de los vascones que fué prontamente apaciguada, ningun acontecimiento turbó la tranquilidad del reino.

Con la muerte de Recesvinto la historia debia notar en sus páginas un acontecimiento extraño tocante á su sucesor. Por primera vez, despues que existia el trono de los godos en Europa, hubo necesidad de recurrir á la súplica y tambien á la amenaza para hacer aceptar el rango supremo, la dignidad real.

El 1.º de setiembre del año del Señor 672, reuniéronse en la pequeña aldea de Gérticos, cerca de Valladolid, los magnates godos y nombraron rey á Wamba, anciano respetable, miembro de una de las mas ilustres familias de la nacion goda. Con asombro general, cuando tan fausta nueva le fué comunicada, Wamba se negó á subir al trono.

Incitáronle, estrecháronle, abultáronle el interés de la nacion que necesitaba un caudillo esperto y sábio. Wamba, que no ambicionaba el cetro y que el orgullo no tenia cabida en su corazon puro, se obstinó mas y mas en negarse. Entonces se adelantó un gefe godo, y desenvainando la espada cuya punta le presentó;

—Has de ser rey, le dijo, te hemos nombrado y tienes que aceptar el cargo. Has de ser rey, te digo, ó mueres á mis manos.

Wamba entonces hizo constar que se le elegia á la fuerza, y aceptó.

672 Diez y nueve dias despues, Wamba, el rey por fuerza segun le han llamado los poetas, entró en Toledo victoreado por un pueblo entero y quedó ungido y consagrado en la iglesia metropolitana de Santa María por mano de su prelado Quirico. La tradicion, que siempre se complace en adornar de circunstancias maravillosas y de poéticos detalles los grandes acontecimientos, dice que en el mismo punto de quedar unjido, una abeja, vista de todos los concurrentes, partió de la sien del monarca y voló al cielo, como una señal enviada por Dios en anuncio de la dicha y prosperidad que esperaba á la nacion que habia elegido á Wamba.

El primer cuidado de este rey fué contener á los vascones que se agitaban aun. El duque de Nimes, Hilderico, se aprovechó de esta circunstancia para rebelarse. Wamba echó mano entoces del caudillo militar mas

práctico, el conde Paulo, de origen griego, al que envió contra Hilderico, confiándole sus mejores tropas.

Paulo hizo traición á su señor.

Lejos de dirigirse hácia la Septimania á marchas forzadas, como la urgencia del caso exigia, detúvose con diferentes pretextos en la provincia Tarraconense y concertóse secretamente con Ranosindo, Hildegiso y otros señores principales de Cataluña, que le prometieron su apoyo y el de sus tropas si se declaraba rey.

Paulo, seguro ya de este auxilio, se adelantó hácia Gerona, robó la hermosa y maciza corona de oro que diera un día á San Felix el piadoso Recaredo, y pasando los Pirineos, llegó á Narbona donde se hizo ungir rey de España y de la Septimania.

Prosiguió Paulo llevando adelante su insurrección con singular actividad obligó á la Septimania entera á alzarse en su favor de buen ó mal grado, y promovió una sublevación general en toda la provincia Tarraconense por medio de su emisario Ranosindo que con el ensalzamiento de Paulo pensaba llevar á cabo particulares y ambiciosas miras.

Entonces, no por intención sino por sorpresa, prestaron obediencia á Paulo las ciudades de Barcelona, Tarragona, Vich, Gerona y Perpiñan, arrastrando ellas á toda Cataluña.

Tuvo Wamba noticia de la alevosía de su general y con poco ejército se puso inmediatamente en marcha para contener ó ahogar la revolución. Pasó por Calahorra y Huesca, y entrando en Cataluña llegó á Vich de cuyo pueblo se apoderó sin resistencia dirigiéndose en seguida contra Barcelona que tomó por fuerza haciendo prisioneros á los caudillos del movimiento.

Ningunos pormenores tenemos sobre este hecho. Nuestros antiguos cronistas, faltos de datos, no hacen mas que marcar sencillamente el suceso de la toma de Barcelona.

Gerona se apresuró á abrir sus puertas al vencedor y legítimo monarca, y todo el país catalán volvió á la obediencia de Wamba. Este entonces sin perder tiempo, pasó los Pirineos, se apoderó del castillo de Livia, rindió el fuerte de Orleras y la plaza de Colibre, sitió y entró en Narbona, é hizo que vencidas se le humillaran Beziers, Agda y Magalona.

A continuación de esta brillante serie de victorias en que puede decirse que empleó el tiempo que un rayo en cruzar por el espacio, plantó sus tiendas en torno á Nîmes, ciudad donde se había refugiado Paulo y último baluarte de la rebelión.

673

La defensa de Nîmes fué encarnizada. Paulo con los restos de los suyos se encerró, perdida ya la ciudad, en las famosas Arenas ó anfiteatro que un dia sirviera á los espectáculos del pueblo romano. No tardaron sin embargo en rendirse los guerreros alli atrincherados, y Paulo que se habia refugiado en los sótanos donde antiguamente se guardaban los tigres y leones que debian servir para los juegos del circo, fué preso y llevado á España para entrar en Toledo, ante el carro triunfal de Wamba, ceñidas las sienes no ya con la corona de oro del mártir San Felix, sino con otra de cuero negro, humillante signo de la que pretendiera usurpar.

Conseguida esta tan señalada victoria, el reinado de Wamba fué de entonces mas venturoso y próspero, y no hay duda que bajo su mando alcanzó España una época de dicha y felicidad.

Pero tocaba ya á su fin el reino de los godos. Dios iba á hacer sonar su última hora.

Dos sucesores de Wamba mancharon el trono con sus desórdenes y crueldades: como en algun tiempo los romanos, los caudillos godos vieron transcurrir sus dias en el desenfreno y en las orjías.

Rodrigo fué el postrer rey de los godos.

Una dama de su palacio, la hija del conde D. Julian, gobernador de Ceuta, fué requerida de amores por el monarca y tuvo la fragilidad de acceder á sus deseos.

Funestos amores los de Rodrigo! Florinda fué para el último rey de los godos lo que Placidia habia sido para el primero.

Aun no está claro en la historia, señores, si fué Florinda la concubina ó la víctima de D. Rodrigo. Si como pretenden muchos historiadores Florinda fué villanamente violada por el rey godo, ¿á qué ese apodo de *Cava* es decir *ramera*, con que la posteridad la ha reconocido?

Sea lo que fuere, fuese Florinda la concubina ó la presa del monarca, lo cierto es que su padre el conde D. Julian decidió vengar la afrenta hecha á su honor y á su sangre.

Decidió vengarse, sí, pero no podia ser la de un hombre violento como D. Julian, una venganza vulgar y futil; necesitaba una venganza espantosa, bárbara, sangrienta.

Al tener noticia de los amores de su hija con el rey, partió el conde arrebatadamente á Toledo, arrancó á Florinda de los brazos de Rodrigo, y tornando en seguida á la ciudad que gobernaba, inflamado en cólera, martirizado por el punzante aguijon de la perdida honra, acudió inmediatamente á la ejecucion de su desagravio.

Escribió pues al árabe Muza-ben-Nosir, y le incitó á una conquista de la España, representándole aquella empresa como fácil y segura y ofreciéndole ayudarle con todas sus fuerzas. Hízole una bella descripción de la España para avivar su apetito. Hablóle de su delicioso clima, de su claro y sereno cielo, de sus muchas riquezas, de la calidad y virtud maravillosa de sus plantas y frutos, de la escesiva bondad del tiempo en todas las estaciones, sus oportunas lluvias, sus rios y copiosas fuentes, los magníficos restos de sus antiguos monumentos, sus vastas provincias y sus muchas y ricas ciudades.

Dependia sin embargo Muza del califa de Damasco Walid, y como buen musulman nada podía emprender sin el consentimiento del caudillo de los creyentes. Escribióle, pues, para conseguirlo, no olvidando decirle que era España superior á la Siria por la hermosura del cielo y fertilidad del terreno, al Yemen ó feliz Arabia por la suavidad del clima, á la India por sus flores y aromas, al Hejaz por sus frutos, y al Catay ó China por sus metales preciosos y opulentas minas.

La expedicion fué decidida.

Julian el apóstata, quedando para la posteridad como un padron de infamia, como un monumento de traicion, abrió la puerta de España á los sarracenos que se precipitaron como un desbordado torrente.

Rodrigo, reuniendo un numeroso ejército, acudió en defensa de su pais, pero orillas del Guadalete, en el mismo sitio hoy ocupado por Jerez de la Frontera, los godos perdieron su rey, su honra y su nacionalidad.

711 Tres dias de batalla encarnizada y sangrienta fueron menester para que el estandarte que alentaba el símbolo del islamismo, se alzara triunfante sobre el vencido estandarte en que brillaba el oso de los godos.

He aquí, señores, segun dije en mi leccion anterior, como por el amor de una mujer perdieron los godos el reino que el amor de otra mujer les habia dado.



LECCION VII.

LOS BARONES DE LA FAMA.

Ojero Catalon.—Sus nueve compañeros.—Sitio de Ampurias.—Muerte de Ojero.—La balada de Carlomagno.

SEÑORES:

Humeaba aun la sangre derramada á orillas del Guadalete, cuando ya la península toda se habia convertido en una provincia árabe.

El suelo español se ofreció á los ojos de los sarracenos con el brillo y el lujo de su fertilidad, y desplegó á su vista, como un campo sembrado de flores, inmensas llanuras cubiertas y pobladas de las ciudades que ufanas y coquetas habian nacido al soplo creador y fecundo del latino imperio. España era una morada de delicias para los sarracenos, era el pais de los sueños árabes.

Se difundieron pues por él rápidamente y lo sujetaron y avasallaron con estrema facilidad. Era general el pavor; la batalla del Guadalete y la desaparicion de D. Rodrigo habian sembrado un pánico mortal en todos los corazones. Señores, clero y vasallos nadie soñaba en hacer resistencia: todos huian desaladamente hácia Asturias los unos, hácia la Galia los otros, y muchos apoderándose de los bajeles que encontrar podian, cruzaban los mares encaminándose á Italia con sus riquezas y tesoros. Los árabes iban pues encontrando los lugares despoblados.

Solo algunas ciudades ofrecieron resistencia. Vióse á las indómitas huestes de Muza apoderarse por sorpresa de Córdoba , obligar á capitular á Toledo , rendir á Mérida y acampar ante Zaragoza que al abrirles sus puertas les abrió tambien las de Cataluña.

Entonces Lérida saqueada , Tortosa vencida y Tarragona incendiada advirtieron á Barcelona la llegada de una bandera desconocida , de un ejército innumerable y de unos hombres estrañamente vestidos que lanzaban sus gritos de guerra en un lenguaje de nadie comprendido.

Los templos iban á ser convertidos en mezquitas , las ciudades en serrallos y los hombres en esclavos.

Cataluña arrojó un grito supremo de angustia , y las voces unidas de las vírgenes del Señor subieron en coro á las plantas del Eterno. Cuenta la tradicion , señores , que entonces , al acercarse los sarracenos , las esposas de Cristo para no perder su vestidura de pureza fueron tragadas por la tierra , y que por espacio de cuarenta años los árabes dueños de la provincia Tarraconense oyeron bajo tierra y en el sitio donde antes se levantaban los templos desaparecidos , la voz de las campanas que llamaban al rezo y los cantos de las religiosas que entonaban la *Salve*.

713 Barcelona se rindió á las armas vencedoras de Muza , que adelantando en su marcha triunfal pasó adelante apoderándose de Gerona , Ampurias y Rosas.

Los Pirineos orientales no fueron valla para los árabes como no lo habian sido para los godos. Traspasáronles llevados de aquel primitivo fervor que habia sabido inspirarles Muza , quien acaso soñaba en conquistar la Europa tras la España , y sometiendo la restante provincia romano goda de la Septimania , hicieron de Narbona la cabeza del pais conquistado á la otra parte de los Pirineos.

Como se vé , pues , señores , la religion de Cristo retrocedia ante las doctrinas de Mahoma ; la Biblia se inclinaba ante el Coran , y la civilizacion que se habia formado sobre los restos del imperio romano , iba á desaparecer antes de poder legar completa su herencia al porvenir.

Pero afortunadamente no fué así.

Dios eligió la invasion de los árabes como un memento solemne , como una época de transicion. Dios , que rodeado de las sombras del misterio y envuelto en la soberanía de la eternidad señala con su dedo el camino que ha de seguir el progreso á traves de los siglos y de las edades , Dios quiso que la civilizacion pasara por aquel último tamiz para que brotara por fin una nacion nueva , una generacion virjen , una raza independiente y libre ,

esencialmente cristiana por su origen, esencialmente civilizadora por su misión. Dios había revuelto las razas céltas, cartaginesas, romanas, godas y árabes para que saliera una nueva que, en su esfera, teniendo de todas fuese á todas superior.

737 En el fondo de grutas inaccesibles, en el corazón de las montañas, allí donde rujen los leones y en las mismas cimas donde anidan las águilas, apareció un hombre que reasumió por el momento los dos grandes móviles de la acción humana: la religión y la patria.

Junto á este hombre se agruparon todos los que, huyendo el roce con los enemigos de Jesucristo, habían ido á pedir asilo á las montañas prefiriendo vivir entre los duros rigores de la naturaleza, que contaminarse con el trato de los sectarios de Mahoma.

¿Quién era ese hombre que se atrevía á alzar un pendón y á tremolar un estandarte para que se reunieran bajo sus pliegues todos los pueblos que quisiesen ser libres? ¿Quién era este hombre que se presentaba como un lazo de alianza entre el pasado y el porvenir? ¿Quién era el que se atrevía á comenzar una lucha de gigantes? ¿Quién el que debía pasar á la posteridad, magnífica figura de la poesía popular?....

Nadie lo sabía. Todo el mundo lo ignoraba.

No era un godo que se ofrecía á pelear por su patria, no era simplemente un odio de raza el que le impelia al combate, era un mensajero, un enviado de Dios; era un cristiano que llamaba junto á sí á todos los cristianos; era una guerra santa la que se proponía hacer.

Era un hombre que quería ser para Cataluña lo que había sido ya Hércules para Grecia, lo que acababa de ser Pelayo para Asturias, lo que luego debía ser Roldan para Francia y mas tarde el Cid para Castilla.

Era Otgero Catalon, es decir, el Hércules, el Pelayo, el Roldan, el Cid de Cataluña.

Es hermosa, señores, verdaderamente hermosa la figura colosal de ese hombre, cuando, envuelto en la poesía del misterio, le vemos aparecer sobre las cumbres del Pirineo, pronto á dar su sangre y su nombre al país que se tiende á su vista. Pocos pueblos tienen en su pasado una figura mas poética, mas embellecida por la tradición y rodeada de una mas pura aureola de gloria.

No nos fatiguemos, señores, procurando saber quien era ese hombre, ni nos cansemos en hojear antiguas y empolvadas crónicas para rastrear su origen y su procedencia. ¿Qué nos importa que Otgero fuese alemán, que

hubiese pertenecido al ejército de Carlos Martel. ó que fuese simplemente un soldado aventurero? ¿Que nos importa, si?

Veamos solo en él lo que debemos ver: un enviado de Dios.

Veamos solo en él el principio de la restauracion catalana.

Otjero fijó su tienda solitaria en los Pirineos y aplicó á sus labios la trompa de guerra de la que salió un sonido que hizo estremecer las montañas. Nueve trompas contestaron á la suya, nueve caballeros, que la historia debia conocer por *los nueve barones de la fama*, acudieron á ponerse bajo las órdenes del caudillo ilustre que iba á comenzar una guerra santa diciendo solo como mas tarde los cruzados en Palestina: *Dios lo quiere!*

Los nombres de estos nueve barones se han perpetuado hasta hoy. Se llamaban Dapifer de Moncada, Galceran de Pinos, Hugo de Mataplana, Guillen de Cervera, Galceran de Cervelló, Pedro Garau de Alemany, Ramon de Anglesola, Gisperto de Rivelles y Roger de Arill.

Pronto se les juntaron infinidad de gente de la tierra y vinieron tambien á ponerse bajo sus órdenes numerosas partidas de aventureros catalaunos de la Aquitania.

Otjero habia apenas dejado oir la voz de su trompa de guerra, y se hallaba ya al frente de un ejército numeroso y adicto, con nueve capitanes esforzados dispuestos á secundar sus planes.

Ya sea tomando origen del nombre de los catalaunos que formaban en gran parte la hueste, ya del nombre de su caudillo Otjero Catalon, que es lo mas probable, lo cierto es que á este ejército se le empezó á llamar *el ejército catalan*, y de ahí vino su nombre á los *catalanes*, que así fueron llamándose los pueblos reconquistados, y á *Cataluña* que tal se llamó la porcion reunida de todos estos pueblos.

¿Quién seria capaz de pintar, señores, faltos como nos hallamos de datos, esa vida aventurera y nómada que entonces debieron forzosamente tener Otjero y sus nueve barones? Ora vencidos, ora vencedores, ora habitando frios barrancos, ora guarecidos bajo miserables tiendas, ora sitiando una ciudad, ora cercados en un desfiladero, nuestras antiguas crónicas nos les presentan errantes siempre, pero siempre rebeldes al yugo sarraceno, bajando inopinadamente al llano desde las cumbres donde se abrigan para protestar con sus armas contra la dependencia y la tiranía.

La continua mencion de expediciones musulmanas contra los Pirineos que mencionan los historiadores árabes, nos hacen creer que los cristianos de estas montañas no fueron verdaderamente avasallados nunca.

En el corazón de los Pirineos, como acaece también en el corazón del hombre, permaneció virgen siempre y siempre pura la independencia patria.

Un cronista á quien vacilo, señores, en dar crédito, y cuya opinion me aventuro á manifestar aqui, haciendo sin embargo todas las protestas necesarias, dice que Otjero quiso que todo el campo siguiese una bandera, y que por lo mismo mandó hacer una con bandas coloradas y amarillas, con una cruz como aspa, y escritas en ella las mismas cuatro letras que usaban los romanos en sus pendones. S. P. Q. R. es decir *Senatus Populus Que Romanos*. Solo que las letras del pendon de Otjero tenian otro significado y decian preguntando. *Sacer Populus Quis Redimet?* A la otra parte del pendon dice que mandó poner las mismas cuatro letras como en respuesta significando: *Sapientia Patris Que redimit.*

Tal es esta opinion que no pasa de ser muy aventurada y que bien podria ser que fuese tan inexacta como hasta cierto punto es ridícula.

Esto aparte, sigamos con respecto á Otjero y á sus barones las opiniones mas fundadas y acreditadas por el testimonio de los documentos y de la tradicion.

Otjero, puesto al frente de su ejército, entró en Cataluña por las riberas del Garona, que nace en los valles de Aran, y el primer pueblo que encontró y al cual puso cerco, fué el de Tor—en las riberas y valles de Capellá—que hoy es solo un puñado de casas hundidas en la nieve que eternamente las circunda.

El pueblo no tardó en caer, y Otjero siguió adelante con su empresa, bajando al valle de Aneu donde, advertidos ya de su entrada, le esperaban los moros. Reunidos estos con los de los valles de Pallás y los de la tierra de Ribagorza, formaron un cuerpo de ejército de bastante y poderosa resistencia para impedir el paso á los cristianos, y les presentaron la batalla.

Vanos fueron todos los esfuerzos que hicieran los moros.

Los cristianos peleaban como leones, y Otjero, segun las crónicas, como un tigre.

Cuéntase que el caudillo de los cristianos era un hombre de agigantada estatura, de aspecto noble pero salvaje, de ojos en los que brillaba el rayo. Llevaba siempre sobre su traje la piel de un leon que él mismo habia muerto en la montaña, y manejaba, con la misma facilidad que un junco, una maza de armas que no eran bastantes á azotar tres hombres de una regular fuerza.

Los moros iban cayendo uno tras otro á sus pies roto el cráneo por su

formidable maza que les anastaba y tronchaba como al roble secular el hacha del leñador montañés.

Despavoridos los enemigos del nombre de Dios mas á la vista de aquel hombre que á la de su ejército, creyéndole dotado de un poder sobrenatural y viendo el gran número de víctimas que habian caído bajo el golpe de su férrea y ensangrentada maza, retiráronse abandonando el campo y dejando que se proclamaran victoriosos los cristianos.

Aquella primer victoria fué el prólogo de una série de ellas para Otjero y sus nueve barones.

En poco tiempo se hubieron apoderado del señorío de aquellos valles fortaleciéndose por los riscos de las duras y altas peñas, alzando rocas, labrando torres, formando y asentando fuertes castillos y casas, buenos pueblos para seguridad de los que se quisieren acoger á ellos, particularmente el castillo de Valencia de Pallás, del cual se dice haber sido el primero, ó la primera y mas noble y notable fortaleza que con la espada tomaron los nueve barones en Cataluña.

Y como por ser esta plaza de armas muy importante para los designios de la empresa, sonase la fama de la victoria allá en Septimania y acá en Cataluña, allá los que esperaban enriquecerse y aquí los que deseaban escapar al yugo sarraceno, todos empezaron á agitarse y á hervir en deseos de hallarse á su vez en alguno de aquellos heróicos hechos en que los famosos capitanes y sus gentes trabajaban.

Con este valor y ánimo, acudieron muchos á Otjero y á los nueve barones. Su ejército creció en pocos dias, y creciendo tambien la confianza, nacieron nuevos brios y se emprendieron y acabaron cosas difícilísimas y tan grandiosas, que hechas asombraban á los mismos que habian sabido y se habian bastado para llevarlas á cabo.

Cada dia una nueva y feliz espedicion, cada dia una escursion llevada á término por alguno de los barones en territorio sarraceno, iba á aumentar el crédito y la fama del ejército cristiano.

Vencian en las batallas, ganaban pueblos y fortalezas, y estendian su poder de cada dia por todas aquellas partes, de tal manera, que osaron emprender el pasar aquellos profundos valles y trepar por las cimas de aquellos altos montes que desde Pallás se alargan hácia Cerdeña. De allí, siempre victoriosos, emprendieron hácia Copsir por los confines de la Septimania, decididos, cuando la ocasion se presentase, á bajar al Rosellon é ir á poner cerco á alguna ciudad famosa que fuese primer asilo de la catalana independencia.

En los montes que por largo tiempo les sirvieron de asilo, y de los cuales jamás pudo desalojarles todo el poder de las armas arracenas, se labraron viviendas en las rocas que se han conservado hasta hoy, perenne testimonio de los primeros pasos de aquellos gigantes cristianos. Los montes de Andorra, Pallás, Cerdaña y Capsir están sembrados aun de restos de casas fuertes, de castillos formidables circuidos algunos de murallas cortadas de las propias peñas y vivas rocas de los montes, teniendo abismos por fosos y los picos de las montañas por baluartes.

Allí permanecieron largo tiempo Otjero y los nueve barones, arrojándose de cuando en cuando como aguilas sobre los valles, y volviéndose luego con su botín y su presa á los nidos que se habian labrado en la cima de las rocas, para allí meditar nuevas y formidables empresas.

Un día Otjero volvió á hacer sonar su bética bocina, y los nueve barones esparcidos por los castillos de las sierras acudieron presurosos á su llamamiento. Manifestóles entonces como habia pensado apoderarse de la ciudad ilustre que habia sido emporio en tiempo de los romanos, de la ciudad hospitalaria que habia dado asilo á las legiones de Scipion, de Pompeyo y de Cesar, de Ampurias en fin que vergonzosamente se mantenía esclava de los moros.

Los barones aprobaron su proyecto, y como era en aquellos hombres lo mismo proponer que hacer, á los pocos días el ejército de Otjero acampaba ante los muros de la ciudad latina.

El sitio fué largo, resistiendo con valor los catalanes todos los rigores con que parecia la estacion oponerse á sus designios.

Los moros posesionados de los demas puntos de la provincia, al saber la noticia del cerco de Ampurias, decidieron acabar con aquellos hombres que tanto terror inspiraban á los ejércitos agarenos, y para ello hicieron una liga los reyes ó caudillos moros de Gerona, Barcelona, Fraga, Roda y Tortosa.

Mientras que tales aprestos hacian los enemigos disponiéndose á caer como una tempestad sobre las huestes mandadas por los nueve gloriosos barones de la fama, un acontecimiento acaecido en el campo de los cristianos cambió la faz de las cosas.

Otjero Catalon, el valiente caudillo, el hombre infatigable, habia enfermado y estaba tendido sobre su lecho de muerte.

Dios cerraba el libro de sus hazañas y daba por terminada su tarea en el mundo.

Al conocer Otgero que se aproximaba su hora postrera, llamó junto á su lecho de muerte á los nueve barones, y temiendo sucediesen en el ejército algunas disensiones sobre la pretension de la precedencia y mando, les manifestó su intento y voluntad de que, muerto él, fuera nombrado único y soberano caudillo Dapifer de Moncada.

747 Los barones se lo prometieron así, y, aprobada su voluntad, desenvainaron las espadas é inclinando la punta, como era costumbre, juraron allí mismo tener por gefe á Dapifer, principio de esa ilustre familia de los Moncadas que tantos dias de gloria debia dar á su patria.

Otgero, como si solo hubiese aguardado esta ceremonia, dió su postrer suspiro dejando en el desconsuelo á todo su ejército y en la confianza mas fundada á los moros, acostumbrados á temblar al solo nombre de Otgero Catalon, el de la maza de armas.

Muerto el digno caudillo que habia sido el primero en emprender la reconquista, Dapifer de Moncada, sabedor de que los reyes moros venian contra él con poderoso ejército que no eran capaces de resistir humanas fuerzas, levantó el cerco de Ampurias y marchóse á guarecer en sus montañas de Capsir, Cerdaña y Pallás, cuyo asilo estaba seguro que no irian á violarle los moros.

Las crónicas se entretienen, señores, en referir los hechos de armas de Dapifer de Moncada que dignamente continuó la obra de Otgero Catalon. Hazañas tales llevó á cabo, que no es extraño que luego se enriqueciera con ellas toda una familia de héroes.

Entre sus empresas fué la mas notable la toma de Urgel y la derrota en su llano de tres reyes moros que se habian concertado y que habian caido sobre el valeroso caudillo catalan con todo el poder de un triple ejército.

Después de una vida transcurrida en no dar descanso á la espada, reposo al ánimo ni tregua á los moros, Dapifer de Moncada fué á morir en el sitio y ante los muros de Narbona, sucediéndole por órden del rey franco Pepino, un caballero catalan llamado Seniofredo ó Seniofre, señor del castillo de Ria en el Conflent, que fué tronco de la ilustre genealogía de los condes de Barcelona.

Los nueve barones de la fama capitaneados por Otgero debian pasar á la posteridad envueltos en su torbellino de hazañas, rodeados de los poéticos matices que les ha prestado la tradicion, vestidos con la gloria de los buenos y cristianos tiempos. Ellos fueron los que con el solo esfuerzo de su brazo empezaron á lanzar del pais á los sarracenos, fundando una nacion, un

pais, una patria que nada debia tener por largo tiempo de comun con el resto de las posesiones españolas y que, estado independiente, habia de ver ceñida su frente con las coronas que estaban destinadas á rendirle muchos pueblos al humillársele como esclavos.

Despues de los nueve barones de la fama, una de las bellas épocas de nuestra antigua historia, es la de la venida de Carlomagno, de ese hombre cuyo reinado cuenta cincuenta y tres grandes guerras, de ese hombre cuya figura casi fabulosa por lo estraordinaria llena por si sola todo un siglo, de ese hombre en fin á quien se ve abrir su mano y arrojar ejércitos, como el Júpiter pagano abria su mano y lanzaba rayos.

Yo bien sé, señores, que muchos historiadores niegan la entrada en Cataluña de Carlomagno, pero sobre ser esta opinion disputable y controvertible por el apoyo de ciertas razones y de muchos documentos, pláceme á mí en este curso seguir la tradicion, sobre todo cuando la tradicion es bella y peregrina y está basada en los mismos datos que ofrecen nuestras crónicas.

La tradicion dice pues que Carlomagno entró en Cataluña siguiendo el mismo camino que un dia Júlio César, arrojando ante sí los moros y apoderándose de todos los paises y comarcas en que llegaba á sentar su planta.

Nada mas propio de un curso como el nuestro, señores, que dar un lugar preferente á la tradicion, adornándola segun ella se merece y conservándola el sabor de la época á que se remonta y refiere.

Cuando Mahomet el rey moro de Gerona, supo que Cárlos el grande se acercaba, subió con su privado, un francés renegado que se llamaba Vifrio, á una de las mas altas torres de la ciudad.

Vieron desde allí una estension inmensa, y por entre los árboles y las plantas unas estrañas máquinas de guerra que movian sus brazos.

Mahomet, el cobarde rey, se puso á llorar amargamente.

— Porqué lloras, oh rey? — le preguntó Vifrio.

— Ay! ay de mí! Cárlos, el terrible gigante de los cristianos, viene con aquellas máquinas.

— No, — respondió Vifrio — todavía no viene.

Al cabo de unos momentos de silencio, Mahomet vió llegar una tropa crecida de soldados que parecia una nube de langostas caída sobre los campos.

— Ay! ay de mí! ahora si que llega Cárlos el grande. Viene triunfante entre aquellos soldados.

—No, todavía no viene— murmuró Vifrio.

Pasados otros instantes de silencio, vióse llegar el cuerpo de guardias y de ballesteros. Tras de los batallones iban los arzobispos, los abades, los sacerdotes de la casa real y los condes.

Mahomet creyó ver llegar decididamente con ellos á Carlomagno, y exclamó en un arrebató de terror:

—Vifrio, bajemos y escondámonos en las entrañas de la tierra lejos de la vista y del furor de tan terrible enemigo.

Pero Vifrio detuvo al rey, seguro de que Cárlos no estaba aun entre aquella tropa y le dijo:

—Oh rey, cuando veas las mieses agitarse en los campos y encorvar sus espigas como ante el soplo de una tempestad, cuando veas los dos rios que aquí cerca se cruzan inundar los muros de nuestra ciudad con sus aguas teñidas de sangre, cuando oigas un rumor lejano que irá acercándose terrible como el trueno, entonces será cuando podrás decir que Cárlos el grande se adelanta.

Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se empezó á reparar en el camino de Francia una nube tenebrosa. En seguida, el dia, que era puro y claro, se cubrió de sombra. Luego, de en medio de esa nube el brillo de las espadas hizo lucir para los de Gerona un dia mas oscuro que toda la noche. Entonces apareció Carlomagno, el mismo Carlomagno, ese hombre de hierro vestido tambien todo de hierro.

Como dijera Vifrio, el ejército formaba un ruido que se iba aproximando como el trueno lejano que majestuoso rueda por la bóveda celeste.

—Ahora sí, ahí le tienes, ahí tienes á Cárlos el grande—dijo.

Y Mahomet cayó de rodillas murmurando:

—Perdido soy.

Y perdido fué.

Susurrante como un enjambre, el ejército de Carlomagno envolvió las murallas de Gerona; la ciudad se engulló toda aquella nube de hombres de hierro que se lanzaron por sus calles hiriendo y malando, apoderándose de todo, destruyéndolo todo.

Ya Mahomet no era rey de Gerona.

Así como el soplo de un huracan se lleva un árbol al que arranca de cuajo, así un soplo de Carlomagno se habia llevado su trono. (1)

(1) De esta balada se ha apoderado un famoso escritor francés robándola su nacionalidad catalana y dándola, como quien dice, carta de naturalizacion en Francia.

Concluida estaba la historia del reinado de Mahomet. La espada de hierro de Carlomagno habia trazado la cruz en la última página.

Ganada Gerona, Cárlos el grande montó á caballo con él sus hombres de armas. Puso en la ciudad un conde feudatario y pensó en nuevas conquistas.

Por esto se dirigió, seguido de sus magnates, por las orillas del Ter, y al paso iba estendiendo la espada por las campiñas, diciendo solo:

— Esto es mio.

Y los moros que habitaban los pueblos caian de rodillas pálidos y trémulos, murmurando:

— Esto es tuyo!

El valle de Amer presenció una de las mas grandes victorias de Carlomagno. Gerona se habia rendido á su presencia, los moros de los pueblos y montañas cayeron de rodillas á su aspecto, y los réculos de Barcelona, Huesca y Zaragoza, temblando al ver que se les acercaba aquel hombre de hierro, se apresuraron á enviarle embajadores rogándole se dignase recibirles por vasallos.

Todo pues se humillaba ante el vencedor. Valles y montañas, pueblos y ciudades, reyes y soldados, todo celebraba y todos repetian el nombre de Carlomagno.

Carlomagno dejó en Cataluña, como en todas partes una fama tan eterna como el mundo.

En nuestra próxima leccion, señores, veremos como uno de sus hijos habia de admitir su herencia de gloria y habia de clavar el pendon de la cruz en las torres de la entonces esclava Barcelona.



LECCION VIII.

EL SITIO DE BARCELONA.

El campo de marzo.—Ludovico Pio.—Guillermo de Tolosa—El árabe Zeid.—Toma de Barcelona.
—El primer conde gobernador.

SEÑORES:

801 Corría el año del Señor 801 y empezaba por consiguiente el siglo nono.

Congregado había sido como de costumbre en Tolosa el *campo de marzo* ó la asamblea general del reino aquitánico, donde los vasallos reales y los condes renovaban el testimonio de su lealtad con sus donativos.

Subió á su sólio Ludovico Pio, el hijo de Carlomagno; colocáronse en su sitio los magnates, y luego que se hubo proveído sobre negocios y asuntos particulares del reino, Ludovico recordó al consejo que era llegada la estación en que los pueblos fiaban á las armas sus diferencias suplicándoles por lo mismo que manifestasen á donde importaba llevar las del reino.

Antes, señores, de saber lo que contestaron los prudentes consejeros. bueno será que arrojemos una mirada, si bien sea rápida, por el campo de la militante política de entonces, y que nos hagamos cargo del estado de las cosas.

Procuraré ser breve.

Los nueve barones de la fama habían gloriosamente comenzado la tarea

de reconquistar palmo á palmo el pais que junto con el resto de España se habia perdido por los amores del rey Rodrigo. Carlomagno viniera á ayudarles con sus ejércitos vencedores, abrigando sin disputa la secreta esperanza de hacer de España uno de los mas bellos florones de su corona de emperador.

En lo mejor de sus triunfos tuvo noticia Carlomagno de que se le habian rebelado ciertos vasallos de Sajonia, y esto le obligó á marchar de Cataluña para ir á dominar á los rebeldes y á hacerles doblar la frente ante su soberano poder.

Apenas los tres reyes moros que prometieran fidelidad al hombre de hierro, le vieron pasar de regreso á Francia los Pirineos, cuando faltando á su promesa, rebeláronse como traidores infames, pusieron numerosos ejércitos en campaña, y Gerona volvió á poder de los árabes, y en sus manos cayeron los demas pueblos, y los condes gobernadores tuvieron que retirarse con sus ejércitos á Aquitania, y á los pobres é indefensos cristianos no les quedó otro recurso que morir segado el cuello por la corva cimitarra para resucitar mas tarde con la triunfante palma, coronados mártires.

Todas las esperanzas cayeron entonces como caen los árboles en un dia de huracan: los templos fueron destruidos, taladas las campiñas, las casas de los cristianos incendiadas, las familias degolladas, y las imágenes.... las imágenes solas se salvaron, pero era porque habian desaparecido. Hubiérase dicho que antes de verlas profanadas, Dios habia querido que se las tragara la tierra.

Triunfante en todo su imperio, Carlomagno se apresuró á regresar: su ejército de hierro volvió á hacer temblar el suelo, los pueblos se le entregaron, las ciudades le abrieron sus puertas, Gerona se le humilló por segunda vez.

Solo una ciudad se mantuvo firme, solo una ciudad vió pasar con indiferencia por delante de sus murallas el torrente desbordado de los cristianos que se lo llevaba todo á su paso, solo una ciudad permaneció fiel á los árabes convertida en inespugnable baluarte de los hijos de Mahoma.

Precisamente era la ciudad que dictaba leyes al pais; precisamente era la ciudad sin la cual se podia asegurar que todo el trabajo era vano y todo triunfo perdido, precisamente era Barcelona, es decir el corazon, el alma del pais que se probaba reconquistar.

Barcelona al rendirse á las armas vencedoras de Muza, habia visto

empezar para ella una era de nueva importancia, era tan grande casi como la que habia llegado á gozar en tiempo de los romanos y tambien en tiempo de los godos. Barcelona vino á ser el centro de las operaciones militares de los árabes que ocupaban esta parte de España, y los moros la habian convertido en una capital de importancia y de nombradía entre ellos.

Por esto veian hasta cierto punto con indiferencia adelantar por la comarca los ejércitos cristianos. Demasiado sabian que mientras existiese Barcelona, existiría el pais bajo su dominacion.

Así sucedió. Tercera vez los estandartes de Mahoma volvieron á ondear triunfantes sobre las torres de las ciudades que segunda vez cayeran en poder de Carlomagno, y no tan solo habian arrebatado los moros á los aquitanos las plazas de la cuesta meridional de los Pirineos, sino tambien cierto número de fortalezas de la cuesta oriental, llegando en su invasion hasta mas allá del Rosellon.

Era pues de todo punto importante recobrar lo perdido.

Carlomagno envió para ello un ejército al mando de Ludovico Pio su hijo. Este entró en Cataluña por los años de 796 á 797, despues de recobrada Narbona y de vencidas las tropas que como dique le opusieran los caudillos de la frontera. Se apoderó de Rosas y Ampurias, rindió á Gerona, perdida y ganada hasta tres veces en un solo año, y restableció y repobló Vich, el fuerte de Cardona y otros pueblos desiertos, redondeando un distrito que vino á ser la cuna de Cataluña y que se llamó, como si dijéramos provisionalmente, la marca de España, es decir la comarca ó territorio que tenian los francos-aquitano á esta parte de los Pirineos.

Empero, quedaba siempre por ganar Barcelona.

En cuanto á los barones de la fama, ó por mejor decir á sus descendientes, á los que de continuar sus conquistas se habian encargado, estaban unidos con el ejército de Ludovico Pio y formaban causa comun con la de los reyes francos

Tal era, señores, el estado de las cosas á principios del siglo nono, cuando al rayar la primavera, se celebró en Tolosa el consejo general del reino, convocado segun costumbre con gran aparato y esplendor.

Al pedir Ludovico, segun hemos dicho, parecer sobre el punto á que se debia llevar la guerra, adelantóse Guíllermo de Tolosa á quien las crónicas llaman *el intrépido*, y despues de haber doblado en el suelo una rodilla y besado el pié al monarca, se expresó en los siguientes términos, segun un escritor contemporáneo:

—Oh Ludovico! sol de la nacion, rey y padre, sosten y honra de los francos, acoje propicio los deseos que á emitir me atrevo. Hay una nacion sin fé y sin ley, pero con sobra de crueldad y de coraje, una nacion que acostumbra talar nuestras fronteras y comarcas, fuerte y fiada en su veloz caballería y en la bondad de sus armas. Esta nacion es la de los sarracenos. Yo puedo conducirte sin tropiezo hasta sus confines, que veces no pocas observé sus fortalezas, ciudades y campamentos. En medio del pais á que me comprometo á llevar nuestras armas, existe una ciudad fuerte, guarida y apoyo de la gente sarracena, ciudad causadora de muchos de nuestros estragos. Es Barcelona. Si por la misericordia de Dios y el trabajo de tus brazos vinieses á tomar, oh rey, esta poblacion, la paz y el sosiego, la dicha y la tranquilidad se hospedarían en tu reino. Créeme, oh piadoso monarca. Reune tus huestes, convoca tus caballeros, marchemos todos contra Barcelona. Tu fiel Guillermo marchará el primero.

Así habló el buen duque Guillermo, y enardecido el rey con su discurso, se sonrió, abrazó y dió un ósculo al ilustre y cristiano guerrero, agradeció su consejo, que aseguró abrigaba en su corazon tiempo habia, y llegó á tal su entusiasmo que, prorrumpiendo en un agüero aciago para Barcelona, exclamó:

—Yo estrecharé una y mil veces tus murallas, ciudad engreida: Guillermo enarbolará en tus muros orgullosos mi pendon, y de buen ó mal grado, acatarás, impía Barcelona, mi dominio. Lo juro por entrambas cabezas.

Dijo esto Ludovico mostrando su cabeza y la de Guillermo en cuyo hombro se apoyaba.

Al terminar el monarca su discurso, la fiebre del entusiasmo pareció haberse apoderado del corazon de toda aquella asamblea de nobles y varones, y todos desenvainando sus espadas y agitándolas en el aire, chocando unas con otras, gritaron entre el rumor del hierro: A Barcelona! á Barcelona! con el mismo fervor con que debían gritar tres siglos mas tarde sus descendientes: A Jerusalem! á Jerusalem!

La expedicion de Ludovico Pio fué, señores, el prólogo de las cruzadas.

Cerróse la dieta ó asamblea, y se dispuso todo lo necesario para llevar á cabo cuanto antes el proyecto. Pronto estuvo en disposicion de partir el ejército expedicionario que se componia de hijos valerosos de Francia, Aquitania, Vasconia, Gocia, Borgoña y Provenza. Varios pueblos se unie-

ron pues para la conquista de Barcelona, como luego se habian de unir varias naciones para la de Jerusalem.

Aquel ejército de cruzados se puso en marcha y pasó los Pirineos, contando entre sus gefes y esforzados adalides muchos condes á cuyo solo nombre estaban acostumbrados á temblar los moros. Tres divisiones se hicieran de la hueste. Mandaba la primera Rostaing, conde de Gerona, destinada particularmente á estrechar el sitio de Barcelona; la segunda, capitaneada por el duque Guillermo de Tolosa, tenia orden de situarse mas allá de la ciudad, á la otra parte del Llobregat para oponerse á la llegada de todo socorro; en cuanto á la tercera que mandaba el rey en persona se quedó por el pronto en el Rosellon como de reserva, dispuesta á pasar los Pirineos cuando las circunstancias lo exigiesen.

Este reparto y esta colocacion de fuerzas muestran la prudencia con que se dirigia aquella expedicion al par que acreditan la trascendencia, importancia y dificultad de la empresa.

Barcelona vió llegar un dia el ejército cristiano, y con pasmo vió estenderse por la llanura que sirve de alfombra á sus plantas un bosque inmenso de erizadas lanzas. Rostaing, el conde de Gerona, poniendo á prueba su actividad nunca desmentida, comenzó los aprestos del asedio.

Cuenta un poeta contemporaneo en un poema latino que ha llegado hasta nosotros, que Zeid, el caudillo moro de Barcelona, corria por las almenas acaudillando al vecindario y exclamando, al ver como los aquitanos iban girando en torno de la plaza, volcando árboles á tremendos hachazos, arrastrando y hacinando sillares, habilitando escalas, construyendo torres de madera, acercando arietes, taladros y toda clase de máquinas de guerra:

—¿Qué estruendo desusado es ese, compañeros? qué quiere esa gente endurecida y desalmada que despues de haber estendido por todo el orbe sus armas, viene á inquietar estos muros y á turbar la paz de los fieles que los custodian? ¿Ha meditado bien esa gente feroz que asediarnos pretende, que esta es la ciudad y estas las almenas cuya construccion costó mil años de trabajo á los romanos? Atrás, atrás, los francos! Barcelona es invencible, Barcelona no se rinde!

Tal era el lenguaje que tenia á los suyos el caudillo árabe.

Hechos todos los aprestos y ordenadas las tropas, comenzó entonces aquel sitio memorable, magnífico y dramático episodio de la guerra de restauracion, que dió lugar á escenas interesantes y memorables como ya no se encuentran sino mas tarde en la época de las cruzadas y en los hechos

de armas y episodios que tuvieron lugar ante las murallas de Nicea, de Jerusalem ó de Antioquia.

El sitio de Barcelona por las tropas de Ludovico Pio es, señores, todo un poema.

Procuraré contarlo aqui como mejor me depare mi pobre ingenio, y sin temor de parecer difuso, pues tiene tanto interes como tener puede la mas dramática novela.

Un dia, al rayar el alba, el redoble de los atambores y la voz de los clarines advirtió á todo el campo cristiano que habia llegado la hora del asalto.

Los soldados de Rostaing volaron á las armas; las máquinas se movieron á su vez agitando sus brazos como si hubieran tenido vida; los pedreros empezaron á arrojar contra los moros de Barcelona una granizada de piedras, mientras que los arietes protegidos por las galerías cubiertas y por los soldados que se cubrian con sus escudos, se acercaban hasta el pié de las murallas. Los arqueros y ballesteros no daban descanso á la saeta ni tregua á la mano. Ocultos trás sus escudos, los mas audaces y atrevidos asentaban escalas alli donde era mas flaca la muralla, mientras que desde lo alto de una máquina el buen conde de Gerona animaba á los suyos incitándoles á pelear por Dios, por el rey y por su honra.

Por todas partes silvaban las flechas. La multitud de dardos llegó á oscurecer la luz del sol y hubo momentos, á mitad del dia, en que los combatientes se encontraron peleando á la sombra. Las piedras y gruesos maderos lanzados por unos y otros se encontraban en el aire chocando con espantoso ruido, y caian sembrando la muerte en las filas, sobre sitiados y sitiadores. Los moros desde lo alto de sus torres no cesaban de arrojar teas encendidas y frascos rellenos de materias inflamables, que al estrellarse en las máquinas de los cristianos las encendian de súbito, convirtiéndolas en un volcan en el seno de cuyas llamas hallaban una horrenda muerte los soldados encerrados en ellas.

Todo era confusion y muerte, todo desórden y destrozo. Los mas ilustres caudillos de cada ejército sucumbieron, y cuéntase que en el campo cristiano hubo herido que al caer en el suelo murió ahogado en los charcos de sangre.

Apesar de su valor y de su esfuerzo, apesar de su decision y empeño, el ejército de Ludovico se estrelló en las murallas de Barcelona, como impotente se estrella tambien el mar en las rocas de su muelle.

El conde de Gerona tuvo que dar la señal de retirada, y la diezmada

tropa de los cristianos se retiró á sus tiendas á descansar de sus fatigas y á contar por el número de los que faltaban el número de los muertos.

Los sarracenos quedaron por aquella vez triunfantes, pero su victoria fué igual á una derrota pues que conocieron el valor de los cristianos y se convencieron de que, si bien resistieran el primer asalto, indudablemente acaso sucumbirian en el segundo. Por lo mismo enviaron á Córdoba mensajeros que manifestasen al emir que á la sazón gobernaba, cuanto urjía un pronto y poderoso auxilio, si no se queria que el pendon de los francos tremolase vencedor en las almenas y torres de la ciudad de Barcelona.

En el interin campeaba la division del duque Guillermo entre Lérida y Tarragona, de cuya ciudad se habia apoderado, estendiendo el espanto y la asolacion hasta las mismas puertas de la entonces árabe Tortosa. Guillermo de Tolosa tenia en su ejército un terrible cuerpo de guerrilleros mandado por un árabe renegado llamado Bahlul, y compuesto de montañeses de los Pirineos y tambien de muchos de aquellos hombres nacidos de padres musulmanes y de madres cristianas que los árabes llamaban *moatadun*, voz que se asemeja mucho á la castellana *mulato*. Este cuerpo de guerrilleros prestó importantes servicios, no descansando jamás, estando siempre pronto, siempre alerta, siempre á punto de emprender una marcha ó presentar una batalla.

Por esto es justo advertir aquí, señores, que hallamos ya en estos el principio de aquellos otros famosos guerrilleros, de aquellos infantes terribles que habian de aparecer mas tarde en Cataluña con el nombre de *almogávares*, siendo tan valientes y adictos, tan esforzados y leales, que merecieron el que un gran rey de Aragon diese en rescate diez franceses por cada almogávar, ejemplo único en la historia y que no tiene igual en la remota antigüedad.

Sabedor el duque Guillermo de que un socorro árabe que iba á favorecer á Barcelona se habia vuelto desde Zaragoza no atreviéndose á pasar adelante, vino con su division á reforzar el campo establecido ante los muros de Barcelona.

Los cristianos con este refuerzo redoblaron su actividad y estrecharon mas y mas el sitio, pero si era Barcelona codiciada con ardor de los francos, con no menos ardorosa codicia era defendida de los árabes. Demasiado sabian ambas huestes que la joya que se disputaban era de gran precio, demasiado sabian que Barcelona no era solo una ciudad, sino todo un pais. La firmeza de los unos era la saeta que se estrellaba en la constancia

que era el escudo de los otros. Cuenta el poeta que nos sirve de guía en esta relación, que mientras mas furiosas y encarnizadas combatian ambas huestes, se lanzaban unos á otros los caudillos denuestos é improperios.

—Porqué, desacordados francos, — gritaba desde lo alto de los muros un árabe — porque os fatigais en hacer que disparen sin cesar proyectiles vuestros fundibúlos y catapultas? porque os obstinais en que bata el ariete los romanos sillares de una muralla que ha resistido á los siglos y que se rie de vuestro coraje y furia? Os cansais en vano, francos orgullosos. Nos sobran esfuerzos y víveres. Tenemos carne, harina y miel en abundancia, mientras que vosotros sentís los rigores del hambre.

Diz que estas palabras fueron oidas por el bravo Guillermo de Tolosa que picando su caballo y adelantándose, sin temor á las flechas, hasta cerca de los muros, contestó, elevando la voz :

—Atiende, atiende, soberbio árabe, mis acertadas razones, aunque te sean amargas y aunque se claven en tu pecho como un puñado de dardos. Ves este caballo pio que monto? Pues bien, antes mis propios dientes despedazarán las vivas carnes de este caballo, que nuestras tropas se alejen de vuestras murallas. Lo que hemos empezado con la proteccion de Dios, con la proteccion de Dios concluirlo sabremos.

Lo que el árabe dijera con orgullo y con jactancia desde lo alto de las murallas de Barcelona no era cierto, pues que tan estremada era ya el hambre en la ciudad, que el vecindario se vió reducido á desclavar los cueros con que estaban forradas puertas y ventanas para que les sirvieran de alimento. Algunos prefiriendo la muerte á la agonía del hambre, se despeñaban de las murallas. Era ya extremo é insoportable el apuro, y sin embargo, en tan cruel desamparo, ni les acudió siquiera á los sitiados sarracenos el pensamiento de rendirse, manteniéndose firmes y decididos cada vez mas, con tal fuerza de ánimo y heroismo que asombrados y con dolidos quedaron sus propios enemigos.

La situación de los sitiados se hizo mas cruda y congojosa con la llegada al campo cristiano de Ludovico Pio y la division que mandaba. Entonces todo fué ya desaliento en la plaza, mayormente cuando vieron los sitiados que lejos de abandonar los francos el sitio con la proximidad del invierno, se disponian á resistir la crudeza de la estación que se acercaba haciendo grande acopio de madera y reparando los reales con barracas mas sólidas y mas abrigadas.

Viendo la zozobra y la desesperacion que reinaba en la ciudad, preve-

yendo el valiente caudillo árabe Zeid que al fin y al cabo tendrían que rendirse, reunió al vecindario y propuso un medio que era el de acudir al emir de Córdoba, ofreciéndose él á ser el mensajero y á volver á Barcelona acaudillando las tropas árabes que se le confiaran en Córdoba. Era todo un arrojito el de Zeid; sus súbditos lo comprendieron así y le encomiaron por lo mismo.

Zeid les encargó encarecidamente la defensa de la ciudad y les dijo, al concluir su razonamiento :

—Ignoro cual será mi suerte, mas si cayere en poder de los francos, no por esto cedais un solo punto. Aun cuando los cristianos quisieran sacar partido de mi cautiverio y os ofrecieran mi persona en cambio de la ciudad, no la acepteis, sufridlo todo, resistidlo todo, que vale mas morir con honra que vivir con ignominia.

Al decir Zeid estas valientes palabras hubiérase dicho que presentia lo que no debía tardar en suceder.

Era una negra noche de invierno, encapotada y fria; el silencio mas sepulcral reinaba en la ciudad y en el campamento. Zeid, despues de haber abrazado á su deudo Omar á quien dejó encargado del mando de la plaza, se embozó en su albornoz y montando en un caballo árabe mas corredor que el viento y mas lijero que una saeta, salió de Barcelona por una puerta escusada y se dispuso á llevar á cabo su atrevida y temeraria empresa.

Fué dejando la ciudad á sus espaldas y encaminóse con todo el tiento y cautela posible hácia el punto del campamento cristiano que habia juzgado ser el mas flaco y el que mejor podria proporcionarle paso.

Habia ya atravesado por entre las tiendas y chozas del campamento sin ser notado, y habia ya podido evitar los alertas centinelas, y pronto estaba á dejar el campamento, cuando quiso la fatalidad y su mala suerte que relinchara de pronto su caballo. Este relincho resonando en el silencio de la noche fué á difundir la alarma por toda la línea de escuchas. Acuden estos de todas partes al sitio donde sonó el relincho delator. Zeid estrechado de cerca vuelve su caballo ó intenta regresar á la plaza, viendo el malogro de su empresa, pero pierde su camino y va á dar en medio de los reales que ya estaban en movimiento.

El bizarro caudillo musulman se decide á vender cara su vida. Blande la cimitarra, pelea no como un hombre sino como un leon, pero vencido por el número, estrechado, acosado, abrumado, tiene que ceder y que entregarse.

Al día siguiente se esparció por la ciudad la noticia de la prision de Zeid y todo fueron llantos é imprecaciones, suspiros y lágrimas. Era que veian inevitable su pérdida.

Apenas supieron los francos que era el bravo Zeid el preso, cuando el duque Guillermo decidió servirse de él para que ayudara á la rendicion de la plaza. Así pues, mandóle llegar á los muros para que de la misma boca de su Wali escuchasen los sitiados la intimacion de abrir sus puertas. Cediendo á su desventura, hizo Zeid lo que se le mandaba, pero lo que no no pudo hacer la fuerza supliólo la astucia.

Empezó á amonestar á los suyos para que se rindieran diciéndoles que era ya mas temeridad que valor la resistencia, pero al mismo tiempo que esto decia, levantaba en alto una de las manos que tenia libre y encojia violentamente los dedos y cerraba con intencion el puño clavándolos en la palma, gesto espresivo que les manifestaba precisamente lo contrario de lo que estaba hablando. Los sitiados hicieron seña de que le habian comprendido.

No hubo de escaparse tampoco esta significacion al duque Guillermo, pues que cediendo al primer arranque de su ira, descargó sobre Zeid una *franca* y fuerte puñada, si bien que no pudo cerrar luego su pecho á la admiracion que le infundieron el árabe y el ingenioso ardid sugerido por su lealtad y desgracia.

Aunque rendidos por el hambre y por los combates, aunque decaidos por tan frecuentes reveses, decidieron los de Barcelona ser dignos de su Wali y ejecutar su muda orden. Apelaron á todos los recursos de su constancia y decidieron á defenderse.

Un nuevo asalto volvió á tener lugar. Volvieron á silvar las flechas oscureciendo la luz del sol, á zumbar las piedras llevando la muerte y destruccion do quiera que caian; volvieron á acercarse las terribles máquinas á las robustas murallas, volvió á retremblar la tierra al rudo choque de los combatientes, y volvieron por fin á correr arroyos de sangre.

Ludovico Pio estuvo durante el asalto al frente de los suyos, animándoles sin cesar con sus palabras y su ejemplo; y cuéntase que una saeta disparada por el mismo rey fué á caer en un sillar de mármol donde se quedó enclavada hasta sus gárfigos. •

Este asalto decidió de la suerte de Barcelona. El puñado de héroes sarracenos que se mantenía firme en su recinto tuvo que rendirse, y Ludovico,

dando muestras de magnánimo, les otorgó una capitulación con honrosos pactos.

Así fué como cayó Barcelona despues de siete meses de riguroso sitio á fines del año 801.

Al día siguiente de la entrega de la plaza, entró en ella Ludovico Pio al frente de una crecida y lajosa cabalgada de nobles y magnates y se dirigió en línea recta á la iglesia catedral de Santa Cruz, convertida durante los árabes en mezquita y devuelta desde el día anterior á la religion cristiana. Allí rindieron los héroes cristianos, en justo homenaje á Dios, los laureles del triunfo al pié de los sacros altares, y rey y vasallos, gefes y soldados, todos tributaron en coro humildes gracias á la Providencia que devolvía Barcelona á la cristiandad, que devolvía Barcelona á la gloria de las cristianas armas.

Ludovico, despues de haber enviado á su padre Carlomagno rica porcion del despojo y el Wali Zeid que fué condenado por el emperador á vivir en un desierto, Ludovico, repito, erigió entonces el condado de Barcelona que tan alta debia hacer subir su fama en los venideros siglos, y nombró para primer conde gobernador á un noble godo narbones llamado Bera ó Bara que se habia distinguido de una manera notable en el asedio.

Trocáronse al fin las suertes. Desde aquel momento la misma ciudad tan funesta un día al vecino reino aquitánico, quedó erijida en plaza fuerte contra la restante España oriental, y pasó á ser el núcleo de las operaciones de los cristianos, como antes habia servido de centro á las expediciones de los sarracenos.

Habia dejado de ser Barcelona un castillo de Mahoma; renacia para ser un baluarte de Cristo.

La Barcelona romana, la Barcelona goda, la Barcelona árabe, desplegaba ya triunfante sus fortificaciones desafiando indómita el porvenir, como se eleva el águila en el espacio desplegando sus alas y desafiando al sol; y convirtiéndose de esclava en señora, ceñía á su frente la diadema de condesa, prenda de amores que le diera un rey, interin aguardaba el instante de convertirse de señora en reina, arrojando lejos de sí como un manto usado y que ya no sirve la dependencia que los reyes francos la impusieran.



.

.

.

.

.

.

PARTE SEGUNDA.

CATALUÑA EN TIEMPO DE LOS CONDES.



PARTE SEGUNDA.

CATALUÑA EN TIEMPO DE LOS CONDES.

LECCION IX.

LOS CONDES GOBERNADORES.

Bara. — El juicio de Dios. — Bernardo de Tolosa. — Su muerte. — Aledran. — Guillermo de Tolosa. — Odalrico. — Wifredo. — El conde Salomon. — Muerte de Wifredo. — Venganza de su muerte.

SEÑORES:

Hoy nos toca hablar de la historia de los condes gobernadores de Barcelona, que es una trágica y sangrienta historia.

No le faltará tampoco hoy á nuestra leccion ese interés vivo y dramático que mezclado con los hechos históricos seduce y cautiva, ese interés creciente que envuelve á los acontecimientos como el perfume á las flores, vistiéndoles con un lujoso y espléndido manto de poesía.

Es que entramos ya de lleno en la época de los grandes rasgos, de los grandes hechos, y sobre todo de los grandes dramas.

801 Iba á fenecer el año 801, cuando Bara, noble godo narbonés, fué nombrado por Ludovico Pio primer conde gobernador de Barcelona.

En la primera época del gobierno de este conde, nada dicen las crónicas que no sea para él altamente honroso y altamente lisonjero para su nombre. Bara se distinguió en una infinidad de combates contra los sarracenos, y se hizo respetar y temer en toda la comarca que tenia á su cargo. Llevó sus armas vencedoras hasta las orillas del Ebro que reflejó sus triunfantes pendones é hizo temblar mas de una vez á Tortosa, esa bella ciudad de ilustre pasado que reposa indolente á las márgenes del mismo Ebro y que parece salir del rio como una ninfa del baño.

Ludovico Pio volvió tercera vez á Cataluña, y como habia puesto sitio un dia á Barcelona, lo puso á Tortosa. Bara le ayudó en esta empresa, que terminó felizmente para mayor gloria de las armas de Ludovico y mayor honra de la cristiandad.

Llevaba ya Bara diez y nueve años de gobernar el condado de Barcelona con entera satisfaccion de los reyes francos, cuando acaeció un suceso ruidoso y fecundo en tristes acontecimientos para el porvenir.

Fué el suceso como sigue.

820 Hallábase un dia del año 820 Ludovico Pio en su palacio de Asquisgran, cuando se le presentó un caballero catalan, conde ó señor de algun lugar vecino á Barcelona, y le dijo que era portador de interesantes y extraordinarias nuevas. Dispúsose el emperador á escucharle, y Senila, que tal se llamaba el noble catalan, acusó lo primero de todo al conde de Barcelona Bara de infidelidad y de traicion. Resistióse Ludovico á dar crédito á tan infausta noticia. Efectivamente era en Bara tanto mas increible un delito contra el trono, cuanto que el emperador le hiciera partícipe de todas sus glorias militares y le tuviera por valiente y adicto compañero en todas sus jornadas contra los moros de España. Hubo sin embargo de creer que era cierto en vista de los datos y conviccion que le dió y con que habló Senila.

No se puede poner en duda, señores, esta acusacion de Senila confirmada por los historiadores contemporáneos, pero en cambio nadie especifica el género de traicion por Bara cometido. Las crónicas callan al llegar aquí. Es una traicion envuelta en las tinieblas del misterio.

¿Era que habia Bara entablado negociaciones secretas con los sarracenos?
¿Era que habia desobedecido alguna de las terminantes órdenes de su rey y

señor? Era que estuviese el conde de Barcelona al frente de algun complot para proclamar independiente á la Marca Hispana ó por mejor decir á Cataluña? O era mas bien una venganza solo de Senila, un ódio particular y puramente personal de algunos señores que habian fraguado pruebas para prenderle?

Todas estas preguntas se hacen los historiadores y todos se las hacen en vano. La verdadera traicion, si traicion habia, nunca la han sabido otros que Ludovico, que Senila, que el mismo Bara si acaso, y antes que ellos Dios.

Lo cierto es que Bara fué llamado á la córte del emperador para contestar á los cargos que se le hacian. Se portó noblemente; se presentó.

Senila repitió ante él la acusacion. Bara negó el cargo, y viendo que el otro insistia y que el monarca titubeaba, apeló, para demostrar su inocencia, al juicio de Dios.

Todos saben lo que se llamaba juicio de Dios en aquella época. Era simplemente un duelo. El que no tenia suficientes pruebas para desvanecer un cargo que otro le hacia y sin embargo sentia latir en su pecho un corazon dispuesto á todo, apelaba á las armas y combatia mientras le quedaban un resto de aliento y de coraje. El que salia vencido en el duelo era proclamado reo, y sin embargo, no era siempre el inocente quien salia vencedor.

Tal era, señores, la usanza de aquella época de hierro que necesitaba argumentos de hierro para convencer ó persuadir.

La proposicion de Bara fué admitida por Senila y seguidamente por Ludovico que señaló dia para el combate y partió el sol y el campo, asistiendo al duelo y presidiéndole.

Verificóse el desafío á caballo, segun costumbre catalana, y al contrario de lo que en tales casos usaban los francos que combatian á pié. Pelearon largo rato, infatigables y decididos, pero fuele contraria la suerte á Bara que, derribado del caballo, tuvo que darse por vencido ante la punta de la espada que dirigió Senila á su garganta.

Bara, pues, á mas de la deshonra del vencimiento, fué declarado reo y como tal condenado á muerte, pero, magnánimo siempre Ludovico, conmutó su pena en un destierro, y el antiguo conde de Barcelona fué á llorar para siempre su desventura en el fondo de la ciudad de Ruan.

Desventura fué y bien grande, señores, para el desdichado Bara, pues que no pudiendo ya rechazar la nota de traidor y la infamia de rebelde, tu-

vo aun antes de morir el desconsuelo de saber que su nombre iba á pasar á la posteridad como apodo vulgar y nombre comun de los traidores todos.

En efecto, de entonces mas, Bara y traidor fueron dos palabras sinónimas en Cataluña.

La desgracia de Bara, como en los principios del mundo el crimen de Cain, iba á pasar de generacion en generacion, compañera inseparable de toda una raza destinada siempre á servir de befa y de ludibrio.

Sensible desventura si Bara era en efecto inocente!

Ludovico nombró entonces á Bernardo, hijo del héroe Guillermo de Tolosa, para suceder á Bara en el condado de Barcelona. (1)

Pero era al parecer suerte fatal que la corona del conde barcelonés habia forzosamente de ensangrentar las sienes del que la ciñera.

Una acusacion diera por herencia á Bara y por premio de sus hazañas, el deshonor, la infamia y el destierro. Otra acusacion debia ser la sentencia de muerte de Bernardo.

La historia de este segundo conde gobernador de Barcelona es, señores, una novela. Pocas figuras se prestan tanto como la del hijo de Guillermo el intrépido para una leyenda ó para un drama.

Al partir Bernardo de la corte de Ludovico para ir á encargarse del mando de la capital de la Marca, con el triple título, segun un cronista, de duque, conde y marques, comenzaron acerca de él las hablillas y las murmuraciones, que nunca faltan en las cortes, hijas acaso de torpes lenguas y de envidiosos émulos.

Pretendíase y hasta asegurábase que Bernardo, jóven, galan y caballero, habia por largo tiempo mantenido secretas y amorosas relaciones con Judit, la esposa del emperador Ludovico, y que con violencia habia tenido que desprenderse de sus amantes brazos para ir á regir el condado de Barcelona.

Mientras que estos ponzoñosos rumores crecian, se propagaban y aseguraban en el ánimo de los desocupados cortesanos, Bernardo se portaba como un héroe y como un cumplido caballero en Cataluña. El fué quien con su actividad y con el esfuerzo de su brazo venció por dos veces á Aizon, noble godo que habia levantado un estandarte de rebelion en la Marca

(1) Entre Bara y Bernardo colocan los cronistas una expedicion de árabes contra Barcelona la cual suponen que cayó otra vez en poder de las huestes de Mahoma, pero los que dicen esto no hablan de su recobro ni fijan la época en que volvió al dominio de los francos.

aliándose con los sarracenos ; el fué quien ahogó casi en su cuna la rebeldía de los hijos de Bara que se habian insurreccionado contra Ludovico ; el fué en fin quien sujetó y volvió á poder de los francos varias ciudades de que, ya se habian posesionado los sarracenos , ya habian admitido en su seno á los rebeldes.

Todas estas victorias de Bernardo , toda esta fama que conquistó en buena lid y en los campos de batalla , contribuyeron á hacerle mas y mas el blanco de las injurias y de las intrigas de los palacios.

Los rumores de que hemos dado cuenta llegaron ya con esto á tomar tal consistencia que , alcanzando á los oidos del mismo emperador , fueron causa de grave y sentido escándalo. Bernardo , leal y pundonoroso caballero , al tener noticia de ello , partió de Barcelona y se presento de súbito en la corte.

Al llegar allí , pidió licencia para mantener en campo abierto la inocencia de la emperatriz , y tratando de impostores cobardes y de calumniadores infames á los que con sus hablillas dieran pábulo á aquellos rumores , se ofreció á luchar hombre á hombre , cuerpo á cuerpo y brazo á brazo , contra cualquiera que osase presentarse á sostener la impostura.

Nadie se presentó. A su aspecto callaron las lenguas y enmudecieron los rumores.

Bernardo fué absuelto por el mismo emperador , y volvióse á Barcelona honrado y colmado de los favores de su soberano.

Pero , no cede tan fácilmente la calumnia , esa víbora que lo mismo se esconde entre las sedas y brocados de un palacio , que se oculta entre las esteras y los harapos que sirven de cobertizo á una choza.

Bernardo habia disipado con su sola presencia las imposturas , pero estas volvieron á alzarse gigantes luego que hubo el buen conde abandonado la corte.

Ludovico Pío murió en este intermedio , y su hijo Carlos *el Calvo* , de cuyas débiles manos debia empezarse á escapar á pedazos el imperio de su abuelo Carlomagno , Carlos *el Calvo* , digo , subió al sόlio.

La infeliz viuda de Ludovico , la pobre y desgraciada Judit , centro de las iras cortesanas y blanco de las calumnias palaciegas , fue entonces desterrada á un convento donde murió postrada por la desesperacion y las lágrimas.

En cuanto á Bernardo , su propio pundonor y su misma lealtad le reservaban una muerte mas pronta y mas terrible , ya que menos congojosa y menos dura.

Carlos *el Calvo* creía todo lo que se murmuraba de Bernardo, al que por su parte no quería bien. Fácilmente, pues, se dejó convencer por los enemigos del conde de Barcelona.

Un congreso ó asamblea general fué convocada en Tolosa, á donde fueron llamados á concurrir todos los nobles y vasallos. Bernardo se dispuso á asistir como los demás.

Cuéntase que luego que hubo cabalgado en su caballo disponiéndose á salir de Barcelona, un anciano bardo que sirviera siempre á su familia que pasaba plaza de profeta ó adivino, detuvo por la brida el caballo del conde, diciéndole:

—Vuélvete atrás, señor, que caminas á la muerte.

A lo que diz que sonriendo contestó Bernardo:

—Todos los hombres cuando nacemos hácia la muerte caminamos.

Y sin hacer mas caso del bardo que de sus palabras, espoléó al corcel y se salió de Barcelona.

Llegó Bernardo á Tolosa una tarde en ocasion en que estaba reunida la asamblea, y rebosando confianza y sin maliciar daño alguno, se acercó al rey que estaba sentado en su trono, y se puso de hinojos para, como buen vasallo, rendirle acatamiento y homenaje.

Todos los presentes pudieron ver entonces á Carlos *el Calvo* ponerse pálido como un difunto; todos pudieron ver como el rey, mientras con la mano izquierda hacia ademán de levantar el conde, se armaba con la derecha de una daga oculta entre los pliegues de su ropage. Obedeciendo á la insinuacion de Carlos, Bernardo se levantó, pero apenas estuvo en pié, lanzó un grito de dolor y rodó por el suelo revolcándose en su sangre.

El rey con su propia mano le habia hundido su daga en el costado.

Así fué como Carlos *el Calvo* mató á Bernardo cruel y criminalmente, atropellando en esto la religion y la fé jurada, y aun sin pensar que quizá cometia un parricidio, pues que á dar crédito á los rumores, Carlos era el fruto de los incestuosos amores de Judit y el hijo de Bernardo.

El monarca, luego de haber cometido tan violento homicidio, bajó del trono salpicado de sangre y hollando el cadáver, cuéntase que dijo:

—Malhayas mil veces, manchador del lecho de mi padre y tu señor!

848 Muerto Bernardo, fué nombrado conde de Barcelona un llamado Aledran, que al ir á hacerse cargo de su gobierno se encontró la Marca toda insurreccionada por Guillermo de Tolosa, hijo de Bernardo, que habia valientemente alzado pendones contra Carlos *el Calvo* queriendo á todo trance vengar la muerte de su padre.

Guillermo, digno hijo de una raza de héroes, tenía á mas un santo y noble pensamiento. Quería hacer independiente á Cataluña, quería hacer que Barcelona alzase orgullosa su cabeza, libre de feudo y vasallaje, y se mantuviera firme ante Carlos *el Calvo*, cubriéndose con la gloria de su soberanía, como se envuelve una reina con los pliegues de su manto.

Era un noble corazón el de Guillermo de Tolosa. Vengador de su padre y libertador de un condado, anhelaba ceñir sus sienes con esta doble corona de gloria para presentarse erguido ante Carlos *el Calvo*, como la imagen del remordimiento, á pedirle de igual á igual estrecha cuenta de la sangre de su padre.

Dios empero que tenía otros secretos designios, Dios empero que no quería que llegase tan pronto la hora de la libertad para Barcelona, lo dispuso, señores, de otro modo.

Guillermo luchó con Aledran, el conde nombrado en reemplazo de Bernardo, y al principio la suerte favoreció sus armas, pues que no solo, con la única ayuda de sus buenos catalanes, se apoderó de Barcelona y de Ampurias, sino que consiguió hacer prisionero al mismo Aledran que asistió desde la ventana de su cárcel á la entrada triunfal de su vencedor en la capital de la Marca.

Poco le duró sin embargo á Guillermo esta época de bonanza. Los parciales de Aledran pudieron mas que los leales partidarios del hijo de Bernardo. El ejército de este fué vencido y roto, trocóse la faz de las cosas, y Aledran desocupó un día el calabozo que pasó á ocupar el desdichado Guillermo.

Entonces vióse á Aledran, que vivía por misericordia de Guillermo, hacer pagar cara á Guillermo la misericordia que había tenido con Aledran.

El hijo de Bernardo, el nieto de aquel otro Guillermo que fué uno de los héroes de nuestra lección anterior, purgó con la muerte en un patíbulo el crimen de haber querido vengar á su padre y de haber intentado hacer independiente á Cataluña!

Guillermo subió sereno al cadalso cuando se creía subir risueño á un sólio, y al par que la corona condal se caía de su cabeza, la cabeza se desprendía de su cuerpo.

Así murió en una plaza pública de Barcelona el descendiente de aquel que arrancando esta misma Barcelona á los moros la dió á la raza real que había, para honrar su memoria, de asesinar á su hijo y decapitar á su nieto!

Las crónicas nada mas dicen de Aledran, que se supone murió luego

851 en un ataque y asalto que dieron los moros á Barcelona , de la cual parece que se hicieron momentáneamente dueños con el favor de los judíos que habitaban en ella.

Tan pronto sin embargo debió ser ganada por los árabes como devuelta á los francos, pues en el mismo año en que se supone su pérdida, vemos ya de sucesor de Aledran en el condado de Barcelona, á un noble de la corte de Carlos llamado Odalrico.

Nada refieren de él las historias. Odalrico no ocupa en las crónicas mas espacio que el que exigen para ser inscritas las letras de su nombre. Es contentarse con bien poco.

Por los años 855 encontramos ya un nuevo conde de Barcelona en Wifredo de Arria ó de Ria, noble caballero, señor de un castillo junto á Villafraña del Conflent.

Nobles y grandes hazañas se cuentan de Wifredo durante su gobierno, en que trató de renovar los buenos tiempos de Bara y de Bernardo; ganó diferentes batallas á los moros, que supo siempre tener á raya, y tremoló en lo alto de las dentelladas sierras de Monserrat el pendon de la cruz, arrojando del santo monte á los árabes que en él segurecían.

La corona condal de Barcelona parecia decididamente destinada á reportar desgracia á todos los que la ceñían: infausta suerte cúpole tambien á Wifredo de Ria.

Un favorito del rey Carlos *el Calvo*, que tenia por nombre Salomon conde de Cerdaña, trató de perder á Wifredo en el ánimo del monarca, abrigando la secreta intencion de apoderarse del condado de Barcelona.

Todas sus calumnias é imposturas tropezaron, como con una barrera de hierro, en el afecto que á Wifredo profesaba Carlos. Decidió pues llevar por otro rumbo sus siniestros planes.

Wifredo fué enviado á buscar para dar cuenta de su gobierno, pero es de advertir que al llamarle el rey ante sí, lo hacia solo para procurarle un triunfo contra sus enemigos y para confundir á los que de él se atrevían á murmurar tratando de empañar en vano el limpio espejo de su honra.

Demasiado sabia Salomon que era esta la idea del monarca, y no le convenia por lo mismo que llegase Wifredo á la corte. Trató pues de que la traidora punta de un puñal le detuviera en el camino.

He aquí como sucedió el caso. •

Wifredo partióse de Barcelona llevándose consigo á su hijo de su mismo nombre, muchacho de corta edad, que habia tenido de su esposa Almira.

Llegado á Narbona , se encontró allí con unos comisarios regios enviados por Carlos *el Calvo* á su encuentro. Eran estos mensajeros todos del partido de Salomon y sus particulares deudos y amigos , que ya el de Cerdaña se habia dado buena traza para que saliese todo á medida de sus secretos y ruines planes.

Dijeron estos caballeros á Wifredo como estaban allí para acompañarle y la corte donde tenia que esplicar su conducta , y el conde de Barcelona que nada temia y que sabia haber obrado siempre con lealtad y amor á su rey , se puso confiadamente en sus manos.

Mientras estaban familiarmente conversando, uno de los caballeros se descompuso de palabras con Wifredo , y como palabras son vanguardia de obras , se atrevió descomedidamente á ponerle mano en las barbas. Wifredo que jámas habia sufrido un insulto , sacó su puñal y tendió á sus pies al insolente frances que á tanto osara.

858 Entonces los demas mensajeros aprovechando aquella ocasion y haciendo como que querian volver por el honor del rey á quien representaban, arremetieron juntos contra Wifredo, que en vano quiso defenderse de tantos hombres y tantos puñales, y le cosieron á estocadas en presencia misma de su hijo que nada podia hacer por su tierna edad en favor de su padre.

En seguida los asesinos , llevándose al muchacho , partieron á la corte á dar noticia de su crimen á Salomon y á combinar con él el modo mejor de disfrazarlo á los ojos del monarca.

El jóven Wifredo fué conducido á presencia de Carlos *el Calvo* , quien, compadecido de su horfandad , le envió á Balduino conde de Flandes , casado con Judit su hermana , para que entrambos le diesen la educacion que reclamaban su elevada clase y nacimiento.

En el interin , el condado de Barcelona fué adjudicado al traidor Salomon que se vino tranquilamente á gobernarle , no sin ser mal visto de los barceloneses y de la tierra toda.

Honda impresion hiciera en el ánimo juvenil del tierno Wifredo la muerte de su padre , y aunque por el pronto se veia impotente para vengarle, juzgó que no seria así mas adelante, y por lo mismo hizo solemne juramento de no cortarse ni el cabello ni las barbas hasta haber tomado cumplida venganza del asesinato de su padre.

Junto á los condes de Flandes creció Wifredo en edad y en esfuerzo, adiestróse en el manejo de las armas y de los caballos , y eligió por señora de sus pensamientos á la hermosa Winidilda , hija de Judit y de Balduino,

que fué la primera doncella que hizo latir de amor el corazon del varonil y esforzado catalan. Winidilda y Wifredo se amaron mutuamente con ese casto amor con que se aman los ángeles en el cielo, y se juraron ser uno del otro cuando Wifredo hubiese llevado á cabo el juramento que de vengar á su padre tenia prestado y que le impedia, interin no lo efectuase, entregarse á toda dicha y á toda felicidad en la tierra.

Así fué como, en el palacio de los condes de Flandes que le miraban como hijo y teniendo á su lado un ángel en Winidilda, vió Wifredo transcurrir dichosa su infancia hasta la edad en que se decidió á salir en busca del matador de su padre. Diez y seis ó diez y siete años tenia tan solo Wifredo cuando se resolvió á no dar mas plazo á la venganza. Era pues un niño al que un juramento hacia hombre antes de tiempo.

Arrancóse Wifredo á los lazos con que sujeto le tenian el cariño de los condes de Flandes y el tierno amor de Winidilda que le vió partir con lágrimas, montó en un caballo negro como la hiel de venganza que amasaba en su corazon tiempo hacia, y tomó el camino de la patria de su padre, Villafranca del Conflent, donde vistió un traje de peregrino para llegar con toda seguridad á Barcelona.

Así que en esta ciudad estuvo, presentóse secretamente á su madre la condesa Almira, que á no haberle reconocido por el impulso del corazon, le hubiera conocido por la contraseña particular del vello de que cubierto estaba todo su cuerpo, y madre é hijo decidieron llevar á cabo la venganza que tiempo ha estaban pidiendo los irritados manes del asesinado conde.

Congregó la viuda condesa en su habitacion á muchos señores y magnates principales que no podian olvidar los buenos tiempos del conde Wifredo, y presentándoles su hijo, les enteró de su proyecto y les preguntó si estaban prontos á ser leales servidores del hijo como fieles súbditos habian sido del padre.

Todos contestaron unánimemente que se hallaban prontos á ello. Wifredo fué en el acto jurado conde de Barcelona, y al hallarse revestido de esta dignidad, seguro ya del amor que á la memoria de su padre guardaban aquellos pechos hidalgos, vistióse sus armas el generoso mancebo y se salió por las calles de Barcelona en busca del conde Salomon.

Hallóle que salia del castillo vizcondal, preparándose á partir á paseo con su corte y con el pié en el estribo para montar á caballo. Wifredo al verle desnudó su espada, y arremetiendo de súbito contra él, se la pasó por el cuerpo, no sin decirle antes que era él un hijo que á vengar llegaba la

muerte de su padre. Los cortesanos se arremolinaron junto al gallardo y velludo jóven, quien les descubrió entonces su nombre y su linaje, que vinieron á demostrar con su apoyo y su presencia varios nobles catalanes que dando voces y gritos le proclamaban hijo de Wifredo y conde de Barcelona.

Tuvo lugar este lance y muerte de Salomon en la plazuela de las *Coles* donde se alzaba una de las puertas principales del castillo *viejo* ó *vizcondal*.

Así fué como vengó á su padre y se proclamó conde de Barcelona Wifredo llamado *el Velloso*, así fué como un varonil mancebo de diez y ocho años apenas se sentó en la silla condal, que le estaba á él destinado trocar en sólio.

LECCION X.

WIFREDO EL VELLOSO.

Independencia catalana. — Las cuatro barras de sangre. — Levantamiento del feudo. — Victorias de Wifredo contra moros. — Wifredo II. — Suniario.

SEÑORES:

Nuestra leccion anterior concluyó precisamente en el instante en que Wifredo, teniendo á sus piés el ensangrentado cadaver de Salomon, veia inclinarse reverentes ante él las cabezas todas de los magnates catalanes que por señor le aclamaban y por conde.

Fácil es ya de ver, señores, en este solo acto, en este libre nombramiento de Wifredo por los nobles del pais, un espíritu de independencia y de nacionalidad escesivamente desarrollado, pues que, sin aguardar á saber la intencion del soberano, se anteponian á su voluntad nombrando y proclamando conde á quien bien les parecia.

Esta, señores, — y permítaseme decirlo de paso — es una gran prueba que aducir contra aquellos historiadores que ven en la Cataluña de entonces un pais sumiso, esclavo mudo y obediente de la tiranía franca, y que no quieren hallar el gérmen de la independencia catalana hasta la época de Borrell II nieto de Wifredo. En este solo episodio, en este simple acto, ya

Cataluña revela que era de hecho lo que de derecho no debía tardar á ser. ¿Quién duda que la proclamacion de Wifredo fué un guante arrojado al monarca? ¿Quién duda que fué un acto de espontánea eleccion, hijo, como todo acto libre, de un derecho que sino justificado se creia adquirido? Y si el soberano no hubiese aprobado el nombramiento, ¿qué hubiera hecho aquel pueblo que con vivas de alegría y con ojos arrasados de lágrimas de gozo recibia al hijo de su antiguo señor? Qué hubieran hecho aquellos nobles que aprobando el homicidio de Wifredo aprobaban la rebellion y sentándole en el trono condal sentaban en él un principio de libertad? ¿Qué hubieran hecho, sí, mas que agruparse junto á él, desplegar al aire su bandera, y magnates y pueblo, nobles y villanos, combatir contra Cárlos si era necesario para sostener al conde que se habian hecho y al señor que se habian dado?

Este es el orden natural que hubieran debido seguir las cosas, y esta tambien, aunque humilde, mi pobre opinion.

Allí, pues, en aquel acto me atrevo yo á ver, señores, al contrario de muchos cronistas, el principio de la soberanía de nuestros condes, allí es donde yo voy á buscar el comienzo de la independencia catalana, de la emancipacion barcelonesa. Los acontecimientos sucesivos no son á mi modo de ver sino un resultado forzoso de aquella.

¿Qué mejor acta de independencia que la aprobacion por Cárlos *el Calvo* de aquel hecho? Qué mejor prueba de soberanía que la de confirmar la eleccion de Wifredo? Con ratificar el nombramiento del conde que los barceloneses se habian dado, acaso no aprobaba Cárlos su rebellion, acaso no aprobaba el derecho que de nombrarle se habian abrogado?

Con esta aprobacion Cárlos *el Calvo* no hizo sino poner el sello á una independencia que ya no necesitaba para ser consumada mas que el requisito de una fórmula. Esta fórmula fué la que alcanzó, como vamos á ver, la espada de Wifredo.

Dispénsese me, si mas de lo que debía he prolongado estas reflexiones. Son hijas solo de mi buena voluntad. He querido dejar probado que la soberanía de nuestros condes remonta al principio casi de su existencia, y he querido probar tambien, que el levantamiento del feudo que pronto veremos hizo á Wifredo Cárlos *el Calvo*, no fué tanto por favor, como por necesidad. Al levantarle el feudo hizo solo lo que con respecto á su eleccion habia ya hecho. Dió á los catalanes una libertad que ya ellos por sí solos habian sabido darse.

Estas reflexiones, aunque imperfectas, habrán servido tambien de paso como argumentos contra los que han escrito sobre historia de Cataluña, saltando maliciosamente la época de Wifredo, esa grande y gloriosa época de nuestra historia, por no querer reconocer en ella el comienzo legítimo y probado de una ilustre soberanía.

Prosigamos ahora nuestra narracion.

871 Por aclamacion del pueblo y por ratificacion del monarca, ciñó Wifredo á sus sienes la corona condal de Barcelona, y así que se vió afirmado en su alto puesto, envió mensajeros en busca de su prometida Winidilda, el ángel que le habia consolado en su destierro, el amor que le habia sonreído en su infancia, la esperanza que le habia alentado en su ilusion.

Llegó á Barcelona la hermosa hija de los condes de Flandes á últimos del año 871 segun parece, y entonces la amante pareja, rodeada de dicha y ventura, envuelta en ese perfume de felicidad con que saben envolverse los amantes, fué á postrarse reverente ante los altares para colocar su amor bajo la santa y misericordiosa proteccion del Ser supremo. La religion acabó de enlazar para siempre aquellos dos corazones que con lazo indisoluble habia ya unido el amor.

Cuentan la crónicas que poco despues de su enlace, Wifredo decidió pasar á Francia, obligado de las mercedes de Carlos *el Calvo*, y que al llegar á la corte fué recibido con sumo contento y agrado por parte del monarca, á quien brindó con sus servicios ofreciéndose á servirle en unas jornadas que á la sazón el rey proyectaba contra los normandos.

De buen grado admitió Cárlos la oferta de tan esforzado paladin, uno de los mas cumplidos caballeros de su tiempo, y dióle el mando de una parte de la hueste que él propio se dispuso á capitanear para marchar contra los normandos de quienes tenia fundados motivos de queja.

No tardó en partir el ejército que contaba como uno de sus caudillos á nuestro Wifredo, y al avistarse con los enemigos de su rey y señor, y al chocar ambos ejércitos, hizo tales prodigios, dió pruebas de tan relevante valor, que alcanzó en una sola jornada la nombradía y fama que únicamente á fuerza de victorias y de hazañas conseguian los caballeros de aquella época.

Pero mayor fué todavía su gloria en otro segundo encuentro. La suerte parecia haberse declarado contra las armas del rey Cárlos, y veíase á los normandos llevar la mejor parte del combate. En vano hacia desesperados esfuerzos de valor el ejército francés; los normandos iban avanzando

victoriosos, arrollando las huestes enemigas. El triunfo y lamatanza se habian hecho sus compañeros en aquella jornada. — Las armas francesas iban á sufrir una sangrienta derrota.

Vióse entonces á Wifredo dar de espuelas á su caballo y seguido de algunos caballeros, la mayor parte catalanes, arrojarle en lo mas crudo de la pelea cambiando con su decision y valentía la faz de las cosas. La brusca aparicion de Wifredo allí donde era mayor el combate y mas mortífera la lucha, allí donde era mas terrible la derrota de los franceses, fué como la espada de Breno que al caer en el platillo hizo inclinar violentamente la balanza.

Gracias á Wifredo, la victoria quedó por los franceses que vieron huir sobrecojidos de terror á los normandos ante el hombre que despreciando las flechas y las piedras que iban á estrellarse impotentes en su armadura, repartia tajos y revesas con cada uno de los cuales ocasionaba una víctima. Esta victoria empero no la alcanzó Wifredo sino á costa de su sangre.

El bravo caudillo catalan herido en un costado, tuvo que ser transportado á su tienda donde se le tendió en un lecho de campaña para desnudarle de su armadura y curarle su herida. En esta operacion se hallaban sus servidores y amigos cuando se presentó de súbito en la puerta de la tienda el mismo *Cárlos el Calvo* en persona, que informado de lo que debia al guerrero catalan, iba á estrecharle en sus brazos para muestra de gratitud y afecto.

Quiso el noble caudillo incorporarse á la llegada del soberano para agradecer tal honra, pero volvió á caer sobre el lecho, brotando sangre la herida que con el esfuerzo se habia abierto.

Cárlos mandó á Wifredo que permaneciese tranquilo y acercándose á él y echándole con gratitud los brazos al cuello; le dijo que cuantas mercedes le pidiese prometia otorgárselas, pues probar queria cuanto apreciaba y en cuan alta estima tenia al guerrero á quien debia tan señalada victoria.

— Señor, — contestóle entonces Wifredo, — mas merced no debiera ambicionar que la de haberos servido, pero puesto que así quereis obligarme, ya sabeis que hay dos cosas que ardientemente deseo.

— Y cuales son estas dos cosas, conde Wifredo? — diz que le preguntó Cárlos.

— El levantamiento del feudo que pesa sobre mi condado y un blason para mi pueblo.

— Dad por hecho lo del feudo, — contestó el monarca; — en cuanto al blason voy á dároslo.

Y dichas estas palabras volvió Cárlos en torno suyo los ojos.

Junto al lecho de Wifredo estaba su escudo en el que no resplandecía divisa ni señal alguna; el campo era de oro, raso, liso, sin cuarteles, mezcla de colores ni division, donde se podia pintar cualquier generosa empresa.

Viólo Cárlos y diciendo,

—Divisa que con sangre se conquista, debe ser escrita con sangre,

Acercó sus dedos á la que con abundancia manaba de la herida de Wifredo, mojólos en ella, y pasólos de arriba abajo sobre el dorado escudo, imprimiendo cuatro lineas coloradas. Presentando en seguida el escudo al guerrero catalan exclamó:

—De hoy mas estas serán, conde, vuestras armas.

Tal es, señores, el origen de este escudo conocido un dia por toda la nobleza en las cuatro partes de la redondez del globo; tal es el origen de estas cuatro barras de sangre que han flotado triunfantes en los mástiles de las galeras catalanas cuando las catalanas galeras avasallaban los mares; de estas cuatro barras que han llevado á tantos héroes tantas veces al combate, y que han tremolado orgullosas, como un penacho de gloria, en las cúpulas de estas ricas ciudades extranjeras sujetas un dia al poder catalan como sujeto está el pensamiento á la voluntad del hombre.

Conseguida esta victoria contra normandos, volvióse el ejército á la corte de Francia donde se quedó Wifredo á convalecer de sus heridas, y estaba apenas de ellas restablecido, cuando tuvo noticia de infaustos acontecimientos sobrevenidos en Cataluña.

Aprovechando la ausencia de Wifredo, y viendo fácil ocasion de ganar terreno, los moros habian salido de sus guaridas naturales y se habian extendido por toda Cataluña talando los campos, destruyendo villas y lugares, y apoderándose en sus correrias de ciertos pueblos que mucha sangre habian costado á los predecesores de Wifredo.

Al saber esta fatal noticia, el noble conde haciéndose superior á sus dolencias vistió sus armas y se presentó á Cárlos *el Calvo* pidiéndole permiso para partir cuanto antes á Cataluña á reconquistar la tierra que los moros le habian traidoramente ganado.

El rey dióle licencia y le manifestó su sentimiento de no poderle auxiliar en aquella reconquista. Pero Wifredo, que fiaba en el esfuerzo de su brazo, Wifredo que hasta tenia orgullo en no recibir ayuda de nadie para de este modo debérselo todo á sí mismo, Wifredo contestó al monarca que le

recordaba solo la promesa que le hiciera un día en su tienda, cuando se había dignado ir á visitar al pobre herido para grabar un blason y una empresa en su dorado escudo.

—Señor, Señor,—le dijo el conde,—no me deis auxilios, pero libradme del feudo.

Cárlos *el Calvo* accedió. Dióle todo el país que formaba la Marca de España y los derechos que le pertenecían en Rosellon y Cerdaña, con los demás señoríos y preeminencias de que había disfrutado hasta allí

Wifredo entonces, verdadero señor y soberano de Cataluña, no dependiendo ya mas que de Dios y de su deber, partiósé á su país, y lanzando su grito de guerra, convocó á todos los nobles catalanes para que fueran á agruparse bajo el pendon de las sangrientas barras que por vez primera debían guiarles al combate.

Todos acudieron; todos sin faltar uno. Wifredo, como aquellos fabulosos caudillos de la antigüedad, había herido la tierra con el pié y había á su llamamiento visto brotar un ejército.

Pero un ejército adicto, valiente, esforzado, invencible; un ejército en fin de hombres libres.

Hemos llegado, señores, á uno de los bellos momentos para la historia de Cataluña, al momento supremo en que una nacion rompiendo con su pasado, se adelanta victoriosamente al encuentro de su porvenir.

Los países tienen ciertas épocas como ciertas situaciones tienen la vida de los hombres. Hay instantes en que se juega el todo por el todo. Estos instantes en los pueblos son un día de fiebre, en los hombres un día de gloria. Estos instantes en la historia de los pueblos se llaman Covadonga, Pavia ó Lepanto; en la historia de los hombres se llaman Wifredo conquistando con su sangre un blason para su pueblo, Hernán Cortés quemando sus naves, Sixto quinto arrojando su muleta.

Ya al llegar aquí, señores, se nos aparece la historia de Cataluña bajo un nuevo aspecto. Sus hechos tienen otra fisonomía, sus fastos cambian de carácter.

Los cartagineses, los romanos, los visogodos, los árabes y hasta los mismos francos, que unos tras otros han ido apareciendo en nuestro relato, no son en Cataluña sino los arados que surcan un campo para poner la tierra en estado de recibir la fructífera semilla.

En nuestras lecciones anteriores hemos visto crecer y desarrollarse á Cataluña como crecer y desarrollarse hubiéramos podido ver á una mujer.

La hemos visto niña, la hemos visto jóven, la vemos mujer ahora. La Cataluña de Otjero es la niña que espera, la Cataluña de Guillermo de Tolosa es la jóven que promete, la Cataluña de Wifredo es la mujer que cumple. No es ya una provincia que obedece, es una nacion que manda. No es ya el brazo que hiere, es la voluntad que impele.

Ha llegado ya para ella el momento de arrojar á la voz de Wifredo su collar de esclava, ciñéndose su diadema de condesa, y de tejerse un manto de gloria para sus hombros al cual pueda prender un día una nacion en cada punta, así como aquellas damas romanas que prendian una joya que valia un millon á cada uno de los cabos de su pálium. Ha llegado ya para ella el momento de dar ensanche á su corazon, del centro del cual sale irradiadora la libertad evocada por Wifredo, como brota de las entrañas vírgenes de la tierra el oro bajo la azada del minero.

A los gobernadores francos y á los envidiosos extranjeros, suceden los fieros barones de ricos y espléndidos trajes, los valientes caballeros revestidos de brillantes armaduras, las lindas y nobles catalanas de miradas que siembran el valor en los pechos y de sonrisas que prometen tesoros de felicidad á la hidalguía y al esfuerzo.

Ya el eco de las montañas no es despertado por el martillo laborioso del esclavo que temple la espada que ha de convertirse en manos del noble en látigo para el forjador, sino que repite el rumor de los cantos del hombre libre y resuena con los pasos de los ejércitos vencedores que avanzan siguiendo la bandera condal que azota orgullosa el aire.

No es Cataluña que se alza perezosa como un rebaño á la voz del pastor que le pone en marcha; es Cataluña que despierta salvaje y fiera como la leona del desierto al rugido que ha lanzado un enemigo oculto en la espesura. No es un pais que indolente obedece á hombres estraños que le imponen leyes; es una nacion que mueve sus ejércitos del mismo modo que agita el leon sus melenas, y que se cree con derecho á grabar su nombre en el mapa como el conquistador lo escribe en la historia. No es ya el palenque de las luchas de otros, no presta ya su campo para lidia de estrañeros combatientes. Hace la guerra por sí y para sí, y es su guerra una santa guerra, una noble lucha.

Sus hombres de armas avanzan como una pared de hieffo rechazando todas las huestes sarracenas que se les oponen al paso, y esta pared de hierro va sirviendo de muralla á todo el pais reconquistado.

La época de los francos es la época de transicion para Cataluña, es

el tamiz por donde tuvo que pasar la independencia para purificarse.

Ya tenemos á Cataluña señora, ya la tenemos condesa y soberana. Sigámosla, pues, señor, en este nuevo período que en esta nueva senda, ciertamente no nos ha de pesar el seguirla.

Wifredo al hallarse en su país y al verse al frente de un ejército, desenvainó su espada y comenzó una série de homéricas hazañas que no debían acabar ni aun cuando clavó el pendon de las barras en los encumbrados picos del venerado Monserrat.

Los moros tuvieron que retirarse ante *el Velloso*, no sin defender con aquella insistencia, con aquella tenacidad en ellos tan comun, el país que habían ganado. Con solo la ayuda de sus buenos catalanes, el primer conde soberano de Barcelona paseó triunfantes sus armas de Lérida á Barcelona y de Barcelona á Narbona, ciñendo su frente con una triple corona de conde así como tenía también para su país el triple carácter de héroe, de libertador y de fundador.

El nombre de Wifredo *el Velloso*, como todo nombre de gloria para un país, va unido á cien misteriosas baladas, á cien maravillosas leyendas. No es solo la historia quien le ha reclamado, no es solo la tradición quien le ha prohiado, es la poesía la que le ha querido para hacerle el héroe de peregrinas y melancólicas consejas.

Sabida es la dramática historia del monasterio de Monserrat. En ella Wifredo tiene su parte de fundador, como en la poética tradición que va unida á la historia tiene también su papel de protagonista.

En lo alto del valle del Ter las ruinas de dos templos suntuosos algún día, recuerdan á Wifredo como su fundador. San Juan de las Abadesas y Santa María de Ripoll son dos joyas que nos legó el héroe de nuestras crónicas, y que han llegado hasta nosotros para probarnos que Wifredo estaba siempre pronto para el servicio de Dios así como para la libertad de Cataluña.

898 El 11 de agosto del año 898 Wifredo exhaló su último suspiro y el triple condado de Barcelona, Ausona y Girona pasó á manos de su hijo Wifredo II ó Borrell I, mas no consta si por igual sucesión otros hermanos de este heredaron también entonces los de Urgel, Besalú y Cerdania.

La casa de donde *el velloso* descendía (según dice nuestro ilustre Pífferrer) fué fecunda en varones esforzados, y es muy probable que, componiendo una familia de guerreros, sus hermanos poseyeran estos condados, y que le ayudaran á reconquistar á punta de lanza cuanto los sarracenos habían recobrado en el interior y al mediodía de Cataluña.

Wifredo II ó Borrell I gobernó pocos años, y pereció en la flor de su edad, víctima segun ciertas crónicas, de un mortal veneno. La oscuridad mas tenebrosa envuelve su reinado; apenas se sabe nada de él, y se ignoran cuales fueron sus hechos y sus empresas. Su muerte acaeció en 912, y no dejó de su esposa Garsinda mas que una hija que mas tarde debia enlazar con el vizconde de Narbona.

« Entró á ceñir la corona su hermano Sunyer, segundo hijo de Wifredo *el veloso*, que tal vez hasta entonces habia regido el condado de Besalú y con su nuevo ascenso lo traspasó á otro de sus hermanos. Mas afortunado ó mas activo que su predecesor, comenzó Sunyer á edificar sobre las ruinas hacinadas por los sarracenos, y prestó su impulso á la dotacion y acrecentamiento de aquellas casas religiosas, de las cuales como de un rico depósito habian de difundirse los principios y los trabajos que templan la rudeza de los pueblos y á cuya propagacion eran poco aptas las manos del príncipe, necesitadas todavía á manejar las armas. La suerte de las batallas, que da y quita los imperios á precios siempre costosos, ensangrentó sus laureles y lleno de amargura su corazon arrebatándole, sin duda en 940 ó en 942, su jóven primogénito Armengol, á quien titulaba conde de Ampurias y fiaba alguna participacion en el gobierno de sus estados. Ni los consuelos de su esposa Riquilda, ni el de verse rodeado de sus demas hijos, debieron ser poderosos á suavizar su pesadumbre; y asociándose primeramente en el mando su hijo Borrell, en cuyas altas prendas podia cifrar grandes esperanzas, renunció en él todo su poder por los años de 946 y vistió el hábito religioso probablemente en el monasterio de la Grasa, donde le encontró la muerte á 15 de octubre de 953.» (*)

820 Este mismo día subió al trono condal su hijo Borrell que se nos presenta envuelto en una nube de misteriosas tradiciones y de gloriosas hazañas entre las cuales no tardaremos en irle á buscar.

(*) P. Piferrer.

1

2

3

LECCION XI.

BORRELL SEGUNDO.

Muerte de Miron.—Espedicion de Almanzor.—Jornada *de Matabous*.—Borrell en Manresa.—Los hombres de *Paradge*.—Reconquista de Barcelona.—La cueva del conde.—Las cabezas de los quinientos caballeros.—La calle de Basea.

SEÑORES :

Hemos llegado ya á fines del siglo décimo, cuya última mitad llena casi toda con sus hechos Borrell II, el cuarto conde de Barcelona.

953 Al retirarse á un claustro su padre el conde Suniario ó Sunyer, despreciando el vano esplendor y la pompa inútil del mundo, Borrell II ciñó á sus sienes la corona de conde y se sentó en el trono de Barcelona que repartió con su hermano Miron.

Desconocida es la voluntad testamentaria de Sunyer, pero como muy acertadamente hace observar un cronista, ¿qué mayor testimonio de ella que la constante armonía con que ambos hermanos se hubieron en su reinado?

966 Breve hubo de ser este. El lazo del cariño fraternal fué cortado por la guadaña de la muerte. En 31 de octubre de 966, Borrell vió desaparecer de su lado á Miron, que cambió la agitada vida del sόlio por el reposo y la calma del sepulcro.

Solo quedó Borrell y solo tuvo que hacer frente al torbellino de infortunios que le amenazaba.

Brillaba por aquel entonces en Andalucía el astro refulgente que debía alumbrar el camino de Almanzor, de Almanzor, señores, el caudillo árabe de ojos de tigre y de corazón de hierro que estaba destinado á ser el azote de los cristianos.

Almanzor es en la historia un torrente salido de madre. Al frente de los ejércitos sarracenos se le ve caer sobre los reinos de Leon y Galicia, asolándolo, destruyéndolo, incendiándolo todo, renovando para él lo del caballo de Atila, que allí donde ponía sus pies no volvía á crecer la yerba.

Almanzor es en efecto el Atila de los árabes.

Fácil le fué empero llevar la consternacion y el terror al seno de los estados cristianos y renovar con mayor estrago aun los días funestos de la invasión primera. Las querellas y las rivalidades, las particulares luchas de sus condes y barones, hacian de los estados cristianos fácil presa para el osado y atrevido sarraceno.

985 Engreído Almanzor con sus triunfos, ambicionando mas lauros y mas gloria, sediento aun de mas cristiana sangre, decidió al rayar la primavera del año 985 tremolar otra vez al aire el pendon del profeta y llevar sus armas hasta el Pirineo, deseoso de castigar á la soberbia Barcelona que se levantaba como un dique en el que se estrellaban sin cesar todos los esfuerzos sarracenos.

Partió Almanzor de Córdoba y llevó sus huestes hácia Valencia, Tortosa y Tarragona, al propio tiempo que una numerosa escuadra salía de Murcia rasgando el agua del Mediterráneo y dirigiéndose hácia las costas de Barcelona para ayudar al ejército del profeta.

Barcelona vió pues avanzar hácia ella, como dos mónstruos prontos á devorarla, dos poderosas huestes sarracenas.

Borrell no se creía con fuerzas suficientes para resistir aquella invasión, pero decidióse no obstante á defenderse hasta el último trance como el león que acorralado en su guarida se revuelve furioso contra los cazadores y los hace estremecer, aun moribundo, con sus terribles rugidos

Mientras que el conde de Barcelona hacía los aprestos necesarios, Almanzor siguió avanzando, pasó las fronteras cristianas, atravesó el Llobregat por Martorell y tomando la antigua via romana, desembocó en el mismo llano de Barcelona por el llamado Coll de Moncada.

Se estiende allí una llanura que llaman de *Matabous* (Mata bueyes),

y en esta llanura estaba esperando el ejército catalán al fiero Almanzor.

Terrible fué la batalla que hubo al pié del castillo de Moncada, terrible fué y sangrienta. El sol rieló durante todo el día en los charcos de sangre; la muerte se cernió implacable sobre entrambos bandos. Fué un día infausto para Barcelona, fué una jornada de sangre para los catalanes. Dios quiso que la señora condal cayera rota y destrozada á los piés del pendon musulmán y que el alfange sarraceno, como la hoz del segador, cortara aquel campo de cabezas de cristianos guerreros.

A centenares nos cuentan las crónicas que cayeron los catalanes bajo el damasquino acero. Las huestes del moro pisaron montones de cadáveres y se abrieron una calle entre los muertos para llegar hasta las puertas de la codiciada Barcelona.

Fué la batalla de Matabous para Cataluña lo que fuera un día la batalla del Guadalete para España. Los campos de Moncada vieron acabar con el ejército de Borrell y desaparecer el mismo conde arrastrado por las oleadas de los fugitivos.

Destruída aquella muralla de pechos catalanes, Almanzor llegó sin obstáculo ya hasta Barcelona que intentó resistirse. Resistencia vana! Sus esfuerzos fueron los de la pobre paloma que en vano lucha y se debate, presa en las garras del milano.

Resistencia vana, sí. Barcelona había caído el día que cayó vencido su conde en los campos de Moncada.

Su tenacidad en defenderse no hizo mas que acrecer la furia y el encono de Almanzor, que para dar mas deseos de victoria á sus tropas, las prometió el saqueo. Desgraciadamente para la futura reina del Mediterráneo, el caudillo árabe mantuvo al llegar el caso su palabra.

La historia de Barcelona tuvo que consignar en una sangrienta página tres días de saqueo, es decir, tres días de destrucción, de horrores y de muerte. Nada fué respetado. Los monumentos cayeron, los libros y las escrituras fueron presa de las llamas, los ciudadanos perecieron bajo el filo de las corvas cimitarras, los templos sirvieron al vencedor para cuadras de sus corceles, y las hermosas y agraciadas doncellas barcelonesas pasaron á ocupar el rango de concubinas en los harems de los caudillos agarenos.

¿Qué hacía en tanto el conde Borrell? qué hacía el noble señor mientras que su capital querida se debatía en vanos esfuerzos, presa de los bárbaros?

Borrell, tras la funesta jornada de Matabous, arrastrado por algunos fugitivos, había partido en dirección á Manresa, en cuyo fuerte castillo se

refugiara. Pero no fué para llorar inútilmente su desventura por lo que se encerró en el castillo, sino que fué para exhalar gritos de venganza que encontraron eco en los pechos catalanes.

Pronto veremos, señores, como habian de ausiliar los catalanes á su señor en su justa y memorable venganza.

Digamos primero — es forzoso — que las armas de Almanzor se hicieron dueñas de casi todo el condado de Barcelona. El Vallés, toda la costa de mar de levante y el Panadés se humillaron ante el moro, que arrogante paseó en triunfo por sus llanuras y orgulloso clavó en sus cimas la odiada enseña de Mahoma. Solo los dos castillos de Cervellon y Moncada se mantuvieron firmes y aguerridos; solo en ellos, inespugnables nidos de catalanas águilas, continuó flotando ufana al viento la señorial bandera de los condes.

Almanzor creyendo dejar asegurada para siempre la comarca barcelonesa, partió en busca de nueva gloria y nuevas hazañas, pero apenas tenia tiempo de haber vuelto á pasar las fronteras del condado, cuando los moros que habian permanecido en Barcelona oyeron con sobresalto gritos de guerra, choques de armas y relinchos de caballos que el viento llevara hasta ellos en sus alas.

Era que al ronco acento de su trompa de guerra, Borrell II habia despertado los dormidos ecos de las montañas, era que Manresa, aspirando á ser la Covadonga catalana, veia agruparse en su recinto y en torno al pendon de las sangrientas barras, á todos los descendientes de aquellos constantes compañeros de Wifredo *el Velloso* en las luchas de la primera restauracion.

Mensajeros de Borrell corriendo por las montañas iban á llamar en nombre de la patria á la puerta de todos los castillos. El punto de reunion era Manresa, el santo y seña *venganza*. Todos los nobles acudieron, todos descolgando la espada de sus abuelos, se presentaron capitaneando tercios escojidos de gente de guerra avezada á la fatiga y á los combates. Ningun corazon se mostró pusilánime ni cobarde; ningun brazo dejó de empuñar el acero vengador. El eco mismo de guerra que habia despertado á los corazones despertó tambien al hierro.

Borrell vió agitarse en torno suyo á la flor de la catalana caballería. Allí estaban los Cardonas, esa familia de condes entre los reyes y de reyes entre los condes; allí estaban los Moncadas, esos hombres que por derecho se creian mas altos que la casa de Barcelona pero que por cortesía se incli-

naban ante ella; allí los Pinós tan sabios en el consejo como valientes en el campo de batalla; allí los de Ampurias hijos del valor y padres de la rebeldía; allí los Rocabertis, raza de gigantes montañeses; allí los Pallás, rayos de la guerra; allí los Alemany y los Malaplana, bravos descendientes de aquellos barones de la fama que les habían legado su nombre, su valor y gloria; allí, en fin, los paladines todos que tenían ya un nombre ó que ansiaban conquistarlo.

Cuando vió Borrell reunido tan hidalgo ejército, no dudó ya del triunfo, y sabiendo que en la guerra y valerosas empresas el mejor premio es del honor que de la victoria se espera, tuvo el feliz pensamiento de conceder, como en el acto concedió, libertad, franquicia, honor y título militar á todos los presentes y á cualquiera que acudiese á valerle con armas y caballos á su costa y gastos propios en aquella jornada.

Fué de tanta importancia este edicto y palabra real, proclamadas al son de las trompetas en Manresa y lugares vecinos, que, incluso los citados, acudieron hasta nuevecientos guerreros, hombres poderosos y de valor, que esperaban en la bondad de sus lanzas para conquistar sus títulos de señores. Desde aquel día en adelante aquellos nuevecientos guerreros y sus sucesores fueron llamados *homens de Paradge*, es decir, hidalgos, hombres de parage ó casa solariega, haciéndose con este título semejantes á los hidalgos de Castilla. Todo hombre de *Paradge* era par é igual al mas illustre caballero, pues que el ser hombre de *Paradge* llevaba consigo el ser persona de antigua y limpia descendencia y con hacienda, poder y facultad de mantener caballería.

Hecha, señores, como dicen las crónicas, la junta de esta gente, con tan singular presteza y ancho corazon para la empresa que el conde pretendia, pusiéronse los nobles al frente de sus tercios, y todo aquel torrente de héroes catalanes cayó una mañana sobre los moros que tenían ocupada Barcelona.

He ahí por qué título Manresa, que fué en aquella jornada la nube que se abrió para lanzar de su seno como una hoz de rayos aquel escuadron de cristianos caballeros, he ahí por qué Manresa puede con justicia apellidarse la Covadonga catalana.

Covadonga fué en efecto, señores. ¿Quién lo duda? De lo alto de su sierra se arrojaron como águilas los nobles catalanes ansiosos de vengar la honra de su patria, ansiosos de dejar en muy alto lugar su nombre y fama, ansiosos de arrojar de Barcelona á los infieles que la manchaban con la

huella de sus pies impuros. Y lo consiguieron, sí, lo consiguieron valientes, aguerridos, resueltos, inmortales, como los que con Pelayo juraron morir ó vencer haciendo con sus bélicas aclamaciones estremecer las bóvedas subterráneas de la cristiana Covadonga.

Si jornada habia sido de sangre la que hubiera al pié del castillo de Moncada, jornada fué de gloria la que hubo bajo los muros de Barcelona. Novecientos fueron los caballeros, novecientos los héroes.

Bella es, por mas heróica, la hazaña de este puñado de gente. Así es que las crónicas juzgando que no se aviene con la verdad histórica tan escaso número, y creyendo casi imposible á humano valor tal empresa en solos novecientos caballeros, se complacen en rodear esta jornada de hechos maravillosos, y asientan por lo tanto que los catalanes fueron guiados al combate por el mismo San Jorge que envuelto en una nube, ginete en un caballo blanco y teniendo un rayo por acero, peleó sin tregua con los moros que caian muertos al contacto de su flamíjera espada.

Sea lo que fuere, mediara ó no en el buen éxito de la empresa un poder sobrenatural, es lo cierto que Borrell II volvió á clavar de nuevo el pendon de las barras en los altos torreones de Barcelona, de Barcelona que en pocos dias se entregó á novecientos hombres cuando habia tardado siete meses en rendirse al innumerable ejército franco de Ludovico Pio.

Devuelta ya la ciudad á las armas cristianas y vuelta á ser capital de sus soberanos condes, Borrell trató de afirmar su sólio y de reedificar lo que la invasion de los hijos del profeta habia destruido. Las crónicas describen con fúnebres colores el aspecto que presentaba Barcelona.

Cobrada que fué la ciudad, dicen, por el valor de su serenísimo conde y ayuda de la nobleza y hombres de *paradge*, cantóse alegremente la victoria con aclamaciones de todo el pueblo que recibió en triunfo y alegría á su príncipe y legítimo señor, pero hízosele azédo y amargo al buen conde, hasta provocarle á lágrimas, el ver su destruccion, los sagrados templos profanados, los altares y sagradas aras removidas, los edificios suntuosos echados por el suelo, el pueblo afligido, las haciendas y bienes muebles robados y perdidos, todo en fin tan diferente de lo que antes era que no parecia sino, dice Pujadas, haber pasado un furioso rayo ó un campo poseido de fieras y devoradoras langostas, ó picado de un tempestuoso granizo que deshaciendo la fértil espiga deja la paja trillada por el suelo y causa horror á los que antes causaba alegría.

Poco hacia que estaba el conde en Barcelona, y aun seguian los moros

corriendo la tierra y talando la comarca, cuando llegó un socorro del rey de Francia Lotario al que parece que Borrell pidiera auxilio.

Componíase este socorro de un crecido ejército, que venia guiado por muchos y muy ilustres capitanes, algunos de los cuales tenian deudos y parientes en la tierra y principado de Cataluña. Entre estos gefes habia muchos que luego fueron troncos de ilustres familias en nuestro pais. Tales fueron Bernardo Guillen Zaportella, Guillen de Bellhoc, Ramon de Balcereny, Dalmacio de Claramunt, Bernardo de Villafranca, Berenguer de Puiggali, Pedro Monbuy, Ramon de Vilaregut, Berenguer de Esparraguera, Luis de Castell Auli y Pedro de San Cleri, con otros muchos que fuera largo decir y enojosa tarea enumerar.

Fuerte de esta nueva gente, intentó el conde Borrell, como bueno y valeroso, dar sobre los moros que habian quedado esparcidos por la tierra, y emprendiendo valerosamente la marcha, hizo retroceder mal su grado á las huestes del profeta hasta la ciudad de Lérida cobrando de camino todas las tierras por donde pasaba, las cuales dejó sujetas, quedando unas tributarias y avasalladas y libres otras.

Esta campaña acabó de coronar dignamente la toma de Barcelona, y el conde pudo ya volver á dictar leyes á toda la comarca que habia obedecido un dia y acatado las de su padre.

Sosegadas las jornadas de la guerra, entendió Borrell que debia mostrarse agradecido á los caballeros, gefes y capitanes que con tanta sobra de valor y de lealtad le habian servido en la empresa. Así es que repartió entre ellos las tierras recobradas, como premio á su adhesion y servicios. De esto resultó que muchos caballeros las dieron sus nombres y otros los tomaron de aquellos solares que en el repartimiento les cupieron.

Tranquilo ya Borrell y sosegado, solo pensó en dar paz á sus estados estendiendo sus beneficios por toda la comarca que solícita y amante le obedecia, pero si hemos de dar crédito á las crónicas, no quiso la Providencia divina que gozase en paz el fruto de sus conquistas.

Un hecho terrible y sangriento volvió de nuevo á mudar la faz de las cosas; la desgracia, incansable y carnicera, cuando se empeña en perseguir á un pais ó á una familia, volvió á batir sus negras alas sobre la frente del conde barcelonés, que bien hubiera podido recibir de la historia el nombre de Borrell II *el desdichado*.

Algunos autores dan por fabulosa conseja y por un simple cuento de los que se narran junto al hogar doméstico en una cruda noche de invierno,

el romántico y poético episodio que voy á referir , pero yo , señores , he creído que debía darle plaza en este lugar , aunque no fuera mas que como un tributo debido por un relator de *Bellezas á la poesía* , á la crónica y á la tradicion.

Es triste que la historia se vea obligada á rechazar como á hijas espúreas ciertas bellas y peregrinas tradiciones impregnadas de un colorido local que tanto las enaltece y envueltas en ese sabor y perfume de los caballerescos tiempos que tanto las herмосea. Afortunadamente para esas galanas hijas de las nieblas , tímidas y muy á menudo históricas creaciones de la fantasía popular ; afortunadamente para ellas , digo , existen los poetas que amantes las acogen , cuando los historiadores , severos ya que no injustos , las maldicen. Y si alguna vez sucede , como ya de ello se cuentan muchos casos , que la historia reconociendo una falta ó deplorando un error vuelve á reclamarlas y á abrirlas sus brazos , entonces aquellas tradiciones rehabilitadas tornan púdicas , vírgenes , hermosas y frescas como salieron á los brazos de su madre , gracias á la poesía que les ha dado generosa hospitalidad y que las ha paseado , lujosamente vestidas , de hogar en hogar , de castillo en castillo , de córte en córte , haciéndolas admirar siempre pero sin prostituir las nunca ; gracias á la poesía que las ha dado un techo bajo el cual abrigarse y un manto con que cubrir su desnudez y que las ha alimentado y nutrido sin permitir que se revolcaran por el fango y que se perdieran para siempre en el cieno del olvido.

Por esto , pues , señores , voy á contar esta tradicion que se nos ofrece , aunque rechazada por la historia , recogida por la poesía , y que nuestras crónicas se han ido legando unas á otras marcándola cada una con el sello respetable y venerado de cada siglo.

He aquí , señores , cual es esta leyenda.

Mas allá de Caldes de Monbuy , la célebre villa de las aguas termales , entre el pueblo de San Felio de Codinas que asoma en lo alto de una plata-forma pareciéndose su grupo de dispersas y rojizas casas á un puñado de dados arrojados sobre un tablero , y San Miguel del Fay , la peregrina cascada que eternamente libra á los vientos de la montaña para que jueguen sin descanso con ella su ondulante cabellera de plata , se abre la boca de una cueva que mas de una vez he tenido yo mismo ocasion de visitar en mis escursiones , y que es conocida en el pais con el nombre de *la cueva del conde*.

Los montañeses cuentan á cualquiera que oirla desee la lamentable historia que en un dia de luto para Cataluña dejó tal nombre á la cueva.

992 Corria el año 992. Cinco habian pasado desde la reconquista de Barcelona por Borrell II y sus esforzados hombres de *Paradge*. Los árabes que no podian sufrir que tan presto y por tan pocos hombres se les hubiese robado una ciudad que para ganar habian tenido que reunir tantas fuerzas y verter tanta sangre, decidieron volver á emprender una escursion con el objeto de recobrarla. Armáronse diligentes, dispusiéronse á la empresa en el secreto del silencio y en el silencio de la trama, y un dia cayeron de improviso sobre la comarca catalana como una nube de langostas cae de repente sobre un campo.

El primer ímpetu de los sarracenos era irresistible. No habia muralla de hierro que resistiera á su primer ataque, como no hay dique que se oponga al primer impulso de un torrente desbordado.

Los moros, desenfrenados sibaritas en mal hora llegados de Oriente, audaces y lúbricos galanteadores, nacidos en sino fatal para España toda, habian visto á Barcelona y se habian enamorado de ella. Todo lo habian por lo tanto de intentar en su descompuesto apetito para cautivar á la belleza y halagar su coquetería haciéndola reina de un serrallo de ciudades.

Los moros, pues, abrigando esta intencion y deseando resueltamente llevarla á cabo, entraron con grueso y crecido ejército de caballería y de infantería saqueando, asolando y destruyendo los lugares, villas, aldeas y caseríos circunvecinos, talando los campos y asesinando á los moradores, sin perdonar, como dice el cronista, piante ni mamante.

Supo el conde la nueva de la invasion, y como era todo un valiente y todo un héroe Borrell II *el desdichado*, salióse de su capital al frente de quinientos caballeros, los mas de ellos hombres de honor é ilustre sangre, que siguiendo valerosos á su príncipe se resolvieron á morir en la demanda ó á sacar de todo el condado de Barcelona á aquella estraña y bárbara gente.

Atrevida fué su empresa, osada su resolucion. Eimerudis, la segunda esposa que habia reemplazado junto á Borrell el amor de su primera mujer Lutgarda, vió partir á su conde y señor con lágrimas en los ojos y con el desconsuelo en el alma. Un funesto presentimiento le decia que no debia ya tornar á sus brazos aquel anciano guerrero de blanca barba pero de juvenil entusiasmo, honra y prez de Cataluña.

Partieron los quinientos caballeros siguiendo el pendon de las barras, vestidas las lucientes armaduras, templados los cortantes aceros, altas las lanzas, dejando flotar al aire sus divisas, banderolas y penachos. Todo el pueblo les acompañó con vítores hasta fuera de la ciudad, y las almenas se

cubrieron de damas que estuvieron agitando blancos lienzo hasta que una nube de polvo robó el ilustre escuadrón á los ojos de todos.

Aquel mismo día encontró Borrell á los moros en las llanuras del Valles. Era innumerable el ejército de los infieles. No había dos, ni cinco, ni diez árabes solo para cada cristiano: había cincuenta, había ciento para cada uno.

Decidió no obstante atacarlos. ¿Qué se hubiera dicho de él y de su valor si no lo hubiese hecho? Borrell estaba acostumbrado á avanzar siempre y á no retroceder nunca, y sus quinientos caballeros sabían bien lo que era el valor, pero desconocían el miedo. A mas, hay derrotas tan gloriosas como la mas brillante victoria. Borrell no lo ignoraba y estaba por lo mismo seguro de que, vencidos ó vencedores, se cubrirían de gloria.

Fué una temeridad el atacar á los moros, pero hay temeridades que honran.

Envueltos entre una nube de enemigos, perdido aquel grupo de cristianos entre un mar de infieles, en vano fué que luchasen con la desesperación del valor y con la heroicidad de la cólera. Fueron arrollados, fueron vencidos, y los pocos que no sucumbieron, arrastrando á su conde y señor, que á toda costa querían salvar, se partieron hácia los montes de Caldes, cerrado como estaba el paso á la ciudad por los moros, y se refugiaron en una cueva que abría su boca al pié de un castillo llamado de Gantha ó Gante recientemente destruido por los sarracenos.

Los árabes les siguieron afanosos como tigres tras de su presa. Habían tenido apenas tiempo de guarecerse en la cueva los cristianos y catalanes caballeros, cuando ya los enemigos se apiñaban á la puerta pugnando para entrar en ella. Trábase entonces un combate terrible y sangriento, combate mortífero y á todo trance; convirtiéndose aquel pedazo de terreno en un palanque, donde ya los catalanes no luchaban para vencer sino para vender caras sus vidas.

Caras las vendieron en efecto. Sin cuento fueron los moros que cayeron bajo la cortante espada ó la pesada hacha de armas y que rodaron despenados por las vertientes del monte.

Las hazañas que allí llevaron á cabo aquellos buenos caballeros, no fueron hazañas de hombres sino de gigantes. Dios con la palma del martirio y la posteridad con el lauro de los héroes han sabido premiarles.

Niuno quedó vivo en poder de los infieles. Todos supieron perecer como buenos y como honrados. Lo mismo el conde que sus compañeros,

dando que hacer mas á los enemigos para apoderarse de aquella cueva que para ganar una ciudad.

He aquí, señores, porque de entonces mas se ha llamado aquel sitio *la cueva del conde*.

Cuéntase á mas que ufanos los árabes por tal victoria, se acercaron triunfantes á las murallas de Barcelona, muda y aterrada con tan funesta noticia, y que cortando las cabezas á los quinientos cadáveres, las arrojaron una tras otra dentro Barcelona á favor de los ingenios y trabucos que entonces usaban para arrojar piedras.

Los habitantes vieron pues, llenos de dolor y espanto, entrar por encima de los muros las cabezas de aquellos esforzados varones que al ondear de los pañuelos, al tremolar de las bandas, al vitorear de la gente habian salido ginetes en lujosos caballos y vistiendo bruñidas armaduras, para marchar á la gloria. A la gloria habian ido en efecto. ¿La muerte de los guerreros no es casi siempre la gloria?...

En cuanto á la cabeza del conde Borrell, venerable como un santo recuerdo y de luenga y poblada barba blanca como la nieve del Mouseny, fué la última que entró en la ciudad atravesada por una ballesta. El lugar donde cayó llamóse en tiempos posteriores *lloc de la ballesta*, que se llama tambien en catalan *basseja*, cuya palabra corrompida y transformada en la de Basseya, ha acabado por último en llamarse *Basea*, que es el nombre actual de la calle que recuerda aquel sitio. Las demas cabezas cayeron todas en la plazuela de San Justo.

Este hecho sangriento infundió sin duda ánimos y dió mayores bríos á los de la ciudad para resistir al ímpetu sarraceno, pues, aun cuando lo contrario pretendan algunos, no consta que Barcelona volviese á caer segunda vez en poder de la desenfrenada morisma. Es de creer que los moros, viendo que la capital se resistia y viendo acaso que se armaban para acudir en su auxilio aquellos valientes hijos de las montañas que ya les hicieran probar un dia la fuerza de su brazo, es de creer, digo, que abandonaron su empresa y regresaron, mas bien que victoriosos, vencidos á sus hogares.

Así terminó, señores, su agitada vida el desdichado Borrell II. Su hijo y sucesor Borrell III ó Ramon I, que de ambos modos le conoce la historia, al recoger la herencia de gloria que su padre le legaba, recojió tambien su herencia de venganza.

A nuestra próxima leccion dejamos el encargo de decirnos de que modo

vengó á su padre, y de que modo tomó cuenta de los desmanes de los moros, llevando vencedor el pendon de las barras hasta el pié de la orgullosa Córdoba, en cambio de haber llevado Almanzor triunfante la enseña del profeta hasta los muros de la noble Barcelona.

LECCION XII.

BORRELL III.—BERENGUER RAMON *el Curvo*.— RAMON BERENGUER *el Viejo*.

Espedicion á Córdoba. — El año de los francos. — Victorias contra moros. — Ensanche de fronteras. — Pujanza y esplendor de Cataluña.

SEÑORES:

992 Si en nuestra leccion anterior dibujamos con todos los colores que hallar pudimos en nuestra pobre paleta la figura poética y caballeresca de Borrell II, hoy nos toca dibujar con no menos esplendidez y no menos lujo la arrogante y apuesta figura de su sucesor Borrell III. Próximo estaba á espirar el siglo X, cuando este nuevo Borrell subió al trono de sus padres con ánimo varonil y con sobrado esfuerzo, si con edad y experiencia poca, pues que apenas habia visto cruzar raudos y leves por delante de sus ojos veinte floridos abriles.

Preciso me es, señores, hacer aquí para mejor comprension una ligera salvedad.

No todas las crónicas conocen á este sexto conde soberano con el nombre de Borrell. Muchas son las que le llaman Ramon I, pues que parece se llamaba Borrell Ramon. Sin embargo, para no confundirnos, continuaremos conociéndole por Borrell III, siguiendo en esto al doctor Pujades y al eru-

dito D. Próspero de Bofarull, dos autoridades de saber y de valía tratándose de Cataluña.

Antes de ocupar el s6lio que la muerte de su padre dejaba vacante, Borrell III habia ya casado con Ermesindis hija del noble Rogerio I, conde de Cosserans y Carcasona, mujer de singular hermosura pero de 6nimo resuelto, 6 la cual hemos de ver figurar por largo espacio en la c6rte de Barcelona ya sosteniendo con mano varonil el cetro durante la ausencia de su esposo, ya cabalgando 6 su lado en la guerra, ya al frente del estado durante la menor edad de su hijo, ya al frente de cortesanas y palaciegas intrigas durante el mando de su nieto.

En bien deplorable situacion debió de encontrar Borrell III el condado que acababa de sufrir el azote de las recientes invasiones musulmicas, pues que le vemos, segun las escrituras, dedicarse 6 la reedificacion de Barcelona que comenzaba apenas 6 renacer de entre sus cenizas y escombros. No pudo empero el j6ven conde consagrar 6 ello sus cuidados todos. El clarin de la guerra, incansable en aquellos tiempos, volvi6 de nuevo 6 despertar el eco de valles y monta6as.

Otra vez apareci6 Almanzor, otra vez asom6 en Cataluña el 6rabe orgulloso cuya venturosa estrella brillaba aun en el zenit, aunque caminando h6cia su ocaso.

Borrell III se dispuso 6 recibirle, y si el caudillo moro ansiaba vengar la afrenta de la anterior retirada, el cristiano conde deseaba vengar la muerte de su padre.

Almanzor avanz6 como la vez primera saqueando, incendiando y asolando, dejando al Vallés envuelto en un cintur6n de llamas y al Panadés convertido en un lago de sangre. Muchos historiadores callan la resistencia de Borrell y de su hermano Armengol conde de Urgel, pero ah6 estan, se6ores, nuestros cronistas para decirnos si fué el terreno defendido palmo 6 palmo y con valor y con esfuerzo. Almanzor, vencido por los dos condes catalanes, 6 quien los libros 6rabes hacen la justicia de llamar *caudillos esforzados*, Almanzor tuvo que retirarse 6 buscar mas all6 de las fronteras una victoria que pudiese cubrir con sus lauros el rubor de su derrota.

Durante esta excursion y guerra, los catalanes pudieron ver que tenian en su conde un h6roe y un padre. Con el mismo 6nimo activo y la misma decision y celo con que le vieron acudir 6 la defensa y ensanche de sus fronteras, le vieron tambien proveer con tino y acierto 6 la organizacion de sus estados, y con la misma mano que manejaba la lanza contra los infieles, le vieron verter el b6lsamo sobre las heridas de la capital de su condado.

El riesgo sin embargo que de continuo corrian sus fronteras y la idea acaso de pedir al Papa Gregorio V algunos auxilios para contener la furia del terrible y soberbio Almanzor, llevó al conde Borrell III á Roma en compañía de Arnulfo obispo de Vich. Qué conferencias tratos ó pactos tuviera y firmara con el Sumo Pontífice es lo que se ignora. Lo único que se sabe es su viaje á la metrópoli del cristiano imperio.

A su regreso á Barcelona, como si su ida á Roma hubiese motivado las preces de la Santa Sede y las preces de la Santa Sede evocado la cólera divina, Borrell tuvo noticia de la muerte de Almanzor. Los leoneses, los castellanos y los navarros se habian coligado, como una turba de cazadores que se dan cita para cazar á un tigre, y el caudillo árabe habia caído en la jornada de Calatañazor, funestamente memorable en la historia de
1001 los sarracenos.

El tigre pues habia muerto, pero le quedaba un cachorro.

Su hijo Abdelmelic quiso continuar la brillante carrera de su padre y hacer su nombre poderoso y temido á fuerza de expediciones como aquellas tan afortunadas y felices que habian valido á Almanzor el apodo de rayo en las batallas. Como su padre, volvió sus ojos hácia Cataluña y hácia el condado de Barcelona, joya de gran valía segun lo que era de los árabes codiciada, y lanzó contra nuestro territorio sus poderosos ejércitos que vinieron á estrellarse en el muro de lanzas colocado por Borrell y Armengol bajo los torreones de Albesa en el Urgel. ¿Y qué mucho, señores, que
1003 aquel numeroso ejército moro se desbandara al chocar con Borrell y con Armengol, como un puñado de plumas que dispersa el viento, si estaban los dos condes catalanes acostumbrados á hacer frente y á vencer al irresistible Almanzor?...

Abdelmelic tuvo que retroceder vencido, y aunque no es esta la última vez, señores, que vemos á los moros pisar en accion ofensiva el territorio catalan, sin embargo, los destinos iban á trocarse. De ofendidos iban nuestros condes á pasar á ofensores, y el pendon de las barras que habia tenido que inclinarse una vez ante el oriflama de Mahoma, iba de entonces mas á brillar muy alto ondeando inmarcesible y majestuoso entre una auréola de gloria.

Indispensable nos es arrojar ahora una mirada, si bien sea de águila, al estado que ofrecian las cosas en el árabe imperio.

La muerte de Almanzor habia sido la señal de una gran catástrofe. Muerto el caudillo poderoso, el árabe imperio empezó á derrocarse como le

1008 sucede á una bóveda al hallarse falta de uno de sus puntos de apoyo. Ocho años despues del fallecimiento de Almanzor, moría envenenado en Córdoba su hijo *Abdelmelic*, y entraba á ocupar el cargo de *Hagib* ó primer ministro el segundo hijo de aquel gefe, llamado Abderramen. Pocas veces habian visto los árabes en el poder á un hombre mas inhábil, mas inútil, mas amigo de orgías y mas dado á galanterías y devaneos. Abderramen, abusando de la debilidad del príncipe, se hizo nombrar su sucesor en el trono, y esta desmedida ambicion dió motivo á las sangrientas guerras de Mohamad y de Soliman que hicieron retemblar el emirato de Córdoba con el choque de sus enemigas armas.

Mohamad, cuyo partido era numeroso, consiguió el primero apoderarse de Córdoba y sentarse en el trono haciendo alfombra de sus plantas el cadáver de Abderramen, que mandara crucificar, pero Soliman aliándose con el conde de Castilla no le dejó empuñar por mucho tiempo el cetro, y derrotando su ejército ciñó á su vez á sus sienes la codiciada corona. Mohamad vencido, pero no domeñado, acudió á las lanzas de los condes de Barcelona y de Urgel para que le prestaran el apoyo que á su rival los castellanos. No en valde reclamó su auxilio. Caballeros y leales, como fieles enemigos que eran, los dos condes hermanos, que iban á la sazón recorriendo hácia las márgenes del Segre y el campo de Tarragona lo que arrebatado les habian las invasiones de Almanzor y de Abdelmelic, suspendieron su tarea y llamaron á las armas.

Así es como tuvo origen esa arriesgada expedicion de los catalanes á Córdoba que, segun sientan todos los historiadores, pone sin disputa á nuestro invicto conde D. Ramon Borrell III al nivel de los primeros capitanes de su siglo.

Corta fué la hueste expedicionaria, pero escogida; escasa en número, pero en valor sin cuento. Nueve mil combatientes la componian, y no ondeaban solo á su cabeza los pendones de los condes de Urgel y de Barcelona, sino que tremolaban tambien entre las lanzas las señeras de los obispos de Barcelona, de Vich, de Urgel y de Gerona. Los principales nobles catalanes quisieron formar parte de la expedicion, y aquella generosa cruzada de sacerdotes y guerreros marchó triunfante á reflejar sus armas en la pura lámina del Guadalquivir, así como un dia habian venido las huestes de Almanzor á reflejar las suyas en la rápida corriente del Llobregat.

El militar estruendo despertó los ecos de aquellas fértiles campiñas, y permitiendo Dios que ya los castellanos, desconfiados de Soliman, hubie-

sen regresado á sus hogares, Borrell se encontró cara á cara con todo el poder de los infieles congregado bajo los muros de Córdoba. Trabóse la batalla así que se hubieron avistado los dos ejércitos. •

Cuenta la crónica que Borrell animaba á los catalanes con su ejemplo y presentándose siempre allí donde juzgaba que era mayor el peligro, mientras que Armengol el de Urjel, montado en un caballo blanco que bebia el viento, recorría las filas de los suyos invitándoles á pelear sin descanso por la fé de Cristo y la memoria de los daños recibidos en su pais natal.

Largo rato hacia ¡ya que duraba la refriega, cuando Soliman que presenciaba el combate á cubierto y desde una altura, siguiéndole con el interés que es de suponer en quien en aquel combate cifraba el porvenir de su trono, vió flaquear el ala derecha de los moros ante el ataque irresistible de un grupo de catalanes guiados por Armengol que tremolaba en alto el pendon de Urjel, y Oton el obispo de Gerona que con la mano izquierda sostenia un crucifijo mientras que su diestra lempuñaba una espada. A tal vista, lleno de coraje y rabia, dió el rey de Córdoba de espuelas á su caballo, y lanzándose hácia los fugitivos les hizo volver atrás, mientras que él adelantándose empezó á decir á grandes voces que si habia algun rey entre los cristianos, saliese al campo á combatir con él.

Oyóle el buen caballero Armengol, y picando su caballo adelantóse á su vez hácia Soliman diciéndole que él era conde é hijo de conde y hermano del de Barcelona, que era lo mismo que ser rey, y que estaba dispuesto á pelear con él. Aceptó el moro lo que el conde Armengol le ofrecia, y salidos al campo los dos, del primer encuentro quedaron ambos á dos pasados sus cuerpos con las lanzas, cayendo muertos en tierra.

Entonces fué cuando la batalla creció de punto y renovóse con mayor furia la pelea sobre los sangrientos despojos de los dos paladines. La victoria, indecisa por largo rato, acabó por fin de decidirse en favor de las banderas catalanas, y hollando cadáveres moros, Borrell III llegó triunfante hasta Córdoba, que á él le abrió sus puertas y á su protegido Mohamad las del mando. Al valor de los catalanes debió este el trono, al valor de los catalanes, sí, que hubieron de dejar en Andalucía un recuerdo tan terrible de su tránsito, que aquel año fué consignado en la historia arábica con el nombre de *el año de los francos*. •

Tuvo lugar, señores, esta jornada que fué llamada batalla de Acbatal-
1009 bacar por el sitio en que se efectuó, el 21 de junio del año 1009.

Jornada fué feliz y triste á un mismo tiempo. Feliz porque el valor cata-

lan pudo brillar en toda su grandeza y el lauro de la victoria ornó las sienes de los guerreros de Borrell; triste porque los cristianos compraron sus laureles á costa de una bien preciosa sangre ciertamente. Al volver de aquella expedicion tan heróica como sangrienta, los bravos y robustos montañeses regresaron á sus hogares llevando en hombros el cádaver de Armengol conde de Urgel que tan valientemente habia combatido y tan dignamente habia muerto, mientras que las campanas de Barcelona, de Vich, de Urgel y de Gerona, sacudian sobre las llorosas ciudades sus fúnebres tañidos convidando á rezar por el eterno descanso de sus obispos Aecio, Arnulfo, Berenguer y Oton que habian perecido tambien en la batalla.

Vuelto á su capital, Ramon Borrell, á quien la historia no ha dado nombre y á quien bien hubiera podido dar el de *esforzado* por su gloriosa expedicion, se dedicó al cuidado de su reino y volvió á emprender la noble tarea en que le habian hallado ocupado los mensajeros de Mohamad cuando vinieran á reclamar el esfuerzo de su brazo. Tomando de nuevo la ofensiva, que como hemos dicho, señores, ya rarísima vez habia de abandonar la casa de Barcelona, redobló sus ataques contra las fronteras, reuniendo en torno suyo para estas escursiones á sus obispos, sus abades, sus vizcondes, sus caballeros y todos los hombres de armas y repartiendo denodados alcaides por los castillos y las tierras que hácia el Segre y el Ebro conquistaba.

En tal ocupacion le halló la muerte á 25 de febrero de 1018, y Ramon Borrell, el noble vencedor del terrible Almanzor, pudo bajar al sepulcro seguro de que gracias á lo que habia adelantado y fortificado sus fronteras, ya no seria fácil que sus sucesores estuviesen espuestos á las sangrientas invasiones que habian amargado el reinado de su padre y los comienzos del suyo propio.

1018 Sucedió á Borrell III su hijo Berenguer Ramon I que fué quien empezó en el trono condal de Barcelona esa época floreciente de los Berenguers, ese período ilustre de nuestra historia que es un conjunto de bellas y memorables acciones.

Berenguer Ramon I no es una figura caballeresca y guerrera como la de su padre y abuelo; poco inclinado á la guerra, ansiaba solo estender por sus dominios los beneficios de la paz, y ya que no el Cesar, queria ser el Augusto de su pueblo. La historia conoce á este noble conde con el sobrenombre de el *Curvo*, que le ocasionó quizá algun defecto natural desconocido de nosotros, pero, como muy acertadamente dice un ilustre escritor, cum-

pliera á Barcelona llamarle *el liberal*, pues que á él debieron en 1025 los moradores de este condado la primera confirmacion histórica de todas sus franquicias y de la libertad de sus propiedades.

No falta quien ha querido herir la memoria de este conde tratándole de una manera vergonzosa y diciendo que fué inhábil para el trono é inepto para el mando. No lo prueban así las crónicas, ni es este el resultado que arrojan de sí las escrituras concernientes á la época. « Es muy cierto que su espada no trazó á los catalanes una série de triunfos como hicieran sus antepasados, pero tambien es cierto que su justicia y su consejo comenzaron á dar asiento y forma á lo que sus mayores le habian transmitido despedazado por tantos vaivenes, é hicieron que en sus estados fuese atendida y se sintiera la fuerza blanda de la ley (1). » El señor D. Próspero de Bofarull en su magnífica obra sobre los condes barceloneses, ha vindicado completamente la memoria de este soberano.

Berenguer Ramon I despues de haber estado algun tiempo bajo la tutela de su madre Ermesindis, cuya ambicion empezaba á no encontrar ya ningunos límites, casó de primeras nupcias con Doña Sancha hija del conde de Gascuña y de segundas con Doña Guisla ó Guilia hija del quinto conde de Ampurias, y despues de haber tenido numerosa prole de sus dos consortes, bajó en paz al sepulcro á 26 de mayo de 1035 cuando apenas rayaba en los treinta años de su edad.

1035 Acababa de desaparecer del trono Berenguer Ramon *el Curvo*, cuando, niño en edad pero en pensar gigante, ocupó su puesto su primogénito Ramon Berenguer á quien habia de recompensar la posteridad con el sobrenombre de *viejo*. Fecunda en acontecimientos es la historia de su reinado. Con su padre habia podido nacer el nombre, pero con él nació el astro de los Berenguers.

Al sentarse Ramon Berenguer en el trono condal mostró una resolucion y firmeza tal, un juicio tan preclaro y prendas tan notables, que mereció ser llamado *puer egregiæ indolis*, jóven de indole egregia, por sus contemporáneos. Pasearemos nuestra mirada imparcial por el reinado de este invicto conde para poder juzgarle.

Por de pronto tropezamos de nuevo con la condesa viuda Ermesindis, su abuela, que con su desmesurada sed de mando intentó amargar tambien los primeros años de un reinado que bajo tan bellos y brillantes auspicios co-

(1) Piferrer.

menzaba. Todos sus manejos palaciegos, todas sus ambiciosas intrigas se estrellaron empero en Ramon Berenguer I, que dotado de un ánimo resuelto empezó á hacerse fuerte con la alianza de los primeros señores de Cataluña y con los homenajes que la mayor parte de los nobles le prestaron comprometiéndose con juramento espreso á no ausiliar á su abuela. Esta luchó largo tiempo en el interior del palacio condal, pero si indomable era su carácter, indomable era tambien el de Ramon Berenguer. Impotente pues para doblegar el ánimo resuelto y torcer la firme voluntad de su nieto, tuvo por fin que venir á pactos, y vendió al conde de Barcelona todos sus derechos á los condados de Gerona, Barcelona, Vich y Manresa por mil onzas de oro ó sean cien mil sueldos barceloneses, «precio harto miserable para el valor de sus demandas, testimonio clarísimo de la sinrazon con que las hacia (1).»

Mientras que así reprimia el jóven conde y frustraba los proyectos ambiciosos de su abuela, se dedicaba tambien á robustecer el imperio de la justicia en sus estados y á sentar sobre sólidos cimientos su propia autoridad. Del mismo modo que Ramon Berenguer se habia burlado de una escomunión que Ermesindis para aterrarle habia logrado hacer caer sobre su cabeza, del mismo modo despreciaba los conatos de rebelion y de independencia á que se entregaban algunos mal aconsejados señores. Acudió con mano fuerte á reprimir estas tentativas y entonces los feudos se renovaron, los principales barones tuvieron que rendirle homenaje, y de todos exigió y alcanzó juramento de lealtad y ayuda. Una familia habia que descollaba la primera de todas, que se consideraba igual á la del mismo conde, y que se mantenía en pié con desden en las primeras gradas del trono, mostrando que sí á él no atentaba, era, no porque á ello no tuviere derecho, sino porque no queria tomarse este trabajo. Era esta orgullosa familia la de los vizcondes de Barcelona, dignidad que al decir de los cronistas habia comenzado con Bara el primer conde gobernador puesto en la capital del condado por Ludovico Pio.

El poder nivelador de Ramon Berenguer no respetó tampoco esta familia. Los vizcondes, caidos del pedestal de su soberbia y de su orgullo, tuvieron que prestar homenaje y juramento de fidelidad al conde de Barcelona, lo mismo que si hubiesen sido unos oscuros y desconocidos barones.

Ramon Berenguer compartia las tareas y las fatigas del mando con las

(1) Piferrer.

empresas santas y las ideas religiosas , y dedicó por lo mismo sus particulares cuidados á la restauracion y acrecentamiento del hospital de Santa Eulalia situado en la bajada de la *Canonja*, junto al mismo recinto del palacio condal , y al progreso de la nueva fábrica de la catedral de Barcelona que sustituyó á la antigua destrozada basilica. Así es como el conde seguia la obra comenzada por su padre Ramon *el Curvo* , y así es como bien puede decirse , señores , que el reinado de Ramon Berenguer fué un verdadero reinado de dicha y de felicidad para los catalanes.

A los once años de su próspero reinado , Ramon Berenguer I contaba ya con doce reyes moros feudatarios , y desembarazado de cuidados domésticos y afianzada su autoridad , pudo darse por entero á la guerra contra los árabes , no haciendo en ello mas que cumplir con el legado de sus padres que habian comenzado esa gran lucha de la restauracion que tantos nombres debia inmortalizar y consignar tantas hazañas.

Renovando por de pronto la liga que un dia formara su esclarecido abuelo para su gloriosa expedicion , juntó tambien Ramon Berenguer sus armas con las de otro Armengol de Urjel y unidos hollaron con sus huestes hermanas las tierras sarracenas , llegando triunfantes hasta el pié mismo de los muros de Zaragoza desde cuyas almenas aterrado les contemplaba el Wali Alchagib. Con esta expedicion no menos digna y no menos heroica que la de su abuelo , ensanchó nuestro conde los límites de sus estados por la parte de Lérida , de Tortosa y de Tarragona , haciendo tributarios á muchos caudillos árabes y venciendoles á otros en campal batalla.

Ramon Berenguer , bien lo vemos , señores , hermanaba las empresas militares con las tareas del legislador. Era valiente en el campo , prudente en el consejo , impetuoso en el combate , previsor en la asamblea.

En su tiempo la iglesia se veia molestada por una plaga de abusos y de males que la perjudicaban en gran modo. Así es que , piadoso y justo el conde , suplicó al Papa Alejandro I. que enviase á sus tierras un legado
1068 para celebrar un concilio , el cual se congregó en Gerona el año de 1068 , presidido por el cardenal Hugo Cándido y con asistencia del conde y de su segunda esposa Doña Almodis.

Este concilio remedió los males que aquejaban á la iglesia dictando severas disposiciones , mas el conde procuró que las relaciones benéficas de esta asamblea tambien alcanzaran á los negocios seculares , por lo cual llamando á todos los condes y barones de Cataluña , se confirmó la paz y tregua de Dios , esa legislacion singular tan célebre en la historia de la

Europa cristiana, cuyas principales armas eran las excomuniones, y que tan buenos resultados debia indudablemente obtener en la marcha del progreso social.

Acaso fué, señores, esta reunion la que hizo nacer en los barones la idea de otra mas importante para la legislacion catalana. En efecto, no tardamos en ver al conde congregar en su palacio de Barcelona á los principales miembros de la catalana nobleza y proponerles el plan de una verdadera legislacion. Muchas leyes del fuero juzgo subsistian aun, otras habian por el contrario caido en desuso, algunas no remediaban con la eficacia que era menester los abusos, y por fin los usos de los nuevos pueblos habian arraigado ciertas costumbres que poco á poco habian ido teniendo fuerza de ley.

D. Ramon Berenguer comprendió que seria un gran trabajo y una noble tarea hacer brotar una especie de código de todo aquel caos de leyes, código que atemperara las unas, robusteciera las otras y creara muchas nuevas, segun nuevas costumbres lo reclamaban. Por esto fué que congregó á sus barones y compiló con su auxilio el código llamado *Usatges*, quedándole la gloria de dar el primero á la Europa el ejemplo de semejante compilacion.

Los nobles legisladores fueron, con el conde y su esposa Doña Almodis, á la que los mismos *Usatges* llaman prudentísima, Ramon Folch vizconde de Cardona, Pons ó Ponce vizconde de Gerona, Uzalardo vizconde de Bas. Gombal de Besora, Miron Gilabert, Alemany de Cervelló, Bernardo Amat de Claramunt vizconde de Tarragona, Ramon de Moncada, Amat Eneas, Guillermo Bernardo de Queralt, Arnaldo Miron de Sanmartí, Hugo Dalmau de Cervera, Guillen Dapifer, Gaufredo Bastons, Renardo Guillermo, Gilaberto Guitart, Umberto de Sesagudas, Guillermo March, Bonifacio March, y Guillermo Borrell juez de la corte.

Despues de sus trabajos legislativos, el conde volvió á sus tareas militares. Brindóle con su amistad el moro de Sevilla, asentándose una tregua duradera entre la casa condal y la del emir de Sevilla, y pasando los Pirineos trató de aumentar sus posesiones con todas las que le pertenecian de derecho por herencia de su abuela Ermesindis hija de los condes de Carcasona. Venció entonces Ramon Berenguer I en campal batalla á los condes de Foix, de Bigorra y de Tolosa, hizo rendir tributo y vasallaje por los vizcondes de Narbona, del Bearn y de Carcasona, y ya por los años de 1070 vemos desaparecer los Pirineos para Cataluña. Los pingües estados

de Carcasona, Razes, Tolosa, Narbona, Minerva, Coserans, Cominjes, Conflent y otros de allende las montañas, fueron desde aquel momento posesiones de la casa condal de Barcelona, y la cordillera de los Pirineos dejó de ser una muralla que separaba dos naciones.

Tal fué el último memorable acontecimiento del reinado de Ramon Berenguer I que no tardó en bajar al sepulcro llorado de sus vasallos y respetado de la posteridad que le ha dado los nombres de *augusto*, de *glorioso*, de *muro del pueblo cristiano*, de *Poderador de Spanya*, y sobre todo el de *viejo* que no debe ciertamente á su edad avanzada, pues que tenia apenas cincuenta años cuando falleció, sino á su magnanimidad, á su prudencia y á su sensatez y cordura en todos los actos de su vida.

Delineada ya la figura de Ramon Berenguer, cumple á nuestro propósito detenernos aquí por el momento.

Hoy, señores, hemos empezado esa hermosa época de los Berenguers, esa época de pura y legítima gloria para Cataluña. En nuestra próxima lección la continuaremos y si hoy ha sido solo nuestra misión la de consignar hechos gloriosos, no prestándonos asunto para embellecerlos la aridez propia de la historia y la carencia absoluta de dramáticos-poéticos episodios, en nuestra próxima lección ya será al contrario, pues que entraremos de lleno en la época de la caballería, la caballería hija, casi puede así decirse, de la Tregua de Dios que hemos citado, la caballería institución tan original como esencialmente moralizadora que, rompiendo la uniformidad de la ociosa vida de los nobles, les impuso deberes que cumplir, atenciones sagradas á que consagrarse, y empresas loables que llevar á cabo.

De paso pues que en nuestras inmediatas lecciones narraremos todo lo concerniente á los invictos Berenguers, veremos lo que influyeron en la moralización y en el adelanto del siglo las ideas caballerescas, bajo cuyo reinado y bajo cuya inspiración gobernaron nuestros Berenguers, y así como en lecciones anteriores y acaso no apartadas de la memoria de los que me honran, tan inmerecidamente por mi parte, con su asistencia, hemos mostrado la influencia de las cristianas ideas, tócanos ahora probar la de las ideas caballerescas y hacer constar notoria y patentemente que si es cierto, como ha dicho no recuerdo quien en este momento, señores, que entonces la sociedad navegaba por un mar tempestuoso, también es cierto que tenia un camino, una brújula y un piloto. Y este camino era el que conducía á la libertad, esta brújula era la fé, y este piloto, señores, este piloto era Dios.

LECCION XIII.

EL FRATRICIDIO.

Asesinato de Doña Almodis.—Españación del asesino.—Los dos condes hermanos.—La partida de caza.—Asesinato de Ramon Berenguer II.—El halcón.—Cain, donde está tu hermano Abel?—El vizconde de Cardona.—El juicio de Dios.

SEÑORES :

Nuestra lección anterior abrazó un período, aunque corto, rico en gloria. Dedicamos gran parte de ella á Ramon Berenguer I *el Viejo*, invicto conde catalán de quien por mucho que dijéramos sería siempre poco.

En efecto, señores, al desaparecer Berenguer *el Viejo* de la escena política, desapareció con la gloria indisputable de haber ya hecho que fuera un gran estado el que pequeño y hasta cierto punto raquítico le habían legado sus antecesores. Por esto se ha dicho con justicia que Wifredo *el Velloso* había, es verdad, erijido el condado independiente de Barcelona, pero que sin embargo Ramon Berenguer I, afirmando sobre sólidas bases el edificio bamboleante de sus abuelos, fué propiamente el fundador de aquella raza ilustre de soberanos condes de la que salieron los reyes de Aragón, estos escelsos conquistadores de Mallorca, Valencia, Nápoles y Sicilia.

La estension de los estados que dejó á su muerte es muy importante y dice mucho en su favor para que pudiera permitirme pasar por alto, ya que

no sea mas que una simple indicacion. Sus hijos, pues, recibieron de su mano no solo la ciudad de Barcelona, las de Gerona y Vich con todos sus condados anexos y dependencias, sino tambien los condados de Carcasona y Rodes y los territorios que poseia en los condados de Tolosa, de Foix, Narbona, Minerva y demas regiones ultramontanas. Al paso que sus expediciones al interior de España habian hecho terrible y temido el nombre de conde de Barcelona, haciendo que le rindieran parias y le prestaran vasa-llaje los wales de los vecinos reinos, habia conseguido la completa sumision de los condes de Besalú y Cerdaña, que podian ya mirarse como feudatarios de la casa barcelonesa; y mientras que una serie no interrumpida de castillos y fortalezas tremolaban en muestra de sumision su señorial bandera desde el Segre y campiña de Lérida hasta Tarragona, cercanías de Tortosa y riberas del Ebro, otra línea de pueblos le aclamaban por señor y conde desde Urgel hasta Monzon.

Tal fué, señores, la tarea de D. Ramon Berenguer I, tarea grande y noble, tarea gloriosa y digna. ¡Ojalá que este invicto conde tan escelso y tan ilustre en su vida pública, no hubiese tenido que deplorar cruentos y amargos sinsabores en su vida privada!

Pero así son las cosas de este mundo, señores. Tales son desgraciadamente los destinos humanos. Siempre hallamos junto á la felicidad la desdicha; tanta verdad es que los extremos se tocan. El dolor es inseparable de la gloria como las espinas de la rosa. Si hojeamos las crónicas particulares, veremos á Ramon Berenguer sufrir como hijo, sufrir como esposo, sufrir como padre, las tres mas terribles clases de sufrimiento que conocerse puedan, los tres azotes de hierro con que la mano oculta del destino se complace en castigar al hombre. Berenguer el grande, el pio, el magnánimo, el que la historia y la posteridad por su sensatez y prudencia han llamado *el Viejo*, tuvo que llorar á menudo como un niño, vió brotar lágrimas de sangre de sus ojos, retorcióse como un esclavo bajo el látigo de su desgracia, y en valde trató de huir á la amargura que desgarraba su corazon, como en vano huia Prometeo del buitre que le devoraba las entrañas. Y es que Ramon Berenguer, señores, despues de haber tenido que luchar largo tiempo con Ermesindis que le representaba en la tierra á sus padres, despues de haber tenido que rebelarse contra su yugo; como si la envidia hubiese querido vengarse de su gloria, tuvo que sufrir la mayor desventura que sufrir puede el corazon de un esposo y de un padre.

Una noche, señores, una cruda noche del noviembre de 1071, los cen-

linetas del palacio condal, á estar atentos y vigilantes, hubieran visto deslizarse una sombra á lo largo de los oscuros corredores. Todo dormía en la ciudad y en el palacio; solo velaba el silencio, solo estaba despierto el crimen. La sombra que se deslizara por los desiertos corredores del palacio de Barcelona, era un hombre, este hombre era Pedro Ramon, y Pedro Ramon era, señores, el primogénito del conde, su hijo mayor, heredero del trono, y habido de su primera y ya difunta esposa Doña Isabel.

Un grito interrumpió de pronto el silencio de la noche, grito desgarrador y terrible que partía de la cámara de la condesa Doña Almodis, la tercera esposa del conde. Sobresaltada la servidumbre, despertó azorada y acudió rápidamente al punto de donde saliera aquel acento de dolor. Los que mas diligentes fueron pudieron ver á un hombre que tratando en vano de recatarse huía, puñal en mano, de la habitacion de la condesa, pero en lugar de detenerle en su fuga, le abrieron respetuosamente paso por el contrario. Al penetrar en la cámara hallaron á Doña Almodis tendida cadáver sobre el lecho: dos puñaladas la habian herido en mitad del corazon.

En cuanto al asesino, era el que huía; era, señores, el mismo primogénito del conde, era Pedro Ramon.

¿Qué es lo que en el alma del heredero del trono pudo ser causa de que brotara un odio tan profundo y tan terrible contra su madrastra? Qué es lo que pudo inducirle á tal crimen? Qué rencor, qué venganza, qué mal pensamiento armó su mano criminal con el arma de los parricidas? Habia hecho Doña Almodis un vano alarde de hacer pasar el condado á sus propios hijos, en menoscabo de los derechos de Pedro Ramon? Habia intentado desconceptuarle á los ojos de su propio padre, en cuyo animo parece que tenia grande influencia, haciendo que olvidara sus derechos de primogenitura?...

Esto es lo que no se sabe. Las causas que indujeron al crimen duermen en los secretos del pasado y en el seno de Dios, sin que hayan llegado hasta nosotros. El mismo atentado, señores, nos seria desconocido á no ser por un documento que una mano celosa (1) arrancó al polvo de los archivos, documento en el que el colegio de cardenales reunido por mandato de Gregorio VII condena al príncipe asesino á una ruda y terrible penitencia de veinte y cuatro años en espiacion de su crimen. •

Este es, señores, el horrendo suceso que hubo de llenar de amargura el

(1) D. Próspero de Bofarull.

corazon y de cubrir de luto la vida de Ramon Berenguer. Vióse obligado—terrible obligacion para un padre!— á desheredar y á maldecir á su hijo, que murió de dolor de desesperacion, de vergüenza y remordimiento, cumpliendo la peregrinacion á pies descalzos á Jerusalem que el pontífice y los cardenales le impusieran. Este tan cruel acontecimiento anticipó la muerte á Ramon Berenguer, que falleció, segun dijimos en nuestra leccion anterior, en mayo de 1076.

Su cadáver y el de su asesinada esposa Doña Almodis fueron depositados en la iglesia catedral, cuya reedificacion se les debia. Aun en el dia continúan allí sus restos en dos urnas enteramente iguales de madera, cubiertas de terciopelo carmesí con el escudo de armas de Cataluña.

1086 El conde al morir, estando ya desheredado el primogénito, legó sus estados á los dos hijos que de Doña Almodis tenia, Ramon Berenguer y Berenguer Ramon, pero esto sin dividir el poder condal, sin erejir dos soberanías, sin romper, digámoslo así, la unidad de su monarquía. Quiso solo, guiado por un noble pensamiento, ceñir dos cabezas con una sola corona y sentar á dos príncipes en una misma silla. Ay! ignoraba que no caben dos reyes en un trono y que una diadema es demasiado estrecha para ceñir dos frentes sin romperse!

Dos hombres pueden ser iguales en título, en poder y en grandeza, pero rara vez, ay! son iguales en corazon. De gallarda presencia y de gentil apostura era el mayor Ramon Berenguer. Una cabellera blonda caia en luegros rizos sobre sus hombros, mereciendo por ello que sus contemporáneos le dieran el nombre de *Cap de Estopes*, cabeza de estopa. Berenguer Ramon, al contrario de su hermano, era moreno, de frente pequeña y ceñuda, de ojos negros, de corto y encrespado cabello.

Como opuestos eran en figura, opuestos eran tambien en cualidades. Era el uno todo dulzura, todo suavidad, todo candor, todo franqueza, mientras que era el otro todo cálculo, todo impetuosidad, todo ambicion, y quizá tambien todo egoismo.

Al principio de su gobierno vióseles al parecer acordes en varios actos, pero no tardó en romperse la buena armonía que reinaba entre ellos, sobrevinieron querellas y divisiones, hubo necesidad de pactos y tratados, repartióse entre ambos el territorio, y por fin, para romper el lazo de la sangre como se habia roto el de la amistad, apeló al crimen Berenguer Ramon.

He aquí, señores, como sucedió el hecho.

Los muros de Gerona, de esa ciudad cien veces heroica, que tantos títulos

tiene á la fama y á la historia, vieron cierta mañana del diciembre de 1081 salir una numerosa comitiva de cazadores, mandada por los dos condes hermanos, que, ginetes en briosos caballos, iban á buscar en la diversion de la caza una tregua á los afanes y cuidados de su gobierno. Lucida era aquella reunion de caballeros que, llegados al punto donde debia empezar la cacería, dispersáronse para no cuidar sino de proporcionarse un rato de placer en aquella jornada.

Tiempo hacia ya que la caza habia empezado. El halcon de Ramon Berenguer habia hecho presa en dos alondras que el conde envió con su paje á Gerona para regalo de su esposa Mahalta que con su tierno hijo habia permanecido en el condal palacio.

Allá, cerca de mediodia, un caballero de la comitiva anunció á Ramon Berenguer que su hermano se habia retirado á la ciudad con varios de sus servidores, fatigado ya y cansado de tan larga caza. El conde, sin embargo, que era muy aficionado á este recreo, anunció que por su parte él no sentia ninguna fatiga, y que por lo mismo proseguiria aun la comenzada caceria.

Y dicho esto, viendo precisamente en aquel instante á un rápido jabalí cruzar el bosque, lanzó su caballo á escape saltando quebradas y torrentes en seguimiento de la fiera. No tardó en internarse en lo mas espeso y frágoso de la selva, y aunque entonces *Cap de Estopes* se halló completamente solo, no hizo mas que prestar atento oido para escuchar el ladrido de los perros y el son de las bocinas que debian orientarle.

El conde llegó á un punto del bosque en que se encontró el paso interrumpido por un estanque. Habia perdido las huellas del javalí. El viento silvaba de un modo lúgubre entre los árboles que agitaban su cabellera, y entonces parecióle que oia el cercano relincho de un caballo.

Volvióse, y al volverse, rompiéndose la cadena con que estaba sujeto su azor, este voló á posarse sobre un cercano varal.

1081 Ramon Berenguer vió venir hácia él á un caballero velado el rostro y lanza en ristre. Sorprendido, iba á abrir sus labios para preguntarle al incógnito quien era, pero ya en aquel momento la lanza del felon y desconocido paladin se habia hundido en su costado, y el conde cayó del caballo revolcándose en su sangre.

Apeóse entonces el asesino y, habiéndesele caido el antifaz, el conde antes de espirar pudo conocer á su hermano.

—El agua no conserva las huellas!—se dijo á sí mismo el fratricida Berenguer Ramon.

Y cargándose en hombros el cadáver de su hermano, se acercó al estanque y lo arrojó al agua. En seguida volvió á montar á caballo y partió á todo escape, pareciéndole haber oído rumor en una vecina enramada.

En efecto, aun no habia desaparecido á lo lejos el asesino, cuando abriéndose las ramas dieron paso á un caballero que lanzó un grito al ver á un ginete que huía y al hallarse con un charco de sangre á sus pies.

El que acababa de penetrar en el teatro del crimen, demasiado tarde para que este se consumara, era un noble catalan que formaba parte de la comitiva de los cazadores, era Ramon Folch, vizconde de Cardona.

Al instante aplicó la bocina á sus labios y empezó á hacer resonar la selva con seguidos y agoreros toques. No tardó, guiada por ellos, en precipitarse hácia aquel sitio la comitiva.

Entonces vióse el halcon, que hasta allí habia permanecido posado en el varal, abandonar su sitio y empezar á describir anchos círculos revoloteando por encima del estanque, al mismo tiempo que con sus agudos y dolientes chillidos anunciaba que habia sido testigo del crimen. Al ver lo que parecia indicar aquella fiel ave, mandó el vizconde de Cardona registrar el fondo del agua, y no tardó en encontrarse el cadáver del conde Ramon Berenguer.

Grande fué el asombro de todos y hasta el del mismo vizconde Folch, que aunque no dudaba que allí se habia cometido un crimen, estaba bien lejos de sospechar que la víctima fuera su señor y soberano.

Desde aquel dia el estanque fué llamado *gorck del compte* ó lago del conde, y el varal *varal del astor* ó del halcon. Aun continúan llamandose así, señores, estos dos sitios que se hallan entre las villas de San Celoni y Hostalrich, camino de Gerona.

Sacaron los servidores el cuerpo inanimado de su señor, dieron los caballeros sus mejores capas para envolverle, y entre lágrimas y sollozos emprendió la comitiva el camino de Gerona. Triste fué la marcha á la ciudad. Todos iban con las lanzas bajas, con la cabeza inclinada, regando con lágrimas el camino, y ensayando de cuando en cuando las bocinas lúgubres y melancólicas tonadas.

El cadáver del conde era llevado sobre unas angarillas en hombros de D. Ramon Folch y de otros tres caballeros. En cuanto al halcon, al fiel halcon, mudo testigo del fratricidio, volaba delante la fúnebre comitiva.

Así llegaron á la ciudad, y al deponer el cuerpo del conde á la puerta de la iglesia donde en procesion habia salido á recibirle el clero, enterado por

un mensajero de la fatal noticia, vióse llegar corriendo y con grandes lamentaciones á Berenguer Ramon, el hermano del difunto y su compañero en el solio, que haciendo esfuerzos para demudar su semblante, cayó de rodillas rasgando el aire con gritos de dolor.

El pueblo pareció compadecer á aquel buen hermano que á tal exceso de desesperacion se entregaba, pero D. Ramon Folch, el vizconde de Cardona, contraído el semblante, brotando fuego por los ojos, impulsado por un sentimiento tan desconocido como irresistible, murmuró con voz siniestra estas palabras que hicieron volver hácia él los rostros de todos los que las oyeron :

—Cain, Cain, qué hiciste de tu hermano Abel!

En aquel momento tambien los eclesiásticos levantaron en alto la cruz para entonar el *Subvenite Sancti Dei*, pero cuéntase que el capiscol al ir á pronunciar este verso sintióse turbado por un sentimiento interior, como le sucediera á Ramon Folch, y no pudiendo por mas esfuerzos que hizo entonarle, tuvo á pesar suyo que abrir sus labios y repetir con el vizconde de Cardona :

—*Cain, Cain, ubi est frater tuus Abel?*

Y en fin, como si la providencia hubiese querido de todos modos indicar al pueblo el asesino, vióse al halcon que al llegar la comitiva se habia posado sobre un escudo de la iglesia, abandonar su puesto, bajar rápidamente, rozar con sus alas la cabeza de Berenguer Ramon, y despidiendo un agudo chillido, caer muerto de dolor sobre el cadáver.

Así lo cuenta la tradicion, señores, y en memoria de esto los fieles gerundenses pusieron allí mismo donde el ave se habia posado la figura de un azor ó halcon de madera, que hoy no existe ya, pero que el cronista catalan Pujades cuenta haber visto varias veces antes de la restauracion de aquella catedral en 1604.

Es pues lo cierto que ante tales signos que se reunian para hacer conocer al fratricida, señores y pecheros empezaron á mirarse unos á otros sorprendidos y señalando al hermano que arrodillado finjia un hipocrita dolor, sin dar señas de haber reparado nada de todo aquello, absorto como aparentaba estar en su pena y sentimiento.

En esto, Ramon Folch el intrépido, que hacia rato estaba ya luchando con sus deseos de buen caballero, decidióse por fin á seguirlos y adelantandose con firme planta hasta la camilla donde yacia el ensangrentado cuerpo del conde, y apoderándose de la espada que se veia junto al

cadáver , la tremoló en alto y exclamó con voz robusta y vibrante:

—Nobles , vasallos , pueblo , la sangre derramada caerá gota á gota sobre la cabeza del asesino! Yo , Ramon Folch vizconde de Cardona , juro solemnemente vengar un dia á mi señor y soberano , lo juro puesta la mano sobre sus sangrientos despojos , y en prenda de mi voto me llevo su espada , y en rehen de mi juramento ahí va mi guante.

Y arrojando su manopla que , fuese casualidad ó malicia , cayó precisamente ante Berenguer Ramon , el vizconde de Cardona partió en medio del silencio mas sepulcral y seguido con la vista por la multitud que no le abandonó hasta que hubo desaparecido.

Al partir Ramon Folch , Berenguer Ramon con aquella rápida penetracion de los criminales comprendió que pues todo estaba descubierto , solo la audacia podia salvarle.

Irguió pues su cabeza , su mirada volvió á ser altanera , serenó su continente , y dando órdenes para que se hicieran los últimos honores al cadáver , se retiró á su palacio seguido por algunos cortesanos , que no vacilaron en acallar la voz de su conciencia para merecer una sonrisa del que iba á ocupar un trono.

Al llegar á su palacio supo Berenguer Ramon , que Mahalta , la viuda de su hermano , habia desaparecido llevándose consigo al hijo del asesinado conde. Tambien en aquello habia andado la mano de Ramon Folch , que se decidiera á ser por el pronto la Providencia de aquella desconsolada viuda y de aquel infeliz huérfano.

Tuvo Berenguer Ramon que renunciar á cualquier proyecto que abrigar pudiese contra Mahalta. Entre él y la viuda y el hijo de la víctima , estaba como un escudo , como una muralla , Ramon Folch , el buen caballero y el noble servidor. Supo este velar tan bien por ellos y ocultarlos tan bien á las pesquisas del asesino , que la primera noticia que tuvo el conde de su cuñada , fué de que se hallaba con su hijo en Rodez , á salvo de cualquier ataque y libre de todo atentado.

En vano hizo el de Cardona todos los esfuerzos imaginables para hacerse con adictos y leales caballeros que le ayudasen á vengar la muerte del conde. Solo consiguió , incansable en su tarea de lealtad y en su juramento de venganza , que pasados ya mas de dos años , en 19 de mayo de 1084 , el obispo de Vich , él mismo representando la casa de Cardona , los Moncadas y otros barones y allegados de la casa condal , se congregasen con el conde y condesa de Cerdaña y confiriesen á estos la tutela del huérfano y el regi-

miento de sus tierras durante diez años. Por este convenio, el conde de Cardaña Guillermo se comprometia á vengar con las armas la muerte *injusta é inicua* de Ramon Berenguer, y ellos le prometian en cambio la posesion feudal de la mitad de los estados que segun testamento gozaba el fraticida, si matándole ó de cualquier otro modo le arrancaba del trono.

Pero, ¿qué podia, señores, ese puñado de leales caballeros contra la autoridad y pujanza de Berenguer Ramon?

El testamento de su padre Ramon Berenguer I *el viejo* estaba terminante. En él se prescribia que si uno de sus dos hijos coherederos moria antes que el otro, la parte del difunto pasase al vivo, y en caso de dejar hijos el finado, el otro gozase la misma parte durante su vida, y solo al morir la devolviese á aquellos. Y como no todos los nobles siguieron, señores, el ejemplo del de Cardona, resultó que Berenguer Ramon se afirmó en el trono y pudo burlarse de los esfuerzos de aquella liga de barones capitaneada por el intrépido vizconde.

Largo y difuso seria esplicar aqui, señores, todo lo que sucedió. Baste decir en resúmen que los defensores del huérfano se vieron obligados á aplazar la ejecucion de sus intentos, que Mahalta, forzada á ampararse de buen seguro para lo venidero, dió su mano á Aimerico el vizconde de Narbona, y que, en nombre de todos, el vizconde de Gerona Pons y su hijo 1085 Geraldo á 6 de junio de 1085 le cometieron la tutela del huérfano y la gobernacion de lo que á este tocaba en la herencia; bien que le impusieron la condicion precisa de que solo se lo encargaban por once años, es decir, hasta la época en que el niño Ramon alcanzase con los quince años el derecho de mandar y de calzar las espuelas de caballero

Sucesos acaecidos en aquel entonces en Cataluña y que narraremos mas adelante, obligaron al buen vizconde de Cardona á suspender por el momento la resolucion que abrigaba, pero once años despues, cuando ya estaba apto para encargarse del mando de sus estados el niño Ramon, el conde de Barcelona recibió un cartel en que, conforme á las leyes de caballeria, Ramon Folch vizconde de Cardona le acusaba de fraticida y traidor, emplazándole ante el tribunal de Alfonso VI de Leon y I de Castilla.

Ante esta acusacion capital, resueltamente formulada y apoyada con la autoridad de un monarca como Alfonso, Berenguer Ramon no pudo escusarse, tanto mas cuanto que Ramon Folch apelaba al duelo y pedia el juicio de Dios.

Ahora bien, las leyes eran terminantes en este punto. En efecto, cuando

un caballero se presentaba ante un rey y pedia el juicio de Dios, se enviaba copia de la acusacion ó reto al acusado para que dentro un término fijado se presentase para defenderse y estar á lo que fuese de derecho. Era forzoso acudir, porque en caso de no presentarse el retado, se le daba por confesado y vencido, y entonces se procedia contra el ausente en bandos, edictos ó pregones, publicándole por reo del crimen y disponiendo de sus bienes.

Berenguer Ramon se guardó pues de rehusar la comparecencia. El dia señalado llegó el conde á la corte de Alfonso y encontró allí, armado de todas armas, al campeón de la buena causa, al mismo Ramon Folch que habia jurado vengar en Gerona al asesinado Ramon Berenguer, llevándose en prenda la espada del difunto y dejando en rehen su manopla de caballero.

Los dos campeones bajaron al campo, y Dios que guiaba sin duda la punta de la lanza del vizconde, quiso que por vencido tuviera que darse el
1096 conde de Barcelona, y que tuviera que confesar su crimen ante el arma del incansable y terrible vengador de su hermano.

Deshonrado pues y vencido, Berenguer Ramon tomó la resolucion única que podia poner á su vida un término digno del cristiano y del caballero: partió á la Tierra Santa y allí murió peleando por la causa de Dios, llevando á cabo hazañas que las crónicas no particularizan.

Tal fué, señores, el desenlace de este verdadero drama comenzado por un asesinato á orillas de un desconocido lago cerca de Gerona.

Libre ya el trono de Barcelona del fratricida, por la buena lanza del leal Cardona, pudo subir á él sin obstáculo en 1097 el hijo de la víctima, el proscrito huérfano, el que niño aun no debia tardar en llenar el mundo con la fama de su nombre y en hacerse inscribir eternamente en las páginas mas gloriosas de la historia con el nombre de Ramon Berenguer III *el grande*.

A nuestra próxima leccion dejamos, señores, el cuidado de llenar el vacio de los años en que gobernó su tío *el fratricida* y que hemos hoy pasado por alto arrastrados por el hilo dramático de nuestra narracion.

LECCION XIV.

BERENGUER RAMON *el Fratricida*.

Primera lucha con el Cid. — Reconquista de Tarragona. — El salto de la reina mora. — Segunda lucha con el Cid. — Espiacion del fratricida.

SEÑORES:

El enlace dramático de nuestra leccion anterior nos impidió, señores, arrojar una mirada á la época que transcurrió bajo el mando de Berenguer Ramon *el fratricida*. Hoy sin embargo nos toca colmar esta laguna, y por lo mismo, ya que hemos presentado á nuestro décimo conde como mal hermano y fratricida, cumple á nuestro deber presentarle hoy como noble y caballero. Olvidemos por un momento la mancha de sangre que cayó en su escudo; veámosle rodeado de su gloria: prescindamos del hombre, busquemos al héroe.

El 6 de diciembre de 1081 dijimos que fué el dia en que cayó Ramon Berenguer *cabeza de estopa* bajo el puñal de Berenguer Ramon. Este, al verse solo en el trono condal que un fratricidio le entregara, sintió acaso nacer en su alma, desgarrador y horrible, el remordimiento, y trató por lo mismo de ahogarlo en leales y valerosas empresas de buen caballero y de osado paladin.

No pocos cuidados debieron darle por de pronto los disturbios que se ori-

ginaron en Cataluña por la muerte y alevoso asesinato de Ramon Berenguer. Los mas nobles caballeros de la comarca, preocupados con el sangriento suceso, dividiéronse en bandos y parcialidades, y mientras unos se agrupaban junto al trono del *Fratricida*, otros se constituian, como ya sabemos, en vengadores del huérfano. A estos disturbios vinieron á unirse otros de allende el Pirineo. Fué el caso que los moradores de la ciudad de Carcasona, viéndose hostigados por sus vecinos que aprovechando las confusiones de Cataluña trataron de apoderarse de aquella ciudad, tuvieron que aceptar las ofertas del vizconde Bernardo Aton, quien, en su desmedida ambicion, aspiraba á ser señor absoluto de dicha ciudad y estados. Carcasona necesitaba un buen brazo y una buena espada que supiese mantener á raya á sus enemigos, y no viendo el lazo que la tendia Aton, aceptole como señor con la condicion empero de devolver la ciudad y tierras al hijo del asesinado conde catalan cuando hubiese, á los quince años, ceñido su espada y calzado sus espuelas de caballero. Jurólo así el vizconde, y tomó posesion de aquellos lugares. Berenguer Ramon no pudo oponerse á ello; harto tenia que hacer en sus propias tierras, y vióse por lo mismo obligado á permitir que fuera otro y no él quien favoreciese á los de Carcasona.

Pronto le llegó al conde la ocasion de hacer valer su denuedo y de probar el valor que heredado habia de su padres, circunstancias que no pueden ni deben negársele á pesar de haberle arrastrado su loca y frenética ambicion á cometer el crimen horrendo que hemos ya narrado. Y estas buenas dotes de cumplido caballero las vemos brillar lo primero de todo en una lucha ¿con quien diriais, señores?... con Rodrigo Diaz de Vivar, *el Cid campeador*, és decir, el mas famoso castellano.

Pocos hay que ignoren la conocida historia del Cid, pero muchos son, por ser de ella la parte menos sabida, los que desconocen las contiendas que tuvo con el conde de Barcelona. Lo que sí de todo punto se desconoce y se ignora, es la secreta causa que parece dió origen á estas contiendas ó que por lo menos encarnizó la lucha. Tratemos pues de rastrearla, aunque brevemente sea, ayudados de la historia y de la crónica.

Cuando por vez primera fué desterrado de Castilla el Cid por los años de 1076 á 1077 vínose á Barcelona en ocasion en que aun estaban ocupando el trono condal los dos hermanos. Buena hospitalidad parece que encontró el castellano, pero hubo sin duda de mediar alguna desavenencia con los condes ó mas bien con el Berenguer Ramon. A lo menos, el poema del Cid, el mas antiguo y uno de los mas gloriosos monumentos de la poesia caste-

llana, dice que Rodrigo Diaz de Vivar hirió á un deudo del conde sin dar satisfaccion ni remediar el daño. Nada mas se sabe acerca de esta circunstancia y de ella parece que tomo pié el ódio de Berenguer Ramon contra el invicto castellano.

El Cid, sin que sepamos tampoco la causa, — como no sea proveniente del suceso que indica el poema—salió bien pronto de Barcelona y se partió á Zaragoza, no siendo extraño desde allí, segun en parte se colije, á los acontecimientos ocurridos despues en Cataluña, pues que se cree tomó alguna parte en favor de los nobles vengadores del fratricidio. Si esto es asi, el ódio que hervia contra él en el corazon de Berenguer Ramon debió de aumentarse de una manera extrema:

Cuando el Cid llevo á Zaragoza, estaba en la aurora de su reinado el moro Almuctaman que habia roto con su hermano el Wali de Denia. El emir de Zaragoza acogió al Cid con gran agasajo y le hizo en poco tiempo objeto de todo su cariño, pues que no solo le nombró gobernador de sus estados y le dió en ellos gran poder y autoridad, sino que nada llevaba á cabo que no lo consultara primero con el castellano. Este gozaba de toda la privanza de Almuctaman, cuando su rompimiento con el de Denia llegó á un caso tal que era ya indispensable venir á las manos.

Es preciso saber aquí, señores, que la córte de Barcelona habia mantenido continuos tratos con los Walies de Denia, mientras que el emir de Zaragoza habia sido por el contrario muy á menudo su enemigo y no pocas veces su tributario. Asi pues, cuando el Wali de Denia llamado Alfagib reclamó el auxilio de Berenguer Ramon, este no pudo negárselo, como no se lo negó tampoco Sancho de Aragon á quien solicitó con el mismo objeto. Con este motivo el ódio del conde de Barcelona y del Cid campeador salió á plaza con mengua de la cristiandad y de la caballería, segun espresion de una cronista.

El conde de Barcelona obraba entonces en razon prestando leal apoyo á Alfagib de Denia, y tan en razon obraba, que los nobles catalanes, dando de mano por el pronto á sus contiendas y desistiendo por el momento como buenos de sus querellas para no pensar mas que en la gloria y en el peligro comunes, unieron en su mayor parte á Berenguer Ramon ofreciéndole sus vidas y sus espadas. Creyeron todos—y creyeron bien—que aquella guerra no seria otra cosa que la continuation de la guerra santa emprendida y á ellos legada por sus dignos antecesores; creyeron que uniéndose á Don Sancho y á Alfagib daban un paso mas hácia la destruccion del emirato de

Zaragoza, objeto constante de los deseos de todos los que veían en Zaragoza el núcleo de las empresas árabes y la capital de las armas musulmicas en esta parte de España. Por esto es tanto mas extraño y por esto duele tanto mas ver á Rodrigo Diaz de Vivar, el buen caballero, el espejo del valor y de la lealtad castellana, ser el alma de aquella contienda y el jefe de las huestes sarracenas en aquellas jornadas.

Las tropas unidas del conde de Barcelona, de D. Sancho y de Alfabig pusieron en campaña y fueron á poner cerco al castillo de Almenara que, recientemente fortificado por el Cid, se tenía por el emir de Zaragoza. Rodrigo recibió la noticia del cerco estando en el castillo de Escarps, situado en las confluencias del Segre y del Cinca, y concertándose con Almuctaman, envió un mensajero á los sitiadores ofreciéndose á pagarles cierta suma de dinero si abandonaban el cerco. Esta propuesta fué despreciada. Hubo de ello gran enojo el Cid, y disponiendo su gente cayó con la celeridad del rayo sobre los sitiadores cuyo ejército destrozó y deshizo como nube de humo que deshace el viento. Fatal fué en particular la jornada para las tropas catalanas que tuvieron que ceder al ímpetu de la gente capitaneada por el Cid. El conde Berenguer Ramon cayó prisionero con muchos de los suyos que no quisieron abandonarle, y Rodrigo de Vivar, el Aquiles español, obrando en esta ocasion contra su bien sentada fama, entregolos al emir Almuctaman, si bien este á los cinco dias y á instancias del mismo Rodrigo les devolvió la libertad.

1084 Fué esta jornada por los años de 1084 al parecer.

El Cid partiose en seguida á Zaragoza donde entró triunfante, honrado y agasajado por el emir que le llenó de dádivas y presentes. Pero por grande que fuera el triunfo del castellano, hubo de amargárselo sin duda y de hacerselo cruel la memoria de haber vencido á hermanos y á cristianos. Los gritos entusiastas del pueblo de Zaragoza no ahogaron tal vez en su corazon el grito de la conciencia y del remordimiento.

En efecto, el Cid, es decir el tipo y espejo de la caballeria castellana peleando en favor de moros contra cristianos! Es verdaderamente cosa que pasma!

Vuelto á su patria el conde de Barcelona, trató de vengar su derrota con alguna gloriosa expedicion que pudiese ceñir á su frente los laureles de que se hallaba viuda, y llamó en torno suyo á todos los nobles catalanes para que ausiliaran su banderas en la escursion que en tierra de moros proyectaba. Atrevido era su proyecto. El buen conde pensó que debía idear una gi-

gante empresa para borrar la mancha de la derrota. Por esto se fijó en la restauracion de la antigua capital de la España citerior. El condado de Barcelona necesitaba que las cicopleas y romanas murallas de Tarragona dejasen de proteger por mas tiempo á los moros , que salian como aves de rapiña de su recinto para arrojarse sobre el Panadés y sembrar el terror , el espanto y la consternacion en las comarcas de Cataluña *la nueva*. El conde lo comprendió así , y por esto trató de aplicar pronto remedio.

Pero no era tan fácil empresa la reconquista de Tarragona , ciudad de gran importancia para los moros , pues que al mismo tiempo que les hacia señores del mar , les ponía en disposicion de ayudar á Tortosa y Lérida. El conde , pues , ganoso de hazañas y de llevar á cabo la empresa que bien conocia habia de ser en la posteridad un monumento eterno de gloria , trató de interesar en la expedicion no solo á los guerreros , si que tambien á los sacerdotes. Mal seguro de la sumision de los barones , que no habian olvidado la muerte de su hermano , conoció que podria contar enteramente con ellos desde el instante en que los prelados tremolaran la cruz junto al pendon del fraticida , desde el instante en que la religion cobijase la empresa con su manto , desde el instante en fin en que el proyecto no fuese una mera expedicion sino una verdadera cruzada.

Puesto pues de acuerdo con el obispo de Vich , Berenguer de Rosanes , que era uno de los que con mas impaciencia esperaba el momento de la espiacion , cabeza como era de la asamblea de caballeros que protegian la causa del asesinado conde , Berenguer Ramon decidió enviar un mensajero al papa que lo era á la razon Urbano II , el mismo que en aquel entonces tambien con tan cristiano celo impelia hacia el oriente las cruzadas. El mensajero fué el obispo de Vich. La santa sede aprobó gustosa y alentó la idea del conde de Barcelona , y á manos llenas derramó el tesoro de gracias espirituales sobre los que prestar quisieran su generosa cooperacion al decidido soberano catalan. Eximió de su voto de cruzarse para la Tierra Santa á cuantos acudiesen á la reconquista y restauracion de Tarragona , célebre muro y bastion , segun dice él mismo , del cristiano pueblo ; concedió á los guerreros las mismas indulgencias que habrian podido ganar en el prolijo y largo camino de la ciudad de Jerusalem ; perdonó los pecados á los que formar parte quisiesen de la expedicion , y con nutridas razones y fervorosas instancias invocó para la misma el apoyo de los príncipes , barones y caballeros , eclesiásticos y seglares de estas tierras.

Predicada la cruzada , fueron á unirse al conde muchos buenos guerreros

y muchas nobles familias; abrióse la campaña en 1089, y antes de fenecer aquel año, Tarragona, rota su musulímica enseña, abría las puertas á su aguerrido vencedor. ●

Era una presa de valía la ciudad de Tarragona, y no es extraño que su restauracion reportara imperecedera fama al que audaz y valiente supo llevarla á cabo con solo la ayuda de sus buenos y de sus leales catalanes. Con la sumision de Tarragona quedaba libre todo su campo, libre tambien el llano de Urgel, allanado el camino de las ciudades de Tortosa y Lórida, y en manos del conde de Barcelona otra llave mas del Mediterráneo. El triunfo era pues digno y soberbia la presa.

Pláceme ahora, señores, pues que la ocasion lo reclama, contaros una peregrina tradicion, un hecho que el vulgo supone acaecido en aquel mismo año de 1089. En nuestra narracion, señores, ya que, como he dicho varias veces, por las bellezas evocamos los recuerdos, fuerza nos es unir la historia al drama, la leyenda á la crónica. Y las leyendas, si sembrarse saben en las relaciones históricas, son como las piedras preciosas con que se borda un manto, mejor aun, como las gotas de rocío que la palpitante flor sostiene en sus trémulas hojas.

Oigamos la tradicion.

Luego de entrada la ciudad de Tarragona, las armas de Berenguer Ramon dominaron todo el campo. Los infieles fueron perdiendo sus castillos y sus fortalezas como se van perdiendo las perlas que una tras otra se desprenden de un lujoso collar, y la vencedora espada del cristiano conde ● arrolló á los sarracenos hasta el punto de hacerles refugiar en lo mas áspero y montaraz de Prades, al abrigo de Ciurana y de Tortosa.

Ahora bien, una mujer, que la tradicion dice una reina mora por ser acaso una de las esposas del Wali de Tarragona, huyendo la cólera de los cristianos se habia refugiado en el castillo de Ciurana.

Este castillo estaba, como están hoy sus ruinas, en lo alto de una montaña que, asombro de la naturaleza, se levanta perpendicular abriendo por su inmensa altura un espantoso abismo, hácia el cual se inclina un poco como un gigante atraído por el vértigo. Desde el pico de la montaña el precipicio es horroroso, tan horroroso que nadie se atreve á asomar siquiera la cabeza por encima de la peña. La naturaleza al formar aquel abismo estuvo espantosa en su obra. ●

No lejos de este precipicio existen aun, guarida hoy de agoreros pájaros y de nocturnas aves, las ruinas de un castillejo árabe con su compuerta y

y torre de homenaje. En el día está desierta la antigua fortaleza: no quedan allí mas que un pasado de ocho siglos, unas cuantas paredes viejas y algunas miserables tumbas.

Este fué el castillo en que se refugió, siguiendo siempre la tradicion, la reina mora con su hijo de corta edad, preciosa joya que guardaba y velaba con todo el inextinguible amor del cariño maternal. Con la reina llegaron tambien algunos servidores, de aquellos que leales y adictos se encuentran casi siempre junto á los tronos, pero que los tronos casi siempre tambien no conocen sino en el momento del peligro ó en la hora de la desgracia.

Fué en vano que allí se refugiara aquel puñado de valientes. Los guerreros catalanes al mando del señor de Canagó, noble y esforzado varon de la comarca, llegaron hasta allí, atravesando, verdaderos atletas de la patria, por entre el sinnúmero de peligros y obstáculos que se les opusieran en su camino. Los pocos árabes que guardaban el castillo salieron á su encuentro decididos á morir en defensa de su reina, que era la obligacion que se habian impuesto. ¿Pero quién resistia ni quién era capaz de oponerse al paso del señor de Canagó que cuando se lanzaba era una saeta disparada del arco?....

Los moros hicieron todo lo que podian hacer para llenar su deber: morir como valientes y como buenos. Ni uno quedó para llevar la nueva de la derrota á la pobre reina que en el patio del castillo, junto á un ensillado caballo, y teniendo en brazos á su hijo, esperaba con la impaciencia de la fiebre y con la agonía del sobresalto el regreso de sus defensores.

En lugar de ellos vió aparecer de pronto en la puerta un grupo de cristianos y oyó como rasgaban el aire los clamores de triunfo y los gritos de: Victoria por Ramon de Canagó! La reina se puso pálida como un mármol, pero tomando una resolucion desesperada, hija de aquellas resoluciones que con la celeridad del rayo se efectuan en el corazon de las mujeres en los momentos supremos, montó á caballo sin abandonar á su hijo, y lanzando al noble bruto hácia la puerta se arrojó en medio del grupo de enemigos, gritando:

— Paso, perros cristianos! paso! abridme paso!

Los catalanes atónitos ante aquella mujer de singular belleza, la abrieron paso maquinalmente, y la reina entonces salió á escape de su caballo, inteligente animal que comprendiendo el peligro en que se hallaba su ama, no necesitó de ningun acicate para acelerar su carrera. Ramon de Canagó vió pasar por delante de sus ojos aquella especie de blanca y aérea vision, y lanzó en pos suyo su negro caballo.

La reina llegó junto al horrendo precipicio de que he hablado, y se detuvo.
—Atras, atras, caballero!—gritó entonces al cristiano.—Respetad á la reina y á su hijo. Respetadlos ó por Alá os digo que buscaré mi salvacion en el fondo de este precipicio.

Pero Ramon de Canagó no la oia ó no quiso oirla. La habia visto pasar hermosa, deslumbrante, peregrina aparicion como aquellas que solo veia en sus sueños de amores, y por lo mismo corria tras ella como cuando se es jóven se corre tras la esperanza que sonrie, como se corre tras una mujer hermosa.

Entonces la reina, que estaba al borde del precipicio donde su caballo se mantenía inmóvil, arrojó una mirada de supremo desden á su perseguidor, apretó á su tierno hijo contra su pecho, se envolvió en su manto y en su dignidad de mujer y reina y gritando: — Maldígate Alá, cristiano! empujó hácia adelante á su caballo.

El generoso bruto no vaciló. Retrocedió solo dos pulgadas asegurándose sobre la peña en la que imprimió con fuerza su herradura, y se lanzó con su doble carga al inmenso precipicio.

La tradicion, señores, inocente y cándida como todas las tradiciones, esas castas y púdicas hijas del entusiasmo popular, la tradicion asegura que cuando Ramon de Canagó llegó al borde del abismo, en lugar de ver á la reina hecha pedazos en el fondo, la vió por el contrario en el valle sana y salva con su hijo en los brazos y corriendo á todo escape montada en su corcel. Admirado el buen caballero, retrocedió atónito y haciendo la señal de la cruz, pero aun fué mayor su asombro cuando, bajando al suelo los ojos, vió marcada en la dura peña la señal de la herradura del caballo. Allí se habia impreso la huella de su pié como hubiera podido en blanda cera.

Aun existe esta señal, señores, que ni los hombres, ni las tempestades, ni los siglos han podido borrar, y aun se llama aquel sitio *el salto de la reina mora*, nombre que entonces se le dió y que desde entonces la popular tradicion le ha conservado.

Pero, hora es ya de que, abandonando consejas, volvamos á nuestra historia.

Fuerte y temido con la reconquista de Tarragona, Berenguer Ramon, segun narran viejas historias,—aunque por mi parte me atrevo á ponerlo un poco en duda,—llevó sus armas vencedoras hasta la misma Valencia, á la que puso estrecho cerco segun se supone, el mismo año de 1089 ó 1090. Cuéntase pues que estaba nuestro conde combatiendo á la ciudad que

graciosa se eleva entre flores á las márgenes del Turia, cuando tuvo noticia de que el Cid, su antiguo y su constante enemigo, se habia entrado tierra de Valencia adentro. Parece que entonces la **■**ueste catalana, no olvidada del agravio que habia recibido en el cerco de Almenara, pidió marchar contra el Campeador de quien prorumpió en baldones y amenazas. Pero la prudencia del conde evitó una jornada que hubiera podido ser fatal, y para estorbar el combate se retiró á Cataluña, abandonando la empresa de apoderarse de Valencia.

Sin embargo, si en esta ocasion es dudoso el hecho, no lo es en manera alguna el que apuntan algunos años mas tarde las historias cuando nos hablan de un nuevo encuentro entre el Cid y Berenguer Ramon. El ódio de estos dos ilustres caballeros vuelve en efecto á brillar en una sangrienta jornada.

Alfagib, aquel mismo Wali de Denia aliado y tributario del conde barcelonés, volvió á reclamar el apoyo de sus armas contra el Cid, y el conde vino en la demanda á la sazón en que el de Vivar corria los montes de Morrell. Dispuso un fuerte ejército, cuyo mando general se reservó, pero que dividió en tres partes confiándolas al valor de los capitanes Gerardo de Alaman, Bernardo de Queralt, segun se cree, y Guillermo Dorea, y marchó contra el castellano.

1092 Tropezó con sus reales mas allá de Calamocha, y fijando su campamento al pié del monte en lo alto del cual tenia el Cid el suyo, le envió por un mensajero una carta en que altamente le despreciaba, concluyendo con estas mismas palabras:

« Si bajais á lo llano, apartándoos del monte en que teneis puesta vuestra confianza, creeremos que vos sois Rodrigo, á quien llaman el guerrero y Campeador. Pero si no tuvierais ánimo para dejar el monte, os tendremos por alevoso, como dicen vulgarmente los castellanos, y por bauzador ó engañador en nuestro language, y vanamente ostentareis el valor que os preciais tener. Tened por cierto que estaremos constantes en este sitio, ni nos retiraremos de vosotros hasta tanto que os tendremos en nuestras manos muerto ó cautivo. Finalmente, haremos de vosotros lo que llaman *alboroz*, y lo mismo que hicisteis un dia de nosotros. »

A tan orgulloso reto no podia permanecer indiferente el Campeador. Contestó con la misma altanería con que se le habia escrito, y se dispuso á resistir al conde de Barcelona. Este al rayar el dia se arrojó sobre los reales de Rodrigo, pero estaba escrito que habia de ser fatal la suerte de

nuestro conde cada vez que su destino le obligaba á tropezar con el Cid. Por muy viva que fuera la luz de la estrella de los Berenguers era ofuscada por los rayos que despedía el astro brillante del Campeador.

Cuando Berenguer Ramon cayó con sus fuerzas sobre el campamento del de Vivar, cuenta la crónica que este se alteró viéndose en tan repentino é inopinado riesgo de perderse, pero en seguida mandó á los suyos que se armaran con la mayor prontitud para la pelea, y salió al encuentro del conde tan inpetuosamente que puso en desórden á su ejército, logrando ya con esto un favorable agüero de victoria. Hubo de sucederle entonces la fatalidad de caer del caballo y de quedar maltratado y herido del golpe. Por esta causa fuele imposible continuar manejando por sí mismo las armas en la batalla, pero en cambio diéronse sus soldados tan buena maña que la concluyeron felizmente poniendo en completa fuga á las gentes del conde barcelonés y haciéndole á él y á otros muchos prisioneros.

La crónica no cita entre estos últimos mas que á uno que llama Bernardo á secas, quizá el de Queralt, á Gerardo Alaman, Raimundo Muron ó Miron y á Ricardo Guillermo.

Grande fué el botin de que el Cid se apoderó, botin que se aumentó con el rescate que hizo pagar por su libertad al conde y á Gerardo Alaman, que tuvieron que darle 80,000 marcos de oro de Valencia, cantidad verdaderamente enorme atendidos los tiempos y que prueba lo que valia en el ánimo del Cid la importancia de la prision del conde.

1093 Con este suceso estinguíose al parecer el odio que habia reinado hasta entonces entre aquellos dos caballeros, pues que ya en 1093 les vemos hacer las paces, paces que no debieran ya mas romperse seguramente, como algun cronista asienta, puesto que pocos años mas tarde hallamos enlazadas las familias por medio del matrimonio que con una hija del Cid contrajo Ramon Berenguer *el grande*.

Como si cada derrota que sufriese en las luchas con el Campeador, inspirase al conde de Barcelona el deseo de vengarla noblemente con un triunfo, pensando acaso cuerdamente que nunca se olvida tan pronto una derrota como cuando se equilibra con una victoria, ideó marchar contra Tortosa y arrancar de manos de los infieles esta joya como habia arrancado Tarragona. Dispuso pues todo lo necesario para su militar empresa, y aun habia ya dado algunos avances afortunados en tierra de moros, nuncio feliz de un seguro triunfo, cuando el cielo, que tenia destinado á otro para clavar el pendon de las barras en los muros de Tortosa, dispuso que tuviese el conde

que ir á dar cuenta del asesinato en su hermano cometido , ante el tribunal del rey de Castilla , donde ya sabemos cómo le hizo confesar su crimen y morder la arena del palenque la fuerte lanza del vizconde de Cardona.

Tales fueron , señores , los hechos que marcaron en Cataluña el mando soberano de Berenguer Ramon *el fratricida*. El remordimiento persiguiéndole tenaz ó incansable , apareciéndosele en la ensangrentada figura de su hermano , siguiéndole como á Machet la sombra de Banco , sentándose á su lado en los festines , pasando por delante de sus ojos en las batallas , el remordimiento lanzó á este conde en el seno de las empresas militares , de las refriegas y de los combates , para ahogar con el rumor y el estruendo de las armas el grito de la conciencia , pero no halló , fuerza es decirlo , ni un instante de reposo , como no halla el descanso que busca el viajero-peregrino al tenderse sobre la abrasada arena del desierto. A la voz de la conciencia nadie escapa , de las tenazas de fuego con que el remordimiento estruja el corazón nadie se libra. Es una justicia mas dura y mas terrible aun que la de los hombres porque es la justicia del alma , la justicia de Dios.

Berenguer Ramon arrastró quince años por el mundo su pesada carga como el penitente arrastra su cadena que le destroza las carnes , y , después de vencido en el palenque por el paladin de la justicia , de la inocencia y de la horfandad , fué á morir en triste espiacion camino de la Tierra Santa como simple peregrino el que habia ocupado en el mundo el rango de noble caballero.

El triste ocaso de Berenguer Ramon *el fratricida* fué feliz y brillante oriente de Ramon Berenguer *el grande* , de ese niño huérfano junto á cuya cuna habian velado , como tres hadas benéficas y cariñosas , la fé , la lealtad y el valor , ese triple ideal de los caballerosos tiempos.

LECCION XV.

RAMON BERENGUER EL *Grande*.

Pedro el ermitaño.—Las Cruzadas.—Cruzados catalanes.—La jornada de Alcoraz.—El campeón de la cruz roja.—Infancia de Ramon Berenguer.—Campañas y glorias.—Provenza y Cataluña.—Espedicion contra Mallorca.—Ramon Berenguer en Italia.—Toma de Castelfoix.—Sucesos posteriores.

Es una época hermosa y peregrina la de Ramon Berenguer III *el grande*. Las hazañas, las conquistas, la poesía, las tradiciones, las leyendas, todo se reúne para embellecer su reinado; la caballería sobre todo es la que le presta sus vivas y simpáticas tintas.

1097 Cuando Berenguer III subió al trono de su padre, las cruzadas, esa gran epopeya cantada por el pobre amante de la duquesa de Ferrara, las cruzadas, digo, habían puesto en conmoción el mundo.

Permitidme, señores, decir algo sobre esta gran expedición á la Tierra Santa. Nuestra historia está enlazada con ella como todas las historias de los demás pueblos.

Cuando más en su fuerza y vigor estaba el sistema feudal, empezó á correr como rumor válido entre el pueblo que llegados eran los mil años mencionados en el capítulo veinte de las revelaciones, y que de un momento á otro debería aparecer Cristo en Palestina para juzgar al mundo. Esto hizo que se emprendieran innumerables peregrinaciones á los lugares santos, donde había ido hasta entonces solo de cuando en cuando algun pobre romero lleno de fé, ó algun poderoso noble á quien, por cualquier grave pecado,

le ordenara una peregrinacion á la tierra santa el representante de Cristo en la tierra.

A la vuelta de su largo viaje, quejábanse amargamente los peregrinos de los malos tratamientos de los infieles, y de la profanacion de los lugares en que cumplido se habian los santos misterios del cristianismo.

Sucedió entonces que un pobre monje que vivia solitario, lejos del mundo y de su vana pompa, vistió el sayal de penitente, empuñó el bordon de peregrino, y quiso ir á orar ante el sepulcro de Cristo. Mucho tiempo permaneció ausente, y cuando volvió, el espíritu de Dios señores le habia iluminado.

Fué de pueblo en pueblo, de casa en casa, de castillo en castillo, de reino en reino, y todos escuchaban con transporte sus palabras, y todos empezaron á mirarle como enviado de la Providencia. Predicaba una cruzada á la tierra santa, y el Papa, los soberanos, los señores, los pueblos, se sentian arrastrados por sus entusiastas palabras.

Díjoles que se levantaran y se levantaron, que se armaran y se armaron, que partieran y partieron.

Fijo su pensamiento en la redencion de los lugares santos, huestes enteras marcharon, guiadas por el eremita, en pos del triunfo ó del martirio, en busca del sepulcro donde yaciera el Salvador del mundo.

Este hombre, señores, que así ponía cara á cara una civilizacion con otra, que arrojaba al occidente sobre el oriente, este hombre era Pedro el ermitaño.

Lo mismo que habia conmovido los demas pueblos, esta gloriosa expedicion conmovió tambien á Cataluña. Muchos catalanes se hicieron soldados de la cruz. A libertar el sepulcro de Cristo, impelidos por el entusiasmo y fervor que se apoderó de los corazones, á ser héroes y á ser mártires partieron entonces Gerardo, conde de Rosellon, uno de los primeros que entraron en la ciudad santa; Guillermo Raimundo conde de Cerdaña; Ramon de Moncada; Guillermo de Canet que ilustró su nombre con sus victorias; el caballero Vilamala, consejero del mismo Godofredo al decir de las crónicas; el barcelonés Azalidis; Ramon Pedro Albará, señor del pueblo de la Marca; y otros muchos cuyos nombres mencionan detalladamente ciertas historias, no faltando tampoco para coronar el cuadro una dama llamada Azalaide que entró intrépidamente en las galeras que cargadas de cruzados zarparon del puerto de Barcelona.

Feliz aurora fué esta para el condado de Ramon Berenguer III, feliz por-

que todo ese fervor guerrero, todo ese espíritu cristiano, todo ese entusiasmo caballeresco eran bellos y venturosos pronósticos que auguraban una era de dicha para su pueblo. A todos estos favarables augurios vino aun á unirse otro cuando apenas acababa el conde de sentarse en el trono de Barcelona.

Este augurio es aun una leyenda, y una leyenda que tiene todo el corte de una balada alemana. Creo que sera oida con gusto. Por esto voy á contarla. Podrá ser una fábula, no digo que no, señores, pero el mismo respeto á la tradicion y el mismo piadoso acatamiento á las creencias que obligaron á los antiguos cronistas á consignarla, me obliga á mi tambien á hacer mencion de ella en este lugar.

Un dia, el 18 de noviembre de 1096, al brillar el sol alumbró á dos ejércitos enemigos que iban á llegar á las manos en la llanura de Alcoraz. Eran el ejército moro de Huesca y el ejército aragones que mandaba D. Pedro I.

Los moros eran muchos y los cristianos pocos. No por esto empezó con menos encarnizamiento la batalla, y batalla fué que legó por sí sola una larga herencia de gloria á la casa real de Aragon.

Cuatro reyes peleaban en las filas del ejército sarraceno que era innumerable. La llanura de Alcoraz se convirtió en un revuelto mar de blancos turbantes, y dispersos por aquel mar se veian grupos de cristianos como puntos negros, como si fueran rocas resistiendo al combate de las olas, pero á pique de ser á cada instante sepultadas por las aguas.

Sangrienta fué la jornada y disputada la victoria, disputada tanto mas cuanto que los aragoneses tenian que hacer prodigios, pues que eran uno contra veinte, dos contra ciento. Don Pedro vió que sus tropas iban á cejar arrolladas por los moros. No habia ya remedio humano, y la derrota era segura.

De pronto, apareció entre los cristianos un caballero de brillantes armas con cruz roja en el pecho y en el escudo, montado en un caballo blanco como la nieve; otro caballero le seguia con cruz roja tambien en el pecho y en el escudo, pero á pié. Nadie en el ejército cristiano conocia á aquellos dos hombres que parecian haber brotado de la tierra ó caído del cielo. Sin embargo, les veian llevar á cabo portentos. El ginete sobre todo penetraba y se deslizaba por entre los mas apiñados escuadrones como si fuera una sombra; todos los que tocaba tan solo con la espada á diestra y siniestra quedaban muertos á sus pies; su armadura repelia todas las saetas, y los alfanjes que caian sobre su casco ó escudo se quebraban como cañas. Hubiérase dicho que un

poder misterioso le protegía. Marcaba su paso una larga hilera de cadáveres.

A este ginete y al infante que le seguía debióse indudablemente la victoria. Ellos dos por sí solos hicieron lo que un ejército. Los aragoneses triunfantes en Alcoraz, entraron en Huesca dejando tendidos en el campo de batalla á treinta mil moros con sus cuatro reyes.

Alcanzado el triunfo, llegó la hora de la distribución de las mercedes y todos los ricos-hombres se presentaron, todos menos el caballero de la cruz roja, el que había hecho prodigios en la lucha, el verdadero vencedor. Hizo el rey D. Pedro que todos los servidores saliesen en su busca, pero no hallaron mas que á su compañero, el infante que seguía su caballo, quien atónito, admirado, suspenso, volvía á todas partes sus ojos y preguntaba por Antioquía, preguntaba por los cruzados, preguntaba por un campeón misterioso que aquella misma mañana al ir á empezar en la tierra santa el asalto contra Antioquía, le había invitado á montar en la grupa de su caballo blanco para entrar en la batalla.

El infante fué llevado ante el rey y repitió su estraña relacion diciéndole que por su parte era catalán y se llamaba Ramon de Moncada.

Todo quedó comprendido. El caballero de la cruz roja era San Jorje, el mismo San Jorje que en un momento había trasladado por los aires al cruzado catalán de los campos de la tierra santa á la llanura de Alcoraz, del cerco de Antioquía al de Huesca. El rey cayó de rodillas con su ejército y dió gracias al campeón San Jorje cuyo nombre fué de entonces mas el grito de guerra de los cristianos aragoneses, y cuya cruz colorada con las cuatro cabezas de jeques moros recojidas en el campo de batalla, sirvieron de blason á la monarquía aragonesa hasta que, como veremos mas adelante, señores, las trocó por las sangrientas barras catalanas.

Tal es, señores, la leyenda. Esta proteccion acordada en cierto modo por el cielo á Cataluña pues que era Moncada el representante de una de las mas ilustres casas catalanas, esta proteccion acabó de coronar los prósperos nuncios de ventura que auguraban un feliz condado al tercero de los Ramons Berenguers. Su enlace con Maria Ruderic ó Rodriguez hija del Cid Campeador, acabó de tranquilizar los ánimos, y todo el pueblo catalán dió muestras de alegría y de entusiasmo, cuando llegó la edad en que pudo sentarse en el sólio de sus padres y ceñir á sus sienes el *xipellot ó garlandela* que era la insignia condal usada por los Berenguers.

La ansiedad con que todos sus estados apetecían su mayoría, manifestóse en cien y cien circunstancias, pero muy en particular con lo acaecido en

Carcasona. Estos leales ciudadanos, cediendo al influjo de la borrasca que se cerniera momentáneamente sobre los estados catalanes, se acogieron, como ya sabemos, á la proteccion del Vizconde Bernardo Aton, al que hicieron jurar que dejaria el mando al cumplir sus quince años el conde de Barcelona. Mecido por la ambicion y arrullado por la suerte, el conde echó en olvido su juramento, pero Carcasona, que lo tenia en cambio muy presente, se irguió soberana bajo la planta opresora del protector que se habia trocado en tirano, y mostró su singular amor á la casa de Barcelona poniendo á prueba su lealtad en el crisol de una discordia civil la mas feroz y desastrosa.

En cuanto al joven é interesante huérfano Ramon Berenguer, supo hacerse digno del amor y afecto de sus vasallos. Las espuelas doradas y el cingulo militar no fueron para él un mero distintivo. Olvidando el esplendor de su rica cuna para mecerse en esa otra cuna del valor que hace iguales á los caballeros todos, Ramon Berenguer en su primera escuela militar, en las campañas contra Tarragona y Tortosa, habia ya probado que sus juveniles y caballerescos arranques le daban derecho á ocupar la silla condal ilustrada por una valerosa serie de memorables antepasados.

Es muy cierto, señores, que fueron infructuosos para el objeto principal que se proponia los avances contra Tortosa y Lérida que llenan los primeros años de su condado, pero tambien es cierto que dieron ocasion á que se desplegara en todo su lujo de emulacion el talento militar y esfuerzo del joven príncipe dando motivo á que el astro que debia constante alumbrarle en su carrera empezara á brillar fulgente en el cielo de su gloria.

Fiel á las tradiciones de sus mayores, Ramon Berenguer enlazó íntimamente sus armas con las de la casa de Urgel, y vióse entonces á esas dos casas tan ilustres en Cataluña, á esas dos casas, gloriosa cepa de héroes nacida del mismo tronco de Wifredo, llevar sus armas hermanas contra los moros, y continuar el libro de victorias cuya primera página habia escrito *el velloso*.

Las conquistas que iban alcanzando los catalanes, las posesiones que iban arrebatando á los moros, apremiaban á Tortosa, estrechaban á Lérida, y hacian temblar á los mismos emires de Zaragoza que decidieron, á favor de un violento esfuerzo, devolver herida por herida, ruina por ruina, estrago por estrago.

Una expedicion fué decidida en el silencio del secreto contra los moradores del condado, contra aquellos catalanes de Urgel y de Barcelona que acababan de clavar la cruz en los torreones de Balaguer y en los árabes casti-

llos de la ribera del Segre. Desprevenidos cojió á los catalanes el aventurero y venturoso arranque de los sarracenos, que á favor de la gloria efímera de una sorpresa invadieron el condado con impetuosa avenida, talando campos, destruyendo lugares, incendiando alquerias y saqueando comarcas. Pero si afortunada fué para el poderio sarraceno la entrada, deshonrosa y triste y sangrienta debia serle la salida. Cuando trataron de retirarse, hallaron los moros cerrado el paso de las fronteras por un muro invencible de pechos catalanes, y cara pagaron entonces la osadía de su empresa, cara les costó su primera victoria.

1109

Ramon Berenguer que en 1105 habia visto bajar al sepulcro á su compañera Doña Maria, vió tambien descender al mismo á su segunda esposa Doña Almodis, contrayendo en 1112 un tercer enlace con Doña Dukcia, heredera de los condes de Provenza que le trajo en dote aquellas pingües posesiones que debian contribuir no poco á la cultura de sus catalanas tierras. La Provenza era entonces el foco de la civilizacion y acompañaba irradiante de luz á su nombre la triple auréola con que la enriquecieron la gloria de las armas, de la cultura y de las letras. Entonces probó Cataluña que habia verdaderamente nacido para ser hermana de la Provenza. Hacia propicio su enlace el carácter distintivo é igual que descollaba en ambos pueblos: la misma pureza de costumbres, la misma sencillez de usos, el mismo respeto á las tradiciones, el mismo legítimo afán de gloria, el mismo caballeresco pundonor y, por fin, el mismo innato sentimiento de poesía. Provenza, la cuna de los trovadores, no podia desear mejor hermana que Cataluña, la tierra hospitalaria de los bardos; y Cataluña, el suelo clásico del valor, no podia anhelar mejor enlace que con Provenza, el país de los buenos y de los leales caballeros.

Con su casamiento y con la posesion que por él avino al conde de semejantes tierras, mal podia prolongar su tiranía Bernardo Aton, el usurpador de Carcasona, y era ya llegada la hora de vengar las fechorías del déspota vizconde. Ramon Berenguer se dirigió contra él con el doble poder de la fuerza y de la gloria. Aton tembló; y hubo de rendirse humillado ante el generoso vencedor que perdonó magnánimo sus desafueros, imponiéndole solo por condicion que tuviera en feudo del barcelonés el condado de Carcasona y que le valiera y sirviera como simple y buen vasallo.

Pronto, señores, un acontecimiento debido á la casualidad proporcionó á los catalanes una jornada de gloria. Fué el caso que la república de Pisa, que á cada instante se veia atormentada por los árabes baleares, resolvió en

1113 arrojarle sobre las islas ahogando en su propia guarida á aquella turba de insaciables piratas. La tempestad interrumpió el viaje de los cruzados y arrojó su flota á las costas de Cataluña, que tomaron al pronto los engañados pisanos por las de Mallorca. No tardó empero en desvanecerse su error: no era á tierra de enemigos á la que habian abordado sino á tierra de aliados, y digo de aliados, porque no tardaron, señores, en ser tales para los pisanos los hijos de Cataluña.

Al saber que Pisa se arrojaba denodada á la expedicion contra Mallorca, Cataluña quiso compartir sus peligros y glorias. Tambien conservaban los catalanes recuerdos amargos de los piratas baleares, tambien mas de una vez habian tenido que llorar sus osadas expediciones y sus aventurados avances. ¿Cómo, pues, ya que tan larga cuenta debian pedir el dia de la venganza á los moros de Mallorca, no habian de unir sus armas con las de los pisanos y ser partícipes de la honra y de la gloria de la cruzada?....

Las playas de San Felio de Guixols y de Blanes, esas playas, cuna de la marina catalana, presenciaron un dia la conferencia del conde barcelonés con los caudillos pisanos; convínose en que hermanarian sus armas y que juntos acometerian la empresa, siendo el gefe de ella Ramon Berenguer.

La flota unida de pisanos y catalanes marchó quebrando las aguas del Mediterráneo que veia acercarse el dia en que iba á ser su señor el pendon de las barras. Ibiza la primera probó el valor de los cruzados, y la capital 1114 de Mallorca no tardó en ver á los dos ejércitos hermanos llegar hasta el pié de sus muros y alli clavar atrevidos sus tiendas. Mas de seis meses duró el cerco, lleno de rasgos y episodios heróicos; y si valientes en defender su ciudad querida se mostraron los moros, denodados en atacarla fueron los sitiadores. Sucumbió por fin la capital tras desesperada resistencia en abril de 1115, y por primera vez, penacho de sus torres, el pendon catalan ondeó triunfante en el Alcazar.

Las crónicas se complacen en conservar y referir las hazañas que en esta conquista llevó á cabo nuestro ínclito conde, á quien vemos siempre el primero en el combate y el primero tambien en el consejo, á quien vemos conquistar con sus hechos de héroe el renombre de grande que por estas y otras causas le dió agradecida la posteridad catalana.

La conquista de Mallorca valió á nuestro conde eterno lauro é imperecedera fama, y los pisanos que como á inteligente y esforzado caudillo le acataban, no vacilaron en aceptar de él un nuevo blason para sus armas. A honra señalada tuvieron el dejar sus armas y divisa antigua que era un

castillo, y admitir la cruz de San Jorge que para su estandarte les dió Ramon Berenguer.

Pero desgraciadamente, señores, ni á los pisanos les era dable mantener lo conquistado, ni podia Ramon Berenguer encargarse de la custodia de las islas, puesto que los árabes le amenazaban en el corazon de sus estados, llegando atrevidos hasta á poner sitio á Barcelona. El conde barcelonés, como el leon que se revuelve, acudió en seguida á Cataluña, y bien puede decirse de él que hizo entonces lo que un día Julio Cesar en memorable jornada: llegar, ver y vencer.

Cuenta en efecto la tradicion que el conde efectuó con los suyos un desembarco nocturno en Castell de Fels y que arrojándose de improviso sobre los moros que inútilmente habian tratado de rendir á Barcelona, alcanzó sobre ellos tan fausta y sangrienta victoria orillas del Llobregat, que las aguas de este rio rodaron durante todo un día continuas y púrpureas olas de sangre que fueron á decir al mar lo que la espada de Ramon Berenguer valia.

Empero, si fué destino de la nacion catalana perder, por el abandono en que hubieron de dejarse, las islas que con tanta bravura habia conquistado, tambien es cierto que con la momentánea toma de Mallorca, la marina catalana cobró un nuevo impulso, impulso que desde aquel momento le permitió ya surcar con armadas propias las olas del Mediterráneo. El acrecentamiento de la marina fué, señores, con aquella ida á Mallorca tan extraordinariamente considerable, que euando poco tiempo despues Ramon Berenguer decidió pasar á Italia á contraer nuevas alianzas y obtener el privilegio de una nueva cruzada que contra Tortosa proyectaba, los barceloneses, para honrar á su príncipe, botaron al agua una flota que pudiese tener el doble objeto de defender la persona de su soberano y tambien de grangearle respeto y autoridad ante las repúblicas italianas, en aquel entonces poderosísimas tocante á fuerzas navales.

Despues de haber visitado de paso Ramon Berenguer sus estados de la Provenza, se presentó en Génova acompañado de lucida y numerosa corte. Génova le acogió como á quien era y le honró como su nombre y fama merecian, y cuéntase que peroró en el senado acerca de sus planes y designios obteniendo que la Señoria le prometiese su franco y leal apoyo. Pisa le recibió tambien en su seno y mayor fué aun allí su triunfo pues que salieron los ciudadanos á recibirle en solemne procesion, acompañándole y agasajándole como á uno de los grandes héroes y capitanes del siglo.

Fué para el conde barcelonés su viaje una ovacion continua que bien le probó lo que valia y lo que era estimado su nombre en aquellas lejanas tierras. El Papa Pascual II le otorgó todo lo que le demandara, y honrándole con el dictado de promovedor de la restauracion de la fé, promulgó una bula que con los incentivos de la piedad obligase á todo buen cristiano á ayudar y á valer al conde en la guerra que proyectaba contra los árabes vecinos á Cataluña, señaladamente contra Tortosa que devolver ansiaba á la fé de Cristo.

Al regreso de su viaje quiso la casualidad que un hecho de armas, el cual no carece de importancia, viniese á prestar á Ramon Berenguer mayor gloria. La fortaleza de Fosis ó Castell Foix en Provenza se habia rebelado negando al conde su obediencia. Ramon Berenguer que tenia casi que pasar por junto á sus muros, no quiso dejarla sin castigo y cercándola con la sola ayuda de los barceloneses que llevaba en su escolta, la asaltó y conquistó. siendo el mismo conde el primero que llegó á lo alto de la torre donde tremolaba la señera rebelde; y arrojando por sus manos al foso el pendon enemigo, clavó en su lugar la bandera señorial de Barcelona que de entonces mas continuó flotando ufana al viento, pabellon constantemente triunfante de la domeñada ciudadela.

Desde aquel momento, señores, ya todo es gloria, ya todo es triunfo para el tercero de los Ramons Berenguers. Pocos príncipes como él pueden vanagloriarse de haber llevado á cabo tan señaladas empresas; la historia de su vida asombra; la historia de su época pasma. Fueron tareas de gigante las suyas, y en medio de aquel torbellino de hazañas con que estuvo constantemente envuelto como con un rozagante manto sembrado de pedrerias, admira verle siempre sereno, siempre resuelto, siempre feliz, siempre incansable, llevar á seguro puerto sus esperanzas y á feliz conclusion todos sus proyectos. Era Ramon Berenguer III uno de aquellos hombres que marchan rectos á la inmortalidad porque tienen fé en su estrella, porque la ven lo mismo en un cielo sereno que á traves de las ráfagas y de las nieblas de la tempestad, porque se bañan voluptuosos en sus debiles rayos, y sujetando los azares del destino con su puño varonil como el águila del imperio los rayos con su garra, empujan á los pueblos con el pié para que pedestal sean de su gloria y se yerguen soberanos sobre ellos para aparecer eternamente en triunfo á las miradas fijas de la posteridad absorta.

¡ Vuelto pues á Cataluña como íbamos diciendo, Ramon Berenguer pobló Tarragona y la reedificó alzándola de entre sus escombros como el Fénix de

entre sus cenizas ; marchó contra Tortosa que se apresuró á comprar su salvacion haciéndose tributaria ; llevó sus armas triunfantes hasta el pié de los muros de Lérida que tembló al verle y hubo tambien de pagarle tributo para evitar su pérdida ; dió á su hija por esposa á D. Alfonso VII de Castilla emperador de España ; castigó con mano fuerte ó hizo acceder á humillantes pactos á un conde de Tolosa que le moviera guerra en sus estados de la Provenza ; obligó al rebelde conde D. Hugo de Ampurias que contra él se habia alzado á que le prestara solemne vasallaje jurándole fidelidad, y si bien las crónicas mencionan con lamentos la infausta jornada de Corbins contra moros que fué fatal al conde, tambien en cambio le vemos vengar esta derrota manteniendo á raya á los árabes , y dictando leyes y haciendo pagar tributo á Génova y á Pisa, las dos grandes potencias navales de la época , que. por haber faltado á ciertos tratos , tuvieron que pagar el duro tributo de diez onzas de oro por cada buque que enviasen á nuestras costas.

Asi es como el conde , mirando á lo futuro , iba echando los cimientos de la verdadera grandeza de su corona , y tan bien supo echarlos, que á su muerte en 19 de julio de 1130 los estados que legó á sus hijos se componian de los condados de Barcelona , Tarragona , Vich , Manresa , Gerona y señorío de Perelada , Besalú , Cerdaña , Conflent , Vallespir , Fonollet , Perapertusa , Carcasona , Rodes , Provenza ; que es decir , toda la actual Cataluña , menos la posesion de Tortosa y Lérida y sin ningun dominio en el condado de Urjel , pero con numerosas posesiones hácia el Noguera Ribagorzana , y por la otra falda del Pirineo desde junto á Tolosa hasta el Ródano. Herencia digna , herencia noble , herencia tanto mas noble y tanto mas digna cuanto que era ganada con la punta de la catalana espada , sin apoyo ni ausilio de otras naciones ni cooperacion de extranjeros ejércitos.

Tal fué, señores, Ramon Berenguer III *el grande*. Aun en nuestra próxima leccion volveremos á ocuparnos de él , pues nos toca contar con los mejores colores poéticos que hallar podremos en nuestra pobre paleta su ida á Alemania como simple caballero , para salvar á la emperatriz Matilde que bajo el peso de una acusacion de adulterio iba á perecer, sin el valor de su brazo , en una hoguera. Es uno de los mas bellos y dramáticos hechos de nuestra historia , con todo el brillo y poesía de una leyenda caballeresca y con todo el interes de una novela. Por esto le he guardado para nuestra próxima leccion donde podremos darle mayores límites de los que en la de hoy podíamos disponer.

LECCION XVI.

EL CAMPEON DE LA INOCENCIA.

El juglar de la emperatriz.—La oferta.—El campeón desconocido.—La inocencia triunfante.—Ramon Berenguer IV. — La familia de Castellet. — Guillen de Moncada. — Union de Cataluña y Aragon.

SEÑORES:

Prometí en mi pasada leccion empezar la de hoy con la narracion de una dramática y caballeresca anécdota cuyo principal personaje fué, segun fama, nuestro invicto Ramon Berenguer III el undécimo de los condes de Barcelona.

Paso pues á cumplir mi palabra.

1118 Próximo estaba á fenecer el año 1118: el buen conde se hallaba ya en su capital, de regreso de su espedicion á Italia donde, como sabemos, tan festejado y honrado habia sido por las repúblicas de Génova y de Pisa. Cierta tarde en que Ramon Berenguer, para dar solaz á su ánimo preocupado, se habia bajado al jardin de su palacio con algunos de sus mas íntimos cortesanos, fué avisado de que un juglar venido de luengas y lejanas tierras solicitaba la honra de ser introducido á su presencia. Dióle permiso el conde para llegar hasta él creyendo que, como de costumbre, seria uno de aquellos juglares, errantes y vagamundos bufones, que iban de castillo en cas-

tillo, de palacio en palacio y de córte en córte, prontos siempre á distraer con sus cuentos, á divertir con sus necedades ó á narrar amantes y galanas historias. ●

Presentóse el juglar y su presencia sola admiró á los circunstantes. No iba vestido como era uso entre aquella clase de gente, es decir con su caprichoso traje de diversos colores y lleno de campanillas, sino que vestia por el contrario de negro mostrando en su pecho y espalda el blason y los colores de la casa real á la que parecia servir. Admirado el conde concediole la venia que para hablar demandaba.

El juglar entonces se adelantó y dirigiéndose á todos exclamó con voz alta y firme:

—Barones, nobles, caballeros, yo soy el servidor mas humilde de la emperatriz Matilde, hija del rey de Inglaterra y esposa de Enrique V de Alemania. Mi noble señora soporta con resignacion en el dia, hundida en la noche de una cárcel, las penas que con una vil acusacion y afrentosa calumnia han arrojado sobre su cabeza dos poderosos señores de su córte. De adúltera se han atrevido á acusarla por torcidos y malvados fines, de adúltera á ella tan pura como la oracion de un niño, tan casta como la primera luz de la mañana! Su esposo ha dado crédito al aserto de aquellos viles y felones cortesanos, y la pobre víctima para huir al inmediato castigo de su ira, ha apelado al juicio de Dios, confiando en el Ser Supremo que jamás desampara á la inocencia. El emperador ha suspendido el rayo de su cólera y ha dado de plazo un año y un dia. Si en este tiempo no se presenta en Colonia un campeon dispuesto con lanza y espada á sostener la inocencia de la emperatriz en lid abierta con sus dos acusadores que adúltera la proclaman, mi pobre señora Matilde perecerá en una hoguera. Mientras ella gime en la cárcel aguardando la hora fatal del plazo, yo, su oscuro vasallo y su humilde servidor, voy errante por el mundo visitando una tras otra las córtes y procurando, á la voz de la inocencia en peligro, encender el fuego sacro del entusiasmo en los corazones hidalgos. Todos mis esfuerzos han sido vanos hasta hoy. Todavía no ha encontrado su campeon la buena causa. Aquí he venido por fin porque hanme dicho que aquí era una ciudad opulenta y bella donde un ejército de héroes descansaba á la sombra de los laureles que tejer habia sabido para sus frentes el mejor de los principes. Pues bien, nobles señores, ya que aquí he llegado, ¿tambien me toca aquí apelar en vano? ¿No habrá entre tantos valientes un campeon que á lidiar se decida por la inocencia? ¿Tendrá el pobre juglar que volver á su tierra y

decir á la afligida emperatriz: Dios ha apartado de vos su mirada, señora; no hay en todo el mundo de la caballería ni un solo caballero que por la inocencia oprimida se resuelva á embrazar un escudo y á empuñar una lanza!

Así habló el mensajero, y es fama que al concluir su largo razonamiento volvió á todas partes unos ojos preñados de amargas lágrimas.

Cuéntase que varios caballeros se disponían á contestar, pero el conde adelantándose detuvo al borde de los labios de todos, las palabras que iban á salir impelidas por un generoso impulso.

—Juglar—dijo el conde—y cuando termina el plazo?

—Dos meses faltan y un día.

—Apresúrate pues,—replicó el conde—vuelve á Colonia, y á enjugar ve las lágrimas de la que sufre inocente en el fondo de una cárcel. Dile que en tu peregrinación has dado con un país en que todos son caballeros; no hay aquí para la inocencia un campeón solo, hay diez, hay veinte. Torna pues á tu país, juglar. La palabra de Ramon Berenguer te sale garante de que allí irá un campeón de Cataluña. Quien sea no lo sé, porque... léelo en los ojos de todos... todos quieren serlo. No te diré pues quien, pero hástete saber que irá. Aquí va en prenda mi guante que puedes dar á tu señora para que lo arroje al rostro de los caballeros acusadores. Para rescatar este guante y para hacer honor á mi palabra todos los caballeros de mi corte irían sin distinción al cabo del mundo.

No dijo más el conde, pero bastóle al juglar, que partió aquella tarde misma de Barcelona.

Ocho días después envueltos en las sombras de la noche partían también dos caballeros de la ciudad condal.

Valiéndonos ahora, señores, de esa libertad que al narrador se le concede de pasar de un punto á otro con la rapidez del rayo, nos trasladaremos á Colonia y haremos por llegar allí precisamente el día mismo de finir el plazo.

Un palenque se había alzado fuera de la ciudad. Ocupaba las gradas una inmensa muchedumbre deseosa de asistir al espectáculo que se preparaba. En un lugar elevado veíase bajo ricos y lujosos pabellones el trono del emperador Enrique; en frente estaba la pira junto á la cual se mantenían en pie dos sayones con hachas encendidas, dispuestos á prender fuego así que hubiese concluido el plazo. Algunos pasos más allá, de pie en medio de una guardia, se veía á la tan hermosa como infeliz Matilde, el cabello suelto

sobre sus hombros, las manos plegadas, los ojos dirigidos al cielo, la calma de la resignacion y de la inocencia pintada en su semblante y acaso el torcedor de la angustia clavado en su corazon. En un extremo del palenque se alzaban dos tiendas sobre las que flotaban, juguetones penachos, las banderolas con los colores de los dos paladines mantenedores.

Largo rato hacia ya que la multitud esperaba y el sol estaba mucho mas allá de la mitad de su carrera. Las trompetas de los acusadores y mantenedores del juicio habian varias veces rasgado sonoras los aires haciendo estremecer los ámbitos del palenque, sin que á su voz contestase la del clarin de un solo defensor. La multitud empezaba á desconfiar; solo la acusada inmóvil, alli, á cuatro pasos del verdugo, estaba tranquila. Un caballero, cubierto con el hábito de un monje, habia la víspera penetrado en su prision para decirla como habia venido de lejanas tierras para pelear por ella y por su causa; solo se le presentara para saber de su propia boca que era inocente; seguro entonces, el caballero pelearia con fervor y fé. La emperatriz le juró su inocencia y entonces el caballero le habia revelado, pero bajo inviolable secreto hasta pasados tres dias, su nombre y posicion.

Segura estaba pues Matilde de que acudiria el defensor.

Impaciente ya el emperador mandó que por última vez sonaran las trompetas del campo, pero esta vez no fué en vano. Aun vibraba balanceándose en los aires el eco de las provocantes trompas, cuando respondió aguda la voz de un clarin y abriéndose la valla, saltó á la arena, ginete en un negro caballo de raza árabe, un arrogante caballero lujosamente armado de punta en blanco.

Al ver el defensor que Dios enviaba, al ver la gallardía y arrogancia con que manejaba el caballo y vestia la armadura, la multitud, que sentia secretas simpatías por la pobre emperatriz, la multitud respiró y, como signo de favor, acogió al recién llegado con un lisonjero murmullo de aprobacion.

Es preciso saber ahora, señores, que el caballero que se presentó en el palenque no era otro que el mismo conde de Barcelona Ramon Berenguer III. Habia partido de su capital en pos del juglar y en compañía de Beltran de Rocabruna, natural de la Provenza, caballero famoso en armas en aquel tiempo, que estaba dispuesto á pelear como él en favor de la ultrajada inocencia, pero asi que estuvieron en Colonia Rocabruna desapareció. Las crónicas, por mas que he querido averiguarlo, no dan noticia de como fué esta desaparicion á la que impeliria sin duda alguna causa superior á la volun-

tad del paladin, pues no es creible que Rocabruna, cuyo valor era sabido é indisputable, temblase ante la proximidad del combate y se retirase vergonzosamente por miedo á la lucha. Lo cierto es que el conde, viéndose desamparado de su compañero, se decidió á probar solo la aventura y solo, como hemos visto, se presentó en el campo.

Así que estuvo en él acercóse al tablado donde se hallaban los jueces y sin declarar su nombre ni levantarse la visera, les dijo como él y un otro caballero vinieran en campaña para hacer armas por la disculpa de la emperatriz, y que hallándose indispuerto su compañero, acudía él solo á pelear con uno de los dos contrarios y luego de vencido con el otro ó con los dos á un tiempo si tal era la voluntad de los jueces, que él estaba acostumbrado á no apurarse por tan poco y que no eran mucho dos mal caballeros por un cumplido paladin.

Decidieron los jueces que pelearia primero con el uno y luego con el otro, si salia vencedor.

Lanzóse al campo el primer acusador y partió, lanza en ristre, contra el conde, que firme le esperaba. A este primer encuentro rodó ya mal herido por el polvo el caballero alemán, y antes que el vencedor hubiese tenido tiempo de apearse del caballo para hacerle confesar vencido, habia ya el caido arrojado el alma por la boca de su herida.

Volvió el conde á su puesto para empezar con el segundo, pero este amedrentado por la muerte de su compañero, sobrecojido de un pánico terror en que entraba tal vez por mucho la irresistible voz de la conciencia, en lugar de acudir á donde el incógnito le esperara, voló á las plantas del emperador y allí postrado confesó su alevosía acusándose de calumnia y disculpando á la emperatriz. El emperador, desde que esto oyó, tuvo de ello gran satisfaccion y gozo y púsose en pié para comunicar la nueva de la inocencia de su esposa al congregado pueblo.

Vióse entonces á la multitud estallar en gritos de alegría y de entusiasmo, y como es en el pueblo lo mismo la alegría que la cólera, pues lo mismo ruje una que otra, y si la una destruye la otra ahoga, la multitud, digo, saltó al palenque, destruyó el cadalso donde se alzaba la pira, cojió al acusador y dióle muerte cebándose en él con la ferocidad del tigre en la presa, y en seguida buscó al vencedor para llevarle en triunfo. Pero era ya tarde. Aprovechando la primera confusion del tumulto el vencedor, sin vender su incógnito, habia desaparecido.

En cuanto á la emperatriz, fué llevada con gran pompa á palacio, donde

la recibió en sus brazos el emperador pidiéndole perdon por la injuria que le hiciera dando crédito á la maldad y á la calumnia. Todo fueron entonces fiestas y regocijos en Colonia , pero pesábale mucho al emperador no saber quien era ni donde se habia huido el caballero vencedor. Viendo entonces la hermosa Matilde su desconsuelo , le dijo como ella sabia quien era el campeon , pero que descubrirlo no podia hasta pasados tres dias de la batalla por haber sido así jurado y prometido. Terminado el plazo , no olvidó preguntárselo el esposo , y Matilde le dijo que el gallardo y generoso vencedor habia sido el conde de Barcelona.

Admiróse el emperador , segun cuenta la crónica , de que de tan lejanas tierras hubiera ido un hombre que no le conocia para salvarle á él la honra , y á su mujer la honra y la vida. Así es que volviéndose á ella , es fama que le dijo:

— Pues tanta bondad y virtud ha habido en el conde que ha restituido vuestra libertad y mi honra y alegria , no habeis de parar , señora , hasta que yendo vos á su tierra me lo traigais aquí para que yo le honre.

Plugo esto á la emperatriz y todo se dispuso en seguida para el viaje. Con muy galana comitiva de grandes , prelados , señores y caballeros abandonó Matilde la córte de Colonia y vino en cincuenta dias á los montes Pirineos , deteniéndose á descansar en Perpiñan. Así que supo el conde su llegada , ordenó grandes festejos para obsequiarla , y partióse con lo mejor y mas lucido de su córte hasta Gerona , donde la recibió como cumplia á su rango.

Dieron juntas las dos comitivas la vuelta á la ciudad condal , y cuentan la tradicion y la crónica , que doce millas antes de llegar á Barcelona encontraron todo el camino cubierto de mesas , una junto á otra , sobre las cuales habia gran profusion de manjares , de refrescos y vinos de todas clases con todo lo necesario al servicio , para que cada uno de los que en la comitiva de la emperatriz venian , tomase y comiese á su sabor lo que bien le pareciese. Maravilláronse los alemanes al ver tanta magnificencia y tan régia hospitalidad , y diz que de aquella circunstancia tomó en las naciones estrangeras origen el refran que dice: *es como la mesa de Barcelona* cuando indicar se quiere una mesa bien provista y abastecida.

La emperatriz halló convertida á Barcelona en un sitio de delicias. Interin permaneció en su recinto se sucedieron las fiestas , prodigáronse las diversiones , y en verdad que hubo de quedar altamente complacida á la régia y fastuosa hospitalidad que supo darle la capital de los condes. Cuando se

marchó, cuentan las crónicas, pero sin que á asegurarlo se atrevan, que el conde partió con ella á Alemania donde fué á su vez muy festejado por el emperador Enrique quien le colmó de regalos y presentes.

Tal es, señores, la aventura de Ramon Berenguer III. Y ahora que se sabe ya, dígaseme si no vale ella sola lo que una novela?....

Pero hora es ya de que apartando nuestra vista de las tradiciones la fijemos en el conde Ramon Berenguer IV, que asoma, irradiante figura, entre un lujo excesivo de empresas y victorias, al par de aquellos dioses de la antigüedad que aparecen envueltos en nubes de púrpura y oro.

Es sin disputa, señores, Ramon Berenguer IV el gran príncipe y el gran héroe de nuestra catalana historia, y admira en verdad que Barcelona, que Cataluña no haya legado aun á su respetada memoria un glorioso é imperecedero monumento. Fin de una dinastía de valientes y principio de una raza de héroes, el duodécimo conde barcelonés fué uno de aquellos hombres que arroja al mundo la Providencia como fuertes columnas, como puntos de apoyo donde descansan el pasado y el porvenir; fué uno de aquellos hombres que dejan su nombre á su época, y pocos príncipes se cuentan que hayan proporcionado tanta tarea á sus biógrafos. Es de aquellos de quienes puede decirse con el poeta que cuentan los dias por hazañas. Es en una palabra el Carlomagno catalan.

1131 Ramon Berenguer IV subió al trono condal el 19 de julio de 1131, heredando todos los estados de su padre pero sin la Provenza que fué legada á su hermano Berenguer Ramon. Relevantes muestras dió de su futura firmeza y dignidad en el primer acto que le vemos llevar á cabo, acto muy parecido al que un dia, para honra de la condal corona, llevó á cabo tambien, segun en otra leccion dijimos, su noble antepasado Ramon Berenguer *el viejo*.

Es el caso que el conde halló muy allegada al trono y muy enorgullecida con su valimiento la familia de los Castelletts, casa guerrera, célebre por su gloria, afamada por su valor, importante por sus haciendas, familia rebelde tambien, pues que en el anterior condado habia tomado las armas contra el conde de Barcelona acerca de un pleito que se le habia movido sobre la tenencia del Castillo viejo ó vizcondal. Cuando Ramon Berenguer IV se sentó en el trono, los Castelletts se habian ya reconciliado con la casa condal y, á fuer de insolentes privados, exijian impuestos y tributos. El conde, aunque jóven de diez y siete años, sentia latir en su pecho un corazon varonil y no era hombre para permitir tamaños desafueros, ni menos aun

para que se le impusiesen á él obligaciones como lo hizo con sobra de desacato y con lujo de soberbia Ramon de Castellet, pidiendo al jóven conde algunos derechos que debía granjear de su cargo de Veguer. Ofendido Ramon Berenguer IV, pero moderado y prudente, no queriendo deber nada sino á la justicia, sometió el negocio á un tribunal compuesto al efecto y el cual era presidido por el santo arzobispo Olaguer, cristiana y poética figura de aquella remota edad.

Es cosa de notar, señores, la imparcialidad con que llevó á cabo aquel tribunal su cometido. Dicese que buscó é hizo valer todas las pruebas, y que allí donde estas faltaron, sentenció que la verdad fuese buscada en duelo á campo cerrado, es decir en un Juicio de Dios. Costumbre rara, costumbre bárbara si se quiere, pero que obligaba porque era la ley, ley igual para el noble como para el villano, para el monarca como para el vasallo.

Entonces se vió como Ramon Berenguer cediendo al fallo del tribunal cuyos jueces habia él nombrado, bajó al campo á pedir con la punta de su lanza cuenta estrecha de su orgullo al de Castellet, y es de creer, aunque á punto fijo se ignora, que el duelo debió verificarse y que el Veguer debió de quedar vencido, pues que vemos triunfantes las justas y legítimas pretensiones del conde.

Hermoso aprendizaje para un príncipe! famoso ejemplo que dice mucho en favor de la civilizacion de aquella época, pues que es el primero el monarca en obedecer la ley que rije á sus vasallos!

Ya en esto, señores, la faz de las cosas iba á cambiar, y, aurora de cerca tres siglos de gloria, un enlace iba á reunir dos reinos y á hermanar á dos pueblos que estaban destinados á ser, unidos, el asombro del mundo que debía admirado verles llevar á cabo hercúleas y colosales empresas.

Voy, señores, á contar este gran acontecimiento segun de sí lo arrojan empolvados manuscritos y viejas crónicas.

Habia en Cataluña un noble poderoso descendiente de uno de los primeros conquistadores de la tierra, que ejercia jurisdiccion en una gran parte del territorio, que habitaba un palacio, situado como el nido del águila en la cima de una escarpada montaña, que se titulaba gran senescal de Cataluña, que se tenia por el magnate de mas poder y fama, y que se creia la columna mas firme del trono condal, tanto que en él era costumbre decir que le bastaba hacer un movimiento para derribar á los Berenguers. Era este hombre Guillen Ramon de Moncada.

Su orgullo y su soberbia le obligó, como Castellet, á chocar un dia con

el conde sobre pertenencia de aguas , pero el conde que revelaba ya en sus cualidades al futuro vencedor de Tortosa y de Almería , desterró al de Moncada de sus estados , y tan ejecutiva fué su justicia , que Moncada hubo de huir refugiándose en Aragon. Alli vivia retirado , cuando las circunstancias le proporcionaron ocasion de servir á su patria y á su príncipe , cuya justicia no habia podido menos de admirar aun cuando él fuese su víctima. Moncada reconoció su yerro y dispuso por medio de una noble accion volver á ganar la confianza de su soberano , que no es propio de almas catalanas guardar el rencor por mucho tiempo.

Agitados andaban entonces los negocios de Aragon. Este reino era codiciado por varios ambiciosos soberanos que anhelaban arrojarle sobre él como el buitre sobre la presa. Ramiro *el monje* , que por haber muerto su antecesor sin hijos , habia abandonado el claustro por el palacio y la coga por la púrpura , Ramiro , obligado á casarse para tener descendencia , acababa de ver nacer á una hija y propuso por lo mismo á los aragoneses la eleccion de un esposo y tutor de la infanta , la cual apenas tenia dos años , para renunciar en él el reino y retirarse otra vez á terminar su vida en las rústicas dulzuras y piadoso recojimiento de un solitario claustro.

Procuraron los ricos hombres y caballeros disuadirle de esta idea , pero fué en vano. Pasóse entonces á tratar de la eleccion de sucesor. D. Ramiro se inclinaba al rey de Castilla que tenia en su poder entonces á la infanta , pero los aragoneses se resistieron con firmeza , y siguióse el parecer de Guillen Ramon de Moncada , el cual habia alcanzado gran consideracion entre los nobles , que propuso á D. Ramon Berenguer de Barcelona.

Los aragoneses no podian elegir mejor. Ramon Berenguer era por su nombre el terror de los moros , tenia una poderosa marina , era fuerte en mar y tierra , su trono era respetado en las naciones estrañas y mas lejanas , y era en fin el mejor escudo con que podian los aragoneses guarecerse de la ambicion de Castilla.

Decidieronse pues , y una embajada partió al efecto á Cataluña. El de Moncada , que era del número de los embajadores , se adelantó al llegar á la frontera y fuese solo á encontrar al conde de Barcelona que habia en aquella sazon salido á campaña y que tenia establecido su campamento orillas del Ebro. Llegado que hubo ante Ramon Berenguer , que halló en su tienda rodeado de varios de sus nobles , se arrodilló y le pidió la mano para besársela , pero el conde que tal vió le dijo con enojo :

— ¿ Qué osadía es esta el de Moncada ? Cómo os habeis atrevido , des—

pues de lo pasado, á presentaros ante mí? Qué confianza tan desatinada ha sido la vuestra?

— Señor, — le contestó Moncada, — como hombre que va á hacer un gran servicio á su señor, me atrevo á ponerme delante de vos y á pedir os perdon y merced, que os traigo, señor, á la infanta Doña Petronila de Aragon por mujer y al reino de Aragon por dote. El rey de Castilla tenia á la infanta en su poder y la habia mudado el nombre llamándola Doña Urraca. Yo he advertido á los aragoneses que quien daba á la infanta nombre castellano, marido de Castilla le daria tambien, siendo menos-cabados por ello. Que mucho mejor les seria si casase con vos, haciendo de este modo un solo señorío de las dos tierras de Aragon y Cataluña. Han venido en ello, señor, y yo me he adelantado á los embajadores que os traen tal nueva para ganar por albricias el perdon de mi pasado yerro.

Así se cuenta que habló el de Moncada, y diz que el conde le contestó.

— Tales nuevas traeis el de Moncada, que no sé yo rey ni príncipe en el mundo que no las recojiese con alegría y os perdonase cualquier ofensa por grande que fuese. Alzad del suelo que perdonado queda quien tan bien obra.

Y en efecto, los brazos del príncipe se abrieron para recibir al senescal que, como veremos mas adelante, fué una de las ilustraciones de su reinado.

1136 Tal fué, señores, como la heredera de Aragon, apenas niña de dos años, fué prometida á Ramon Berenguer IV de Barcelona, y como á 11 de octubre de 1136 su padre D. Ramiro se la dió por mujer juntamente con el reino. Como es de suponer, los espensales fueron de futuro; pero la cesion del reino comenzó á ponerse al punto por obra, y muchos señores aragoneses prestaron al conde su homenaje y firmaron la donacion, en la que se consignó la cláusula terminante de que si la infanta llegaba á morir, su esposo gozase *libre é inmutablemente* la donacion del reino.

LECCION XVII.

RAMON BERENGUER *el Santo*.

Sucesos y luchas. — La conquista de Almería. — Tradicion. — Toma de Tortosa. — Ponce de Cervera. — Avances de Ramon Berenguer. — Conquistas de Lórida, Fraga y Mequinenza. — Cataluña libre de moros.

SEÑORES:

Se podría escribir un largo volúmen con la sola historia de Ramon Berenguer IV *el santo*. Trataré de presentarla en resúmen y haciendo por no olvidar ningun detalle. Ya sabemos que en los primeros años de su con-
dado enlazó con Doña Petronila de Aragon. Este enlace, si bien importante
pues que hizo poseedora de un reino á la casa de Barcelona, no es en el
fondo de tanta cuantía por el pronto como parece, pues que tan miserable
estado era en aquel entonces el de Aragon, que el conde se veia precisado
á ganar con la espada en la mano la mayor parte de lo que se le habia
dado. A mas, D. Alfonso *el batallador*, mas guerrero que monarca y mas
soldado que político, habia en su testamento nombrado por herederos de
su reino al santo sepulcro de Jerusalem, á la milicia del Templo y á la del
Hospital. Los aragoneses no quisieron cumplir este testamento y coronaron
al hermano del difunto, monje benedictino y obispo electo, D. Ramiro, que
por esto se llamó *el monje*. Mientras D. Ramiro se veia obligado á casarse
para dar sucesion al trono, el rey de Castilla se declaró pretendiente del

reino de Aragon , y lo mismo hacia el de Navarra García Ramirez. No era pues entonces el Aragon un estado que pudiese despertar la ambicion de cualquier príncipe ; al contrario , intereses tan opuestos y deseos tan encontrados hacian que se reuniera un concurso de circunstancias tales capaces de amedrentar al mas decidido.

¿Qué era en efecto la dote de Doña Petronila , la hija de D. Ramiro , si se habia de cumplir el testamento del *batallador* Alfonso ? si el rey de Castilla , que tenia ya un pié en Aragon , llevaba adelante sus intentos ? si el rey de Navarra , que á fuerza de armas comenzaba á tasarse su parte , invadia vencedor el reino ?.... Sí , ¿qué era esa dote mas que un palenque abierto á la ambicion y al derecho , una arena donde , revueltos y confundidos , iban á luchar los contendientes hasta que dueño de todo quedara uno de ellos por la razon de la fuerza ?

Hubieron verdaderamente de creer los aragoneses que fué Dios quien les inspiró la idea de enlazar á la heredera de su trono con el héroe que rodeado de la gloria y esplendor de los Berenguers asomaba triunfante en Cataluña ; hubieron , sí , de creerlo , pues que , ¡ desgraciados de ellos que la dote hubiese caido en manos menos hábiles , menos varoniles y menos dispuestas á empuñar la espada ! El conde de Barcelona empezó por medir y calcular la fuerza de sus contrarios , como hacia paladin aventurero al entrar en el palenque donde lanza en ristre le esperaban los mantenedores , y se halló por una parte pariente del castellano , mientras que se encontró por otra superior en fuerzas al navarro. Sirviése pues de su superioridad con el uno y de su parentesco con el otro como de un arma de dos cortes , y mientras que , invocando el lazo de la sangre , obligaba al uno á desistir , haciendo retumbar sonoras sus trompas de guerra obligaba al otro á retroceder. En cuanto á los templarios y á los embajadores del Santo Sepulcro y de la milicia del Hospital , que acudieron á pretender la herencia , ¿ qué podian ni cómo debian hacer pesar sus razones , cuando las armas de Castilla y de Navarra no eran bastantes á inclinar la balanza ?....

1140 Los hospitalarios fueron los primeros en desistir y en renunciar á favor de Ramon Berenguer todo lo que por el testamento de Alfonso el *batallador* podia pertenecerles ; el Santo Sepulcro no tardó en adherirse y en firmar tambien la renuncia ; solo los templarios tardaron mas en ceder , pero vencióles por fin la galantería y delicadeza ó mas bien astucia del conde barcelonés , quien les allanó el camino á una renuncia honrosa , pidiéndoles con instancia que pasasen á establecer una escuela de su orden en Aragon ,

donde les ofrecia la ciudad y castillo de Daroca para asiento y palacio de sus freiles. Los templarios aceptaron, y al aceptar hicieron renuncia de sus derechos.

Mientras todo esto tenia lugar y se alargaban los plazos y se hacian enojosas las dilaciones, no se crea, señores, que permaneciese por otra parte ocioso nuestro conde. Alerta y vigilante, prudente y político, resuelto y batallador, á todo acudia, de todo se hacia capaz, y pronta estaba su mano á remediar todos los males. Así le vemos, y en verdad que debe asombrarnos verle de este modo, hacer casi á un tiempo rostro á los ataques repentinos del navarro, á los disturbios de la Provenza que pugna por escapársele, á la rebeldia de Hugo de Ampurias que contra él levanta pendones en el Ampurdan, á la restauracion de Aragon y al gobierno de Cataluña.

De todo salió airoso y triunfante. El conde de Tolosa, que habia contra él levantado ejército, tuvo que someterse al verle acudir y vióse obligado á firmar la paz. Hugo Pons de Ampurias, que habia fortificado el castillo de Carmenzon, vió á las gentes del conde demoler su guarida mientras que él tenia que rendirle homenaje. Ramon de Baucio, que deseaba apoderarse de la Provenza, tierra cuya posesion habia de ser tan costosa como funesta á Cataluña, habia sacado á plaza sus pretensiones y habia dado el grito de guerra contra Berenguer Ramon, hermano menor del conde barcelonés que tenia en herencia aquellos estados, pero Ramon Berenguer acudió volando, á la primera nueva, en favor de su hermano; y con aquella rapidez portentosa con que ejecutaba sus hechos de guerra, sitió y rindió á 1144 Montpellier, baluarte principal del rebelde Baucio, pacificó la Provenza, y volvióse triunfante á Cataluña, dejando solo en feudo á los Baucios el castillo de Trencataya.

No tardó empero en tener que acudir de nuevo. Su hermano Berenguer Ramon murió á fines de 1145 en un encuentro con unos corsarios genoveses, y al ver entonces Ramon de Baucio la Provenza en manos de un niño hijo del difunto Berenguer, tornó á levantarse atrevido é intentó apoderarse de Arles, dando con ello su primera señal de rebelion. La Provenza volvió entonces á temblar bajo las huellas del ejército de Ramon Berenguer IV que acudió valeroso en defensa de su sobrino como habia antes acudido solícito en auxilio de su hermano. Segunda vez, señores, el orgullo de los Baucios tuvo que estrellarse contra la firmeza del conde barcelonés; segunda vez este, calmando la tempestad, obligó á los rebeldes señores á retirarse á la

fortaleza y á rendirle feudo y homenaje. Pero esta vez no se retiró de la Provenza sin antes haber dejado seguro y firme el s6lio condal de su sobrino.

Terminada esta gloriosa y leal empresa, Ramon Berenguer IV, á quien dan las cr6nicas el triple dictado de conde de Barcelona, pr6ncipe de Aragon y marqu6s de la Provenza, volvi6se á sus estados y comenz6 definitivamente la guerra contra el rey de Navarra tom6ndole una fortaleza 6 incendi6ndole una ciudad. Alfonso de Castilla, que vi6, contra el secreto voto de su corazon, llevar al de Barcelona lo mejor de la contienda, quiso mediar entre los dos enemigos y les oblig6 á firmar una tregua, tregua que les invit6 á aprovechar acometiendo una empresa que hubiera bastado por si sola á inmortalizarles.

De la conquista de Almería es de la que hablar quiero.

Unidos el conde de Barcelona, el rey de Castilla y el mismo monarca de Navarra á los provenzales, genoveses y pisanos, trataron de hacer armas comunes contra el enemigo comun. Almería, guarida de los piratas sarracenos, hacia temblar con solo su nombre las costas del Mediterráneo. La Santa Sede instaba para que se llevase á cabo esta expedicion; Génova, que paseaba triunfantes los mares con sus galeras voladoras por las aguas como las golondrinas por los aires, estaba pronta á coadyuvar á la empresa; Pisa cuyo 6dio contra los árabes era proverbial, prometia su apoyo; Alfonso de Castilla estaba animado de la ambicion de gloria 6 incitado por la cristianidad de la empresa; y Ramon Berenguer, que veia pr6csimo el dia de ser Barcelona la reina de los mares, consideraba interesante aquella guerra por lo que importaba al naciente comercio de su capital y c6rte y por lo que de gloria prometia á sus buenos catalanes.

La expedicion, señores, se llev6 á feliz término, y la historia la recuerda como una de las empresas mas brillantes contra sarracenos. Almería, combatida por mar y tierra sin tregua ni descanso, sucumbió el 17 de octubre de 1146, despues de dos meses de cerco, y nuestras banderas cristianas con las enseñas de Castilla, Cataluña, Navarra, Génova y Pisa se enarbolaron triunfantes sobre los muros de la ciudad vencida. El valor de los catalanes ray6 tan alto en esta empresa que lleg6 á admirar á las naciones aliadas, y Ramon Berenguer pudo entonces mejor que nunca conocer que mucho podia prometerse el porvenir de aquellos hombres que eran tan adictos á su pr6ncipe como á su gloria. •

Cuentan las cr6nicas que, llegada la hora de repartir el botin, el conde de Barcelona, despues de haber dado á cada uno de los suyos lo que le

pertenecía como despojo del enemigo, se quedó solo para él las puertas de uno de los portales de la vencida Almería, puertas que se trajo á Barcelona ostentándolas cual rico blason de su triunfo y poniéndolas como perenne muestra y recuerdo de su victoria en el portal entonces llamado de Santa Eulalia. Es fama que estaban dichas puertas cubiertas de cueros de buey y tachonadas con clavos de bronce sobredorado. La muchedumbre acudió solícita á contemplarlas, y como se quedaban todos como *bocs* ó *badocs* — que quiere decir en castellano con tanta boca abierta —, la calle en que estaban estas puertas empezó á llamarse desde entonces de la Bocaria, nombre que aun hoy conserva.

A la conquista de Almería va anexa, señores, una poética y peregrina tradicion que envuelta hallamos en un místico aroma de religiosidad como flor en una dulce atmósfera de balsámicas esencias.

Entre los caballeros catalanes que partieron con el conde y de que hacen mencion las crónicas, se contaban el senescal Guillen Ramon de Moncada, Armengol conde de Urgel, Guillen de Cervellon, Gilaberto de Centellas, Ramon de Cabrera, Guillen Folch vizconde de Cardona, Guillen de Anglesola, Ponce de Santa Pau, Guillen de Claramunt, Hugo de Treyá, Galceran de Pinós y con este Sancerní, señor del castillo de Suyl, dependiente de la baronia de Pinós.

Estos dos últimos, Pinós y Sancerní, en uno de los primeros encuentros que hubieron los catalanes con los moros de Almería, quedaron desgraciadamente prisioneros con afliccion y pesar de todo el ejército que sabia tener en ellos dos firmes corazones y dos hombres de reconocido valor. No tardó en saberse que los dos infortunados caballeros estaban en poder de un opulento moro que habia mandado transportarles á Granada. El catalan ejército tuvo que vencer sin sus dos compañeros, y volvióse triunfante y lleno de laureles á su patria dejando cautivos y aherrojados en tierra extraña á los dos valientes campeones.

El conde de Barcelona al estar ya en sus estados envió un mensajero al rey moro de Granada pidiendo la libertad de Galceran de Pinós y de su compañero, pero el rey moro de Granada pidió en rescate de D. Galceran cien doncellas, cien mil doblas, cien caballos blancos, cien paños de oro de Tauris y cien vacas, tanto era lo que el de Pinós valía en el ánimo del árabe monarca.

A tal contestacion los padres de D. Galceran, D. Pedro de Pinós y Doña Berenguela de Moncada, dejaron correr abundantes sus lágrimas. Veian

la imposibilidad de cumplir lo que el rey moro pedia, y lloraban... lloraban sin tregua ni descanso. ¿Qué otra cosa mejor que las lágrimas para los infortunados? ●

Un día... el sol matizaba los altos montes de Cataluña, los árboles susurraban una melodía anjélica, los arroyos y cascadas murmuraban un himno... La naturaleza entera sonreía. Parecía imposible que hubiese un corazón triste en un día tan hermoso.

Los vasallos de la baronía de Pinós se presentaron á su señor. Un pueblo entero iba á sacrificarse y á trocar sus lágrimas por las que hasta entonces habian derramado sin descanso los ojos de unos padres infelices. He aquí, señores, lo que oyó D. Pedro de Pinós de boca de sus vasallos.

—Señor, nosotros sentimos tanto vuestra tristeza por los buenos tratamientos que como á padre nos habeis hecho y tenido como á hijos, que determinamos haceros el mayor servicio que vasallos hayan hecho á su señor. No tengais por imposible haber las cien vírgenes doncellas que se den por esclavas en poder de moros para sacar vuestro hijo de poder de ellos, que nosotros tomaremos este cargo. De nuestras entrañas sacaremos el rescate de vuestro hijo, con nuestra carne y sangre libramos á nuestro señor. Quién dos hijas tenga entre nosotros dará una, y quien tres ó cuatro tuviere dará dos, y quien una sola hubiese engendrado echará suertes con otro que no tenga tampoco mas de una sola, y al que le cupiere la dará, y así haremos cumplimiento en las cien doncellas para bien nacidas, pues darán ejemplo de amor y de lealtad.

Esta vez al oír esto fué llanto de gratitud el que derramaron los ojos de D. Pedro de Pinós. Ejemplo de virtud de amor, de lealtad y desinterés, como acaso no tenga igual señores!

Señalóse día para la marcha y fijóse Salou para punto de reunión. Allí debía embarcarse el rescate y partir á Granada.

Todo estaba ya prevenido. Llegó el día señalado. Un crecido grupo de gente al brillar los primeros rayos del sol, salía por las puertas de Tarragona. Era el pueblo que acompañaba con gritos de bendición á las cien hermosas doncellas que iban voluntariamente á entregarse en poder del moro para rescatar á su joven y valiente señor. Iban todos por el camino aparentando marchar alegres como si se dirigieran á una fiesta, cuando vieron venir hácia ellos á dos caballeros. Júzguese de la sorpresa y del asombro cuando al estar cerca se reconoció en estos dos caballeros á los mismos á quienes se creía en poder del moro granadino, á Galceran de Pinós y Sancerní.

Los dos caballeros contaron que cautivos estaban y aherrojados en un oscuro calabozo de Granada, que aquella misma noche se habian entregado con fervor á la oracion pidiendo al cielo que les concediese la merced de librarles de la esclavitud, y que en seguida vieron caer sus cadenas y abiertas las puertas de su cárcel, hallándose á los primeros rayos del sol sin saber como cerca los muros de Tarragona. La Providencia habia acudido en su socorro. Todo entónces fueron fiestas, regocijos, júbilo, y los barones de Pinós, que sin el sacrificio de sus amados vasallos, habian recobrado á su hijo, derramaron á manos llenas el oro sobre el pueblo.

En memoria de tal milagro — *Miracle* — Sancerní señor de Suyl tomó el nombre de Miracle y de él descenden los tan famosos Miracles de Valencia y Cataluña.

Volvamos ahora á anudar, señores, el hilo de la interrumpida historia del cuarto de los Berenguers.

La empresa de Almería sirvió al conde barcelonés para estrechar sus relaciones con Génova y entrar en pactos con esta señoría poderosa en el mar y temida de los moros. Celebróse entre Cataluña y Génova un tratado de alianza en que se estipuló que unirían sus fuerzas y marcharian contra Tortosa primero, contra las Baleares en seguida; empresas ambas que el conde ansiaba vivamente llevar á cabo. Solo los disturbios de Aragón habian suspendido la reconquista de Cataluña. Ramon Berenguer IV, que ha sido el gran héroe catalan, decidió no perder mas tiempo y acabar de restaurar en gloriosas jornadas ya preparadas por sus antecesores la porcion del terreno que sus padres para herencia le habian dejado. Desde aquel momento, señores, desde el instante en que el conde barcelonés formó decididamente esta resolucion, su historia se convierte en una iliada: es una continuada série de hazañas, es un torbellino de victorias, una fiebre de conquistas. Los catalanes durante aquel brillante periodo alcanzaron gloria suficiente para hacer de ella eternamente rica á toda su generacion entera.

El papa Eugenio III concedió á la empresa de Tortosa los honores de cruzada. Acudieron á la fama de esta bula barones y caballeros, gentes de todos los paises, guerreros de todas las naciones. El mismo arzobispo de Zaragoza y el obispo de Barcelona, como en otro tiempo los obispos de Gerona y Vich, quisieron formar parte de la expedicion cual eclesiásticos y soldados, Guillen de Montpeller habia acudido con sus buenas lanzas, el senescal Guillen Ramon de Moncada con su gente, los templarios centine-

las de la raya estaban prontos, los caballeros catalanes se agrupaban bajo el temido pendon de las barras, y las galeras genovesas se balanceaban orgullosas en las aguas del puerto. Zarparon de Barcelona entrambas flotas catalanas y genovesas á 29 de junio de 1147, y las huestes saltaron en tierra delante de Tortosa.

Refriegas continuas, sangrientos combates, señalados hechos de armas tuvieron lugar durante el cerco. Los sitiados hicieron una resistencia desesperada y pelearon con una obstinacion casi temeraria. Los catalanes inventaron unos gigantescos castillos ambulantes para batir la Zuda ó ciudadela: cada uno de estos castillos llevaba dentro trescientos hombres que lanzaban piedras gruesas y terribles, algunas de ellas de peso de mas de doscientas libras.

En uno de los asaltos que sufrió la ciudad y en que mas se distinguieron las tropas catalanas, el ejército pudo notar á un caballero desconocido que, cubierto de una negra armadura, armado de todas armas y sobrevenido de pronto en el combate hacia prodigios de valor sin dar paz á la espada ni descanso al brazo. Habia subido el primero á la muralla formándose una escala con enemigos cadáveres, y habia logrado clavar la bandera de las barras en una de las almenas de la Zuda. Al pie de esta almena, defensor acérrimo del catalan pendon, era donde el desconocido caballero habia mas brillantemente mostrado su valor defendiéndose contra un grupo de furiosos árabes que largo tiempo le acosaron, haciendo brillar al aire sus alfanjes para buscar en su armadura el punto por donde penetrar pudiera la punta del acero. Todo habia sido en vano. El caballero, por largo tiempo único campeón de la condal señora, salió ileso del combate y solo se retiró cuando acudieron en su ayuda varios otros caballeros catalanes.

Terminado el asalto, que fué feliz para la gloria si infeliz aun para el éxito de las armas catalanas, el conde de Barcelona quiso conocer al caballero que tanto y tan bizarramente se habia distinguido. Lleváronle á su presencia, no sin haber intentado resistirse, y así que estuvo en la tienda condal, rogóle el conde que alzase su visera. El desconocido titubeó, pero decidiéndose por fin, se quitó el casco y se arrojó al mismo tiempo á las plantas de Ramon Berenguer. El príncipe se hizo violentamente atrás dejando escapar un signo visible de desagrado.

Acababa de conocer á Ponce de Cervera, señor de Castellfolit, raptor de su hermana Mahalta á quien habia pretendido en matrimonio y á quien por habérsela negado el conde habia una noche, loco de amor, de ira y

de esperanza, arrebatado del palacio condal de Barcelona montándola en la grupa de su caballo y partiéndose con ella á su castillo.

El conde, reprimido el primer movimiento de cólera, no tardó en dejarse guiar por su bueno y por su santo corazón. Acercóse pues á Ponce de Cervera, que confuso y humilde aguardaba de hinojos la sentencia de su señor y príncipe, y levantándole le dijo:

— Levanta, héroe de esta jornada, que no es bien que esté á las plantas de cristiano quien hoy ha hecho caer á las tuyas tantos infieles. Levanta, Ponce de Cervera: si la cuna no te hizo mi igual, el valor que es la segunda cuna, te hace mi hermano.

Ponce de Cervera se levantó y el conde le estrechó en sus brazos, fijando desde aquel instante el día en que debía llamar ante el altar esposa á su querida Mahalta.

Pocos días después de este dramático episodio, Tortosa que vió allanados sus muros por las infatigables máquinas y abierto camino al esfuerzo catalán para llegar hasta su seno, se vió obligada á rendirse y á admitir en su recinto al vencedor Ramon Berenguer. El último día de diciembre 1147, Tortosa dejó de ser árabe para convertirse en cristiana. Concluyó el año concluyendo también las esperanzas de los moros.

Verdad es que poco tiempo después intentaron los infieles recobrarla, pero fueron vencidos y rechazados, habiéndose mostrado sobre todo arrogantes en valor en esta jornada las mujeres de Tortosa que dieron al mundo un brillante ejemplo de heroínas adquiriendo eternos lauros é imperecedera fama. Vióselas en lo alto de las murallas manejar el hacha de armas como hubiera podido hacer el más esperto guerrero, vióselas en las salidas de la plaza marchar delante con la bandera catalana y correr los mayores peligros, vióselas en la persecución de los moros, cuando huían rechazados, tan valientes como encarnizadas y tan encarnizadas como magnánimas. En memoria de esto, y para justo premio á su valor, el conde de Barcelona instituyó exclusivamente para las mujeres de Tortosa, la orden ó milicia llamada del Hacha, autorizándolas para llevar un hacha de armas de púrpura ó grana en su vestido, honroso distintivo que mereciera su varonil esfuerzo.

Desde que la temida enseña condal ondeó triunfante en lo alto de la Zuda de Tortosa, las demás plazas fronterizas de Aragón y Cataluña pudieron ver en aquel victorioso pendón un para ellos signo seguro de derrota.

Así fué, señores. Ramon Berenguer, lanzado ya por el camino de la

victoria, no quiso detenerse, é intentando el último y supremo esfuerzo para la completa independencia de Cataluña, marchó con sus tropas vencedoras contra Lérida y Fraga que temblaban al oír solo resonar el nombre ya para siempre glorioso del invicto príncipe. Esta vez ningún pendon extranjero tremoló junto al de Ramon Berenguer. Los catalanes, bastándose á sí solos, emprendieron la lucha; héroes cien veces, en una série de jornadas probaron lo que podia su valor y el poder de sus armas. Sonó la hora de libertad para Cataluña; Lérida abrió sus puertas, Fraga se inclinó vencida, y al mismo tiempo Mequinenza se sometió á la ley del vencedor. Estas campañas, señores, son un pedestal de gloria, un monumento de inmortalidad para el conde catalan. Quien tan gigantescas empresas habia llevado á cabo, á todo podia ya atreverse; la gloria le sonreía, la inmortalidad agitaba ante sus ojos sus palmas, la historia le abría páginas de oro para grabar su nombre, Cataluña agradecida le prometia un templo en su memoria, Aragon se le inclinaba deudor de su rescate del feudo al castellano, los moros temblaban al oír su nombre, los ejércitos se desbandaban á su aspecto, la Provenza se retorcia impotente bajo su puño de hierro, la Francia le media alónita con la vista como á un gigante, Castilla solicitaba su alianza y le invitaba á repartirse el reino de Navarra, su país le proclamaba el libertador, sus émulos le llamaban el afortunado, sus enemigos el terrible, sus aliados el grande, sus vasallos el héroe, la iglesia su protector y el sumo pontífice el santo.

Brillante y espléndido período, señores! magnífico cuadro de una gran nacion!

Ramon Berenguer pudo pues descender tranquilo al sepulcro, seguro de que dejaba un gran estado á su hijo primogénito y sucesor D. Ramon, á quien la viuda Doña Petronila cambió el nombre en Alfonso y fué para los catalanes el primero de los Alfonsos aragoneses.

Los últimos años de la vida del cuarto de los Berenguers no fueron menos brillantes ni menos ricos en episodios de guerra y de victoria. Navarra tuvo que doblegarse á su ley y los Baucios y Trencavellos en Provenza vieron mas de una vez castigada su rebeldia. El conde murió por fin el 7 de agosto de 1161, yendo de Genova á Turin á cuyo punto se dirigia para tener una entrevista con el emperador Federico *barbaroja* al objeto de enlazar á su sobrino el conde de Provenza con una parienta del primero, viuda de Alfonso de Castilla.

En resumen, señores — que no podia ser de otra manera — he presentado

hoy la historia de Ramon Berenguer IV *el Santo*, último conde de Barcelona. Con él termina la época ilustre de los condes. Falta ahora que comencemos la de los reyes. Es para Cataluña también la que vamos á emprender una época de gloria, y bien y sobradamente nos lo empezará ya á decir nuestra próxima lección.

PARTE TERCERA.

CATALUÑA EN TIEMPO DE LOS REYES DE ARAGON.

PARTE TERCERA

CATALUÑA EN TIEMPO DE LOS REYES DE ARAGON.

LECCION XVIII.

ALFONSO *el Casto* Y PEDRO *el Noble*.

Guerras en Provenza. — Aragon libre de moros. — D. Pedro en Roma. — Singular aventura. —
Nacimiento de D. Jaime. — Expedicion de Mahomad *el verde*. — Batalla de las Navas. — Los
albijenses. — Batalla de Muret.

SEÑORES:

Hemos ya terminado la crónica de la casa condal, pero no la historia de los descendientes de los Berenguers cuya línea masculina quedó existente en el trono de Aragon, constantemente iluminada como por un sol de gloria por el astro brillante que había rejido los destinos de la dinastía catalana.

Ramon Berenguer IV, el que al dar la libertad á Aragon le dió tam-

bien por enseña la bandera de las barras que debia llevar las huestes á la
1162 victoria, murió el 6 de agosto de 1162, y murió, segun bellas espresio-
nes de un atiguo cronista lemosin, dejando copioso llanto al pueblo, grave
peligro á la tierra, y gozo á los sarracenos, y desolacion á los pobres, y
suspiros á los religiosos. Sucedióle en el gobierno de sus estados su hijo
primogénito D. Ramon, aunque bajo la tutela de doña Petronila que dió
en los dos únicos años que duró su gobierno hartas muestras de ánimo
varonil, de firme carácter, de sabiduría, prudencia, desinterés y justicia.

Una de las primeras disposiciones de la reina viuda fué mudar el nom-
bre de su hijo Ramon en el de Alfonso, por parecerle este último mas del
gusto y uso de los aragoneses. Poco hacia que muriera el último conde de
Barcelona, cuando todo el Aragon se agitó con la nueva de que vivia aun
Alfonso *el batallador*, el rey aragonés que habia sucumbido peleando co-
mo bueno en la llanura de Fraga. Era un impostor que tomaba aquel nom-
bre tan querido y que tan hondas raices habia echado en la memoria de
los aragoneses. Doña Petronila pudo apoderarse de él, y en lugar del trono
en que habia soñado en su grosero delirio, le hizo ocupar la horca que
alcanzó en su dura realidad.

Ramon Berenguer IV, gran príncipe y gran héroe cristiano de su siglo,
dobló con ser señor del Aragon la fuerza de la monarquía, haciendo rayar
muy alto su gloria, haciendo bendecir su reinado y haciendo respetar y
temer dentro y fuera de sus estados el antiguo pendon de las barras de Wi-
fredo. Alfonso su hijo, el primero de los Alfonsos catalanes y el segundo
de los aragoneses, no tuvo que hacer cuando subió al trono mas que mar-
char resueltamente por la senda que su padre le habia abierto y á cuyo
dintel le esperaban para acompañarle y guiarle la fama, la inmortalidad y
la gloria.

Alfonso I, luego que hubo empuñado el cetro, celebró córtes en Zara-
goza, é iba á ocuparse en los cuidados de dar fin á la reconquista de Ara-
gon como su padre habia dado fin á la de Cataluña, cuando heredó por muer-
te de su primo el condado de Provenza, y esta reclamó entónces privile-
giadamente su atencion. El conde de Tolosa por una parte y la indomable
familia de los Baucios por otra, agitaron aquel estado ofreciendo ocasion al
joven Alfonso para hacer sus primeras y brillantes armas en las fértiles
1166 campiñas de la Provenza. Pasó pues allí diligente, emprendió la guerra
contra el inobediente séquito de la casa de Baucio, y en diferentes encuen-
tros y batallas refrenó sus ímpetus, castigó sus movimientos y se hizo

rendir por todos tributo y vasallaje. Bello augurio fué esta feliz expedición de las empresas que el porvenir prometía á su valor.

De regreso á sus estados, Alfonso tremoló el pendon de las barras é hizo oír los ecos belicosos de sus trompas de guerra. La nobleza catalana y aragonesa acudió á prestarle su apoyo, y al frente de ella marchó atrevido contra los sarracenos. Quisieron servirle en esta empresa los caballeros de S. Juan y de Calatrava y tambien los de Santiago, cuyo gran maestre Pelayo Perez se estableció en Montalban, frontera entónces de los moros, haciendo esta plaza temible é inespugnable baluarte de la cristiana cruz. Fué esta empresa contra sarracenos la primera que brillantemente llevaron á cabo las huestes unidas de aragoneses y catalanes. Varios pueblos conquistados á viva fuerza, varias batallas ganadas con inmarcesible gloria, probaron que era Alfonso digno descendiente de la raza de los Berenguers y digno continuador de su buen nombre. Las villas de Caspe y de Calanda, las comarcas de Albarracin y Teruel y las llanuras que riegan con sus serpenteadoras cintas de plata el Guadalupe y el Gualaviar dejaron de acatar el pendon mahometano y gozosas admitieron en su seno, abrigandole en su regazo de flores, al ejército vencedor del rey Alfonso.

Así terminó el hijo del último conde de Barcelona la reconquista del Aragon, y así como su padre en los ocios que le dejaban gozar tranquilos sus empresas de guerra se habia entretenido con cristiano celo en hacer brotar del suelo, gigantescas y monumentales flores monásticas, los edificios suntuosos de Poblet y Santas Creus, él se entretuvo tambien con religioso afán en fundar el monasterio de Sijena en el obispado de Lérída y en establecer en Cataluña la cartuja de Scala Dei, primero de los establecimientos de esta órden en España.

Tranquila ya D. Alfonso con respecto á la futura suerte de su nacion y fuerte ya en sus estados, decidió penetrar en Valencia, completando con la posesion de este reino la idea de su padre, pero tanto atemorizaron al rey moro sus primeros avances y tambien sus primeros triunfos, que ofreció por la paz doblado tributo del que antes pagaba al conde de Barcelona y el apoyo de su ejército para cuando quisiese Alfonso conquistar á Murcia. Aceptó el monarca aragonés, y ocupado se hallaba en el cerco de la plaza de Játiva, á la que habiefa indudablemente acabado por rendir, cuando tuvo noticia de que el navarro, aprovechando lo fácil de la ocasion y rompiendo las treguas, habia entrado poderoso en Aragon.

Acudió diligente Alfonso á defender lo propio oponiéndose á la invasion del navarro, que viendo de pronto sobre su campo al que juzgaba lejos, se retiró como pudo dejando el dominio de la campaña á nuestro rey que penetró tras él en Navarra causando en aquellas tierras no poco daño.

- Su vida, desde entonces mas, se deslizó entre empresas de menos valía, aunque no de menos gloria. En 1177, solicitado por el castellano, pasó á ayudarle en el sitio de Cuenca. Un año mas tarde taló el reino de Valencia por haberse descuidado su rey en pagarle el tributo. En 1179 llegó á dictar leyes á la misma orgullosa Castilla que se sometió á sus exigencias; en el mismo año ideó y hasta empezó á hacer preparativos para la reconquista de las Baleares, empresa que no le permitieron llevar á cabo circunstancias particulares; en 1180 pasó los Pirineos y castigó con sucesivas derrotas, domando su orgullo, á sus rebelados vasallos los vizcondes de Nimes y Beses; y por fin en los años sucesivos, disgustado del rey de Castilla, que no le cumplia nada de lo que prometido le tenia, formó contra él una liga de reyes é hizo temblar en su sólio al castellano monarca.

- La muerte fué á sorprenderle en medio de sus triunfos y cuando estaba acariciando planes de venturoso porvenir para su reino. Murió á 25 de abril de 1196 en Perpiñan, siendo su cadáver trasladado á Poblet, el Escorial catalan.

Alfonso fué un príncipe de relevantes virtudes y de singular valor y acabó felizmente su reinado que felizmente habia empezado, dejando á la posteridad el problema de si le habian de nombrar el sábio, el virtuoso ó el casto. Este último renombre prevaleció, y en haberle llamado *el casto* no hay duda que se le ha dado una gran prueba de consideracion y de estima.

No menos glorioso, aunque mas poblado de incidentes dramáticos y mas nutrido de episodios caballerescos, se ofrece el reinado de su sucesor Pedro I en Cataluña y en Aragon II.

Un reputado cronista aragonés, Gerónimo Blancas, supone que este monarca fué el primero de los de Aragon que se coronó y circunstancialmente relata su viaje á Roma, la ceremonia y época de la coronacion, y el ardid de que se valió para que el pontífice le pusiese la corona con las manos y no con los pies segun costumbre de aquellos siglos, mandándola formar de pan con este objeto. Tambien habla el mismo cronista del privilegio que el papa Inocencio III le concedió en aquella ocasion para poderse

en adelante coronar los reyes de Aragon en Zaragoza por manos del Metropolitano de Tarragona. Sin embargo, todo esto que nos cuenta el cronista, no sucedió, señores, hasta ocho años despues de estar ya reinando D. Pedro.

Desde sus primeros años mostró este rey un carácter decidido, enérgico, pronto, arrebatado y susceptible. En 16 de mayo de 1196 juró los fueros en Zaragoza, siendo de edad de 17 años, y si bien por testamento de su padre no podia gobernar el reino hasta cumplir los veinte, no pudo sufrir por mucho tiempo esta dura ley y la vemos ya en el mismo año empuñar resuelto las riendas del gobierno.

Castilla volvió á ser aliada de Aragon, olvidados sus antiguos rencores, al principio de este reinado. El moro tembló y huyó aturrido ante los united peonages de castellanos y aragoneses. Vuelto D. Pedro á Aragon sin haber tenido que desenvainar su espada para vencer á los moros, dispuso efectuar un enlace que le ofreciese ocasion de dejar legítimo sucesor á sus reinos, y no pudiendo llevar á cabo el que tenia proyectado con la hermana del rey de Navarra, por causa de parentesco, se enlazó con Doña María de Montpeller, viuda ó separada del conde de Comenjo. Este matrimonio fué desgraciadamente harto infeliz, y no tardó D. Pedro en aborrecer á su esposa, á pesar del estado que le traja en dote.

El deseo pues de que fuera anulado este enlace, fué, al decir de historiadores de valía, el principal motivo que le llevó á Roma en 1204 con el pretexto de ser coronado por el papa, pero en realidad con el fin de solicitar de él la venia de separarse de su esposa. Sin embargo, aunque en este viaje anduvo el rey nochiamente prédigo con el papa, haciéndose su tributario, y cediéndole el patronato de sus iglesias, solo pudo conseguir en recompensa muchas bendiciones y varios honores, trayendo lo que fué origen de mil fuentas y sangrientos disturbios. (*)

En efecto, el sumo pontífice hospedó á D. Pedro en su propia palacio, le coronó con las manos y no con los pies, segun nos asegura el cronista poco antes citado, le concedió el título de *Católico*, le nombró *confalonero* ó *Alferez* de la iglesia, pero no le dió el permiso que de separarse de su mujer solicitaba. D. Pedro volvióse pues á sus estados sin haber conseguido otra cosa que disgustar á sus vasallos con las concesiones hechas á la santa sede.

(*) Braulio Fes. — Historia de Aragon.

1205 Como el rey odiaba á la reina, andaba siempre buscando pretextos para alejarse de ella, y así en 1205 pasó á Jaca donde se vió con el rey de Inglaterra, recibéndolo con magníficas fiestas y ostentoso aparato, dándole tan régia y suntuosa hospitalidad, que luego, para cubrir los gastos que con este motivo se le habian ocasionado, tuvo que recurrir á imponer un tributo llamado *monedaje*, que era un sueldo por libra de los bienes, muebles y raices estimados. No consintieron los pueblos la carga por no poderse imponer segun su consentimiento, formaron su union los aragoneses, y moderaron el dictámen del rey los catalanes, que despues le admitieron por tiempo determinado y con rebaja. (*)

Por aquel tiempo, señores, nacióle al rey su hijo D. Jaime el que debia ser llamado *el conquistador*, y el que, por lo mismo que habia de ser en todo extraordinario, quiso el cielo que lo fuese tambien en el modo de venir al mundo.

Hé aquí, señores; á que curioso lance debió su vida el hombre ilustre destinado por Dios á ponerse al frente de una de las mas gloriosas épocas de Aragon y Cataluña.

D. Pedro, ya lo sabemos, aborrecia á la reina, y tanto la aborrecia que vivia de ella separado sin quererla ver jamás. En vano era que le rogasen, en vano que se hiciesen públicas rogativas para conseguir la sucesion en el trono que los pueblos esperaban: D. Pedro se mantenía inflexible.

Llegó en esto D. Pedro á Montpellier en 1207 donde retirada vivia su esposa entregada al dolor y á la afliccion, pero, como de costumbre, ni quiso siquiera verla. Antes al contrario, se enamoró perdidamente de una hermosa dama de Montpellier cuya belleza—son palabras de una crónica—asombraba al mismo sol. Ardiendo D. Pedro en impúdicos deseos, quiso á toda costa conquistar á la belleza que le habia robado el corazon, y habló por lo mismo de sus proyectos á Pedro de Fluviá, caballero catalan y su camarero mayor.

Pedro de Fluviá era un leal y un viejo servidor, era uno de esos hombres, prudentes consejeros ó vigilantes centinelas que la Providencia coloca á veces junto á los tronos para enmendar los deslices de los reyes. Escuchó pues el confidente al monarca y prometió mediar en sus amores y hablar á la hermosa dama.

Al siguiente dia presentóse al rey y le dijo como habia visto á la hermo-

(*) Feliu de la Peña.—Anales de Cataluña.

sura en cuestión, como había doblegado su rebelde virtud con sus instancias y como la había decidido á otorgar al monarca una cita de amores en la apartada quinta de Miravel, situada á corta distancia de Montpellier. Solo ponía la dama una condicion que exigía como un sacrificio á su recato y honra; la de entrar tapada en la quinta y hallar sin luz la cámara real. A todo accedió D. Pedro á quien, hirviendo en el fuego del amor, aguijoneaba la espuela del deseo.

Pedro de Fluviá fué ampliamente elogiado por el rey que le abrió sus brazos como á buen portador de tan satisfactoria nueva. Al acercarse la noche y al tender las primeras sombras su manto sobre la tierra, D. Pedro acompañado de su camarero salió de la ciudad y se encaminó disfrazado á Miravel. Poco tiempo despues de estar en la quinta, entró en ella una dama tapada que guiada por el complaciente servidor, el de Fluviá, atravesó los corredores y aposentos llegando á la cámara donde aguardaba el monarca. Este, cumpliendo la palabra de tener á oscuras su gabinete, recibió á la dama en sus brazos.

La noche se deslizó rica de amor y de ilusion para la enamorada pareja, y al rayar las primeras y débiles luces de la aurora, el monarca fué arrebatado á los brazos de su amada por un desusado ruido. Incorporóse en la cama y vió abrirse la puerta del aposento dando paso á una procesion de cortesanos, de prelados y de altos dignatarios que entraron solemnemente, cada uno con una vela encendida en la mano. Estrañado el rey de ver aquello, saltó del lecho y empuñó la espada, pero cayendo entonces de rodillas todos los que acababan de entrar, suplicáronle por boca de uno de los mas dignos prelados que tuviese á bien volver los ojos á la que había sido su nocturna compañera. Hizolo el rey y, envuelta entre la nieve de las sábanas y el rubor de la vergüenza, vió, en lugar de la dama á quien se había creído tener en brazos, á su amante esposa Doña Maria de Montpellier.

Pedro de Fluviá había sido el autor de aquel engaño y comunicando su plan á la corte, que como todo el pueblo suspiraba por un sucesor del trono, decidieron llevarlo á cabo, pasando la noche en oracion y preces al Eterno en un aposento no apartado de la real cámara.

D. Pedro, que era en el fondo un noble corazon, disimuló su contrariedad y llamándole yerro feliz al lance, perdonó á su camarero y abrazó á su esposa, pero disfrazando mal con los hechos el encono, partióse aquel mismo dia de Montpellier para Cataluña. A aquel venturoso lance ó ingenioso ardid debe Cataluña un héroe, Aragon un rey y el mundo un gigante.

Así fué; de aquella misteriosa y nocturna entrevista nació un hijo.
1208 La reina, para darle nombre, siguiendo la ceremonia y costumbre de la imperial casa de Constantinopla de que descendia, mandó encender doce velas al pié de cada una de las cuales hizo escribir el nombre de un apostol. El hijo debia llevar el nombre de la que mas tardara en apagarse. Fué la que mas duró la de San Jaime. Jaime pues se llamó el recién nacido.

1210 En el ínterin D. Pedro reunió su ejército y entró en el reino de Valencia donde tomó á su viva fuerza varios castillos ayudado de los caballeros templarios, á quienes parece que dió la ciudad de Tortosa como premio á su valor, á su decision y á su lealtad. Valencia hubiera de fijo caido en poder de las armas vencedoras del católico monarca, si, como ya habia sucedido tambien con sus antecesores estorbándoles sus intentos, acontecimientos imprevistos no hubiesen reclamado por otra parte sus cuidados y atencion.

Fué el caso que Mahomad llamado *el verde* por el color de su turbante, rey de Marruecos, sentido de las derrotas que su nacion habia sufrido en los últimos siglos en España, resolvió hacer un poderoso esfuerzo para volverla á sujetar y juntó en Africa un formidable ejército con el cual pasó á España, desafiando con pregones y carteles á todos los príncipes cristianos y empezando las hostilidades en 1210 por la toma de Salvatierra. Pidió socorro el castellano á los demas monarcas españoles y volaron en su auxilio contra el enemigo comun los reyes de Aragon y de Navarra.

D. Pedro lo abandonó todo para acudir cuanto antes y se presentó en Toledo con un ejército de treinta mil infantes y diez mil caballos, conducidos por la flor de la aragonesa y catalana nobleza.

El peligro era en efecto inminente, los moros eran innumerables como las estrellas del cielo, y es fama que tanto pavor causó en toda la cristiandad aquel furioso enjambre de infieles que la amenazaba, que en Roma se hizo una solemne procesion de rogativas con tan fervorosa devocion, que hasta el mismo gefe de la iglesia formaba parte de ella caminando descalzo y llevando en sus manos el sacro madero de la cruz. Con estos y otros piadosos ejercicios procuró el santo padre implorar el rayo de la divina y vengadora justicia contra la amenaza del bárbaro Mahomad que habia jurado clavar su estandarte en la cúpula de San Pedro de Roma haciendo al mismo tiempo de su pórtico establo para sus caballos y de su templo serrallo para sus mujeres.

El 20 de junio de 1212 salió de Toledo el ejército cristiano, yendo en la vanguardia los extranjeros mandados por el Sr. de Vizcaya, en el centro los aragoneses y catalanes conducidos por su rey y en la retaguardia los castellanos llevando su monarca al frente. Llegaron en este orden á Magallón, asaltando y tomando su castillo la vanguardia; y pasando el Guadiana, tomaron á Calatrava y otros pueblos, retirándose en seguida los extranjeros sin que se pueda decir porque causa ó motivo. No se acobardó por esto el ejército cristiano y siguió adelante reuniéndose con las fuerzas del rey de Navarra.

Así llegaron á ponerse frente de las armas de los infieles, y tuvo entonces lugar aquella famosa y sangrienta batalla de las Navas, que es uno de los muchos títulos de gloria que tiene España á la inmortalidad.

No entraré, señores, en la descripción de esta memorable jornada, que minuciosamente detallan todas las historias y crónicas. Solo diré algunas palabras para que se comprenda su importancia. El ejército sarraceno se componía de trescientos mil infantes y de ciento ochenta y cinco mil caballos; á su vista parecía nada el ejército cristiano, mucho inferior en número, aunque superior acaso en valor y en entusiasmo. El miramamolín, rodeado de una lucida corte, y teniendo por guardia de su persona treinta mil caballos moros, ocupaba una altura desde la que dominaba el campo de batalla. Vestía por una necia superstición una ropa negra y á sus lados permanecían dos de sus mas íntimos confidentes llevando uno la espada del mismo emperador y otro el Alcorán de Mahoma, queriendo con esto significar que por él y con ella había de sujetar el orbe todo.

Trabose el combate, y Dios quiso conceder la victoria á los que en sus pendones tremolaban el signo de la cristiana cruz. Esfuerzos de valor se hicieron por una y otra parte; D. Pedro sobre todo estuvo tan admirable en el combate que mereció ser cumplimentado por el mismo rey de Castilla.

Dirigió la batalla D. Dalmao de Crexel, caballero ampurdanés, que murió peleando como bueno y como noble, y para honrar su memoria, ya que no pudieron su valor, los tres reyes cristianos, el de Aragon, el de Castilla y el de Navarra, llevaron en hombros su cuerpo á la sepultura. Justo y debido homenaje á la gloria militar.

Con el lauro inmarcesible de la victoria, con la satisfacción de haber contribuido á desbandar aquella hueste poderosa de sarracenos que amenazaba á la cristiandad entera, volvióse D. Pedro á su reino, y renovó,

aunque inutilmente, sus instancias en Roma para la disolucion de su matrimonio.

Hacia en esto, señores, grandes progresos en Francia la heregía de los albijenses, cuyos principales protectores eran los condes de Tolosa padre é hijo, ambos cuñados de D. Pedro. Publicó el Papa la cruzada contra ellos, nombrando por su gefe al conde Simon de Monfort, caballero al parecer muy favorecido del monarca aragonés pues que en su militar casa y escuela criaba á su hijo D. Jaime.

Los condes de Tolosa y demás jefes de los albijenses, escomulgados y despojados de sus haciendas por la invasora cruzada, no hallaron mas esperanza que en D. Pedro de Aragon, verdadero señor feudal del mediodia y vivamente interesado en la suerte de los provenzales, á quienes miraba como á compatriotas. No en vano pensaron así; D. Pedro, el justiciero monarca á quien por sus hechos se llamaba *el noble* y por el título que le diera la Santa Sede *el católico*, decidió mediar en los acontecimientos y prestarles este auxilio que le demandaban interponiéndose entre los perseguidores y las víctimas.

Envió pues un mensaje á Simon de Monfort pidiéndole que suspendiese la guerra contra los condes de Tolosa mientras él daba cuenta al papa de sus deseos que se reducian á que si los condes habian de ser castigados no se destrozasen por lo menos sus estados conservando á sus hijos la herencia. Ni el Papa, ni el concilio á que tambien se dirigió, ni Simon de Monfort hicieron caso de sus razones. Irritado entonces el monarca aragonés, arrojó su guante y, firme columna como era del catolicismo, ereyendo que no se le habria de creer hereje por querer sostener su razon y derecho, declaró solemnemente que tomaba á los escomulgados condes y sus dominios bajo su inmediata proteccion.

Otra nueva embajada envió aun al Papa, mientras disponia en Aragon y Cataluña un ejército pronto á pasar los Pirineos. En esta embajada decia al Sumo pontífice que la codicia y no la piedad armaba á los peregrinos; que lo que se queria era destruir la Provenza mas bien que la herejía; puesto que en aquella encarnizada lucha mas católicos que albijenses morian á manos de los cruzados; en fin, que Monfort habia devastado muchos paises donde ni siquiera existia un hombre solo con sospecha de hereje. «Todo está ya sometido á la iglesia», concluia diciendo; que cese ya la predicacion de la cruzada; que no se confunda á los inocentes con los criminales; y si Raimundo de Tolosa es culpable, que no se castigue á sus hijos, á sus feudatarios y á sus súbditos.»

Esta franca esplicacion hubo de hacer alguna impresion en el ánimo del Papa, pero todos los que le rodeaban, interesados en que siguiera adelante la persecucion, clamaron osadamente por la destruccion de Tolosa y el estermínio de sus habitantes, diciendo que la salud de los cristianos dependia de que se anonadara aquella nueva Sodoma.

Inocencio III tuvo que ceder á este encarnizamiento; la política ahogó la piedad; la esperanza destruyó la fé. En lugar pues de retroceder confirmó la excomunion y la cruzada, y amenazó con el rayo de su cólera y con la cólera del Vaticano al rey de Aragon si se oponia á que se continuara una obra santa en la que estaban interesadas la causa de Dios y de la iglesia. Pedro *el Noble* al recibir esta contestacion vió que ya no le quedaba otro recurso y resolvió emplear la fuerza para libertar el mediodia. Convocó pues á los principales señores de su reino, y al frente de un corto pero escogido ejército pasó los Pirineos y se dirigió á Tolosa.

Varios historiadores, inconsiderada que no prudentemente, han tratado de zaherir, señores, esta determinacion de D. Pedro, y han dicho que hereje debia ser el que á protector de herejes se ponía. Esto es altamente injusto y denigrativo para la memoria de uno de nuestros monarcas mas invictos, y todo buen catalan, señores, todo buen aragones, todo buen español debe rechazar esta acusacion do quiera que la halla lanzándosela al rostro á quien la haya escrito. D. Pedro *el Noble*, el católico, el caballero y pundonoroso D. Pedro tildado de hereje y de sectario! Nó, mil veces nó; á lo que partió el rey de Aragon fué á proteger y amparar los estados que gobernaban cuñados suyos, feudatarios suyos, súbditos suyos. La amistad, el honor, la justicia, la misma voz de la sangre le llevaron allí; fué solo á prestar auxilio á quien no podia negarlo sin faltar á su nobleza y á su hidalguía.

El júbilo fué grande y el regocijo inmenso cuando llegó D. Pedro á Tolosa. Los condes escomulgados, las milicias comunales, los aventureros se unieron á él, y todos juntos fueron á poner sitio á Muret, castillo vecino al Garona cuya guarnicion molestaba á los tolosanos. Luego de puesto el sitio, Simon de Monfort acudió en auxilio de la plaza.

Un combate terrible y sangriento tuvo lugar. Dios no quiso favorecer el pendon de las barras por lo mismo quizá de estar aliado á la enseña de los herejes, y viendo D. Pedro que la batalla estaba perdida para los suyos, decidió hacer lo que hacer debia un rey de Aragon: morir en el campo. «Nuestro padre el rey D. Pedro—dice su hijo D. Jaime el conquistador en

su magnífica crónica, —murió siguiendo la divisa que han tenido siempre los de nuestro linaje y que Nos seguiremos siempre: morir ó vencer.»

La batalla de Muret no fué solo el sepulcro de D. Pedro el Noble y el católico, sino tambien el sepulcro de los albijenses.

1213 Tuvo lugar esta muerte y esta batalla el 13 de setiembre de 1213.

Podria aquí, señores, entrar de lleno en ciertas consideraciones que autorizarian, no hay duda, la grandeza del asunto, pero que deben rechazar el respeto á las creencias y el amor á la religion. Solo diré que, á mi pobre modo de ver, los albijenses, aunque errando en la forma, no hicieron mas que adelantarse á su época, que predecir el siglo XIX, que sentar los principios sagrados y fundamentales que nuestro siglo ha protegido y ha colocado en un trono envolviéndolos con la púrpura imperial y ciñéndoles la corona de los Césares. D. Pedro al ausiliar á los albijenses tendió una mano á la democracia; Simon de Monfort al vencer á los albijenses ahogó la libertad.

Ahora, señores, solo me falta hacer desaparecer de vuestros ánimos la duda que podria presentaros la lectura de las crónicas y de las historias. ¿Cómo es posible, podriais preguntaros, que Simon de Monfort escesivamente inferior en número, venciese al ejército de D. Pedro estraordinariamente superior?...

Yo me lo esplico muy sencillamente.

Todos sabemos lo que influyen, todos sabemos lo que debian influir en aquellos tiempos ciertas ideas de religion en los ánimos y en el vulgo de los soldados sobre todo. El ejército de D. Pedro, poco elevado para comprender la grandeza y hasta si se quiere la sublimidad de su mision, creia marchar contra la religion, contra la fé, y se veia impelido á hacer armas contra los pendones que ostentaban aquella cruz divina, símbolo de redencion, májica enseña que siempre le habia guiado al combate y á la gloria. El ejército de D. Pedro peleada bajo el peso, siempre aterrador, de la excomunion, mientras que los soldados de Simon de Monfort combatian con la esperanza misma que animaba á los que, guerreros de la cruz, fueran un dia á clavar su estandarte en los muros de la perdida Sion. La elevacion y sublimidad de mira que podia tener su ilustre caudlilo, se escapaba á los soldados aragoneses y catalanes; peleaban pues sin entusiasmo, combatian sin fe: las tropas, como dice la citada crónica de D. Jaime, no supieron ordenar la batalla ni conservarse unidas, peleando cada caballero por si, contra ley de armas. A mas, es fama que secretos emisarios habian recor-

rido la víspera y los dias anteriores las filas y tiendas del ejército catalan aragones , amenazando á las huestes con la justicia divina , con la cólera del vaticano , con la excomunion , arma terrible y espantosa para el vulgo , con los castigos de la otra vida , valiéndose en fin de todos aquellos poderosos é incontestables recursos de que pueden echar mano , casi siempre victoriosamente , los que hablan en nombre de Dios , de la santa sede y de la iglesia .

Con tales elementos ; ¿ cómo podia , aunque inferior en número , dejar de vencer la hueste de Monfort ?...

Venció , y murió D. Pedro , dejando fama de haber sido el rey mas afable y cortés que hubiese habido en España , el mas liberal y mas dadivoso , el mas caballero y de mas señaladas prendas .

Despues de la batalla , cuéntase que quiso el de Monfort que le mostrasen el cadaver de D. Pedro , y se refiere que derramó sobre el abundantes lágrimas por ver el desastroso fin que habia tenido tan apuesto y tan cumplido caballero .

Tales fueron , señores , los dos primeros condes de Barcelona reyes de Aragon .

LECCION XIX.

LAS MOCEDADES DE D. JAIME.

Infancia de D. Jaime. — Bandos y luchas. — La milicia mercenaria. — D. Pedro Ahones. — Eulalia de Cervelló. — Moncada. — La condesa de Urjel. — Toma de Balaguer. — El banquete en Tarragona. — Expedición á las islas. — Conquista de Mallorca.

D. Jaime *el conquistador*! He aquí un nombre, señores, que es de aquellos pocos nombres que no mueren nunca, que tienen el privilegio de vivir envueltos en una atmósfera de gloria como esas vírgenes que nos pintó Murillo bañándose en una aureola de luz, uno de aquellos nombres que con solo citarlos se cita el valor, la fama, el entusiasmo, la patria.

¡Qué bello, señores, es morir cuando se lega á la posteridad un nombre para eterno monumento, un nombre como el de D. Jaime destinado por la Providencia á vivir mucho mas aun que esos edificios colosales legados á la posteridad por los romanos y hasta nosotros llegados á traves de los siglos, á traves de las tempestades y á traves sobre todo de los hombres. Qué bello, señores, es despues de una vida lujosamente espléndida y satisfactoriamente grande tenderse á reposar en la tumba donde, invisibles ángeles del sepulcro, velan á los lados la fama para dar ejemplo, la gloria para recordar hechos, la inmortalidad para contar virtudes y la poesía para cantar hazañas !...

Mucho es lo que podríamos decir y lo que tendremos que hablar de D. Jaime. Yo reclamo señores, vuestra benévola atención. En cambio, me atrevo á asegurar que podrá ser largo, pero no pesado. Todos los hechos y acontecimientos que á nuestro D. Jaime se refieren son de aquellos que hablan al corazón y que obligan por lo mismo al corazón á recordarlos ; y ya se sabe, señores, el corazón es mas justo y mas agradecido que la memoria, pues si esta tiene solo recuerdos, aquel tiene mas, tiene recuerdos y emociones.

Como al hablar de D. Jaime, hablamos de un gran conquistador y de un gran héroe, justo es que empecemos, como es costumbre en casos semejantes, refiriéndonos á su infancia. En ella empezaremos á ver ya el dedo de Dios que durante toda su vida guió á ese monarca, verdaderamente enviado de la Providencia, por el camino que la misma le habia abierto de antemano á través de la tierra.

Con una sencillez que encanta, con un sabor de injenuidad que embelena nos cuenta el mismo rey D. Jaime su infancia en la crónica que de su propio puño y letra escribió, crónica que dormía olvidada y casi desconocida en el fondo de los archivos, pero que á ellos la han arrancado últimamente dos jóvenes tan eruditos como entusiastas por nuestras glorias, los señores de Bofarull y de Flotats, traduciéndola fielmente al castellano y haciendo que de este modo corriera en manos de todos la obra del monarca como en boca de todos corrian ya su nombre y sus hazañas.

Desde su edad mas tierna, desde que empezó á ver la luz del día, comenzó la Providencia á proteger á D. Jaime, el hijo de un error como le llaman unos, el hijo de un milagro como le llaman otros.

Luego de nacido en Montpellier, envióle su madre á la iglesia de Santa Maria, y como se estaban cantando los maitines, sucedió que al pasar los umbrales del templo acertaron á entonar los sacerdotes el *Te Deum laudamus* sin que tuviesen ninguna noticia de que el real infante estaba allí. Fué en seguida presentado á San Fermin y aconteció tambien que al entrar en la iglesia se estaba cantando el *Benedictus Dominus Deus Israel*. Tan buenos pronósticos, tan favorables agüeros, llenaron de alegría el corazón de su madre. Aun vino á añadirsele otro. Estando un día el real infante en la cuna, se cayó sobre ella todo el lienzo de una pared : el niño salió ileso de entre los escombros. La Providencia protegia evidentemente al que era su elegido.

Siendo aun muy niño, D. Jaime fué confiado á Simon de Monfort para

su educacion militar , pero desgraciadamente sabemos ya como hicieron las circunstancias que un dia tuvieron que encontrarse cara á cara en el campo de batalla el gefe de la cruzada y el rey D. Pedro. Este murió en la demanda de sus derechos, y como su hijo continuaba en poder del de Monfort, sus vasallos con solemne embajada solicitaron del Papa Inocencio III que mandase la pronta restitution de su rey. Fueron los embajadores por Aragon y Cataluña D. Jimeno Cornel, D. Guillen de Cervera, don Guillen de Monredon, maestro de los templarios, y D. Pedro Ahones valido del rey difunto. Este último al dar cuenta de su embajada, retó como traidor al conde Simon si pronto no les restituia á su rey.

1214 El Papa les prometió que seria devuelto D. Jaime á sus vasallos, y en efecto, obligó al conde Monfort á que les entregase este precioso depósito, el cual vino á Cataluña de edad de seis años, acompañado del legado del Papa, de su primo D. Ramon Berenguer de Aragon conde de Provenza, y de muchos ricos hombres y caballeros.

Pocas minorías ha habido, señores, en la historia, tan turbulentas como la del hijo del católico Pedro. Verdad es que se congregaron córtés de aragoneses y catalanes en Lérida donde fué jurado rey D. Jaime, que por ser tan niño le tenia en sus brazos el arzobispo de Tarragona recibiendo en su nombre el juramento y el homenaje de los vasallos, pero tambien es cierto que poco tardaron en levantarse bandos y parcialidades apareciendo como pretendientes á la corona los dos tios del rey D. Fernando y D. Sancho conde del Rosellon que declararon ilegítimo á su sobrino. Entonces, como uno y otro al frente de poderosos partidos parecian querer apoderarse de la persona de D. Jaime, las córtés que velaban por él confiaron su persona á Guillermo de Monredon, el gran maestro de los templarios en Aragon y en Cataluña, que le guardó en el fuerte castillo de Monzon.

Alli pasó dos años y medio de su infancia D. Jaime entregado al militar estudio y viendo formarse su corazon con el ejemplo de aquellos sacerdotes-soldados que le rodeaban y que le infundian máximas de virtud y de militar bravura. Bien aprovechó de sus consejos y de su ejemplo el jóven monarca, pues que á los nueve años de edad, precoz en todo, tenia ya rasgos de apuesto y de cumplido caballero.

Los bandos en que estaba dividida la nacion reclamaban imperiosamente su presencia, pues con presentarse él podría aumentarse su partido y deshacer como deshace el sol las nubes, los proyectos torpes y malignos de sus contrarios. Sus partidarios que, aunque niño en la edad le vieron hombre

en el corazon, decidieron pues sacarle del castillo del Temple y fueron en efecto á buscarle varios de sus mas leales y decididos vasallos. En esta ocasion empezó ya á dar el rey muestras del valor que le habia de distinguir y tan famoso le habia de hacer en lo futuro, pues que oyendo decir que el conde D. Sancho su tio estaba esperando en el lugar de Selgua para apoderarse de él al paso, se vistió una cota lijera que le prestó un caballero de su séquito y se puso al frente de su comitiva para pelear el primero si le atacaban. El que tal hacia y tal pensaba, señores, tenia apenas entonces diez años. El conde no se atrevió, por respeto sin duda á la majestad, á llevar á cabo sus intentos, y D. Jaime pudo llegar sin obstáculo á Zaragoza llenando con su presencia de júbilo á todos sus súbditos.

No me detendré á referir en obsequio á la brevedad, algunas campañas que tuvo D. Jaime contra ciertos vasallos rebelados. Urje que aparezca grande y gigante en nuestra narracion como gigante y grande se presenta en la historia.

Uno de los timbres de mas gloria de D. Jaime es sin disputa la fundacion de la milicia mercenaria en Barcelona, santa y sagrada institucion que protejió el monarca cuando aun era de corta edad, revelando ya en esto la nobleza de sentimientos que se agitaban en el fondo de su alma impacientes de darse á luz y de mostrarse en todo su lujo y grandeza.

Nada mas sublime, nada mas hermoso, nada mas santo que el objeto, señores, de la mercenaria milicia. Caballeros unidos por un lazo de fraternidad anudado por la religion, solo pensaban en romper las cadenas á los desventurados cristianos que cautivos gemian en húmedas y lóbregas mazmorras; ellos eran los que acudian solícitos para ocupar el sitio de los pobres y míseros esclavos; ellos los que tenian por divisa *Vincula me manent*, las cadenas de los cautivos me pertenecen, la servidumbre es mi herencia; ellos los que se dedicaban á recojer limosnas de todas partes para ir luego con galeras preñadas de oro á las ciudades árabes y volver con las mismas henchidas de rescatados prisioneros. Digna y noble institucion! Aun cuando no tuviera el rey D. Jaime mas títulos á la inmortalidad, bastaria este solo para hacer su nombre eternamente grato á todos los corazones.

Segun la leyenda, la Virgen se apareció en sueños en un mismo dia y á una misma hora á Pedro Nolasco, ayo que al parecer habia sido del monarca, á Raimundo de Peñafort confesor del rey, y al mismo D. Jaime, incitándoles á los tres á fundar una religion para redimir cautivos con obligacion de quedarse en prisiones si fuese necesario para que quedasen libres los que

en peligro estuviesen de faltar á la fé. Agradablemente sorprendidos con tal celeste vision , los tres ilustres varones dispusieronlo todo para cumplir las órdenes soberanas de la soberana de los cielos , y la institucion de la Merced 1218 tuvo lugar el 10 de agosto de 1218 en la catedral de Barcelona , concurriendo el obispo con su cabildo , los consellers de la ciudad , gran número de abades , obispos , príncipes , condes , nobles , caballeros y todo el pueblo barcelonés.

Varios fueron los caballeros , casi todos de militar estirpe , que aquel dia recibieron el santo hábito de manos de D. Jaime. Entre ellos habia un Moncada , un Cervelló y un Mataplana , descendientes de las ilustres familias de los nueve barones de la fama , tronco de la nobleza catalana.

Despues de esta piadosa ceremonia y fundacion de esta institucion que debia reportar grandes bienes á la familia y á la cristiandad , D. Jaime pasó á Aragon donde tuvo ciertas cuestiones con algunos de sus nobles , viéndose obligado á separar de su lado á D. Pedro Ahones que malamente le servia y traidoramente le adulaba. Es el caso , señores , que poco despues del casamiento del rey en 1221 con Doña Leonor infanta de Castilla , hija del rey D. Alfonso IX , se formó una liga de la mayor parte de los principales nobles del reino , que mal contentos del gobierno , se apoderaron de la persona de D. Jaime , y teniéndole estrechamente guardado , disponian de todo á su sabor , capricho y arbitrio. Halló traza D. Jaime para escapar una noche á su vigilancia rompiendo tan infieles lazos , y deseando en su ánimo varonil armarse contra quien se opusiese á lo supremo de su autoridad , convocó las fuerzas de su reino con pretexto de penetrar en tierras de moros , y congregadas estas , se dirigió á poner cerco á Peñíscola , cuyo sitio levantó con la condicion de que el rey moro de Valencia y Murcia le pagaria en adelante el quinto de las rentas de todos sus reinos.

Al regresar de esta expedicion , camino de Teruel á Zaragoza , encontró á su pérfido amigo D. Pedro Ahones , que habia sido uno de los principales gefes de la pasada liga. Iba acompañado de su hermano el obispo de Zaragoza , y ambos conducian gran número de gente armada contra los moros de Valencia. Como el rey acababa de ajustarse con ellos , quiso que los dos caballeros retrocedieran en su proyecto para no quebrantar la promesa y pacto del monarca , pero replicó D. Pedro , con falta de cortesía y con sobra de desenfado , que él y su hermano el arzobispo habian hecho grandes gastos para tal expedicion , y que por lo mismo no volverian un paso atrás hasta haber logrado alguna ventaja sobre los moros.

Encolerizóse el rey, y al ver el empeño con que sostenia el de Ahones su tenacidad, le dijo violentamente:

—Pues no me queréis obedecer, yo quiero que seais preso.

Al oir esto, D. Pedro faltando á la dignidad de caballero y á la mision de buen vasallo, requirió su espada, pero el rey se arrojó sobre él con tal lijereza y le detuvo con tanta fuerza, que no le permitió acabarla de sacar. Y esto, señores, que era D. Jaime entonces un jóven de solo diez y siete años, y D. Pedro uno de los mas robustos y mas esforzados caballeros de su época.

Acudieron en esto las gentes del séquito de D. Pedro y viendo el lance apurado en que se hallaba su señor, ayudáronle á desasirse de entre las manos del rey, de las que él no habia conseguido soltarse á pesar de su vigor. En seguida, saliendo todos con precipitacion de la casa donde habia tenido lugar esta escena, montaron á caballo y dieron á huir hácia el castillo de Cutanda, que era del obispo de Zaragoza. D. Jaime que á todo esto se habia hallado solo y sin armas, llamó á los suyos, vistióse un perpunté y ciñóse las armas y montando en un caballo que le prestó un caballero, echó á correr seguido de unos pocos tras de los fugitivos.

Largo trecho corrieron unos y otros, hasta que viendo D. Pedro Ahones fatigado su caballo por tan larga carrera y por el peso de sus armas, decidióse á esperar á sus perseguidores y á hacerse fuerte en un cerro al cual subió con veinte ó treinta de los suyos. D. Jaime no tenia á la sazón á su lado mas que dos caballeros, el de Gudar y el de Pomarez, pero mirando solo á su valor y no pensando mas que en satisfacer su enojo, quiso acometer la empresa subiendo al cerro por un atajo, interin llegaban sus gentes que por el camino se habian retardado.

Cuando D. Jaime estuvo ya cerca del sitio donde se hallaban sus contrarios, desenvainó su espada y agitándola en el aire y gritando: Aragon! Aragon! desembocó en el cerro y se arrojó hácia ellos. A la vista del rey y al nombre mágico de la patria invocado por el gefe de ella en tan solemne momento, todos los caballeros que con D. Pedro se hallaban le abandonaron, quedando solo con él su leal escudero Martin Perez de Mezquita, decidido como leal á seguir la suerte que cupiera á su señor.

D. Pedro se dispuso á hacer frente á todo y á no rendirse, temiendo como en efecto debia temerlo todo en aquél acto de la cólera del monarca; defendióse pues como un leon sañudo y acosado, pero cedió al impulso de la lanza de Sancho Martinez de Luna, sobrevenido en aquel entonces, que

entrándole por la escotadura de la loriga; le penetró en el lado derecho, de cuya herida le faltaron luego las fuerzas, de modo que por no dar en tierra se abrazó al cuello del caballo. A vista de esto el rey descabalgó del suyo con presteza y abalanzándose hacia él le recibió en sus brazos diciéndole con semblante compasivo y triste:

—En mal punto vinisteis á parar D. Pedro Ahones; valia mas que hubieseis creído lo que aconsejado os habíamos.

Acababa apenas el rey de pronunciar estas palabras cuando llegó Don Blasco de Aragon á todo escape al frente de algunos caballeros que blandian sus lanzas.

—Señor, —dijo D. Blasco al rey, —dejadme alancear á este leon en venganza de las demasias que os ha hecho.

Pero entonces el clemente y generoso jóven, que abrigaba por el momento en su corazon tanta piedad como cólera habia guardado antes, cubriendo con su cuerpo al herido caballero, contestó á D. Blasco:

—Dios os confunda por las palabras que hablais, D. Blasco; y os digo ahora que antes que á D. Pedro Ahones hirais, tendreis que herirme á mí.

Detuvo su intencion D. Blasco al oir las nobles palabras del real manco, y dejando su lanza, ayudó á poner al herido sobre un caballo; pero antes de llegar al primer pueblo que debian hallar en el camino, llegó el último aliento á completar el número de los de D. Pedro.

Era este caballero uno de los mas poderosos del reino; poseia la fortísima villa de Bolea, era suyo todo el Sobrarbe, mucha parte de Ribagorza, y su señora feudal tremolaba orgullosa y altiva en muchos castillos de la montaña. Su muerte produjo nuevos altercados en el reino, sirviéndose de este pretesto los malcontentos para promover sus depravados fines contra el rey y contra el gobierno, siendo gefe de estos disturbios y de estos rebeldes el infante D. Fernando, en cuya ambiciosa mente volviera á renacer la esperanza de reinar. A consecuencia de esto tornaron á dividirse los nobles en fracciones, y otra tempestad, creciendo terrible en el horizonte de la política, amagó envolver el trono del tierno monarca.

Otra vez tuvo entonces D. Jaime que hacerse fuerte con astucias contra astucias, con armas contra armas, con combates contra combates. Su sólio llegó á bambolear, forzoso es decirlo, en medio de todos aquellos choques, pero su fuerza de voluntad, su juvenil ardor, su varonil entusiasmo le sostuvieron, y si en medio de aquella desecha tempestad que promovieron en el reino tan opuestos bandos, otro rey hubiese naufragado, exhausto de

fuerzas é impotente para luchar, él, el futuro vencedor de Mallorca y de Valencia, halló medios en todo aquello para afirmarse mas y mas engrandecerse.

Voy á contar, señores, otro episodio de los que se refieren á la juventud turbulenta y agitada de D. Jaime. Muchos podria contar de estos episodios, cada uno de los cuales es un drama completo lleno de interés y sentimiento, pero temeria abusar de la condescendencia que benévolamente se me presta y temeria traspasar los límites impuestos á cada leccion. Por esto me contento solo con referir los mas notables para que se empiece á comprender en su juventud al caballero, nuncio del monarca en su virilidad.

Entre las damas que hermosas y deslumbrantes de gracias adornaban la córte de la esposa de D. Jaime, habia una descendiente de una familia catalana que se llamaba Eulalia de Cervelló, pero á la que se habia vulgarmente dado el nombre de *el sol de Cervelló*, por su sonrosado rostro que se parecia á un bolon de rosa y por sus rubios cabellos que eran, segun una crónica, mas bien que cabellos un puñado de rayos de sol.

Eulalia veia agruparse en torno suyo á los mas galanes de la corte, á los caballeros de mas prez y fama de los reinos unidos en cuya primera línea se distinguian por el entusiasmo de su adoracion y por el ardor con que solicitaban la menor de sus miradas y la mas insignificante de sus sonrisas. los dos nobles caballeros Guillen de Moncada y Nuño Sanchez, conde del Rosellon. Eran ya estos dos señores enemigos políticos; el amor les hizo rivales, y como la mujer es peor que la política y el amor causa mas estragos que esta, los dos nobles empezaron á nutrir en su corazon uno contra otro un odio terrible, un odio á muerte, uno de esos odios que llegan á ser de familia y de raza y que acaban las mas de las veces por ensangrentar las páginas de la historia.

Ya los dos rivales habian estado á punto de venir á las manos en varias ocasiones, pero habia hasta entonces conseguido evitarlo la prudente dama no inclinándose decididamente por ninguno de los dos, y repartiendo exactamente entre ambos sus inocentes coqueterías.

Un dia estaba de caza la córte. Los dos galanes caballeros seguian de cerca á la bella Eulalia no abandonándola un momento, prontos á recoger y á atribuirse cada uno la mirada lánguida caída de sus ojos ó la sonrisa de amor desprendida de sus lábios. Rato hiciera que comenzara la cacería, cuando acertó la dama á disparar su azor trás de una garza real que ligera se elevaba hácia las nubes. El azor alcanzó la garza, y despues de una lu-

cha desesperada en los aires, esta última cayó desfallecida y palpitante sobre el verde manto de una pradera inmediata.

Los señores de Rosellon y de Moncada, que habian seguido ávidamente con sus ojos el combate de las dos aves, se precipitaron á un tiempo con toda la impetuosidad de sus caballos para apoderarse de la víctima caída y ofrecerla á Eulalia de Cervelló. Al llegar al punto á que se dirijian, sus caballos chocaron entre sí y ambos se detuvieron, súbitamente retenidos por las manos de hierro que les guiaban.

El conde del Rosellon fué el primero en apearse del corcel para apoderarse de la presa, pero D. Guillen de Moncada habia arrojado sobre la garza, cubriéndola con él, su guante con las armas de su casa.

—Mia es la garza real, Nuño Sanchez, —le gritó el de Moncada— y la guardo para mi señora Eulalia de Cervelló.

—A la misma dama quiero yo ofrecerla, el de Moncada, —contestó el conde— y mia es la garza pues que he sido el primero en echar pié á tierra.

—Sí, pero antes que vos —contestó impaciente D. Guillen, — ha llegado mi guante y holgárame por cierto de ver quien seria el atrevido que se apoderase de una presa que protejen las armas de mi casa.

Ya en esto los dos caballeros echaban fuego por los ojos.

—En verdad que os hallo ya por demas importuno, el de Moncada, —dijo Nuño Sanchez: —no abandonais ni un momento á Eulalia de Cervelló. Qué méritos alegais vos para servirla? os ha dado como á mí derecho de vestir sus colores?

—Me ha dado, —contestó Moncada, —una banda bordada por sus preciosas manos y bendecida por el Santo Padre.

—Y yo tengo para tahali de mi espada una trenza de sus dorados cabellos —contestó con orgullo Nuño Sanchez.

Al oir estas palabras encendióse como la grana el semblante de D. Guillen de Moncada y echando violentamente mano al acero, exclamó:

—Eso teneis? Pues por Dios que os he de arrancar el corazon y con él la trenza de mi señora, Nuño Sanchez!

En mal hubiera parado indudablemente aquella controversia, si en aquel instante el rey seguido de algunos caballeros no hubiese acudido á interponerse entre los dos rivales antes que tuviesen tiempo para cruzar las espadas. Ahogaron pues entrambos aparentemente y por respeto á la magestad real la cólera que en el interior de sus almas fermentaba, pero desde aquel momento quedaron formados dos bandos que harto dieron que hacer á Ca-

taluña y Aragon, siendo causa aquellas dos enemistades que D. Jaime no pudiera enviar, como deseaba y para lo cual convocó córtés en Monzon, una cruzada en socorro de los catalanes que habian ido á la tierra santa contra Coradino hijo del Soldan de Babilonia.

Luego de terminadas las córtés y en ocasion de haber pasado el rey á Huesca, juntó D. Guillen de Moncada su linaje y gentes y se aprestó á correr las tierras de su rival. D. Nuño, favorecido particularmente del monarca, acudió á él en semejante apuro, y D. Jaime escribió al de Moncada invitándole á no hacer daño en las tierras de D. Nuño si no queria que de ello le pesara, pero ya hemos visto, señores, en lo que llevamos dicho, que la autoridad real obraba poco en el ánimo de aquellos turbulentos y rebeldes vasallos que agitaron con discordias, disensiones y guerras civiles la minoría de D. Jaime. Y menos que en ninguno aun influia la palabra del rey en Guillen de Moncada, que sobre el orgullo desmedido que distinguia á su familia, tenia la firme é invencible voluntad que caracterizaba á los de su raza. El mensaje del monarca no consiguió pues otra cosa que hacerle apresurar sus planes.

Acabó de reunir su gente y penetró en el Rosellon donde entró talando toda la comarca, apoderóse de Perpiñan y puso sitio al castillo de Alvári. Doce dias de vigorosa resistencia no debilitaron los ánimos del de Moncada, que dió dos asaltos infructuosos á la plaza, en los cuales pereció la flor de sus hombres de armas. Al décimo tercio dia, y al tercer asalto, D. Guillen consiguió apoderarse de la fortaleza y clavar orgullosa su bandera en lo alto de las torres donde habia tremolado hasta entonces altiva y ufana la del vencido conde Nuño Sanchez.

En el ínterin que esto sucedia, D. Jaime que aunque era muy mozo tenia brios y carácter varoniles, viendo el desprecio que hiciera de su mensaje y la desobediencia de D. Guillen, le declaraba rebelde, y reuniendo toda su gente de Aragon y cayendo de improviso sobre las tierras de Moncada, tomábale hasta ciento treinta fortalezas entre torres, fuertes y castillos de homenaje y se presentaba aguerrido ante los muros mismos de su señorial castillo que estaba situado en una eminencia cerca de Barcelona, donde aun se levantan conegrecidas y tristes sus ruinas.

Cuando el rey pasó á poner sitio á esta fortaleza, ya estaba en ella Guillen de Moncada con ciento y treinta caballeros de los suyos, y como era, señores, el de Moncada un castillo inespugnable é invencible y era D. Guillen un hombre mas difícil de domeñar que su propia fortaleza, el rey D.

Jaime con todos sus bríos, con todo su corazon y con todas sus fuerzas, pasó tres meses de inútil cerco al pié de aquellos formidables muros, viendo caer en cada asalto lo mejor de su mesnada, y teniendo por fin que retirarse y levantar el cerco.

Algunos meses mas tarde cesaron estos dos bandos sin que las crónicas nos digan como ni nos manifiesten tampoco lo que se hiciera Eulalia de Cervelló, causa inocente de todo. Solo se sabe que D. Guillen de Moncada, caído por su desobediencia en desgracia de su rey que continuaba apoderado de sus señoríos, pasó á engrosar con su importante presencia los disturbios de Aragon adhiriéndose al partido de D. Fernando pretendiente al trono.

La presencia de ánimo de D. Jaime, su fuerza de voluntad, su aplomo y serenidad hasta en los mayores peligros, hicieron cesar pronto y definitivamente estos disturbios, y ante el rey que empuñaba ya con mano firme el cetro, desapareció todo aquel nublado que se formaba sobre el trono. La sierra de Alcalá presenció un dia la entrevista solemne que tuvieron D. Jaime y los principales de su partido con D. Fernando y los magnates del suyo. Estos reconocieron sus yerros y le pidieron perdon. El monarca aragonés, en cuyo corazon de oro no cabia el rencor como no cabia el miedo, se lo otorgó completo. Así tuvieron fin, señores, aquellos bandos que habian ensangrentado el reino y amagado el trono.

Ya en esto se hallaba próximo D. Jaime á cumplir los veinte años de su edad y cuentan de él las crónicas que era el mejor mozo y mas gallardo mancebo del orbe, cosa en efecto innegable si se ha de dar crédito al retrato que de él nos hacen. Era, dicen, un palmo mas alto que los demás hombres, fornido y proporcionado en todos sus miembros, el rostro lleno y colorado, la nariz larga y recta, la boca bien contorneada escondiendo una dentadura tan blanca que parecia una doble hilera de perlas, los ojos rasgados y negros, los cabellos rubios como el oro, las manos hermosas y los pies mejores. Así nos lo pintan los cronistas sus contemporáneos.

Aun me queda, señores, que contar otro dramático episodio de la juventud de D. Jaime, si es que D. Jaime fué alguna vez joven. Contaré este y concluiré con él la historia de la mocedad del monarca, que confío no puede haberse encontrado pesada gracias á los interesantes detalles y peregrinas aventuras que la siembran toda como perlas en un manto.

1228 Descansando se hallaba el aragonés monarca en Lérida de los trabajos que le ocasionara el arreglo de los bandos de que hemos hablado, cuando cierta mañana pidió permiso para hablarle una dama cubierta con un velo

y vestida de luto que se presentó en palacio acompañada de un anciano escudero vestido de negro como su señora. Al hallarse en presencia de don Jaime, la tapada se arrojó á sus piés y los regó con las lágrimas que abundantes corrían de sus ojos. El rey quiso levantarla y pidiola que alzara su velo, pero la dama le contestó ;

—Ni me alzaré de vuestras plantas, señor rey, ni me descubriré hasta tanto que me hayais prometido hacer justicia.

—No la niego á nadie, señora, contestó el monarca, — y acostumbro siempre á hacerla.

Entonces la dama alzó su velo y D. Jaime pudo conocer á la que habia sido su compañera de infancia, Doña Aurembiaix, hija única del difunto Armengol octavo conde de Urjel.

—Qué es esto, señora ? — preguntóla el rey, — y qué justicia reclamais del trono ?

Contóle entonces la huérfana dama como á pesar de ser público que ella era hija única del conde de Urjel y que como tal debía ser suyo todo el señorío de su padre, sin embargo se lo habia traidoramente usurpado su primo Geraldo vizconde de Cabrera. La dama concluyó su razonamiento pidiéndole proteccion y amparo contra su traidor y alevoso deudo.

—Una y otro os daré, señora, — contestó caballerescamente D. Jaime. — Side grado no os devuelve el vizconde el señorío, de fuerza se lo haremos devolver, que aquí estoy yo para pedirselo en el campo y ahí están buena porcion de leales lanzas de mis caballeros para ayudarme en la demanda.

Al dia siguiente de esta conversacion, Geraldo de Cabrera era citado y emplazado en nombre de Doña Aurembiaix ante el rey de Aragon para responder del derecho con que se habia á mano armada apoderado de todas las tierras de Urjel. A esta primera citacion contestó el vizconde de Cabrera que no tenia obligacion de dar respuesta alguna, y que si acaso, la daria mas ó menos tarde, cuando y como á él le pluguiese. Segunda y tercera citacion tuvo entonces lugar, segun era costumbre, pero no obteniendo respuesta satisfactoria, D. Jaime llamó á todos los de su mesnada y partiéndose para las tierras de Urjel, empezó la campaña contra el de Cabrera apoderándose de Albera. La Providencia dió la victoria á las armas de don Jaime protectoras de la buena causa. Menargus siguió la suerte de Albera, y Liñola la de Menargus, no deteniéndose en el camino de sus triunfos hasta hallarse ante los muros de Balaguer, á cuya ciudad puso cerco. Geraldo de Cabrera que se hallaba en la ciudad sostuvo por algun tiempo el sitio,

pero viendo que su estrella se ocultaba ante la del vencedor, abandonó una noche secretamente á Balaguer, que se rindió entonces á D. Jaime y reconoció por su señora á la condesa. Todo el condado de Urjel siguió en breve la suerte de las villas que habian sucumbido. Doña Aurembiaix tornó á recobrar la herencia de su padre, y Geraldo de Cabrera, segun asegura un cronista, mortificado en su orgullo y en su ambicion se entró en la religion de los caballeros del Temple.

Esta campaña de Urjel acabó de dar fama á D. Jaime, aumentó su reputacion de buen caballero y coronó su renombre de valiente. Sus pueblos empezaron á prometerse y á esperar mucho del que, caballero antes que monarca, abandonaba su cetro para empuñar la espada y se constituia generosamente en campeon del derecho y de la justicia. Las esperanzas que concebir pudieran no tardaron en realizarse. Habia ya llegado para D. Jaime la hora de acometer empresas de valía, empresas que no hallasen solo débiles ecos en el circuito de un reino sino que resonasen hasta en los confines mas lejanos de la cristiandad atónita. Dios quiso conceder á D. Jaime lo que habia ya concedido con respecto á Cataluña á los Berenguers: la facultad de hacer el nombre de Aragon europeo. Tuvo quizá el noble y real mancebo la secreta conviccion de que no era solo en la tierra el representante de un gran pueblo sinó tambien el enviado de la Providencia, y decidióse á llevar á cabo la mision que le habia impuesto en sus secretos designios la mano omnipotente que le ciñera la corona.

Hallábase un dia D. Jaime en Tarragona sentado á la mesa de un banquete á que habia convidado á los principales señores de su córte. Eran casi todos catalanes; habia entre otros Nuño Sanchez, Guillermo de Moncada, el conde de Ampurias, Raimundo de Moncada, Geraldo de Cerverllon, Raimundo de Alemany, Guillermo de Claramunt, Bernardo de Santa Eugenia, señor de Torroella, y tambien Pedro Martel ciudadano de Barcelona y muy esperto marino, cómitre que habia sido de galeras. La conversacion á mitad de la comida se habia hecho general y, por simple curiosidad, habíasele ocurrido á varios señores preguntar á Pedro Martel que clase de tierra era Mallorca y cuanta estension podia tener aquel reino con otras preguntas dirigidas todas á adquirir un conocimiento exacto de las islas Baleares. De seguro que aquellos caballeros hicieron este interrogatorio sin intencion, pero es lo cierto que al nombre de Mallorca que llegó á sus oidos, D. Jaime sintió como un rayo de inspiracion y poniéndose repentinamente de pié en uno de aquellos arranques entusiastas y caballerescos que tanto le caracterizaban exclamó:

—Mallorca! Mallorca! Como me presteis, señores, vuestra buena ayuda, yo ofrezco apoderarme de esta isla; yo ofrezco ser de los primeros en penetrar en la ciudad y cojer al rey moro por las barbas para tenderle á mis piés.

Todos entonces se levantaron é hicieron solemne juramento de no desamparar al monarca. Aquellas pocas palabras de D. Jaime habian sabido electrizar á la concurrencia. La expedicion á las Baleares quedó decretada. Mallorca pudo desde aquel momento considerarse vencida.

No fué aquello vana palabrería de festín. Poco tiempo despues D. Jaime convocaba córtes en Barcelona, manifestaba su intento y su proposicion era acogida con el doble entusiasmo del valor y de la conviccion. En apoyo del proyecto real dejó oír su voz el conde de Ampurias. Su discurso, que las crónicas trasladan, arrebató á los circunstantes. Guillermo de Moncada, en nombre de los señores principales, ofreció el brazo de la nobleza; Berenguer Giral, síndico de la ciudad de Barcelona, prometió el auxilio de los ciudadanos; el obispo de Tarragona aseguró las preces y bendiciones de la iglesia; Berenguer de Palou, el obispo de Barcelona, aquel de quien nos hablan las historias como un modelo de santidad, un ejemplo de virtud y un espejo de caballería, Berenguer de Palou, el que lo mismo ceñia la mitra y sostenia al báculo pastoral ante la congregada multitud de fieles, que endosaba la coraza y empuñaba la espada marchando el primero contra los enemigos de Dios, Berenguer de Palou prometió cien caballeros para la empresa y su propio auxilio como ministro del Señor y como soldado del rey; en fin, Pedro Gruny, en nombre de Barcelona, las galeras, naves y leños para conducir á las islas al ejército cruzado.

El monarca agradeció todas aquellas muestras de afecto á la religion y á la patria, y queriendo aprovechar el entusiasmo general, decidió que la empresa se llevase á cabo cuanto antes. Fijóse pues para punto de reunion y de partida el puerto de Salou y mandóse que por mayo de aquel mismo año de 1229 las galeras catalanas hundirian las aguas y enderezarian el rumbo hácia Mallorca, llevando en su seno, rayes de la guerra, á los valientes expedicionarios.

Llegó el dia designado. Las flámulas y gallardetes ondeaban azotados por el viento en lo alto de los mástiles; ciento cincuenta naves mayores sin contar los leños pequeños se balanceaban en las aguas de Salou; la alegría brillaba en todos los rostros y habitaba el entusiasmo todos los corazones: la multitud acudia á presenciar la imponente escena que iba á tener lugar

á la luz y á los rayos de un hermoso sol meridional. Entró todo el ejército en las naves, aposentóse en ellas, y se hizo orgullosamente á la vela, no tardando en desaparecer á los ojos de la multitud reunida en la playa aquel grupo de leños, como una bandada de pavietas que huye y se oculta entre las gasas de la niebla.

Habria adelantado la armada unas veinte millas por el mar, cuando mudó el viento. Los cómitres y pilotos de la galera real se presentaron á D. Jaime y le digeron que la tempestad amenazaba y que si no queria esponderse á perecer, volviese atrás á esperar mas bonanzoso tiempo. A esta proposicion contestó el rey estas dignas y valientes palabras:

— Volver atrás no lo haremos por nada en el mundo. Si la tempestad arrecia á través pasaremos de la tempestad. Emprendo este viaje confiando en Dios y voy en busca de aquellos que en él no creen, y pues voy en aemebre del Señor, en él confío que sabrá guiarnos.

Segun dijeron los pilotes, no tardó en presentarse la tempestad para compañera de viaje. La borrasca se desplegó con furia, esparramó con furor las naves y les hizo temer á todos el malogro de la empresa. Las olas agitadas por el látigo de la tempestad se levantaban imponentes y amenazadoras, rugiendo con cólera y abriendo con estrépito sus flancos cual monstruos marinos su desmesurada boca para tragarse las galeras. Parecia que los infieles, temiendo el poder de aquella flota que se les acercaba, habian invocado á los espíritus del mal para que la destruyesen antes de que arribar pudiera á sus costas. D. Jaime, aquel monarca de veinte años que iba á conquistar un reino para la cristiandad, permanecia sereno y tranquilo en medio de la consternacion de los suyos y de la furia de los elementos. La sorpresa no se apartó de sus labios, la fé no abandonó su corazon y sus ojos no dejaron de mirar al cielo, á través de cuyas densas nubes buscaba acaso la fulgente estrella que le guiaba en su camino.

La tempestad cesó y se disipó impotente al nacer el siguiente dia. La armada dió gracias á Dios, cayendo el ejército todo de hinojos sobre la cubierta de los buques, y al levantarse la hueste, fortificada con el consuelo de la oracion, los vigilantes dieron la señal de tierra y á los ojos de todos, como una faja azul que ceñia el horizonte, apareció Mallorca.

No es mi ánimo, señores, detenerme á hacer una minuciosa narracion de toda esta inmortal conquista. Ni me lo permiten los límites que me he impuesto, ni me lo abonaria tampoco quizá vuestra indulgencia, que ya demasiadas veces ha sido benéfica para mí. Hablaré pues de la empresa toda en conjunto y a que no en detalle.

La flota cristiana abordó junto á Santa Ponza, y saltando en tierra los primeros los caballeros del Temple, Nuño Sanchez, Guillermo y Raimundo de Moncada, Bernardo de Santa Eugenia y Gilaberto de Cruillas, hicieron desocupar á los sarracenos una colina inmediata y clavaron en ella el pendon de la cruz y la señera de D. Jaime, primer nuncio de victoria. Mientras este encuentro tenia lugar, D. Jaime desembarcó con algunos caballeros y al decirle que ya los cristianos habian vencido á un crecido número de infieles que oponerse querian al desembarco, nublóse el semblante del rey y exclamó:

— Siento á fé que se haya vencido la primer batalla de Mallorca sin haber yo estado; pero, caballeros, añadió volviéndose hácia los que le rodeaban — ¿hay de vosotros quién quiera seguirme?

— Todos — contestaron los que rodeaban al jóven monarca en número de veinte y cinco.

— Pues entonces adelante en nombre de Dios! — gritó D. Jaime y se lanzó á galope hácia el punto donde habia tenido lugar el combate.

Tres ó cuatro cientos infantes sarracenos estaban colocados en una sierra. Al ver llegar aquel grupo de caballeros, echaron á huir, pero dieron de espuelas el rey y sus compañeros á sus corceles y no tardaron en alcanzarlos. Al verse en tal aprieto los infieles volviéronse y trataron de resistirse, pero en vano fué. Derribados por las espadas y pisoteados por los caballos los moros sembraron el suelo de cadáveres. En este combate, el caballero Pedro de Lobera que iba á perecer bajo la lanza de un moro, fué salvado por D. Jaime que al ver la accion del infiel se precipitó hacia él y le tendió muerto antes que hubiese empujado la lanza destinada á dar cuenta de la vida de uno de los mejores caballeros cristianos.

Tales fueron en Mallorca las primeras armas de D. Jaime.

Acamparon aquella noche los cristianos como mejor les fué posible y al siguiente día los primeros albores encontraron ya en movimiento á todo el campo. Acudieron los magnates al pabellon real y, despues de celebrados los divinos oficios, Berenguer de Palou, el obispo de Barcelona, les hizo una breve plática incitándoles á todos á vencer por el Señor ó por el Señor á morir.

Tratóse inmediatamente de quien llevaria la vanguardia en la jornada que se preparaba, y si bien todos querian este puesto de honra, de peligro y de gloria, decidióse por fin que serian los Moncadas, no sin secreto despecho de algunos nobles que por ello quedaron descontentos y que por su descontento estuvieron á pique de perder la próxima batalla.

Así que hubo avanzado la vanguardia, recibió el aviso de que el rey de Mallorca había sacado el ejército de sus tiendas y dejando en ellas una buena escolta se adelantaba por otro camino con lo principal de su hueste. Entonces los Moncadas dividieron en dos sus escasas fuerzas: una mitad al mando de Hugo de Ampurias y del maestro del Temple se dirigió á las tiendas, mientras que la otra mitad, á las órdenes de los dos Moncadas Guillermo y Raimundo, que se reservaron para sí el mayor peligro, esperó á los moros á pié firme.

No tardaron estos en llegar y comenzó el mas recio y crudo combate.

El de Ampurias y el maestro entraron á viva fuerza en las tiendas y se apoderaron de ellas, pero no fué tan propicia la suerte á las armas de los Moncadas. Tres veces desalojaron á la morisma de un cerro que habían ocupado y tres veces los sarracenos volvieron á apoderarse de él. Corto era el número de los cristianos y no les llegaba de Santa Ponza socorro, sin embargo de que el rey que oía á lo lejos el rumor del combate daba prisa á sus caballeros para que acudieran pronto en auxilio de los Moncadas que demasiado se imaginaba que lo necesitarían.

En tan apurado trance, y estando ya algo desordenada la gente, reunieron los Moncadas á los caballeros que allí estaban, y colocándose á su frente.

—Adelante por Aragon y Cataluña!— gritaron.

Y adelante fueron todos, y tan adelante pasaron que rompieron aquella vez los batallones enemigos. Pero la muerte esperaba inexorable y sañuda á los mas valientes en el seno mismo de la victoria. Acorralados los Moncadas como leones por gran muchedumbre de moros, como leones pelearon, pero peleando murieron. Perekieron á su lado Hugo de Mataplana, Hugo Desfar y otros ocho ilustres caballeros.

Esto no obstante la victoria quedó por los cristianos contribuyendo á ello no poco la llegada del rey, quien encontrando á varios soldados que huían les hizo volver al combate gritándoles: vergüenza, vergüenza que el rey os ve huir.

Al llegar al sitio donde se daba la batalla encontróse D. Jaime con Guillermo de Mendiona, de quien decían que no había en Cataluña otro que mejor justara, siendo además buen y cabal caballero, el cual se retiraba de la batalla llevando ensangrentado todo el labio inferior.

—Guillermo de Mendiona, —díjole el rey, —¿cómo es partis del combate?

—Porque estoy herido, señor —contestóle el caballero.

Acercóse D. Jaime y vió que su herida era solo en la boca de una pedrada que le habian arrojado. Al ver esto , el mismo rey cojió su caballo de las riendas y díjole al gipete :

—Volveos Guillermo de Mendiona á la batalla , que un buen caballero por semejante golpe no debe acobardarse ni menos abandonar la lucha.

Corrido el de Mendiona al oír estas palabras , volvió riendas al corcel y entrándose á galope en lo mas recio de la pelea , supo hacerlo tan bien y cumplir tanto con lo que se le habia mandado , que nunca mas volvió á parecer.

Con la llegada del rey cambió de aspecto la lucha y quedó la victoria por los cristianos. Victoria fué que á bien duras costas se compró. En efecto, los dos Moncadas que exánimes habian quedado en el campo valian por sí solos lo que toda una hueste , y bien lo probó el rey D. Jaime que permaneció largo rato llorando sobre sus dos cadáveres y que nunca pudo consolarse de su pérdida.

Victorioso en esta jornada , sin obstáculo pudo ya avanzar el rey hasta la capital á la que puso estrecho sitio y á la que batió con todo rigor , segun el arte militar de aquella época. Distinguiéronse en el cerco muchos nobles y caballeros , y con tal afan y ardor se emprendió la conquista , que muchos hicieron particulares votos y se entregaron á crudas privaciones hasta conseguir la toma de la capital.

Habíase fijado para el asalto el último dia de aquel año 1229. Cuatro dias antes de embestir la ciudad , D. Jaime reunió en consejo á todos los caballeros y les hizo jurar sobre los Santos Evangelios y la cruz de Cristo, que al entrar en la ciudad en el momento del asalto , ningun rico-hombre , ni caballero , ni peon , ni nadie , cualquiera que fuese , volveria atrás ni se pararia , á menos de recibir golpe mortal. En este caso el pariente ó cualquiera otro de la hueste debia arrimarle á un lado ; y no sucediendo tal cosa , debian proseguir siempre adelante , entrando á viva fuerza y sin volver atrás nunca ni la cabeza ni el cuerpo ; pues quien lo contrario hiciese , seria tratado como desleal , lo propio que el que mata á su señor.

Empezóse esta ceremonia jurando primero los soldados , luego los ricos-hombres y prelados y quiso hacerlo tambien el rey , pero no se lo permitieron sus vasallos diciéndole que su vida importaba mas que muchos reinos como el de Mallorca. El rey accedió , pero les dijo sin embargo que aun cuando no jurase , cumpliria por su parte como si el juramento hubiese prestado.

Llegó en esto el día señalado, y brilló el primer rayo del sol que no debía bajar á su ocaso sin ver antes triunfar el pendon invicto de la cruz en las torres de la árabe ciudad. El ejército se dispuso para el asalto, y al decir D. Jaime estas breves palabras, que bien podían pasar por su grito de guerra, según lo que acostumbraba á repetir las en las grandes circunstancias: — « Adelante, adelante, en nombre de Dios! » la hueste toda se lanzó aguerrida hacia las murallas erizadas de alfanjes y de lanzas árabes.

El combate fué largo y encarnizado. Si como leones atacaban los cristianos como tigres se defendían los moros. Las órdenes del rey y el juramento prestado se cumplieron al pie de la letra. Nadie retrocedió, nadie se detuvo: el que retrocedía era para morir á los pocos instantes, el que se detenía era porque estaba muerto. Pocos ejemplos hay, señores, en nuestras crónicas de tanto valor, de tanta lealtad. El rey, esponiéndose como el más simple de los caballeros á los tiros enemigos, recorría las filas de los suyos acudiendo siempre donde mayor era el peligro y no cesando de gritar: — Adelante, adelante, en nombre de Dios! » grito al que respondía la guerrera y cristiana multitud con el de: Santa María, Santa María, nuestra es la victoria! »

Por fin empezaron á ceder los moros ante aquel incansable avance. Varios caballeros, entre ellos Juan Martínez de Eslaba y Bernardo de Gurb, fueron los primeros de penetrar en la ciudad, lanzándose tras ellos el mismo D. Jaime al frente de su mesnada y gritando á los suyos, al atravesar por entre una nube de dardos y saetas: — *Via á dins! Via á dins que tot es vostre!*

Así que los cristianos, siguiendo á su valeroso monarca, hubieron puesto
1229 el pie en la ciudad, el combate se trocó en una carnicería. Los moros que no podían huir se dejaban matar. La victoria fué completa y el triunfo espléndido.

D. Jaime, en cumplimiento del voto que había hecho en el banquete de Tarragona, fué en busca del rey moro y adelantándose hacia él y cojiéndole por sus barbas, le hizo caer de rodillas al mismo tiempo que viéndole temblar, le decía:

— No temas, moro; todos te respetarán, que eres el prisionero de don Jaime.

Así se llevó á cabo, señores, y terminó brillantemente la conquista de aquella ciudad, nido de los piratas baleares que amedrantado tenían al

Mediterráneo. El pendon tremolado aquella misma tarde en lo alto del mallorquino alcazar hizo saber á la morisma que habia perdido uno de sus mejores baluartes y á la cristiandad que se habia dado cima á una de las mas gloriosas empresas.

Y aquí, señores, fuerza me es detenerme para no cansar demasiado vuestra atencion.

Dejarémos para empleo de otro dia las jornadas sucesivas de D. Jaime, dejarémos para explicar con mas detencion de lo que pudiéramos hacerlo los acontecimientos que ilustraron su reinado. No es extraño, señores, que D. Jaime ocupe tanto nuestro tiempo. Quien prestó asunto para una estensa y abultada crónica, no es de admirar que nos exija dos ó tres lecciones.

LECCION XX.

JAIIME el conquistador.

El milagro de los panes. — Las cuevas de Artá. — D. Blasco de Alagon. — Expedicion contra Valencia. — Toma de Morella. — De Burriana. — De Valencia. — Cañas por lanzas y sábanas por pendones. — Conquista de Murcia. — Muerte de D. Jaime.

No se crea, señores, que por haber hablado mucho de D. Jaime en nuestra leccion anterior hayamos ya agotado el asunto, nó. Mucho hemos dicho de él, pero mucho que decir nos falta. Con lo que nosotros llevamos contado de él en resúmen se podria, sin mucho amplificarlo, llenar un volúmen, y este volúmen, sin embargo, no seria mas que la historia de don Jaime hasta sus veinte años. Júzguese pues, señores, lo que debia ser aquel hombre que tuvo una niñez de gigante.

Dueño ya de Mallorca, D. Jaime pudo tender triunfante su mirada de águila por toda la estension del Mediterráneo, y acaso acertó á ver perdida allá entre la bruma de los mares á Valencia, que tremolaba aun la morisca enseña, y acaso se prometió desde aquel momento apoderarse de ella algun dia para engastarla como un florón á su corona.

Pocos dias hacia que era el jóven rey señor y soberano de la ciudad que mas tarde debia llamarse Palma, cuando para dar ocupacion á sus tropas y para desterrar la holganza al mismo tiempo que para acabar con los mo-

ros, resolvió hacer una cabalgada contra los infieles que se habian retirado á las montañas de Soller, de Almerug y de Bayalbahar, desde donde causaban mucho daño á los cristianos, estendiendo sus correrías hasta Pollensa. Poco le costó vencer aquellas hordas de errantes fugitivos, la mayor parte de los cuales, aterrados por la conquista de la capital, ó se daban á cuartel ó se dejaban acuchillar sin oponer casi resistencia.

Ocupado se hallaba el rey en esta campaña, cuando se le presentó un dia cierto adalid y le dijo como la mayor fuerza de los moros estaba recogida en las cuevas de Artá, esas célebres cuevas que tanto han dado que hablar modernamente á nacionales y á extranjeros. Dirigióse alli el monarca y las cercó con su gente.

Va anexa, señores, á la historia de este sitio, una rara y curiosa tradicion, que no podria sin faltar á mi deber pasar por alto, mayormente cuando, inverosimil ó no, debe á ella la ilustre familia de Moncada su escudo de armas.

Cuéntase pues que hacia ya dos dias que faltaban casi completamente los víveres en el campamento de los cristianos que tenian sitiadas las grutas de Artá, cuando supo el monarca aragonés que los habia en la tienda de D. Hugo de Moncada, hijo del Raimundo de Moncada que tan digna y valerosamente habia muerto poco despues de pisar el territorio mallorquin. Encaminóse pues á dicha tienda con D. Nuño Sanchez y mas de cien caballeros.

—Vengo á comer con vos el de Moncada—dijo el rey á D. Hugo, así que entró en su tienda.—Hanme dicho que teneis lo que á nosotros nos falta, y he convidado, para mayor honra vuestra, á todos estos caballeros á vuestra mesa.

—Señor,—contestó el de Moncada,—poco tengo de que comer, pero este poco me sobra tratando de servirlos.

Y dicho esto, tendió sobre el suelo á guisa de mantel la capa de grana que llevaba puesta y mandó colocar sobre ella siete solos panes que tenia. Poco era en verdad para tanta gente como traia consigo D. Jaime, pero es lo cierto que las crónicas refieren y aseguran que aun sobraron para dar á todos abundantemente de comer, en lo que ó es claro que no les tocara ni para un diente á cada caballero, ó es evidente que la Providencia hizo un milagro. Así debió ser, pues que en memoria de tal hecho abandonaron los Moncadas el escudo con las armas de Baviera de cuyo solar descendian, y tomaron por blason ó divisa siete panes de oro en campo de gules.

Poco despues de esta famosa ocurrencia las cuevas de Artá fueron tomadas por las armas del rey quedando prisioneros mil quinientos moros, y regresando D. Jaime á la capital con ellos y con gran cantidad de víveres que les recejó.

Pasado el verano, el rey decidió regresar á Cataluña y así lo efectuó dejando por primer Gobernador de Mallorca á Bernardo de Santa Eugenia, señor de Torroella.

D. Jaime fué recibido en triunfo por todas las poblaciones catalanas y aragonesas. Los habitantes de las ciudades salian á recibirle en procesion y con banderas desplegadas. Por todas partes era acogido con entusiasmo. La conquista de Mallorca le habia ganado todas las voluntades.... Tal es, señores, el poder de la gloria. Al partir aun habia dejado un pueblo de rebeldes; al volver encontraba una nacion de súbditos.

Pasó el rey cerca de un año en Aragon, pasando tambien á Tudela donde tuvo entrevistas con Sancho *el Fuerte* de Navarra, que estaba empeñado en adoptar por hijo á nuestro D. Jaime, pero este conoció en el de Navarra ciertas ambiciosas miras y apartó su amistad y huyó su alianza.

Por el año 1232 hallábase D. Jaime en Vich á donde habia ido á arreglar ciertas cuestiones y litigios que se habian suscitado entre Guillermo de Moncada y algunos habitantes, cuando se le presentó un mensajero á decirle que se habian recibido en Barcelona noticias ciertas de que el rey moro de Tunez debia ya hallarse á aquellas horas camino de Mallorca para apoderarse de esta isla. Sobresaltóse el rey con tal mensaje, y dándose toda la prisa posible, llegó á Barcelona y se embarcó con trescientos caballeros partiéndose denodado á la isla con intencion de mantenerla en su poder ó de morir defendiéndola, que no era hombre D. Jaime para dejarse arrancar sino con la vida una posesion legítimamente conquistada.

Mallorca estaba tranquila. Ni el rey de Tunez ni otra armada alguna compareciera por allí. Hizo sin embargo el rey todos los necesarios preparativos de defensa, pero á los quince dias de estar aguardando, supo por un mensaje que el de Tunez por miedo ó por respeto habia diferido la jornada, y entonces D. Jaime no quiso volverse á Cataluña sin antes haber acometido alguna grande accion. Fué esta la de la conquista de Menorca que consiguió llevar á cabo felizmente y sin pérdida de un solo caballero. Bastóle solo presentarse. Su nombre empeñaba á ser tan colosal y tan temido que bastaba él solo para ganar islas y batallas.

Dejó pues tranquila y pacíficamente en su posesion estas dos islas, y

partiése de nuevo á Cataluña y Aragon, impaciente para llevar á cabo nuevas empresas.

Ahora, señores, para mejor comprension de lo que tenemos que narrar, es preciso que retrocedamos algunos años y que, recurriendo á la crónica, nos hagamos cargo de un peregrino episodio íntimamente enlazado hasta cierto punto con nuestra narracion sucesiva.

Cuando el rey D. Jaime, mozo aun, trató de casarse para asegurar descendencia á su real linaje, recelando sus cortesanos que tomara por mujer á doña Teresa Gil de Vidaura, hermosa señora de quien estaba enamorado y con quien sostenia deshonesto trato, aconsejéronle é instáronle á que se enlazara con doña Leonor de Castilla, hija de Alfonso IX, llamado comunmente el de las Navas. Cedió D. Jaime á sus consejos, pero no se pasó mucho tiempo sin que fuera notorio en palacio y en todo el reino el desafecto, por no decir aborrecimiento, con que miraba el rey á su esposa, ya procediese de que ansiaba mayor libertad, ya de entregarse por completo á otros amores, ya de no encontrarla suficientemente hermosa.

En el interin, doña Teresa Gil de Vidaura, la desdenada amante que tenia hijos del rey, habíase partido de Aragon y habia corrido á Roma arrojándose á los pies del papa pidiéndole que « le hiciese justicia del rey don Jaime, dice la crónica, que se habia prometido con ella y hubiera en ella dos hijos, y por consiguiente era su marido; y esto no obstante, habia contratado matrimonio con doña Leonor de Castilla que era parienta suya en grado prohibido y no podia haber matrimonio entre los dos.»

El papa atendió las razones de la de Vidaura y encomendó su causa á los auditores de la Rota. El mismo D. Jaime determinó en esto separarse de su consorte, alegando su parentesco. La sentencia de separacion fué pronunciada por un legado del papa. La reina doña Leonor se partió entonces á Castilla, colmada por D. Jaime de honores y riquezas, que esto quiso darle en cambio del amor que le habia prometido y no tenia.

Cerca se hallaba doña Leonor con su comitiva de las castellanas fronteras é iba á abandonar aquel territorio de Aragon del que hasta entonces fuera reina, cuando sintió algun rumor en torno á la litera en que era llevada, y asomándose vió á sus pocas gentes turbadas é inquietas. Era que acababan todos de distinguir en medio del camino á un grupo de caballeros que al parecer estaban allí con ademan hostil. En efecto, cuando la comitiva de la reina estuvo cerca de aquellos guerreros, el que parecia su jefe se adelantó y gritó á los servidores:

— Paso á D. Blasco de Alagon y á los caballeros de su mesnada !

Al oir los escuderos el nombre famoso y respetado del mayordomo mayor del reino, inclinaron todos la cabeza ó hiciéronse humildes á un lado. D. Blasco pasó por entre todos y se llegó hasta la litera donde iba la reina, que asombrada y atónita le preguntó que era aquello y que significaba aquella especie de aparato de guerra.

D. Blasco de Alagon, despues de escusarse y de pedir perdon, le dijo con marcial desenvoltura y ruda franqueza que todo aquello era porque el rey le adeudaba mas de treinta mil morabatines de pagas y sueldos del tiempo en que con sus hombres y barones le habia servido en Cataluña. Y esto á mí, señora, añadió D. Blasco, á su leal servidor que le ha ganado seis castillos y dos ciudades, mientras que á vos, señora, á quien solo debe disgustos y penas os colma de regalos y presentes, de joyas y preseas, no obstante salir desterrada de su lado. Vos, Doña Leonor, no trajisteis dote al rey cuando con él os casasteis, y así todos los cofres llenos de tesoros que os ha dado, merced es que el rey os ha hecho, y pues es merced, primero es pagar lo que debe el rey á sus servidores que no hacer mercedes á quien no debe nada. Permitidme por lo mismo, señora, que bajen mis sirvientes vuestros cofres y que de ellos tome lo que D. Jaime me adeuda. Ya que mi señor y rey no me paga, me pagaré yo mismo.

Así habló D. Blasco á la reina y concluido este razonamiento se acercó á los cofres que su gente habia depositado abiertos en el suelo, separó en joyas y preseas lo que podia llegar á la cantidad que se le adeudaba, y sin tomar ni por valor de un solo morabatin mas, mandó cerrar otra vez los cofres y volverlos á su sitio.

Terminada esta operacion, D. Blasco se acercó á la reina saludóla con
1228 toda cortesía, ofrecióla su brazo y lanza para siempre que de uno y otra hubiese menester, y se despidió de ella dejándola proseguir tranquilamente su camino.

Irritóse sobremanera el jóven monarca de Aragon cuando supo el desacato cometido por D. Blasco y determinó vengar el agravio hecho á Doña Leonor de Castilla. Súpolo á tiempo el de Alagon, y huyendo el enojo de su rey á quien ni queria ni podia resistir, pasóse á Valencia con todos los que en el hecho le habian acompañado, poniéndose al servicio del rey moro Zeit Abuzeit que á la sazón en Valencia reinaba.

No tardó Don Blasco en ser gran privado y amigo del infiel, á quien ayudó en una guerra que tuvo contra un deudo que trataba de apoderarse

del tronò. Agradecido Zeit á los servicios que le prestó D. Blasco, cólmóle de hñores, de distinciones y riquezas, pero ni el favor ni la privanza pu-
1231 dieron hacer que olvidara el de Alagon á su rey, á sus amigos y al pais que nacer le viera. Andaba siempre triste y caviloso, tornábase amargo en su boca el pan de la pròscripcion que acercaba á sus lábios, y nó paró hasta que pudo conseguir que D. Jaime le concediera su perdon y le permitiera volver á la córte aragonesa.

Al poco tiempo de haber partidò D. Blasco, el moro Zeit se vió obligado á ceder ante los enemigos de Zaen, el pretendiente á su trono, y tuvo que abandonar su corona á su rival huyendo á Segorbe para no abandonarle tambien su cabeza.

De regreso el de Alagon á la córte de D. Jaime, tuvo largas pláticas y conferencias cñ el monarca, é instóle repetidas veces á acometer la empresa de Valencia pintándole con verdaderos y hermosos colores la fertilidad y riqueza de su tierra, la pureza y transparencia de su cielo y diciéndole que era aquel reino el paraíso del mundo. Aun mas, en una conversacion que tuvo con el rey y con el maestre de los hospitalarios Hugo de Forcalquier, hasta llegó á trazar el plan de la conquista del reino diciéndole que lo primero que se debia ganar era la villa y castillo de Burriana.

Inflamado el ánimo de D. Jaime con tan halagüeñas esperanzas, y viéndose por su conquista de Mallorca mimado de la fortuna y de la victoria, decidió llevar á cabo la empresa aplazando solo la jornada para después de su próximo casamiento con la infanta Doña Andrea de Hungría. En el interin pidióle permiso el de Alagon para comenzar á inquietar á los moros del reino de Valencia y concedióselo D. Jaime.

No tardó pues D. Blasco en comenzar la guerra y se apoderó á viva fuerza con sus caballeros del castillo de Morella, que á instancias del monarca se lo cedió para incorporarlo á la corona, recibiendo en cambio Sástago, Pina, Maria y otras poblaciones que aun hoy conservan bajo el título de condes de Sástago sus ilustres descendientes.

Estando D. Blasco en Morella fué sorprendido con la visita de su antiguo amigo Zeit, el mismo que habia sido rey de Valencia, recibéndole el aragonés con grande halago. Conocióle tambien allí D. Jaime, y aquel monarca sin estãdos á quien las desgracias habian envejecido, pidió se le
1233 instruyese en los dogmas de nuestra religion, recibiendo el bautismo y tomando el nombre de D. Vicente á que añadió el apellido de Belluis (bellos ojos) en razon á sus ojos que los tenia grandes y muy hermosos. De Zeit, el monarca destrozado, es de quien descienden los Belluises.

Ganada Morella , no se levantó ya mano de la conquista de Valencia. Apoderándose de todo á su paso , y tomando distintas veces parte en los combates y refriegas , llegó D. Jaime hasta Burriana al pié de cuyos muros sentó su campamento. Fué la plaza combatida con valor y decision. En vano se opusieron obstáculos al logro de la empresa ; en vano se halló el rey falto de viveres y dinero ; en vano en un asalto quedó herido por cuatro flechazos , aunque sin llaga peligrosa ; en vano se formó un partido de aragoneses que querian obligar al rey á volver á sus tierras abandonando la conquista ; en vano ofreció Zaen darle una gran suma de dinero con que alzara solo el cerco ; en vano hombres y elementos amontonaron diques para el malogro del objeto ; todo se estrelló en aquella firme voluntad , voluntad de hierro , con que el monarca aragonés llevaba á cabo sus planes. Venció los obstáculos , salvó los diques , desprecó á los elementos , se burló de las ofertas , domó á los rebeldes , y acabó por apoderarse de Burriana y por plantar el estandarte real con las barras catalanas en lo alto de sus torres.

El famoso cerco de Barriana lo recuerda , señores , mejor que nada la ciudad de Castellon de la Plana que nació en el sitio donde tuvo D. Jaime su campamento. Es una ciudad que ha brotado de una de sus huellas en la tierra. ¿Qué hombre era ese , señores , que con solo su nombre rendia pueblos , que con solo el relincho de su caballo , como el mismo dice , ahuyentaba á los moros , que con solo blandir su espada que se llamaba *Tizon* hacia caer de rodillas á los ejércitos , y que con solo imprimir en el suelo la planta de su pié hacia nacer ciudades ?

La toma de Burriana predijo su suerte á Valencia. El vencedor de Mallorca y de Burriana no podia tardar en ir á clavar su señera en los muros de Valencia.

Ya en esto tenia 27 años D. Jaime , y jamás se habia visto ni se debia ver tampoco , señores , en el mundo , cabeza mas jóven rodeada de mas gloria. Su fama volaba por todas partes , las naciones contemplaban atónitas á aquel jóven gigante que llevaba á cabo empresas en que habian naufragado monarcas de gran estima , los reyes solicitaban su amistad y su alianza , el Papa le pedia consejos , Barcelona le debia leyes . Zaragoza fueros , sus súbditos le adoraban , y el Hércules catalan tenia ya una reputacion europea.

Interin recorria D. Jaime las ciudades y villas haciendo provision de todo lo que necesitaba para rematar la conquista de Valencia , sus súbditos le

ganaban fortalezas y ciudades. D. Bernardo Guillen de Entenza derrotaba de una manera milagrosa á un crecido ejército de moros junto á Enesa, y un puñado de leales catalanes y aragoneses asaltaban y se apoderaban de Ibiza terminando con la posesion de esta fortaleza la conquista de las Baleares.

Tornó D. Jaime á Valencia y sus primeros hechos de armas fueron señalados con un episodio que no quiero, señores, olvidarme de contar.

Falto estaba el rey en Burriana de caballos y envió un mensaje á Zaragoza para que le comprasen cuarenta. Salió, cuando supo que estaban en camino, á recibirlos hasta Segorbe donde compró cuarenta y seis mas que traian ciertos mercaderes, y con todos dió la vuelta para Enesa. Cuando llegaron á Murviedro, donde habia una fuerte guarnicion de moros, dudaron algunos de la corta escolta del rey en si proseguirian el camino derecho, para lo cual era fuerza pasar por junto á la fortaleza, ó si se desviarían tomando el camino de la marina. Estando D. Jaime perplejo sobre esto acercósele uno de los de á caballo y le propuso un medio para salir del apuro.

—Burlamos, le dijo, la vigilancia de los moros. Pasemos por junto á su fortaleza, que así evitamos el rodeo, pero valiéndonos de un ardid. Mandad á todos los servidores que traen los caballos del diestro que tomen cada uno una caña larga y que monten cada uno en su caballo llevando las cañas á manera de lanzas. De este modo los moros creerán que somos una compañía de caballería lijera y temerán el perseguirnos.

Plúgole al rey el ardid y mandó hacer lo que dijera su servidor, el cual tomó tambien como los otros una caña, donde aló una sábana á manera de pendon. De este modo fué como, con cañas por lanzas y una sábana por bandera, pasó la real comitiva por bajo los mismos muros de Murviedro sin ser inquietados por los moros que, aun que les vieron, les hizo su temor respetarles.

Desde entonces el autor del proyecto tomó el nombre de *lensol*, que tal se llama en catalan una sábana, y de él descende el linaje de los Lenzoles, barones principales del reino de Valencia.

Ya en estas circunstancias habia llegado la hora de adelantar D. Jaime sus pendones y tropas hasta la misma ciudad de Valencia, que se despertó un dia viéndose enroscada como por una monstruosa culebra de fuertes anillos por el ejército cristiano. Todas las ciudades principales de Aragon y Cataluña habian enviado compañías para la empresa. La compañía de Barcelona, por ser la en que el rey tenia mas confianza, fué alojada mas cerca de los muros, distinguiendose en los asaltos y refriegas la compañía de ballesteros de Lérída

Valencia fué atacada vigorosamente. El arte y el valor unieron para ello sus esfuerzos. El rey mismo peleó mas de una vez al frente de sus tropas recibiendo en una ocasion una herida en la frente que le imposibilitó por algunos días de volverse á presentar en el combate.

1238 Pero Valencia no podia continuar por mucho tiempo resistiendo á aquel á quien nada resistia. Tuvo que inclinarse vencida como las demas ciudades, y el 28 de setiembre de 1238 la hermosa ciudad que, como una náyade que acaba de salir del agua, reposa rendida sobre un lecho de flores junto á las márgenes del Turia, abrió sus puertas para admitir en su seno al ejército catalan-aragonés y prestó sus cúpulas para enarbolar en ellas la bandera de las barras.

Así que D. Jaime hubo penetrado en Valencia con una lujosa comitiva, cuéntase que descabalgó de su caballo y que hincándose de rodillas besó la tierra y dió gracias á Dios por la merced que le hiciera de otorgar á sus armas aquel reino tan codiciado de todos sus antepasados.

Inmediatamente se ocupó en dar á la ciudad que acababa de conquistar aquellas famosas y célebres leyes, que son la gloria y el tesoro de los valencianos, haciendo merced á Lérida de que enviase trescientas doncellas que casaron con los mejores soldados del ejército y se aposentaron en Valencia, y concediendo á trescientos ochenta caballeros catalanes y aragoneses la facultad de conquistar lo restante del reino, por lo que ellos y sus descendientes fueron luego conocidos con el nombre de *caballeros de conquista*.

Y ahora, que ya hemos contado esta célebre toma de Valencia, ¿á qué entretenernos en detallar otras empresas de D. Jaime cuya importancia desaparece ante la que tienen las citadas?

Grande, famoso, héroe, le vemos en todas sus acciones sucesivas trabajar para la gloria de su nombre y el bienestar y engrandecimiento de sus estados, y si en 1240 le hallamos ante Játiva obligando á esta ciudad á pagarle tributo y en los años posteriores calma con su presencia los bandos de 1266 Cataluña, en 1266 le vemos continuar la conquista de Murcia hasta apoderarse, despues de un largo y bien defendido sitio, de su hermosa capital.

A toda la mayor gloria que alcanzar puede un rey y un héroe alcanzó D. Jaime; hasta el Kan de Tartaria y el Soldan de Babilonia le prestaron homenaje, y su espada, arrojada en un platillo, llegaba á inclinar la balanza de los destinos europeos.

Rodeado de gloria y cansado de hazañas, murió en Valencia el 27 de

julio de 1276 el rey que con su vida habia ocupado casi un siglo y con su nombre toda la tierra conocida , D. Jaime *el conquistador* que se titulaba rey de Aragon , de Mallorca y de Valencia , conde de Barcelona y de Urjel, y señor de Montpellier.

Su cadáver permaneció en la catedral de Valencia hasta 1278 en que fué trasladado al real monasterio de Poblet y allí durmió tranquilo , aguardando para levantarse la voz de la trompeta del ángel mensajero de Dios , hasta nuestro siglo , hasta 1835 , señores , en que , vergüenza es decirlo , el histórico monumento de Poblet respetado por los siglos , no lo fué ni por la tea incendiaria ni por el hacha de la revolucion.

Una turba , señores , de gente vagabunda y desconocida , de esa gente que no pertenece á ningun pais porque todo pais la rechaza , se arrojó como una bandada de buitres sobre Poblet , y mientras , ondulante penacho de fuego , las llamas se cernian sobre los muros y las cúpulas , los incendiarios violaban sacrílegos las tumbas en busca de tesoros , y con sus viles y profanas manos revolvian los huesos de aquellos que fueron nuestros condes y reyes , de aquellos que habian llevado tan alto la gloria y la honra catalana , de aquellos , en fin , cuyos restos habia dado la posteridad á guardar á la catedral de los valles.

El esqueleto gigantesco del gran D. Jaime fué en particular juguete de la plebe , y los descendientes de aquellos á quiénes él , sucesor de Cesar y precursor de Napoleon , habia llevado á la gloria y á los combates , le pudieron ver alzarse descarnado con un fusil irrisorio al hombro junto á las puertas de un profanado templo.

Pasada esa fiebre , esa orjia popular , el esqueleto fué cuidadosamente recojido y depositado en la metrópoli tarraconense en una hermosa caja de caoba la cual tiene en su interior otra caja de plomo con cristales á traves de los cuales se puede contemplar todo lo qué queda del gran conquistador de Mallorca , Valencia y Murcia.

LECCION XXI.

PEDRO el Grande.

Todavía D. Jaime. — El consejo de cliente. — Cíase D. Pedro la corona. — Su enlace con Doña Constanza. — Asuntos de Sicilia. — El guante de Coradino. — Toma de Montesa. — Victorias marítimas de Conrado de Llanza. — La hora de la venganza.

Feliz y completo término, señores, hemos dado á la época verdaderamente grande de D. Jaime *el conquistador*, grande, sí, por mas de un título porque por todos se recomienda. Es que en efecto, no es solo esta época la historia de un rey sino la de un pueblo.

Ya hemos visto á las naciones hermanas de Cataluña y Aragon esparcirse por otros pueblos no cabiendo en sí mismas, como el rio que despues de la tempestad se esparce por los campos no cabiendo en su cauce. Ya aquella nacion que tan humilde nació, pero tan gloriosa, de las huellas de Oljero y de sus nueve barones, ha ido á nuestros ojos dilatándose, ensanchándose, desplegándose como una vistosa decoracion de un teatro al tirar pausadamente de la gasa que la oculta.

Ya Cataluña no es Cataluña solo, ya Cataluña es Aragon, es Mallorca, es Valencia; ya Barcelona es la capital de una nacion pujante y la reina del Mediterráneo por donde lujosas, soberbias y temibles pasea sus galeras que vuelan á la sombra del pendon de las barras.

La primera gloria, no hay duda, se la debe Cataluña á los Berenguers,

pero la segunda se le debe á D. Jaime. Si los unos la han hecho rica, el otro la ha hecho grande. Desde los barones de la fama hasta los caballeros de conquista, qué período! Con Otjero qué porvenir! con Wifredo, qué hazañas! con los Borrells, qué esplendor! con los Berenguers, qué riqueza! pero con D. Jaime señores, con D. Jaime, qué gloria!

Por él las Baleares, ese sitio delicioso que brota en medio del mar rodeado de un cinturón de espuma, tremola el pendón mismo que con su sangre compró Wifredo para los catalanes; por él Valencia toda de un cabo á otro ha dejado de obedecer á los moros para acatar la cristiana ley; por él no son ya dos naciones solo las que están unidas, son cuatro: Cataluña, Aragon, Mallorca y Valencia, cuatro corazones á los que hace latir una misma alma. Todas juntas forman un pueblo; comunes son sus victorias y peligros, comunes su cielo y sus fronteras; se baten bajo el mismo pendón, acatan al mismo Dios, obedecen la misma ley, se arródlan ante el mismo trono, se bañan á los rayos del mismo sol y se cubren con el mismo manto de gloria.

Los nombres de Cataluña y de Aragon llenan la Europa y el Asia, de los unos envidiados, de los otros temidos, de todos respetados. No tardaremos, señores, en ver á las barras catalanas saltar los mares como las hemos visto ya saltar los Pirineos, y llegar triunfantes aun mas allá de donde son conocidas, y clavarse, símbolo respetado de gloria, en las ásperas rocas que señalan los confines de las naciones bárbaras.

Los nombres de Cataluña y Aragon deben á D. Jaime la mayor parte de su fama, y quedan por él conocidos del mundo todo estos dos países que aunque distintos forman uno solo. Uno sí, señores, porque si el nombre del imperio es el de Aragon, la bandera del imperio es de Cataluña; por que si el centro de unidad y la autoridad están en Aragon, la actividad y la acción está en Cataluña; porqué, en fin, si Aragon es la cabeza, Cataluña..... Cataluña es el alma.

Pero sí con el reinado de D. Jaime, señores, nuestra nación es cierto que llegó al apogeo, que así puede decirse, de la gloria militar, no es menos cierto que consiguió también ver estenderse ufano el árbol colosal de las instituciones civiles. Propio es de nuestras lecciones y de nuestro objeto decir algo, antes que á nuestros ojos desaparezca la caballeresca figura de D. Jaime, de ese famoso *Consejo de ciento* que tan célebre es en la historia y con el cual tropezaremos mas de una vez en nuestras relaciones sucesivas, de ese digno y virtuoso *Consejo de ciento* que sin ser mas que los reyes

era como ellos tan alto, que siendo hijo del pueblo era el padre del pueblo, y que sin tener facultad de dar coronas podía sin embargo quitarlas.

La municipalidad catalana, si bien su origen verdadero está en los condes, lo debe todo á D. Jaime. Los condes la habian dejado desnuda y huérfana; D. Jaime la vistió y prohió: los condes la habian dejado en la calle; D. Jaime le dió un palacio: los condes la habian sentado en una silla, D. Jaime la sentó en un trono.

En gran manera reconocido el *Conquistador* á los servicios que le prestó Barcelona en varias ocasiones y señaladamente en la conquista de Valencia, quiso recompensar á nuestra ciudad dándola un gobierno popular y democrata, gobierno que fuera al mismo tiempo que una garantía de sus leyes, un escudo de sus privilegios, un baluarte de su gloria y un centinela de su dicha. Y no es extraño que tal hiciese D. Jaime, aquel rey cuya borrascosa juventud habia sido para él mismo una saludable enseñanza, aquel rey que habia hallado un espejo en las demasias de sus nobles y de sus privados. El monarca que tanto habia sufrido por causa de los grandes de su reino, el monarca que habia visto disputada por ellos su corona, que habia contemplado su ensorbecimiento y su indomable orgullo, el que habia visto á los nobles hacer de su manto real un tapete donde jugaban á los dados la suerte del imperio, debia necesariamente aficionarse al pueblo fiel que pululaba á los pies de su trono formado de pechos leales y corazones adictos prontos á sacrificarse por cualquier empresa generosa, á ese pueblo que callaba mientras que los nobles gritaban, que sufría el hambre y la sed mientras que los poderosos cantaban de placer en las orjias, y que cuando los señores empujando el hacha del verdugo gritaban: Anatema! él alzando las manos al cielo murmuraba: Clemencia!

Sí, D. Jaime *el conquistador*, el gigante catalan, el hombre á quien quiso conceder la Providencia el don de vivir adelantado á lo menos de todo un siglo á su propio siglo, trató de apoyar su trono en el carácter formal é innata dependencia de los catalanes y quiso hacer del pueblo catalan un poder que supiese hacer frente y pudiese contrarestar al feudalismo que amenazaba absorber todos los poderes. De aquí la municipalidad barcelonesa, de aquí el *Consejo de ciento*.

Cuando los antiguos y gloriosos condes, era ya costumbre en el pueblo barcelonés congregarse en las gradas del palacio condal ó enviar allí sus representantes que lo solian ser los ancianos (*Seniores*) para tratar y discutir de todo lo concerniente al órden y régimen municipal. Eran por lo comun

presididas estas juntas populares, que tenían algo de patriarcal, por el Senescal ó Veguer ó Baile. Cuando se enlazó Cataluña con Aragon, la costumbre cambio de forma y tomó cierta importancia: la reunion de *seniores* pasó á ser asamblea ó por mejor decir consistorio de *prohombres*, del latin *probi homines*, hombres de probidad ó reputacion. En este nuevo período los *prohombres* adelantaron mas que los *seniores*, pues que llegaron ya á manejar ciertos intereses públicos.

Así duró la institucion hasta que vino D. Jaime el cual queriendo, como dejo indicado, recompensar á Barcelona haciéndola córte de un poder popular que algun dia pudiese encontrarse cara á cara y luchar y vencer si venia el caso al poder feudal, empezó dándola en 1249 por representantes á cuatro magistrados municipales con el nombre de *paeres*, con facultad de asociarse cierto número de conciliarios ó *consellers*.

1257 Dado este primer paso, D. Jaime no debia tardar en desplegar en toda estension su proyecto. En 1257 concedió á Barcelona la prerogativa de poder elegir todos los años, el dia de la Adoracion de los santos reyes ocho consellers y hasta doscientos prohombres que representasen todas las clases de la república.

1265 En 1265 el número de consellers, por órden del mismo monarca, quedaba reducido á cuatro y á ciento el del senado de los prohombres. Desde esta última circunstancia data el verdadero y gran *Consejo de ciento* al cual tenían acceso todas las clases y del cual tenía derecho á ser todo buen ciudadano y todo hombre honrado. Parece que la mútua union y fuerza de ese respetable y venerado cuerpo quiso significarse por el signo del murciélago, cuya clase de nocturnas aves, como es notorio, permanecen unidas unas á otras y formando largas cadenas en las silenciosas profundidades de las cuevas, donde corren á ocultarse huyendo la luz del dia para no salir sino cuando tienden las sombras su manto sobre la tierra. Por esto se ha querido tomar al murciélago como símbolo de union y de vigilancia; si bien hay cronistas que suponen ser solo el signo del murciélago adoptado por el *Consejo de ciento* un capricho de D. Jaime por haberse posado cierto dia, en ocasion que estaba sitiando á Valencia, una de estas aves en su cimera.

Así fué, señores, como, gracias al mas gran rey que ha tenido Cataluña, Barcelona puede contar en sus anales los anales del *Consejo de ciento*, institucion que fué creciendo y desarrollándose como el árbol va extendiendo sus ramas coronadas de frutos, institucion altamente popular y

democrática, ejemplo y espejo de ciudadanos, digna de respeto de la posteridad y de la alabanza de la historia. En nuestro propio siglo XIX donde tanto se ha blasonado, señores, de instituciones liberales y donde tantos gritos, y tantos en vano, se han dado de *viva la libertad!* muchos ignoran tal vez que ya desde el siglo XIII Cataluña, adelantándose á muchas naciones, tenia en su *consejo de ciento* una especie de cortes permanentes donde todas las clases estaban representadas, donde otra norma no existia que la felicidad del ciudadano protejiendo su libertad civil y garantizando su libertad individual. El catalan *Consejo de ciento* es, señores, en la historia de la libertad la aurora de la constitucion.

No han tenido las leyes escudo mas firme, ni la patria antemural mas fuerte, ni los catalanes han tenido nunca vigilantes mas asíduos de su dicha que aquellos hombres, buenos y honrados ciudadanos, que vestian holgadas túnicas de color de púrpura para indicar que estaban prontos á verter su sangre por el pueblo.

Y ahora, señores, que ya hemos dicho algo del origen de esa civil y gloriosa institucion, interin esperamos otra ocasion, que no tardará en presentársenos, para ocuparnos de ella nuevamente, pasemos al sucesor de D. Jaime.

D. Pedro II de Cataluña y III de Aragon, señores, es otra de las ilustraciones de nuestro pais y de las glorias de nuestra historia. Sin ser un coloso, D. Pedro III es un gigante. Hubiera podido llamársele el caballero; se ha preferido darle el renombre de grande. De ambas cosas tuvo; de entrambos renombres se hizo merecedor. Su pueblo se los dió y en verdad que obró al darselos con justicia.

Despues de haber ocupado por tanto tiempo el trono D. Jaime *el conquistador*, pasa á ocuparlo su hijo D. Pedro, y sin embargo nada desmerece ni en nada decae. El sol de Aragon y de Cataluña continua brillando con luz vivísima despidiendo aquellos mismos resplandores que deslumbraban á la Europa.

Es toda una peregrina historia la de D. Pedro, es todo un hombre el que á los estados de Aragon añadió el estado de Sicilia. Ya el drama se ha apoderado de él y lo ha puesto en escena, ya la viril y robusta imaginacion de un malogrado poeta catalan (*) supo en una obra que desgraciadamente

(*) D. Jaime Tió en su *Espejo de las venganzas*.

se ha perdido presentarlo con todos los colores , ya las plumas faciles de dos autores castellanos han dibujado su perfil en una composicion del mismo género (*), pero aun no es D. Pedro tan popular como ser debiera , ni aun los poetas y autores dramáticos han conocido toda la inspiracion que hay en él y todo el tesoro que existe en su época.

Es una caballescica y arrogante figura. D. Pedro es en la historia la personificacion de la caballería , es en el trono la personificacion de la libertad. Su padre pudo haber sido el enviado de la Providencia , él fué el enviado del progreso social. Para D. Jaime habia ya de antemano destinada una estrella en el cielo , para D. Pedro esta estrella nació.

1276 Ciñó D. Pedro la corona por muerte de su padre D. Jaime I el dia 16 de noviembre de 1276 siendo unjido en la iglesia mayor ó en la Seo de Zaragoza por mano de D. Bernardo Olivella arzobispo de Tarragona. Al recibir la corona de manos del prelado , el nuevo rey manifestó ya su carácter y pudo saber el pueblo lo que de él podia esperar. Tomó D. Pedro la corona y antes de ceñírsela dijo que no la recibia de mano del arzobispo en nombre de la iglesia romana ni por ella ni contra ella ¿ Fueron señores estas palabras una protesta contra la demasiada piedad de su abuelo ? Fueron una emancipacion de aquel feudo hasta cierto punto servil que se habia creido obligado á prestar Pedro *el católico* ? Fueron , en fin , una seguridad para el pueblo de independencia , de justicia , de rectitud y hasta si se quiere de gloria , de gloria sí porque el despotismo está reñido con la gloria ?....

Esto es lo que nos aclarará la misma relacion de los sucesos.

Es preciso advertir , señores , que cuando D. Pedro subió al trono y empuñó el cetro glorioso que le legara su padre , llevaba oculto en su corazon un firme aunque recondito proyecto de venganza , pero de noble , generosa y caballescica venganza , como aquella que es patrimonio de las almas grandes y que solo anida en los corazones leales á los cuales se refugia como á un templo , velando en su interior como la lámpara débil pero constante que alumbra pálida en las profundas capillas de las solitarias criptas.

Este proyecto de venganza es , señores , toda una historia que contaré en resumen para que puedan luego comprenderse y apreciarse los actos de D. Pedro.

Tenian desde mucho tiempo agitado al mundo las grandes contiendas de

(*) Los Sres. Doncel y Valladares en su *Guante de Coradino*.

los guelfos y gibelinos, bandos terribles en favor y contra del Papa, que hicieron estremecer mas de una vez al orbe cristiano con sus gritos de muerte y de victoria y con el choque de sus armas. La Sicilia y sus reyes, contrarios á la Santa Sede, habian sido envueltos en un torbellino de excomuniones y de anatemas. La cólera del Vaticano, esa cólera en aquella época tan profundamente terrible y tan espantosamente fecunda en catástrofes, habia caído sobre aquel pobre y hermoso reino como la clava de un gigante sobre el capaceté impotente de un débil paladin.

Federico, rey de Sicilia, murió en 1250 dejando su corona á su hijo de solos dos años llamado Coradino y por regente del reino á otro hijo natural que se llamaba Manfredo. Coradino fué conducido á Alemania por su madre que temió verle caer víctima del puñal ó del veneno, y habiendo circulado la noticia de su muerte, Manfredo fué proclamado rey y empuñó el cetro á pesar del anatema de la iglesia. Uno de los primeros actos de Manfredo fue el de buscar apoyo en una alianza poderosa, y ofreció por lo mismo la mano de su hija Constanza, legítima heredera del trono, al primojénito de D. Jaime de Aragon. Este aceptó y el que debia ser nuestro D. Pedro III *el Grande* casó en 13 de julio de 1262 con la hija del excomulgado Manfredo.

En el interin el Papa, firme en su odio á la casa de Sicilia, declaró á Manfredo indigno del trono por estar fuera de la iglesia, y ofreció la Sicilia primero á Inglaterra y despues á Francia, que la aceptó para el hermano de su rey, Carlos de Anjou. Este junta un ejército, sale de Francia, y, valido del derecho que le concede la iglesia, se arroja sobre Sicilia como el buitre sobre una presa. Todo cede al primer ardor de la conquista; la fortuna protege á aquel extranjero á quien parece el cielo amparar por boca de la iglesia; los sicilianos se acobardan ante aquellos hombres que tienen por arma el anatema del gefe del mundo cristiano; dáse una gran batalla en que se pone en juego la suerte de la Sicilia, y las armas declaran vencedor á Carlos de Anjou que se ciñe la corona manchada con la sangre de Manfredo muerto en la batalla.

El usurpador entra triunfante en Nápoles y aparentemente se le somete el reino todo que cae aterrado á sus plantas, pero no tarda en presentarse Coradino, jóven de 17 años que acude con su presencia á acusar la falsedad de su muerte, y que se ofrece á los sicilianos como su rey, con la triple autoridad que le dan el derecho, la herfandad y la desgracia. Todos los que en Sicilia sienten latir un corazón leal y saben lo que es empuñar una espada acuden solícitos al huerfano proscrito para formarle una muralla

de lanzas y una muralla, mas firme y mas segura aun, de corazones adictos. Pero, ay! diríase que la iglesia al arrojar el rayo de su anatema sobre la casa de Suavia ha interpretado la voluntad del cielo.

Verdad es que los primeros pasos de Coradino los señala la victoria, pero la fortuna se causa de proteger á un niño que tiene mas fuerza en el alma para reclamar su derecho que robustez en el puño para manejar la espada, y abandona las banderas del oprimido pueblo para coronar los pendones del extranjero usurpador.

Carlos de Anjou triunfa otra vez de la Sicilia triunfando de Coradino y este mismo cae en su poder. El inhumano vencedor obra entonces como déspota y tirano. La viuda y los hijos de Manfredo son encerrados en el castillo de Ovo donde los últimos fallecen de hambre, y Coradino es sentenciado á muerte y obligado á subir al cadalso. El tierno y desgraciado joven, á quien para mayor desgracia, no solo la fortuna le niega un trono y la tierra un asilo, sino que hasta la iglesia le cierra las puertas del cielo, el tierno y desgraciado joven, repito, sube resignado y sereno las gradas del patíbulo que en una plaza pública de Nápoles se levanta.

La multitud que, aprisionada en los lazos de hierro con que la oprime el tirano, no puede hacer mas que compadecerle, la multitud invade la plaza donde va á efectuarse la sentencia é invoca en secreto el anatema del cielo contra el déspota que tan mal uso ha sabido hacer del anatema de la iglesia. Se presenta Coradino, sube al cadalso, y antes de entregar su cuello al verdugo y su alma á Dios, vuélvese hacia la muchedumbre compacta que asiste al espectáculo de su muerte y arroja entre sus apiñadas filas un guante, gritando:

—Por si hay algun dia un vengador de mi muerte, ahí va mi guante.

Dice, y el generoso mancebo pone sobre el tajo su cabeza que se da prisa el verdugo á separar de sus hombros.

Así murió, señores, como mártir y como héroe el único descendiente varon de la casa de Sicilia el 26 de octubre de 1268.

En cuanto al guante que arrojó desde lo alto de su cadalso no fué perdido. Recojiólo precisamente un caballero aragonés, cuyo nombre no he podido, señores, averiguar, el cual, seguro depositario de aquella prenda que demandaba un vengador, pasó á Aragon y se lo entregó á D. Pedro esposo de Constanza, la hija de Manfredo y la heredera entonces del reino de Sicilia.

D. Pedro guardó este guante y se impuso como un deber presentarse un dia como justiciero vengador de Manfredo y Coradino.

Hé aquí por lo que he dicho señores que al subir al trono el hijo de D. Jaime anidaba en su corazon como en un templo un santo proyecto de venganza, si es que pueda haber proyectos santos de esta clase.

La historia nos dice ó á lo menos nos deja rastrear que este pensamiento ocupó por completo á D. Pedro desde que se ciñó la corona de su padre, sin que fueran obstáculo á sus secretos designios las diversas empresas en que tuvo que mezclarse, empresas que si destruyeron por de pronto sus planes, fueron al menos preludios de su futura gloria.

1277 Creyendo los moros de Valencia que con D. Jaime habia muerto la fortuna que protejia constante las banderas de Aragon, intentaron rebelarse en 1277 consiguiendo algunos parciales triunfos, pero acudió repentinamente D. Pedro, y los moros, huyendo ante aquel rayo de la guerra que otro rayo de la guerra habia enjendrado, se retiraron á Montesa en número de mas de treinta mil. Allí fué á buscarlos D. Pedro como va el intrépido cazador á buscar al león á su misma cueva, y despues de haber sitiado á Montesa, tomó la plaza por asalto y derrocó en un mismo dia la rebelion, el orgullo y la esperanza de los infieles.

Conseguida esta brillante victoria, el rey nombrando almirante de la catalana armada á Coral de Llanza, le mandó pasar á pedir á los reyes de Tunez y Tramecen el tributo que le debian y que dilataban pagarle. Coral ó Conrado de Llanza era hombre de valor y tan valiente como audaz. Tomó solo cuatro galeras con las cuales entró triunfante en varios puertos moros, destruyendo los lugares, y haciendo respetar y temer el pendon de las barras. Retirábase ya de su espedicion, rico en botin y en gloria, cuando tropezó con una armada enemiga compuesta de diez galeras del rey de Marruecos. Conrado, en lugar de huir, la presentó el combate que fué terrible y mortífero concluyendo con la derrota de los infieles. Conrado de Llanza pudo pues volver á su patria llevando á remolque las diez galeras cautivas y esclavas, y contribuyendo no poco con esta notable accion á afirmar el crédito de que ya entonces gozaba en el mundo la marina catalana.

1278 Al año siguiente tuvo el rey que acudir precipitadamente á Cataluña. En las últimas córtes tenidas en Lérida habia quedado indecisa la cuestion de si los feudatarios en fuerza del *usatge* *Princeps Namque* debian seguir al rey en las guerras estrangeras, y si obligados por la ley debían entregar sus castillos y con especialidad el de Cardona, concurriendo las pretensiones del de Urgel en algunos lugares que ocupaban el rey y el obispo. Armáronse pues para sostener esto y para recobrar los lugares los condes de Foix

Pallas , Urgel . vizconde de Cardona y otros , pero acudió á sujetar la rebelion de sus nobles el mismo D. Pedro al frente de un crecido ejército. Retiráronse los mal aconsejados caballeros á Balaguer , villa que parece estar destinada siempre en nuestra historia á ser el último y constante baluarte de la rebelion , y tuvieron que entregarse vencidos al monarca quien los tuvo presos por largo tiempo en el castillo de Lérida condenándoles en los gastos de la guerra.

1281 Tres años habian pasado apenas cuando tuvo precision D. Pedro de volver á encargar otra comision de la misma naturaleza que la primera, aunque mas arriesgada y peligrosa, á su almirante Conrado de Llanza. Era el caso que el rey moro de Tremecen y de Tunez llamado Miraboabs , que habia sucedido á su hermano Mirabusac , se manifestaba decididamente reacio y rebelde en pagar el tributo que debia á D. Pedro. Este pues decidió castigarle quitándole del trono y semejante mision fué la que dió á Conrado de Llanza. El catalan almirante , cuyo nombre era ya temido del moro , y á quien los mares habian ya contemplado una vez vencedor , aprestó diez galeras en el puerto de Barcelona , las tripuló con una escogida hueste de marinos y de almogávares y pasó resuelto al Africa , fiado en la Providencia , en su propio valór y en el de su gente , y en el pendon de las barras , que era , aun mas por mar que por tierra , un nuncio seguro de victoria. No salió fallida su esperanza. La misma ciudad de Tunez , atónita con la osadía del catalan , vió á Conrado de Llanza entrar una mañana en su puerto , y desembarcar tranquilamente su gente. Tomada casi por sorpresa , Tunez tuvo que humillarse. El rey moro Miraboabs tuvo que abandonar su trono en el que fue sentado Mirabusac , quien hizo constar que debia el sólio al valor del catalan ejército. Al darle el trono Conrado de Llanza impuso al moro ciertas obligaciones como fueron , entre otras , las de que los derechos del vino fuesen del rey de Aragon , que hubiese constantemente en Tunez dos cónsules catalanes , y que fuesen tambien catalanes y de eleccion de don Pedro ciertos empleados de la ciudad. A todo tuvo que avenirse el infiel. Despues de haber dictado leyes á todos aquellos estados , retiróse Conrado de Llanza , atravesó siempre victorioso con su armada la Berberia hasta Ceuta , dominando aquel mar y apoderándose de varias naves sarracenas , y regresó con gran número de prisioneros y con no pocas riquezas á depouer todos sus laureles á los pies del Rey D. Pedro que se hallaba á la sazón en Valencia.

Ya en esto , señores , era llegada la hora de cumplir D. Pedro con la se-

creta esperanza que abrigaba en su corazon , era llegada la hora en que las dos víctimas ensangrentadas de Sicilia iban á conseguir completa y ejemplar venganza.

El conquistador de Nápoles , el usurpador de la corona real de Coradino se habia hecho odioso por sus crueldades y su despotismo. La Sicilia , adicta á la raza de Manfredo , y cargada de impuestos y vejaciones , odiaba , segun vulgar espresion de la época al Anticristo que el padre de los cristianos les habia dado por rey , y decidió un dia levantarse toda como un solo hombre y arrojar al déspota como se arroja una pesada carga.

El dia 30 de marzo de 1282 , tercer dia de la Pascua , la campana llamando á vísperas dió la señal de que comenzaba para el mundo una gran historia y un gran drama. La sangre de los franceses corrió á arroyos por las calles , la matanza duró todo un mes. Las célebres vísperas sicilianas han dejado en el orbe todo un imborrable recuerdo de sangre y esterminio.

Aquí , señores , para hablar del resultado que dieron de sí estas terribles y famosas vísperas , fuerza me es detenerme por mucho que sentirlo deba. Prolongaria demasiado esta leccion y me privaria , como deseo , del placer de presentar todos los hechos en un cuadro. Abandono pues á nuestra proxima leccion el encargo de dar á conocer en toda su grandeza al campeon de la libertad de Sicilia.

LECCION XXII.

LA CONQUISTA DE SICILIA.

Juan de Prócida. — Las vísperas sicilianas. — Sicilia proclama por su rey á D. Pedro. — Este se corona en Palermo. — Los almogavares en Mesina. — Victoria naval.

SEÑORES:

La campana de Sicilia tocando á vísperas halló eco en todo el mundo. Aquella voz de bronce salida de una humilde iglesia de Palermo hirió profundamente los tronos de la tierra.

Permítaseme, señores, decir algo acerca de los sucesos que originaron estas célebres y sangrientas vísperas sicilianas, prólogo del gran drama de que fué llamada á ser protagonista la casa real de Aragon. Breve será mi resúmen. Lo suficiente solo para poder comprender y apreciar las consecuencias.

A su título de extranjero, Carlos de Anjou reunió para Sicilia el dictado de déspota y tirano. Tributos, exacciones, tropelías, desafueros, crueldades y hasta saqueos, marcaron la dominacion de ese Carlos de Anjou que los historiadores sicilianos pintan con los mas negros colores y á quien llaman unos *el Salteador*, otros el *Satanás de Francia* y todos el *Anti-cristo*. La pobre Sicilia lo sufría todo con resignacion y sucumbia á la fatalidad que sobre ella pesaba desde que Manfredo habia quedado cadáver en el campo

de batalla y desde que la cabeza de Coradino habia rodado entre un mar de sangre por las gradas de un cadalso. Sin embargo, en el seno de sus hogares y en los misterios de la noche los sicilianos aguzaban sus armas.

El pueblo dormia. Terrible debia ser su despertar.

Terrible fué en efecto.

El leon se levantó, erizó su melena y lanzó un rugido. Rugido fué que hizo estremecer á la Europa.

Juan de Prócida era un noble siciliano, señor de esa isla de Prócida que ván hoy á visitar los curiosos y los artistas para estudiar las raras costumbres y ver los pintorescos trajes que allí han conservado los siglos y la tradicion. El espíritu de la libertad y de la independendencia, el amor patrio parecieron por un momento haberse reasumido en Juan de Prócida. Cuando toda la Sicilia aterrada se humillaba ante el tirano como un niño, él solo se mantuvo en pié como un hombre; cuando todos los nobles doblegaban sumisa la frente, él erguia desdeñosamente la suya; cuando todos los labios murmuraban trémulos: la libertad ha muerto! él solo, como una voz del pasado evocando la del porvenir, gritaba: Viva la libertad!

Juan de Prócida nació para dar al mundo el ejemplo de una actividad asombrosa. El fué quien enarboló la bandera de la independendencia, y aun que al enarbolarla se encontró solo, ¿qué le importaba esto á Juan de Prócida? Demasiado sabia que la causa era santa y no ignoraba en verdad que Dios le depara soldados á toda causa santa. El fué quien tomó sobre sí la tarea de arrojar á toda una nacion sobre el déspota francés, él quien aguijoneó al leon que estaba aletargado, él en fin quien abrió el camino de Sicilia á Pedro de Aragon y trazó la senda del destierro para Carlos de Anjou.

Hermoso, señores, aunque demasiado estenso para este lugar seria seguir á Juan de Prócida en todas las brillantes facces que su vida ofrece. Como aquellos antiguos celtas que oprimian su brazo ó su pierna con un anillo de hierro hasta haber cumplido la tarea ó el juramento que se habian impuesto, el noble siciliano juró sin duda no reposar hasta haber conseguido la libertad de Sicilia. Todo lo que en él habia de vida, de entusiasmo, de ardor, de juventud, lo consagró á esta santa mision, todo lo sacrificó á esta noble y generosa tarea. El consejero en la córte de Manfredo, el soldado en el campo de batalla donde pereció la libertad siciliana, fué de casa en casa como un mendigo, de castillo en castillo como un trovador errante, de ciudad en ciudad como un peregrino y de corte en corte como un aventurero: fué médico en Constantinopla donde necesitaba recursos, fraile

franciscano en Trápani donde queria escitar las pasiones, embajador en Aragon donde solicitaba una alianza, criado del Papa en Roma donde buscaba un apoyo, romero y peregrino en Palermo á donde fué para tramar su conspiracion, apóstol en Sicilia que recorrió pidiendo venganza en nombre de los sangrientos manes de Manfredo y Coradino; se ofreció como noble, como súbdito, como vengador, como gefe, como soldado, como mártir, y todo para servir á la causa de su país, todo para conseguir la perdida libertad, todo para arrojar á los franceses de las ciudades y empujarlos hácia las sierras y montañas con objeto de cazarlos luego allí como á salvages y dañinas fieras.

Hábilmente lo habia preparado todo Juan de Prócida. Los sucesos vinieron á coronar con el éxito mas completo sus planes. Su tarea y su obra pudieron tener un glorioso término.

Lució para Sicilia la aurora del 30 de marzo de 1282, y este dia al ser ocaso del despotismo francés, fué oriente de la libertad siciliana. ¡Lástima solo que esta libertad naciera de entre un mar de sangre!

1282 Era la hora en que el pueblo se dirigia á vísperas: un gentío inmenso se encaminaba á la iglesia del Santo Espíritu, situada sobre una loma á poca distancia de Palermo. Grupos de franceses, insultando con su sola presencia á los sicilianos, vagaban por entre la multitud á la que irritaban con su gritería, su alborozo y sus bravatas. Uno de estos grupos acertó á ver á una bellísima palermitana, hija de un prohombre de la ciudad, llamado Maese Anjelo, á la que acompañaban á vísperas su novio y su familia. Profunda impresion hizo la hermosura de la doncella en el grupo de franceses, que decidieron jugar una pesada broma á los que la acompañaban.

Adelantóse uno de los franceses, cuyo nombre para oprobio eterno nos ha conservado la historia, llamábase Drouet, llega junto al novio de la hermosa, y le dice que debe dejarse registrar pues ha sido acusado de llevar armas ocultas. Sométese el jóven aunque brilla el rayo de la cólera en sus ojos. No halla Drouet las armas que pretende buscar, aparenta entonces que será portadora de ellas la muchacha, y pone deshonestamente sus manos en la bella palermitana. Furioso el novio ante aquella indigna accion y ante el grito escapado al pudor de su hermosa prometida, se abalanza al francés, lucha con él á brazo partido, le desarma, y antes que puedan socorrerle sus paisanos le atraviesa con su propia espada.

Acuden entonces contra el homicida los compañeros del difunto, pero hallan ya agrupados junto á él varios secretos emisarios de Juan de Pró-

cida que vagaban por entre la muchedumbre buscando una ocasion propicia para hacer que estallara la conspiracion ; brillan al aire las armas que ocultas llevaban algunos bajo sus ropas , trábese un sangriento combate. suena el grito formidable de: *Mueran los franceses!*, la campana que tocaba á vísperas cambia repentinamente su toque en el de rebato , huyen las mujeres , acuden los hombres y empieza la carnicería.

Es irresistible el primer momento de fiebre de un pueblo , como irresistible es el primer ímpetu de un torrente salido de madre. La turba de vengadores engrosándose á cada instante , regresa á la ciudad pasando por encima los cadáveres de infinidad de franceses degollados sin compasion ni misericordia. Palermo se convierte en teatro de sangrientas escenas. Mientras el toque de vísperas que lanzan aun las campanas de una iglesia se confunde con los sonos de rebato que arrojan las de otra , el pueblo recorre las calles , ávido de matanza y sediento de sangre. Ha sonado para los franceses la hora de esterminio y destruccion.

Hombres , mujeres , niños , cuanto corresponde ó tiene relacion con la ralea advenediza de los conquistadores y déspotas , queda destrozado sin escrúpulo ni reparo ; no se perdona sexo , edad , condicion , ni estado. El pueblo , al que vuelve feroz el olor de la sangre y salvaje la matanza , estiende su cólera hasta contra los que han de nacer aun , y horror causa el decirlo , llega á rasgar el vientre á las sicilianas para arrancar de él el fruto de sus tratos con los franceses. Mas de cuatro mil perecen en solo aquella noche en Palermo.

La asonada se comunica , el fuego prende. La campana rasgando los aires corre á avisar á los demas pueblos que ha sonado ya la hora de la independenciancia y tambien la de la matanza. En Monreal , en Carini , en Conglione , en Términi , sucumben los franceses el mismo dia que en Palermo. y la formidable voz de bronce volando de campanario en campanario convierte á toda la isla en un mar de sangre. Termina el 4 de abril en Catania este horrible episodio de la historia de Sicilia , y á los májicos resplandores de un sol meridional , que baña tanta gloria y tanto estrago , se enarbola la bandera de la libertad siciliana sobre un gigantesco pedestal de cadáveres franceses.

Al tener Carlos de Anjou noticia de tales desastres , es fama que permaneció largo rato mordiendo el puño del baston ó especie de cetro que tenia en la mano , y que en seguida juró plantar en Sicilia un monumento para siempre memorable del escarmiento de los pueblos y desagravio de los

reyes. Las *visperas sicilianas* escitaron la indignacion en toda Francia, y una multitud de caballeros pasó á ponerse á las órdenes de Carlos, fulminó el papa contra la tierra de Sicilia severos anatemas y terribles excomuniones, y se decidió por fin Carlos á marchar contra Mesina á la que puso estrecho sitio, cercándola tan rícidamente que el vecindario, temeroso de ser entrado por asalto, entabló negociaciones. Carlos de Anjou no quiso pactos. Contestó á los parlamentarios de Mesina que se le debían entregar ochocientas rehenes, que impondría á la ciudad los tributos que bien le pareciese y que la sujetaría al mando de quien le acomodase. Los mesinenses respondieron á esto que se comerían unos á otros antes que someterse á tales proposiciones.

Apartemos ahora, señores, por un instante nuestras miradas de la huérfana Sicilia y fijémoslas en D. Pedro de Aragon, en ese rey valiente hasta no poder mas y político y astuto hasta dejárselo de sobra.

Rara y desusada animacion presentaba, señores, el puerto de Tortosa el 3 de junio de 1282. Una armada compuesta de ciento cincuenta velas estaba próxima á partir y el mismo rey con ella al frente de un corto pero poderoso ejército formado de quince mil infantes, la mayor parte almogavares, y de dos mil caballos.

¿A dónde se dirigía este ejército? á qué iba esta armada? Esto es señores, lo que nadie sabia. Era un secreto que dormia impenetrable en lo profundo del corazon de D. Pedro como en el fondo de un sepulcro. Iba ya á partir la flota, iba ya á embarcarse el rey, cuando se le acercó el conde de Pallás y le suplicó de parte de la nobleza que, para su consuelo y para que con mas gusto se emplease en su servicio, se dignase decirles á donde iban. D. Pedro se volvió con entereza al noble que de hablarle acababa y le dijo por única respuesta:

— Conde de Pallás, si mi mano izquierda llegase á saber lo que intentaba hacer la derecha, yo mismo me la cortaria.

Parecida á esta fué la contestacion que dió tambien á su hermano el rey de Mallorca, siendo así que le dejaba encargado del cuidado de sus reinos. y cuéntase que ni siquiera á la reina, en ello tan interesada, quiso darle el consuelo de declararle su intento. Era, señores, una voluntad de hierro la de D. Pedro.

Partió la flota con orden de hacer vela hacia Menorca en cuya altura se la mandó seguir su rumbo hacia Berberia. Entonces fué cuando D. Pedro descubrió su idea de marchar contra Africa, en donde el señor de Constan-

tina, hermano del rey de Bujia, le llamaba en su socorro ofreciéndole hacerse su vasallo. Y sin embargo, no era este el verdadero objeto de D. Pedro de Aragon; la expedicion á Africa ocultaba el secreto designio de una expedicion á Sicilia.

Lo cierto es no obstante que el ejército desembarcó en Alcoill y que empezó la guerra. Dividió el monarca aragones sus fuerzas en varios tercios al mando de sus mejores capitanes, y acometió algunas empresas que le dieron suficientes lauros y suficiente gloria para deslumbrar á cualquiera que, al verle empeñado en aquella guerra, sospechase en él una segunda intencion.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando los que acampaban en Alcoill vieron un dia llegar dos barcas armadas, con pabellon negro. Ocho hombres enlutados salieron de estas barcas dirigiéndose á la posada del rey de Aragon. Eran todos diputados de Sicilia, cuatro caballeros y cuatro ciudadanos que enviaba el supremo consejo de aquel pais, prohombres todos de experiencia y de cordura. Al llegar á la presencia del monarca se hincaron de rodillas, besaron el suelo, y exclamaron todos á un tiempo: — Señor, misericordia.

— ¿Qué es esto? — diz que preguntó el rey segun la crónica — Qué quereis? ¿quiénes sois? ¿de dónde venis?

— Señor, — le contestaron, — somos de la tierra huérfana de Sicilia, desamparados de Dios, de todo señor, de todo apoyo terrestre. En nombre de cuanto nuestro Señor padeció en la cruz por el género humano, doleos de este desventurado pueblo, dignaos socorrerlo, alentarle y rescatarlo del quebranto y cautiverio á que se halla reducido. Por tres razones debeis hacerlo, señor. La primera porque sois el rey mas santo y justiciero del orbe; la segunda porque la Sicilia y todo el reino debe pertenecer á la reina vuestra esposa y tras ella á vuestros hijos; y la tercera porque todo santo rey no puede menos de amparar á los huérfanos, á los menores y á las viudas: y la Sicilia envió con la muerte de Manfredo, y los pueblos se hallan huérfanos careciendo de padre que les defienda. Apiadaos pues de nosotros, señor, y venid á rescatar al que es ya vuestro pueblo de las manos de Faraon, así como de ellas libertó Dios á su pueblo de Israel.

Oyó D. Pedro el mensaje y prometiendo darles pronto una contestacion, reunió su consejo. En el ínterin nuevas embarcaciones llegaron y nuevos mensajeros. Una de las nuevas barcas venia de Mesina que, como sabemos, estaba sitiada por Carlos y en visperas de ser vencida y asolada; otra lle-

vaba en su seno á los embajadores de Palermo, entre los cuales se hallaba el infatigable Juan de Prócida. Todos los mensajeros iban enlutados lo mismo que sus naves que veían flotar al aire el negro pabellon.

— ¡ Señor, á Sicilia! ¡ A Sicilia, por amor de Dios! — gritó Juan de Prócida al rey así que le vió y cayendo ante él de rodillas.

— ¡ A Sicilia! ¡ á Sicilia, señor! — gritaron en pos de él los embajadores todos.

— ¡ A Sicilia! ¡ A Sicilia! que la voz del pueblo es la voz de Dios — le dijeron sus consejeros catalanes y aragoneses.

— ¡ A Sicilia! á Sicilia, señor rey, que allí iremos todos — le gritaron sus capitanes y soldados.

— ¡ A Sicilia, pues, en nombre de Dios y de la Virgen! — contestó don Pedro cojiendo el pendon de las barras y tremolándolo en el aire.

Y al oír estas palabras de boca del monarca, las costas de Alcoill retumbaron con el grito entusiasta de: ¡ A Sicilia en nombre de Dios! pronunciado por millares de voces, y todos cayeron solemnemente de rodillas repitiendo en coro y piadosamente el ¡ *Salve, Regina!* entonado por los obispos y los abades del ejército.

En cinco dias pasó el monarca aragones de las costas de Africa á las de Sicilia, de Alcoill á Trapani, y algunos dias despues entraba con toda solemnidad en Palermo que le recibia como á padre y libertador, y ceñia á sus sienes la corona de la casa de Suavia por mano del obispo de Cefalú. No tardó el reino todo en seguir el ejemplo dado por Palermo. D. Pedro fué proclamado rey por todas partes y la nacion cayó sumisa á las plantas de su héroe libertador. Hermoso dia, ¿ no es verdad, señores? para la casa de Aragon, y hermosa pájina para la historia de esta casa!

Luego que D. Pedro fué coronado rey, trató de acudir prontamente en auxilio de Mesina que se hallaba en sumo peligro y envió delante un cuerpo de almogavares. Estos hombres, señores, que tanto y tan brillantemente figuran en nuestra historia y que en una de nuestras próximas lecciones reclamarán una particular y detallada esplicacion, hicieron en poco mas de dos dias las seis jornadas que median entre Palermo y Mesina y se introdujeron en la ciudad tan hábilmente, que no llegaron ni siquiera á notarlo los sitiadores. Es que los almogavares eran hombres que se deslizaban silenciosos por entre las matas como reptiles, saltaban de cima en cima y de risco en risco como cabras montesas, corrian lijeros como ciervos y se alimentaban con solo yerbas, pan y agua. Penetraron de noche en Mesina cada uno con

su alforja al hombro y su azcona sujeta con una cadena de hierro al cinto, y al tener noticia de su llegada fué inmenso el júbilo entre el vecindario, pero sin embargo disipóse á la madrugada todo el gozo de los buenos habitantes, cuando vieron aquellos hombres de aspecto salvaje y repugnante, medio desnudos, con alpargatas en los pies y polainas en las piernas.

—¿Qué gente es esa—decían—que anda medio desnuda, sin mas vestido que una túnica de lienzo, sin escudo ni broquel? No hay que confiar mucho en nuestros defensores, si todas las tropas del rey de Aragon son como estas.

Llegaron estos rumores á oídos de los almogavares y contestando solo: —Hoy se verá lo que somos, hiciéronse abrir las puertas de la ciudad y se arrojaron tan impetuosamente sobre el enemigo, que sembraron en sus filas la muerte y la destruccion aun antes de que pudiese volver en sí de sorpresa. Segun testimonio de un escritor francés, las tropas de Carlos de Anjou tuvieron en aquel choque una pérdida de dos mil hombres, retirándose los almogavares á la ciudad sanos y salvos despues de haber conseguido una brillante victoria y recogido un pingüe botin.

El descontento que su presencia habia infundido entre los habitantes hizo lugar entonces al entusiasmo. Los almogavares fueron honrados, ensalzados, festejados; cada vecino de Mesina queria tener á uno en su casa; se agasajó á aquellos hombres por todos los medios posibles y se improvisaron fiestas en su honor.

En el interin D. Pedro de Aragon envió una embajada de caballeros catalanes y aragoneses á Carlos de Anjou intimándole por este conducto que abandonase el reino, que era de su esposa Constanza, si no queria que «sus caballeros y leales se arrojaran sobre su persona y sus soldados.» Carlos recibió con orgullo el mensaje y contestó con soberbia que estaba en su derecho y que era por el contrario él, D. Pedro, quien debia abandonar el reino donde se habia presentado como un intruso.

Pero á pesar de esta arrogante contestacion, vióse Carlos de Anjou obligado á cejar y á retirarse á Calabria abandonando el sitio de Mesina y teniendo el desconsuelo de ver su campamento entregado á las llamas y al saqueo por los almogavares que se habian arrojado sobre la retaguardia de su ejército. Es fama que con los despojos del campamento el vecindario de Mesina se enriqueció para siempre.

D. Pedro entró triunfante en la ciudad sobre la cual se habia ya aparecido con su armada catalana el almirante de la casa de Aragon, Roger de

Lauria ; Roger de Lauria , señores , el mejor capitan de su época y el mejor almirante de su siglo.

A los pocos dias de estar D. Pedro en Mesina donde fué recibido por un pueblo entusiasta con el triple carácter de padre , de rey y de libertador , llamó á su presencia al vice-almirante Cortada y le confió la mision , mision de tanta honra como peligro , de marchar contra la armada de Cralos de Anjou que surcaba las aguas , fuerte de ciento cincuenta velas. Cortada debia partir á esta expedicion con solo veinte y dos galeras.

Cuando supo la nueva el vecindario de Mesina y vió los aprestos de marcha , se alarmó y envió unos comisionados al rey.

— Señor , — le dijeron — cómo es esto ? Enviais veinte y dos galeras solo contra ciento cincuenta embarcaciones ? Aunque es verdad que éstas se hallan en retirada , preciso es confesar , señor , que es una temeridad la empresa.

— Dejadme obrar , barones , — les contestó sonriendo el rey. — Se cumplirá la voluntad de Dios.

Salieron en efecto de Mesina las veinte y dos galeras al mando del vice-almirante Cortada y de Pedro de Queral , que eligieron para la expedicion á los marinos mas espertos y á los almogavares mas decididos. Uno de nuestros mas veraces cronistas cuenta que así que D. Pedro vió á la flota hacerse á la vela , levantó los ojos al cielo y exclamó :

— Señor Dios , nuestro padre , ya que nos habeis concedido el mando de gente tan valerosa y de tan grande corazon , dignaos ampararla , protegerla y concederla la victoria.

Al amanecer del siguiente dia el horizonte se cubrió de velas y los habitantes de Mesina pudieron ver á lo lejos , parecido á una bandada de pavotas , un número inmenso de embarcaciones. La duda , el miedo , la consternacion se pintaron en los semblantes del vecindario. La gente empezó á llenar las calles y á rasgar el aire con sus lamentos.

— Misericordia , señor del cielo , — gritaban — misericordia ! Ahí está la escuadra del rey Carlos qué despues de haberse apoderado de las galeras del rey de Aragon , revuelve contra nosotros.

D. Pedro , siempre gran madrugador , que se levantaba con el dia en verano y en invierno , oyó aquel estruendo y preguntó la causá.

— Señor , — le contestaron — es la escuadra del rey Carlos que vuelve , y mucho mayor aun que á su salida pues que se ha apoderado de nuestras galeras.

En efecto, el pueblo daba ya esto por sentado. Al ver destacarse del horizonte tantísima vela no podía creer otra cosa.

Alarmado el mismo rey, pidió un caballo, cabalgó en él, y atravesando las calles por entre un tropel de pueblo que llenaba el aire con sus exclamaciones de dolor, se dirigió á la playa. Tendió allí su mirada de águila por el espacio y vió efectivamente el mar cubierto de un crecido número de velas. Silencioso y taciturno permaneció D. Pedro por algunos instantes, al cabo de los cuales abrió sus lábios oyéndole murmurar los que mas cerca de él estaban :

— ¡ Señor Dios, vos que por vuestra gracia me habeis traído aquí, no me desampareis como tampoco á este pueblo desventurado !

Largo rato, rey, nobles y pueblo permanecieron en la mayor ansiedad y en la mayor zozobra, sin moverse de la playa, sin apartar la vista de aquel enjambre de velas que caminaban hácia Mesina. ¡ Oh ! ; deben ser horribles, señores, momentos como estos en que todo un pueblo con su rey al frente espera, sin saber si quien espera es su libertador ó su verdugo !

El viento era favorable á las naves que impelia rápidas hácia la costa. No tardaron en distinguirse ya de una manera mas pronunciada. Un rayo de sol, rayo fulgente de esperanza, hirió de pronto el pabellon de la galera que iba delante.

El rey, que fué el primero en distinguirlo, lanzó un grito de júbilo. Había hecho bien en no dudar de la misericordia divina. Aquel pabellon que el sol acababa de iluminar, aquel pabellon que los rayos del astro del dia acababan de bañar haciéndole aparecer májico y distinto á los ojos de toda una multitud ansiosa y zozobranante, aquel pabellon, señores, era el pabellon de las vencedoras barras catalanas.

Desapareció súbita la consternacion impresa en los rostros de toda aquella muchedumbre, como por las mañanas al aspecto del globo de fuego que se balancea en el espacio desaparece la niebla posada sobre los campos, y los lamentos se trocaron en gritos de gozo, las lágrimas en sonrisas, los suspiros en aclamaciones de alegría, y el temor hizo lugar al asombro.

Pronto estuvo en la misma playa la galera que se habia adelantado á la flota, pronto rasgando las aguas que acariciaban susurrantes sus costados se adelantó, como el perro sumiso que va á lamer con alegría los pies de su dueño, hasta el pie del collado en cuya cima estaba á caballo D. Pedro de Aragon.

El rey se acercó al mar, y Cortada salió del empavesado leño saltando á

tierra y arrojándose á los pies del monarca , á quien habló de este modo :

— Señor , aquí están vuestras galeras que os traen cautivas cuarenta y cinco naves con mas de seis mil prisioneros. Las demas galeras de la flota enemiga quedan unas abrasadas y otras fugitivas. Dios ha tenido á bien conceder otra vez la victoria á la casa de Aragon. Las aguas de Nicotera han presenciado la entera derrota de los franceses y el triunfo completo de nuestras armas.

Al oir estas palabras , el rey se apeó del caballo, se hincó de rodillas, besó la tierra , y , segun era en él costumbre á cada venturosa nueva que recibia , empezó con voz conmovida á entonar la *Salve* que con él , y de hinojos sobre la arena de la playa , repitieron pueblo y ejército.

¡ Bello y grande y conmovedor espectáculo , señores , debia de ser el de aquel rey tan grande, el de aquel pueblo hasta entonces tan desdichado , el de aquellos rudos almogavares en la batalla tan terribles , el de aquellos atezados marinos que de alcanzar acababan tan brillante victoria , hincados todos de rodillas y dando gracias á Dios , á ese mismo Dios , señores , en nombre del cual se les escomulgaba y amenazaba y perseguia !

•

•

•

LECCION XXIII.

EL DESAFÍO EN BURDEOS.

Victoria de Catona. — Carlos de Anjou. — Proyecto de duelo. — Escomulga el Papa á D. Pedro. — Entrega el reino de Aragon á la casa de Francia. — Privilegio de la Union. — Roger de Lauria. — Victorias marítimas.

Abandonamos, señores, en nuestra leccion anterior á D. Pedro precisamente en el solemne instante en que con todo el pueblo y el ejército se inclinaba de rodillas para dar gracias al señor del cielo y de la tierra por la merced que acababa de dispensarle coronando con un nuevo triunfo las armas de Aragon y Cataluña.

Mesina recibió en sus muros á los intrépidos marinos que arrostrando la cólera de los elementos habian sabido hacer brillar triunfante y vencedor en los mares de Sicilia el pendon de las barras, terror ya de los franceses. Por algunos dias todo fué júbilo, fiesta, regocijo. Los mesinenses acogieron á los vencedores como hermanos, las familias de Mesina les abrieron los brazos como á hijos.

Pero no eran hombres aquellos valientes para dormirse sobre sus laureles, ni era hombre D. Pedro que en el estremado júbilo de Mesina tratase de buscar las fatales delicias de Capua.

Otra espedicion fué proyectada.

Pidieron los almogavares á D. Pedro que les permitiese hacer un desem-

barco en Catona, donde estaba el sobrino de Carlos de Anjou, el conde de Alençon, con lo principal de su ejército.

Atrevida era la empresa, temeraria casi, pero ¿qué les importaba esto á los vencedores de Nicotera? á los que se consideraban invencibles por pelear solo á la sombra del pendon de las barras? á los que habian ya pisoteado por dos veces el pabellon de Francia?....

Si es cierto, señores, que nada hay imposible para ciertos hombres, tambien es cierto que los almogavares formaban parte de esos hombres para los cuales no hay nada imposible.

La historia de esta espedicion sabrá decirlo mejor.

Las primeras sombras de la noche sorprendieron á nuestros almogavares embarcándose en Mesina; las primeras luces del alba les veian desembarcar junto á Catona. Antes de que pudiesen pensar en armarse, viéronse los franceses frente á frente con aquellos hombres que se aparecian como llovidos del cielo. Catona fué cercada por los almogavares que la envolvieron con sus humanos pliegues como con un cinturon de hierro. Sonó el clarín, arrojó la hueste catalana aquel terrible grito de *Desperta ferro!* grito de guerra de los almogavares, tan feroz y tan salvaje como ellos mismos, y todos se precipitaron á un tiempo contra el enemigo que descuidado yacia, adelantándose impávido un grupo hácia la posada del conde de Alençon. No fué aquella jornada para los franceses ni siquiera un combate; fué una derrota. Los que mas resistieron fueron trescientos infantes que componian la guardia del sobrino y general del rey Carlos: pero vana fué tambien su resistencia, resistencia que solo sirvió para prolongar la agonía de su vencimiento. A todos los pasaron á cuchillo, á todos y al conde de Alençon con ellos.

Los almogavares pudieron volverse á sus galeras sin ser inquietados, seguros ya de que no dejaban tras ellos enemigos que vencer. Todo el campamento francés habia sido pasado á cuchillo pereciendo hasta quinientos caballeros romanos que el Papa habia enviado en auxilio del rey Carlos. Este, al tener noticia de tal desastre, huyó de Reggio donde se habia refugiado dejando encargada á su hijo la defensa de la plaza, pero no tardó el hijo en imitar el ejemplo del padre, así que tuvo noticia de que D. Pedro se disponia á pasar á sitiarse. Reggio entonces se entregó á los primeros de los nuestros que se presentaron ante sus muros y que iban con solo el objeto de reconocer la plaza, siendo recibido en ella el monarca aragonés con el mismo triunfo con que lo fuera en Mesina y en Palermo.

Hé ahí, pues señores, como tropezamos ya con otro rey que hacia huir ejércitos con solo su nombre y que rendia plazas con sola su presencia.

En el interin, sumamente afligido Carlos de Anjou con las ventajas que iba reportando el de Aragon, temió que en breve acabaria de despojarle de los que llamaba sus estados, sino buscaba algun recurso que viniese en su auxilio. Creyó por lo tanto que de ningun modo mejor conseguiria detener su ímpetu que provocándole á un duelo personal.

Permítaseme, señores, — puesto que llega el caso — hablar con alguna detencion de ese famoso desafio que tan en mal hora han pretendido ridiculizar los escritores franceses por la cuenta que les tiene.

Cárlos de Anjou envió al de Aragon dos frailes dominicos — singulares embajadores para un desafio — con plenos poderes para retar á D. Pedro *por haber entrado en Sicilia* — son señores, las palabras mismas que usaron aquellos buenos religiosos — *no por la puerta sino malamente como un ladron*. Oyó D. Pedro con calma el mensaje, y perdonando á los dos frailes una osadía que hubiera podido costarles cara, les despidió sin respuesta, pero queriéndosela dar sobrada á Carlos, é incapaz de faltar á las leyes de caballería, envió á su vez, revestidos del carácter de embajadores, al vizconde de Castellnou y á Pedro de Queralt para que averiguasen del rey Carlos si era suyo el desafio, y en este caso respondiesen á él como cumplia.

Hiciéronlo así los dos enviados del de Aragon.

Carlos de Anjou mantuvo la proposicion de los frailes, repitiendo las palabras mismas de su embajada, pero al pronunciar las de que *el rey D. Pedro habia entrado en Sicilia como un ladron*, cuéntase que el vizconde de Castellnou ardiendo en ira le interrumpió diciéndole:

— Vuestra persona y cualquiera otra que lo diga, miente; y el rey mi señor lo defenderá por su real persona á la vuestra, y os dará la ventaja de las armas que habeis menester por vuestra edad, ó sí no la quereis, se combatirá diez á diez, cincuenta á cincuenta, ó ciento á ciento.

Irritado el de Anjou ante esta arrogante y osada respuesta, aceptó la oferta y dijo que enviaria embajadores para designar el lugar del duelo y quedar en todo corrientes.

En el interin el Papa Martin IV, francés de origen y acerrímo protector
1282 del de Anjou, publicó una bula á 13 de poviembre de 1282 por medio de la cual tachaba de pérfido á D. Pedro de Aragon, declarándole escomulgado á él y á los suyos, poniendo en entredicho todas sus tierras y prohibiéndole titularse rey de Sicilia. La cólera del Vaticano quedó por el momento sin

efecto. Sucediéronse las censuras y las amenazas. Todo fué en valde. El Papa amenazó con los castigos del cielo al que desatendiese la excomunion fulminada contra D. Pedro : D. Pedro amenazó con los castigos de su inexorable justicia al que atendiese á la excomunion del Papa.

Iban y volvian entre tanto mensajes de la córte del rey de Aragón á la de Carlos de Anjou para fijar el dia, el sitio y las condiciones del duelo. Quedó por fin convenido y estipulado que el desafio tendria lugar en Burdeos, ciudad que se consideraba imparcial por ser del dominio del rey de Inglaterra; que el dia del combate seria el 1.º de junio de 1283; que cada rey se presentaria en la liza con cien caballeros elegidos de cualquier nacion que fuesen; y que el que faltase fuese de entonces mas tenido por falso, desleal y cobarde, no pudiendo ser respetado como rey ni traer señera ni sello, ni cabalgar entre caballeros.

Fué este solemne compromiso ratificado y jurado por ambos reyes, fir-mándolo cuarenta caballeros de cada parte.

Luego de estar firmado, Carlos de Anjou, para quien, segun hemos ya indicado, era solo lo del reto un pretesto para detener el ímpetu de D Pedro, solicitó de este una tregua hasta que se cumpliera el plazo fijado para el duelo, pero el aragonés monarca le contestó que no queria ni paz ni treguas con él, que no le tendria compasion ni misericordia como tampoco la esperaba de él, y que si queria acortar el plazo no habia ni siquiera necesidad de ir á Burdeos para batirse.

Y como era, señores, en D. Pedro lo mismo decir que obrar, envió el mensaje á Carlos de Anjou y tras el mensaje penetró en las tierras que aun obedecian á su enemigo. No tardó la Calabria toda en caer en su poder, no tardó el pendon de las barras en ondear al mismo tiempo que en las torres de Reggio, en todas las fortalezas de Calabria. Sujeto ya el pais, libre de franceses, y con guarniciones de naturales, de catalanes y de aragoneses en todas las plazas, dió el rey la vuelta á Sicilia donde tuvo el consuelo de estrechar entre sus brazos á su amada esposa Doña Constanza, que con los infantes D. Jaime y D. Fadrique venia de Cataluña á su llamamiento para quedar encargada del mando, interin reclamaba lejos de Sicilia á D. Pedro el asunto del duelo.

Dejando D. Pedro con tan amadas prendas asegurada la tranquilidad de sus nuevos vasallos, hízose á la vela con una flota mandada por los vice-almirantes catalanes Ramon Marquet y Berenguer Mallol llegando á principios de mayo á la ciudad de Valencia.

No tuvo D. Pedro que apurarse para reunir el número de caballeros necesarios para el combate. Al contrario, la dificultad estaba en elegir entre los muchos que tal honra solicitaban. Era tal el crédito que gozaba el de Aragón en el mundo y tal el esplendor y fama en que iba envuelto su nombre, que hasta los extranjeros ambicionaron formar parte de los cien héroes que acompañarle debían en la jornada. Distinguióse sobre todo por la eficacia con que solicitó este honroso peligro un príncipe hijo del Rey de Marruecos que pasaba por el mejor y mas diestro caballero de aquel tiempo el cual prometía solemnizar la gloria del triunfo, que suponía ya como cierto, con el aplauso feliz de su bautismo.

Fueron elegidos para acompañar al rey cuarenta caballeros aragoneses y cincuenta catalanes. Entre estos últimos, se leen los nombres en Cataluña siempre venerados de Ampurias, Rocaberti, Moncada, Cardona, Cervelló, Cervera, Entenza y Anglesola.

Amedrentado el rey Carlos al ver cuan grande era el número de nobles caballeros que pedían como á señalada honra pelear contra él, temió las consecuencias del duelo y quiso volverse atrás de lo pactado, pero como esto no podía hacerlo sin menoscabo de su fama, sin desdoro de las leyes de caballería y sin atraerse nota de cobarde, ideó una traza que prontamente y sin riesgo le sacase del apuro. Envío pues al Papa el cartel de desafío para que lo bendijese, que fué lo mismo que pedirle que se opusiera á él, pues demasiado notorio era que el soberano pontífice no podía permitir que los príncipes cristianos llevasen á cabo un duelo que entonces hubiera sido autorizado en cierto modo por la iglesia.

Así pues, el Papa, respondiendo á los secretos designios de Carlos de Anjou, prohibióle con graves censuras que asistiese á la batalla y al rey de Inglaterra que diese en sus dominios campo para ella. D. Pedro, sin embargo, leal en todo y caballero hasta lo sumo, decidió llevar adelante la empresa y presentarse en el campo. Solo que, viendo el mal aspecto que iba tomando el negocio y recelando alguna celada, recurrió á un afortunado ardid. Dió orden á los cien caballeros que con él habían de entrar en batalla para que se adelantasen hasta la frontera, envió delante á Gilberto de Cruillas á saber si se le aseguraba el campo, y sin esperar la vuelta de su embajador, partió disfrazado de mercader acompañado de solos tres caballeros, Blasco de Alagon, Bernardo de Peratellada y Conrado de Llanza, el mismo que ya conocemos por vencedor de los moros en los mares de Tunez.

Así llegó D. Pedro á la vega de Burdeos la víspera del dia señalado para el duelo, sin ser inquietado ni molestado en su camino, gracias á su disfraz de mercader. Todas las cercanías de la ciudad y la ciudad misma estaban militarmente ocupadas por numerosas tropas francesas: Carlos de Anjou se habia presentado acompañado de su sobrino Felipe de Francia al frente de un poderoso ejército, infringiendo ya en esto las condiciones del duelo, una de las cuales era la de obligarse cada rey á no llevar mas compañía que sus cien caballeros y la correspondiente servidumbre; un palenque se habia levantado en Burdeos, largo y estrecho, rodeado de graderías, con dos departamentos para los bandos rivales, pero destinando para los de Aragon uno que conducia á un callejon sin salida y para los de Francia el que llevaba á la única puerta por la cual se entraba en el palenque. Esta última circunstancia no indicaba ciertamente muy buena fé por parte de los franceses.

Demasiado comprendia D. Pedro los peligros que le amagaban en aquellos sitios, pero era como ya sabemos todo un caballero el de Aragon, y un paso no hubiera vuelto atrás aun cuando contra él y sus tres compañeros se hubiese arrojado entero el ejército de Francia alli congregado.

1283 Lució el alba del 1.º de junio, dia designado, y envió D. Pedro al de Peratallada, hijo de Gilaberto de Cruillas su embajador, en busca de su padre para darle aviso de su llegada y para encargarle decir al senescal del rey de Inglaterra Juan de Grilly que un caballero aragonés deseaba hablarle fuera de la ciudad.

Acudió el senescal y acercándosele D. Pedro sin darse á conocer le dijo que «alli venia en nombre del rey de Aragon á preguntarle si podia asegurarle el campo á él y á sus cien caballeros prontos todos á entrar en batalla no faltando á su compromiso.» El senescal contestó á esto «que ya tenia prevenido el embajador del de Aragon Gilaberto de Cruillas que por ningun estilo entrase su rey en las tierras del dominio de Inglaterra, porque su soberano no podia ni queria asegurarle en ellas, tanto mas cuanto que las tropas francesas estaban apoderadas de la ciudad y su comarca y Carlos de Anjou no pensaba salir al desafio sino que parecia haber ido solo alli para cometer alguna mala accion.» El senescal concluyó diciendo al que era á sus ojos un simple caballero, que pronto se volviese alli donde estaba D. Pedro, y que le encareciese «lo mucho que aventuraria el rey su persona á un inminente riesgo, si llevaba á cabo la temeridad de acercarse solo á Burdeos.»

Oyó todo esto D. Pedro con la sonrisa en los labios, y dijo al senescal así que hubo concluido :

— Pero el palenque, sino me han engañado, esta dispuesto ?

— Dispuesto está en efecto, — contestó el senescal — pero á mas de haber sido trazado por Carlos de Anjou contra todas las leyes del duelo, hállase contiguo á su propio alojamiento.

Pidió entonces D. Pedro al senescal que le permitiese verlo, y accediendo á ello el último, fuéronse todos para el lugar de la batalla, en el cual entró el rey con sus tres compañeros que le veían con temor aventurarse ya mucho en aquella empresa. Al hallarse en el palenque, dió el rey de espuelas á su caballo y corrió dos ó tres veces de una parte á otra, y parándose por fin ante el senescal que sorprendido miraba aquella escena :

— Sabed — le dijo — que yo soy D. Pedro de Aragon, D. Pedro de Aragon, sí, que cuando los demás no tienen palabra, él la tiene para todos.

Asustado el senescal al considerar el grave riesgo en que habia puesto al monarca aragonés su temerario arrojo, rogóle con instancia que se volviese luego, diciéndole que « aquella empresa le costaria la vida si llegaban sus enemigos á descubrirle, » pero el rey no consintió en retirarse sin que primero un escribano diese fé de su llegada y puntual cumplimiento á la cita y compromiso. Y para mas ostentosa muestra de la verdad del hecho, hizo al senescal presente de su yelmo, escudo, lanza y espada, y firmó en el palenque varias cartas en que comunicaba su arribo á Burdeos á distintos puntos de Europa.

Hecho esto, salió de la ciudad y se volvió tranquilamente á Aragon.

Así terminó, señores, con alta honra para el soberano aragonés aquel famoso proyecto de desafio, quedando D. Pedro como un cumplido caballero pues que en la empresa aventuró su persona y sus estados, y Carlos de Anjou como un desleal y como un cobarde.

En vano, señores, han tratado los escritores franceses de falsear indignamente la verdad de los hechos para honra de su nacion — que no la dejó muy bien parada en este lance; — en vano han llamado á D. Pedro protagonista de una farsa y de una comedia, en vano, sí; ahí estan nuestras crónicas para rechazar sus calumnias, ahí está la protesta misma hecha por D. Pedro y el acta levantada en el campo de Burdeos; ahí está mejor que nada toda esa vida intachable, honor y espejo de caballeros, del mismo D. Pedro, D. Pedro el verdadero Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha de Aragon.

Continuaban á todo esto las censuras del Papa contra Aragon , y mirando ya á este reino como sin poseedor por ser escomulgado , Martin IV lo ofreció al rey de Francia Felipe llamado el *atrevido* , quién en un parlamento que convocó en París á últimos de 1283 , admitió la corona de Aragon y el condado de Barcelona para su segundo hijo Carlos de Valois. Desde aquel instante el jóven príncipe comenzó á usar las insignias reales titulándose rey de Aragon y Valencia y conde de Barcelona , pero el pueblo le dió el dictado de *rey del chapeo* por haberlo cubierto con su capelo el cardenal legado del Papa , y este título irrisorio que le dió la publica opinion , se lo ha conservado , justa siempre y siempre severa , la historia.

En cuanto á D. Pedro , obedeciendo irónicamente la bula del Papa en que le desposeia del reino , se tituló desde entonces *Pedro de Aragon , caballero , padre de dos reyes y señor del mar*.

Mientras que la Francia se preparaba para acometer la difícil empresa de apoderarse del reino que tan lijeramente habia dado el Papa al hijo segundo de su rey , D. Pedro de Aragon tenia no poco que hacer en sus estados. Temerosos su vasallos de los daños que los franceses podian hacer en sus tierras y asustados á mas con los entredichos y censuras del Papa , armas poderosas y aun terribles en aquella época , creian que el cielo iba á castigarles por su desobediencia á los mandatos de la iglesia , y que no tardaria en llegar la época en que llorarian con lágrimas de sangre las glorias de Sicilia. D. Pedro , de corazon magnánimo y de voluntad firme , decidió vencer cuantos obstáculos presentársele pudiesen al logro de sus vastos planes , y así es como , ya por la persuasion ya por la energía , ya por la conviccion ya por la amenaza , logró disipar la liga que entre la nobleza de su reino se habia formado para no continuar la guerra , y en unas córtés celebradas en Zaragoza en 1284 sosegó por completo el ánimo de sus vasallos otorgándoles el célebre *Privilegio general de la Union* , que no era en el fondo otra cosa que la ratificacion de los fueros , usos y costumbres de los aragoneses. En cambio , sus vasallos le ofrecieron todas sus fuerzas para la continuacion de la guerra. Lo propio sucedió con Valencia y Cataluña.

Hora es ya , señores , de que volvamos á dirigir una mirada á Sicilia que con justicia reclama nuestra atencion. Nos espera un brillante período que abrazaremos con una rápida mirada.

Gala podia hacer en efecto *el caballero de Aragon* — que ya hemos visto que tal se titulaba D. Pedro — de su señorío del mar , señorío que allí estaba Roger de Lauria para asegurárselo y afirmárselo. No hazañas sino por-

tentos, señores, habia llevado á cabo este famoso almirante en los mares de Sicilia desde la partida de D. Pedro.

La relacion de estos portentos no es tampoco una historia, es un poema, un poema lleno de dramáticos episodios, de extraordinarias aventuras, de hazañas de titanes. Roger de Lauria aseguró las costas de Calabria, afirmó á los catalanes y aragoneses la posesion de Reggio, Calama y Lamota y por él ondeó el pendon de las barras en las torres de homenaje de los castillos de San Lúcido, Santa Agueda, Pontedatille, Amendolea y Borea. Envió Carlos á cruzar por las mares de Sicilia una escuadra formidable salida de Marsella á las órdenes de Guillermo de Corner; fué Roger de Lauria á buscar esta escuadra y combatió con ella ante Malta derrotándola completamente despues de haber muerto con su propia mano al almirante francés en el acto del abordaje. La toma de Malta y de Gozo fué el fruto de la victoria.

La misma Nápoles vió un dia con espanto asomar la terrible armada del terrible Roger. El príncipe de Salerno, primojénito de Carlos de Anjou, quiso castigar la audacia del almirante aragonés, y salió de Nápoles mandando treinta galeras. Roger de Lauria se hizo entónces á la vela como para dar á entender que rehusaba el combate, pero cuando las tuvo alejadas del puerto revolvió contra ellos y se lanzó contra el enemigo al grito de « *Aragon! Aragon! al abordage!* » Este combate valió á los nuestros otro triunfo, triunfo tanto mas espléndido, señores, cuanto que Roger de Lauria pudo entrar en Mesina conduciendo como una sarta de perlas una fila de galeras esclavas, y con ellas prisionero al mismo príncipe de Salerno.

Al tener Sicilia entre sus manos al hijo de su tirano, quiso vengar en él la muerte dada un dia al huérfano Coradino, pero allí estaba, señores, para honra de la humanidad y gloria de la casa de Aragon la reina D.^a Constanza que fué, magnánima y generosa, un firme broquel del prisionero. En vano la instaron para que firmase la sentencia, en vano le dijeron que el pueblo á voz en grito la pedia en desagravio de la muerte de Coradino.

—Si el desventurado Coradino—se contentó con decir aquella mujer sublime —cayó en manos de bárbaros, el hijo de su verdugo está en manos de cristianos.

Esta contestacion salvó al príncipe de Salerno que fué trasladado á Barcelona para robarle á la ira popular.

Otras nobles espresiones se citan aun en el mismo caso en boca de la misma reina. Habia decidido el consejo la muerte del príncipe de Salerno y hasta habia fijado el dia de su ejecucion, que era precisamentè el mismo en

que el Hijo de Dios habia dado su vida por la salvacion de los hombres. Cuando instaron á D.^a Constanza para que aprobase la sentencia :

—No, contestó, este que fué para el género humano un dia de clemencia y misericordia, no lo he de trocar yo en un dia de muerte y de venganza. Aun cuando no militara en favor del príncipe de Salerno mas razon que esta, por esta sola quedaria con vida.

Toda la ira del pueblo se estrelló pues ante la firmeza y heroismo de D.^a Constanza, digna compañera en el trono de D. Pedro de Aragon.

Sin embargo, ya que no pudo el populacho saciar su venganza en el hijo del verdugo de Coradino, inundó las cárceles y sacrificó á su saña á sesenta prisioneros franceses que fueron inícuo y barbáramente asesinados.

Continuó Roger de Lauria sus victorias siendo el terror de los mares y el azote de los franceses. El intrépido almirante llevó á cabo, hijo mimado del valor y de la fortuna, un continuado número de hazañas que raya casi en increíble. Nicotera se vió por él saqueada en una sola noche, Castelretro se le humilló, Castrovilari aceptó sus leyes, y por tener ya aseguradas las costas de Italia, aquel hombre que no debia soñar mas que en combates y en victorias, pasó con su armada á Berberia, se apoderó de la isla de los Gerbes matando cuatro mil moros, cautivando seis mil, llevándose prisionero al rey de Tunez, alzando un castillo que fuese eternamente perenne testimonio de haber impreso allí su huella, y volvióse triunfante á Mesina donde le esperaban los aplausos y los plácemes de un pueblo entusiasta y agradecido.

Oprimido Carlos de Anjou con tal série de continuados desastres, á los que fué á dar el golpe de gracia la prision de su hijo, enfermó en Foggia 1285 de la Pulla y murió á principios de 1285, poco tiempo antes de que intentara el francés su famosa expedicion contra Cataluña cuyo suelo debia serle tan fatal.

Pensaba, señores, ocuparme hoy de esta memorable expedicion donde la Francia verá eternamente como en un espejo su deshonor, pero retrocedo ante la idea de ser difuso. Prefiero dejarla para nuestra próxima leccion donde mas á nuestro sabor y con mas gusto podremos detallarla.

LECCION XXIV.

LOS FRANCESES EN CATALUÑA.

Cruzada contra el rey de Aragon. — Carácter de D. Pedro. — Berenguer Oller. — El rey de Mallorca. — *Via fora somaten!* — Paso de los Pirineos. — Victoria del príncipe D. Alfonso. — Incendio de Perelada. — Sitio de Gerona. — Las moscas de San Narciso. — Muerte de Felipe.

SEÑORES,

Dejamos á nuestra lección de hoy la tarea de contar la famosa expedición de los franceses contra *el caballero de Aragon*. Vamos pues á cumplir con el cometido que nos hemos impuesto.

Exhalaba Carlos de Anjou su último suspiro en el lugar de la Foggia, cuando Felipe *el Atrevido* ponía en agitación á todo su reino para pasar á Cataluña en busca de la corona que había dado el Papa á su segundo hijo, y como no dejaba de conocer Felipe que esta corona que tan fácilmente se había dado, difícilmente se debía ganar, apelaba á todos sus recursos y á todas sus fuerzas reuniendo un ejército de ciento cincuenta mil infantes, diez y ocho mil seiscientos caballos, cincuenta mil guardas de bagaje y y cuarenta mil vabalos (*) escoltados de mil caballos. En cuanto á las

(*) Gente que solía proveer el real de forraje: iban desarmados, llevando solo un baston (Zurita).

fuerzas marítimas que se congregaron para esta cruzada contra Aragon, ascendian á mas de trescientos buques entre galeras y táridas.

Jamás, señores, se habia visto á ningun príncipe cristiano acometer con mas pompa mas formidable empresa, ni hacer contra otro príncipe cristiano mayores ni mas ruidosos aprestos, y todo legitimado por la iglesia, por la iglesia que predicó aquella cruzada por todo el orbe cristiano concediendo honras, dispensas é indulgencias, como si se tratara de una cruzada contra infieles. Así era como el Papa — triste es decirlo, señores! — cegado por su amor á la casa de Francia, trataba de inflamar los sentimientos religiosos de cada nacion y hacer al mundo esclavo y servidor de su ira para arrojarlo entero, como un huracan desencadenado, sobre el trono de don Pedro.

Uno de nuestros mas respetados cronistas, el caballero Desclot, dice, hablando del apercebimiento de municiones que se hicieron para el ejército cruzado, que á no ser testigo de vista le parecia imposible, pues que se gastaron dos años en llevarlas á Tolosa, Carcasona y Narbona. Concurrieron para la cruzada, no solo fuerzas de Francia, sino tambien del Piemonte, Flandes, Lombardía, Génova, Toscana, Roma y Nápoles; acudió tambien, deseosa de ganar las prometidas indulgencias, una multitud inmensa de peregrinos de distintos paises, el bordon en una mano y el rosario en otra; se sacó del templo con gran veneracion el Oriflama, el sagrado estandarte real de Francia que solo abandonaba las bóvedas de San Dionisio para guiar las huestes á empresas de gran consideracion; el cardenal Cholet se dispuso, como legado y representante de la santa sede, á acompañar el ejército para presenciar la ejecucion del decreto del Papa; la reina esposa de Felipe *el Atrevido* y toda la familia real deseó tambien ir con el ejército hasta la frontera para ganar la indulgencia de la cruzada; y por fin una multitud errante y vagabunda, compuesta en su mayor parte de visionarios y criminales, se apresuró á seguir las huellas del rey de Francia, armándose de piedras y saetas, pues que la Iglesia habia prometido su perdón á todo el que arrojara una piedra ó una flecha contra los aragoneses.

Para resistir á toda esa tempestad que sañuda y amenazadora se formaba en el horizonte político, D. Pedro no tenia mas socorro que el de sus vasallos ni más apoyo que el que pudiera darle su magnánimo corazon. El rey D. Sancho de Castilla que le habia prometido ausiliarle, faltaba á su palabra; el rey de Inglaterra que se le habia ofrecido, retiraba su compromiso; el emperador Rodolfo, que tenia pactado pasar á Italia con su

ejército, retrasaba el cumplimiento de su pacto, y por fin hasta su propio hermano y feudatario, D. Jaime rey de Mallorca y conde del Rosellon, movido al parecer de las promesas que le hacian los franceses ofreciéndole el reino de Valencia si les ayudaba á despojar á su hermano, estaba pronto á pasarse vergonzosamente al bando contrario.

Todo pues se disponia contra D. Pedro, pero era hombre D. Pedro para emprender contra todo y contra todos. La roca que eleva su puntiaguda calva en medio de los mares resistiendo invencible el ímpetu de las olas, no tiene mas firmeza que la que moraba en su corazon. Su máxima era ir siempre adelante: si encontraba un dique lo rompía, si hallaba un abismo lo saltaba. Era tambien él, señores, uno de aquellos hombres que tienen fé en su estrella, que le ven brillar, que se estasian á su luz, que marchan á su resplandor, y que, por tener fijos los ojos en ella, no ven si el camino que siguen es escabroso ó llano, si son flores ó abrojos lo que pisan.

Era D. Pedro el hombre de las resoluciones rápidas. Supo, hallándose en Huesca, la defeccion de su hermano y tomó aceleradamente el camino de Perpiñan con el objeto de presentarse en la capital aun antes que de su ida tuviera noticia D. Jaime. Así lo efectuó como vamos á ver. Solo se detuvo en Barcelona los momentos precisos para que la historia pudiera consignar en sus páginas otro dramático episodio de su reinado.

Astuta y artera la corte de Francia, habia sabido procurarse secretas inteligencias en la misma Barcelona atrayéndose á un hombre llamado Berenguer Oller que tenia al parecer gran prestigio y grandes simpatías entre el pueblo. Berenguer Oller, señores, pertenecia á la clase de esos tribunos frenéticos que engendra el hálito de la revolucion, que se proclaman apóstoles á la luz de las teas incendiarias, y que eligiendo un guardacanton por púlpito, predicán sus doctrinas revolucionarias á una muchedumbre ébria cuya imaginacion embotada no digiere sino ideas de estermínio y de venganza. Berenguer Oller, vendido secretamente al francés y obrando segun sus instrucciones, pretestaba procurar el bien del pueblo, del que se titulaba protector y gefe, amotinaba á sus parciales contra las autoridades, y, sin que bastaran á contenerle ni los concellers ni las órdenes mismas del rey, incitaba á la rebelion, cometia graves escesos y sembraba el terror entre los buenos ciudadanos.

—El pueblo es solo el rey, —decia en lacónico y concluyente silogismo, —y como el pueblo soy yo, yo soy el rey.

El temor que habia logrado inspirar á las autoridades, la horda feroz y

salvage de que se rodeaba , la impunidad con que cometia sus desafueros, el acatamiento que por miedo le prestaban los ciudadanos, todo se habia reunido para hacer de él en efecto un poder , poder tanto mas temible cuanto que bien pronto se supo que era Berenguer Oller el alma de una conspiracion que debia estallar en un dia señalado. La mision de los conspiradores era pasar á cuchillo á todos los ricos y poderosos y hacer que Barcelona se proclamara por el rey de Francia.

A pesar de esto , nadie se atrevia aun contra aquel hombre: tal era el terror que infundia. Fué necesario que el rey en persona arrostrára el peligro de apoderarse por si propio del hombre ante el cual temblaba toda una ciudad y á cuyas plantas caia sumiso todo un pueblo.

Hé aquí como sucedió el caso.

Acababa de llegar D. Pedro á Barcelona , donde apareció de pronto, cuando menos se pensaba en él acaso. Su presencia alentó á todos los buenos y enfureció á los perversos que con su llegada veian por el pronto desbaratada su trama. Cambió pues de plan Berenguer Oller, y esperando ocasion mas propicia para llevar á cabo sus proyectos , decidió por el pronto hacerse el sumiso , reverenciar al rey y decirle, si á mano venia , que todos sus intentos no habian tenido otro objeto que el bien del reino y el deseo de castigar á los consellers de Barcelona por su indiferencia y desidia.

El mismo dia de su llegada salió el rey á pasear por la ciudad , y en una de sus calles vió acercársele humildemente un hombre que le pidió su mano para besarla.

—¿Quién eres?—le preguntó D. Pedro.

—Soy Berenguer Oller.

—Aparta pues que no es costumbre de reyes besar la mano á otro rey—contestó D. Pedro.

—Señor , —dijo entónces Oller confuso—ni soy rey ni hijo de rey , soy tan solo un humilde súbdito vuestro que hablaros desea sobre asuntos de la mayor importancia y que atañen al esplendor de vuestra corona.

—Pláceme el oírte—replicó D. Pedro—pero no en este lugar ni en esta sazon.

Y en seguida , poniendo la mano sobre la cabeza del rebelde en señal de favor fuése pausadamente para su palacio , seguido de una turba de parciales de Berenguer Oller que atónitos contemplaban el caso , sin atreverse ni siquiera á intentar nada contra aquel monarca que entre todos ellos se

encontraba solo sin mas apoyo que su valor ni mas armas que su majestad.

Así llegaron á palacio, altivo y desdeñoso D. Pedro, humilde y sumiso Berenguer Oller, sin que la mano del rey hubiese desamparado la cabeza del rebelde y sin que este dejara ya de conocer que aquella mano solo le abandonaría para ser reemplazada por la del verdugo. En medio de sus delirios y traiciones, aquel hombre que iba sereno á la muerte era acaso digno de ser súbdito del rey.

Las puertas de palacio se cerraron tras ellos. Aquella misma noche se reunió el consejo para juzgar á Berenguer Oller y á todos los que tras él, como un rebaño de tímidos corderos, habia conducido D. Pedro, y una terrible sentencia fué pronunciada. Al dia siguiente Berenguer Oller fué sacado del palacio real atado á la cola de un caballo y tras él siete de sus cómplices con dogales al cuello. Fueron todos llevados así por la ciudad, precedidos por los trompeteros que iban pregonando sus delitos, y despues fueron ahorcados de un olivo colocando al gefe en lo mas alto.

Luego del castigo de los conjurados, partió el rey de Barcelona sin dar parte de su intento, y aparecióse repentinamente en Perpiñan. El hombre que habia arrostrado la cólera del populacho prendiendo por su propia mano al gefe de los rebeldes en el seno de sus mismos partidarios, podia sin miedo arrojarle en las garras del leon. Empresas como estas eran muy propias del caracter de D. Pedro.

Llegó pues de súbito á Perpiñan, sin que pudiesen saber á donde iban los pocos que le acompañaban; entró en la ciudad de improviso, y fueron sus primeras diligencias apoderarse del castillo en donde habitaba su hermano, ocupar el palacio en que guardaba sus tesoros, y enviar al rey de Mallorca dos embajadores para que en su nombre le intimasen que debia hacer al instante pronta entrega de todos los castillos y fortalezas del Rosellon para poner en ellos fuertes guarniciones que impidieran el paso á los franceses. D. Jaime, prefiriendo apelar á la fuga antes que arrostrar la cólera de su hermano, se evadió del castillo por un camino subterráneo que iba á salir al campo y corrió á refugiarse en la fortaleza de Sarroca.

D. Pedro se apoderó de sus tres hijos varones que conservó en rehenes y volvióse á Cataluña despues de aquel aventurado golpe de mano.

Ya en esto las tropas francesas entraban en el Rosellon por el camino de Salses. Perpiñan y Elna, que eran dos poblaciones tan adictas al rey de Aragon como poco amigas del de Mallorca, decidieron hacerse fuertes contra el ejército cruzado, y así como el leon eriza sus melenas, erizá-

ronse de lanzas sus murallas. La suerte de los combates no quiso premiar su lealtad. Perpiñan cayó por traicion en manos de los franceses y Elna sucumbió despues de una vigorosa resistencia digna por cierto de mejor suerte. El ejército francés cometió en Elna toda clase de escesos. Un mismo historiador de su nacion lo dice, y en este asunto debe darse fé á un escritor francés: (*)

«Los cruzados en su tránsito, dice, van profanando iglesias, violando monjas, asesinan sin piedad á hombres indefensos, deshonoran sin compasion á tímidas mujeres, saquean sin misericordia á pueblos sumisos, roban los vasos sagrados, los ornamentos y las campanas, y, haciendo luego un tráfico sacrílego, se afanan en ir ganando las induljencias de los cruzados.»

Y lo peor de todo, señores, lo mas desconsolador y mas sensible, era que tales demasías y tales desafueros eran autorizados por el cardenal legado del Papa quien, segun sientan varios historiadores, entre ellos Duchesne y Desclot, iba con fogoso entusiasmo y en deshonra de su santo ministerio predicando la guerra y el estermínio contra aquellas gentes que, decia, habian menospreciado las órdenes de la santa madre iglesia y eran auxiliares de un hombre escomulgado é impío.

¿Y eran estos, señores, eran estos los que marchando á la sombra del sacro oriflama se llamaban mensajeros de la justicia del cielo? ¿Y eran ellos, ellos profanadores de los templos y violadores de mujeres, los que se encargaban de lanzar sobre un pueblo virtuoso el anatema de Dios en nombre de la iglesia?.... Nó, cien veces nó; podian titularse, es verdad, un ejército de cruzados, pero no eran mas que una horda de bandidos.

En el interin D. Pedro reunia á los suyos en el Ampurdan. A la voz del bronce que sacudia sus lúgubres lamentos por los aires se armaban las poblaciones, al grito de *Via fora somaten!* salian los mozos de sus hogares, á la voz salvaje de *Desperta ferro!* los almogavares ataban á su cinto la azcona y despertaban al hierro que durante el reinado de D. Pedro no halló ciertamente ocasion de dormirse, y la ley del *Princeps namque* reunia sobre los riscos de los Pirineos á todos los que se sentian con corazon para morir por la patria. Cataluña entonces dió un magnífico ejemplo: se levantó como un solo hombre y como un solo hombre corrió á la defensa de sú suelo amenazado.

•

(*) Romey.

El ejército francés que á grandes marchas se acercaba á Cataluña, halló tan bien defendido el paso de los Pirineos por nuestras gentes, que, sin atreverse á atacarlas, volvió á retroceder bajándose de nuevo al llano del Rosellon. Allí permanecieron los invasores cruzados algunos dias temiendo el lance de haber de forzar un paso tan bien guardado por una gente, que, aun cuando fuese muy inferior en número, era en extremo formidable por la triple ventaja de su posicion, de la resolucion tomada de morir á todo trance en defensa de la patria, y de la gloria que coronaba el pendon de las barras acostumbrado á ver huir ante sí á ejércitos enteros de franceses.

Así pues, para colorear de algun modo su inaccion, intentaron los enemigos cumplir con una formalidad que al principio habian omitido, y enviaron por un rey de armas un mensaje al campamento de D. Pedro. El mensajero pidió al monarca aragonés en nombre de los cruzados que no les estorbare el paso para entrar á tomar posesion del reino que el Papa habia dado á Carlos de Valois, pues de este modo evitaria la destruccion de la tierra.

Sonriose el rey al oir tan extraño mensaje y contestó con franqueza militar y estilo cortesano « que se conocia cuan poco tenia en aquella tierra el que con tanta franqueza la daba, y que no le habia costado como á los reyes sus predecesores la sangre y las vidas que habian perdido en su conquista; que por tanto les hacia saber que el que la quisiera, la habia de pagar tan cara como ellos experimentarían, si se obstinaban en su injusto y temerario intento. »

Tal fué la respuesta que el mensajero llevó á los suyos.

Veinte dias estuvieron los franceses al pie de los Pirineos sin atreverse á forzar la valla, y acaso hubieran medrosos retrocedido en su intento y en su empresa, si Dios, señores, para hacer acaso mas tarde mayor y mas esplendida la victoria, no hubiese querido que tuviesen los nuestros un segundo D. Julian que los vendiera.

Este fué D. Jaime rey de Mallorca. Como ladron de casa, enseñó al rey de Francia un oculto camino por el collado de Massana, sobre la villa de Perelada, y por este punto se introdujo en Cataluña, burlando la vigilancia de D. Pedro.

Sin embargo, aunque fué de noche y con todo disimuló que el francés metió su gente por aquel paso escusado, la vigilancia de los almogavares de D. Pedro era tal, que una pequeña partida de ellos llegó á apercibirse de lo que pasaba. Cincuenta almogavares estuvieron en seguida sobre las ar-

mas y acudieron solos á defender aquel paso , renovando valientes un honroso ejemplo de la antigüedad y portandose como se portaron aquellos trescientos héroes de las Termópilas. Era de noche todavia cuando los almogavares se precipitaron sobre el ejército francés aprovechando la primera sorpresa para hacer en él un terrible destrozo. La accion fué tan reñida y tan sostenido el combate, que tuvo que acudir el rey de Francia con el grueso de su ejército creyendo que tenia sobre si á Cataluña toda. Las primeras luces del dia pusieron de manifiesto á los franceses el puñado de valientes que habia sido bastante á detenerles , y avergonzados y confusos por haber ya tardado tanto en vencerles , rehiciéronse , se animaron y dieron contra ellos llenos de ira y saña. La victoria no fué dudosa. Los almogavares tuvieron que ceder al ímpetu de centuplicadas fuerzas. El ejército enemigo pasó por encima de aquel grupo de héroes , como pasa un torrente desbordado por encima de un insuficiente dique.

Al tener noticia el monarca aragonés de que el enemigo estaba ya en sus estados , reunió á los principales nobles de Cataluña , y decidió por el pronto hacerse fuerte con ellos en Peralada. Dispuesto ya á ello , dijo al príncipe D. Alfonso que juntase la caballería y parte de la almogavería , y que con los condes de Urjel y de Pallás , vizcondes de Rocaberti y Cardona , con Guillen de Anglesola y otros nobles , embistiese á los enemigos sin temor y confiando en Dios.

Así se hizo. Una mañana , al lucir la aurora , salió de Perelada el príncipe al frente de su valiente ejército que desfiló por delante del rey el cual en una breve peroracion le exortó á morir ó á vencer , á morir antes que permitir que invadieran los enemigos un suelo que tanto habia costado de ganar á sus antecesores. La arenga del monarca hizo sensacion en las filas de aquellos denodados patriotas. Gritos unánimes de *Victoria á todo trance!* resonaron en Perelada , cuyos viejos muros debieron , señores , estremecerse sobre todo al oir los rudos clamores de *Aragon! Via fora! y Desperta ferro!* que lanzaban los almogavares golpeando con sus azcones encima de sus escudos , y jurando no regresar sin antes haberse bañado en la sangre de los matadores de sus hermanos. El ejército partió á la vista del rey , banderas desplegadas , señeras al aire , el ardor del entusiasmo en los ojos , el fuego de la esperanza en el corazon.

Los franceses estaban acampados en una de las gargantas de los Pirineos. El príncipe D. Alfonso se precipitó sobre las tropas avanzadas y derrotólas completamente ; en seguida pasó al ejército en el seno del cual

introdujo el desórden y sembró la muerte. Los almogavares, sedientos de venganza, prendieron fuego á las tiendas y empezaron el saqueo. Los nuestros se retiraron dejando á ochocientos franceses tendidos en el campo.

El monarca aragonés no podia sin peligro permanecer por mas tiempo en Perelada. Los nobles le rogaban sin cesar que abandonase una villa que no era segura y que no se podria defender de tantos enemigos como bien pronto iban á arrojarse sobre ella. Conociólo así D. Pedro, y accedió, disponiendo en su consecuencia un nuevo plan de campaña. Mientras él iria á recorrer los pueblos de Cataluña aprontando gente, el vizconde de Cardona se encerraria en Gerona, llave del Principado; Arnaldo de Corsavi y Dalmao de Castellon pasarian á defender sus castillos, y se quedarian en Perelada el conde de Pallás y Guillen de Anglesola con mil almogavares.

Dadas estas disposiciones, el rey abandonó la villa ante la cual no tardó en presentarse el francés.

Perelada no podia resistir por mucho tiempo y, por muy bien defendida que fuera, habia de acabar por rendirse á las armas de Felipe. Cercola pues el enemigo, pero no contaba este que habia allí mil almogavares, es decir mil hombres de hierro que valian ellos solos tanto como un ejército, y que, en último resultado, no entregarian la villa sino los escombros de ella.

Así sucedió precisamente. Jamás ha habido, señores, en ningun pais del mundo milicia como la de los almogavares mas indómita, mas independiente y al mismo tiempo mas adicta y valerosa. No gustaban los almogavares de pelear tras de parapetos, sujetos y prensados, sino al campo libre, cara á cara y cuerpo á cuerpo con sus enemigos. Por lo mismo prendieron fuego á la villa, con el solo objeto quizá de que las llamas les arrojasen y obligasen á combatir y á vencer. Encendieron de antemano la hoguera que habia de alumbrar su victoria. Precipitáronse pues á traves de las llamas arrojándose sobre el ejército sitiador y abriéndose por entre sus filas un ancho y sangriento camino.

Al dia siguiente la luz del sol mostró á los franceses Perelada casi convertida en escombros, pero sobre sus ruinas se elevaron las tiendas de campaña del ejército invasor que convirtió la villa en su cuartel general. Allí fué donde el legado del Papa empezó á publicar las bulas apostólicas, las indulgencias, y la investidura de los reinos á favor de Carlos de Valois.

El ejército partió de Perelada y pasó á poner sitio á Gerona. Valientemente defendió, señores, esta plaza el vizconde de Cardona que impassible

vió agruparse junto á sus muros millares de franceses como un enjambre infinito de abejas junto á una colmena. En vano combatieron á la ciudad con todo el aparato estratégico de la época, en vano hicieron proposiciones ventajosas á los sitiados, en vano se ofreció al vizconde de Cardona relevarle de sus juramentos en nombre del Papa y colmarle de honores y mercedes mayores que todas las que en su larga carrera de gloria habia alcanzado su casa, en vano, sí; el vizconde de Cardona era mas invencible aun que las murallas que defendia.

Mientras seguia el sitio de Gerona con tenaz empeño, las armas catalanas conseguian por mar brillantes victorias. Era, señores, que ya empezaba la nacion catalana á empuñar con mano firme el cetro de los mares que debia conservar por espacio de mas de dos siglos.

Once eran solo las galeras que el rey tenia por la costa al mando de los vice-almirantes catalanes Ramon Marquet y Berenguer Mayol. Estos dos intrépidos marinos atacaron una armada compuesta de veinte y cuatro naves francesas con valor tan dichoso que las echaron completamente á pique, retirándose despues á Barcelona cargados de despojos y llenos de laureles. Corsarios catalanes y valencianos cruzaban tambien sin cesar por las costas causando pérdidas repetidas á los franceses, siendo entre todos famoso un corsario de Alicante que hizo un prodigioso número de presas, cogiendo una vez trece barcas de Narbona que traian víveres al ejército.

Proseguia en el interin la defensa de Gerona con indisputable gloria para el de Cardona, y con infinitos descalabros para el ejército cruzado que vió en solo este sitio transcurrir todo el tiempo que habia creido necesario para la completa ocupacion del reino de Aragon. Varios fueron los asaltos que sin fruto se dieron á Gerona. D. Pedro con un cuerpo de caballería ligera y un puñado de sus adictos y leales almogavares, no cesaba de molestar á los sitiadores. Un dia se encontraron quinientos caballeros suyos mandados por él mismo, con otro número igual de enemigos. Reñido pero glorioso fué el combate. D. Pedro peleó como el último de sus soldados, haciendo prodigios de valor y matando con su propia mano al conde de Nevers que llevaba el estandarte enemigo. La victoria coronó sus esfuerzos. Desbandados y rotos se retiraron á su campo los franceses.

Ya no podia Gerona prolongar por mas tiempo su defensa. El vizconde de Cardona, con anuencia del rey, rindió la plaza con todos los honores militares, y salió de la ciudad banderas desplegadas y con toda su gente armada. Se habia ya conseguido el principal objeto, que era detener el ímpetu del enemigo y entibiar su ardor con repetidas molestias.

Casi al mismo tiempo que se rendia Gerona, entraba Roger de Lauria con su armada en el puerto de Barcelona. El almirante solo se detuvo en esta ciudad para besar la mano al rey que acudió en seguida á recibirle, y proveer de víveres á sus naves. En seguida se hizo al mar, y con aquella buena fortuna, que debia ser por largo tiempo su inseparable compañera, derrotó la escuadra francesa apresándole trece galeras y poniendo en fuga á todas las otras.

Habian entretanto entrado los franceses en Gerona no para hacerla teatro de sus glorias sino hospital de sus miserias. Se hallaban tan faltos de víveres, tan rendidos de fatiga, tan afligidos de enfermedades, que no tardaron en verse cruelmente diezmados por una terrible epidemia. Insectos venenosos abortados por los escesivos calores, y que el vulgo en una piadosa tradicion dice que salieron del sepulcro de San Narciso que los franceses intentaron profanar, empezaron á hacer estragos en el ejército cruzado. Se hace subir á cuarenta mil el número de los enemigos que murieron por la maligna picadura de las llamadas *Moscas de San Narciso*. El mismo rey Felipe *el atrevido* no se libró de estos insectos, y los franceses cediendo ante aquel socorro que á los catalanes enviaba el cielo como para amparar su causa, causa sin embargo anatematizada por la iglesia, abandonaron á Gerona y emprendieron su retirada hácia Francia llevándose enfermo y casi moribundo á su rey.

He aquí pues, señores, como aquellos hombres que se decian enviados del cielo, recibian del mismo cielo su castigo. La escomunion, el anatema de la iglesia podian pesar sobre el trono de Aragon, pero la gloria y con la gloria Dios, pues que él es quien la envia, sonreian á las armas de D. Pedro. En resumen, señores, los franceses contaban con la iglesia, pero los catalanes contaban con Dios. El triunfo no era dudoso.

Al hallarse en el Ampurdan, que pocos dias antes tan orgullosos y pujantes les habia contemplado, se mandó pasar revista del ejército, y no se hallaron aun tres mil caballos sanos y los infantes tan decaidos y débiles. que se juzgaron ya por perdidos todos, mayormente con la noticia de que el rey D. Pedro con los catalanes tomaba el camino de los montes para acabar con ellos en la retirada.

Tales son, señores, los destinos humanos! Aquel ejército que parecia invencible, un soplo habia bastado para destruirle. Combatia en nombre de Dios, y Dios no aprobó su causa. Todo su poder huyó como arista que lleva el viento.

Para mayor desgracia , el rey Felipe *el Atrevido* exhaló su último suspiro antes de salir de Cataluña.

Los franceses , que tan soberbios y tan altivos habian pasado algunos meses antes los Pirineos^o, se encaminaron entonces otra vez y de regreso á esta cordillera de montañas, llevándose de su expedicion por único botin un cadáver y un recuerdo eterno de deshonra.

Dejémosles , señores , que, rotas sus falanjes , perdidas sus banderas, humillado su orgullo , se encaminen á los Pirineos donde aun les volveremos á encontrar , y esperemos nuestra próxima leccion para tributar un postrer recuerdo de admiracion y respeto á D. Pedro *el grande*.

LECCION XXV.

ALFONSO *el Liberal*.

Derrota de los franceses.—Nobleza de D. Pedro.—Muerte de D. Pedro.—Coronacion de Don Alfonso.—Los *unidos*.—Tratos con la Santa Sede.—Devolucion del reino de Sicilia.—Muerte de D. Alfonso.

SEÑORES:

Amarga fué aquella retirada de los franceses, amarga y desastrosa. Tristes y muy tristes debieron ser los últimos momentos de Felipe *el Atrevido* al ver que rodeaba su lecho de muerte solo un puñado de aquel ejército poderoso y casi innumerable al frente del cual habia entrado soberbio en Cataluña. Afortunadamente cerró los ojos para siempre antes de salir del suelo que anhelaba conquistar, y no tuvo el desconsuelo de asistir, — como cinco siglos mas tarde Napoleon en aquella otra para los franceses espantosa retirada de Moscou — á la destruccion completa de la hueste que se creyera invencible porque peleaba bajo los pliegues del sacro oriflama y era portadora del anatema de la iglesia.

Muerto el rey de Francia, su hijo y sucesor, llamado tambien Felipe, doblegando su arrogancia francesa y humillándose á aquel D. Pedro de quien hasta entónces se habia burlado, le envió un mensajero con encargo de rogarle que, pues ya le dejaban los franceses desembarazada la

tierra, no tratase de oponerse á su paso, suplicándosele así por quien era y requiriéndosele por su cortesía.

A este mensaje, el rey de Aragon, en quien parece que fué ley el ser noble hasta el último aliento de su vida, contestó que el heredero de la corona y todos los suyos serian respetados por él y por sus hombres de *Paratge*, aun que no podia comprometerse á ofrecerle lo propio por lo tocante á los almogavares y somatenes, gente á la que era fácil mandar pero de la que era difícil hacerse obedecer.

Partió con esta noble pero no muy consoladora respuesta el mensajero, y en seguida juntó D. Pedro á sus caballeros agradeciéndoles las finezas de su lealtad y participándoles la piedad que queria ejecutar con sus enemigos, acabando el discurso con estas palabras.

—Yo os ruego que tengais misericordia de ellos como nuestro Señor la ha tenido en nuestras cosas.

Dejéronse persuadir los noble de la heróica y humana accion del rey, pero no sucedió, señores, lo mismo con los almogavares. En efecto, aun cuando manifestaron estar acordes con el real parecer, al llegar la noche declararon su ánimo, y no hubo medio ni razon para obligarles á dejar libres los puestos que ocupaban. Ya se lo habia temido el rey.

Clareaba el alba cuando D. Pedro, caballero hasta el extremo y hasta el extremo generoso, mandó pregonar por todo el ejército que nadie fuese osado á abandonar el real estandarte de las vencedoras barras y que ninguno hiriese á los enemigos bajo pena de muerte. Para que esta orden tuviese debido efecto, el monarca aragonés se puso á la cabeza de los suyos y dejó pasar al rey de Francia con los pobres restos de su ejército, que vergonzoso y humillado desfiló por delante de las fuerzas aragonesas y catalanas. Entónces los almogavares y tambien algunos grupos de soldados empezaron á gritar:

—Señor rey, vergüenza! demos en ellos!

Pero D. Pedro detenia su cólera y su furor con mesuradas palabras y enviaba á todas partes sus caballeros para calmarles.

Emprendieron el pasage el ejército y acémilas, pero, impacientes los almogavares, rompieron el orden sin que aprovecharan aquella vez amenazas ni ruegos, y clamando á una voz:

—Señor rey, vergüenza! hirámoles!

Dieron en los pobres franceses con tal furia y tambien con tal codicia, que les despedazaron sin remedio —dice una crónica— y tomando las acé-

milas las desbalijaron cargando con todo lo mas precioso. Pasó esto cerca del Pertús. Acudieron á la fiesta los ballesteros, marineros y catalanes de la armada de mar, que se hallaban en aquella parte de Colibre, deseando ser partícipes del provecho de sus paisanos, como lo habian sido en los trabajos y victorias; llegó el rumor y gritaría á los oídos del rey de Francia, de su corte y del cardenal legado—que de buen grado hubiera entonces ciertamente absuelto á D. Pedro á poder este asegurárle la vida,—y movióse entre ellos gran confusion y terror.

—Señor, todos somos muertos—dijo el cardenal al nuevo jóven rey de Francia.

—No temais, —le contestó este.—¿Acaso no habeis visto el trabajo y la pena que se daba en detener nuestro tio á los suyos cuando pasábamos? Creed que no ha podido hacer otra cosa, y juzgad que á no ser por él no quedaba del ejército hombre vivo.

Razon tenia el rey de Francia. La clemencia y la generosidad de D. Pedro les salvaron.

Pasó adelante el francés y se encontró con el de Mallorca que salia á recibirle por prevision del monarca aragonés. En efecto, señores, D. Pedro habia llevado en aquel lance su extrema delicadeza hasta mandar un recado á su hermano el de Mallorca—no obstante de mediar entre ellos las desavenencias que ya sabemos—para que juntase los paisanos del Rosellon y acudiesen á las montañas con objeto de asegurar á los franceses en cuanto pudiese.

En cuanto á la retaguardia del ejército, mientras que su rey llegaba á Perpiñan, continuaba en el camino peleando mas con sus males que con los almogavares y gente de mar que en continuo tropel herian, mataban, hurtaban y se aprovechaban, no pudiendo en todo el dia los franceses caminar mas de media legua, segun testimonio de un contemporáneo. (*) Avanzaron empero como pudieron en su infeliz viaje, siempre seguidos de los almogavares, hasta el llano del Rosellon, donde los que lograron la fortuna de librarse se acogieron á los lugares.

Partido ya el ejército francés con tal vergüenza y con tal derrota, reunió D. Pedro en torno suyo á sus nobles mas distinguidos y mas valientes capitanes, y les dirigió este discurso que copio señores al pié de la letra de una autorizada crónica:

(*) Desclot.

— Amigos queridos nuestros , la merced que Dios nuestro Señor nos hace , no por nuestros méritos sino por su infinita misericordia , es muy colmada , pues habiendo como sabeis entrado el rey de Francia en esta tierra con el triunfo que se vió jamás , sale con gran dolor y corrimiento , y mayor daño y quebranto. Yo reconozco que por sola mi opinion en muchas ocasiones he sido causa de mucho daño y pérdida de muchos vasallos míos , padeciendo sin culpa y perdiendo cuanto tenían , que escusára si yo , como era justo , siguiera vuestro parecer y consejo , dado con verdaderas entrañas de lealtad y fé : confieso que tuve mal gobierno , y que el buen suceso de nuestros hechos ha venido encaminado por la mano de Dios , que aborrece á los soberbios y favorece á los humildes : los trabajos y desventuras que habeis padecido no los creerá quien no los ha visto. De todo salimos bien con el favor de Dios y vuestra ayuda , sirviendome con el amor y voluntad mayor que rey lo ha sido jamás ; esto , pues , me incita á rogaros perdoneis los disgustos que os he dado.

Este fué el discurso que pronunció el monarca á quien debia dar la posteridad el nombre de *Grande*. Palabras como las que pronunció D. Pedro , merecerian , salidas de la boca de un rey , ser grabadas en mármol y en oro para que la posteridad no las olvidara nunca . ¿Puede darse en efecto , señores mas humildad ni mas modestia en medio de mayor dignidad y mayor grandeza?... Todo un pueblo de valientes guiado por un tal rey , debia ser un gran pueblo.

No es extraño , señores , que aquellos fuesen hombres. Tambien aquellos eran reyes !

Llegó D. Pedro á Barcelona y fué recibido en triunfo. Era justo ; era justo , sí , que el monarca ciñiera á sus sienes invictas el laurel inmortal de los héroes.

Libre ya de enemigos extraños , D. Pedro trató de purgar su casa de enemigos domésticos. Su traidor hermano D. Jaime de Mallorca habia favorecido á los franceses ; cuando no quisiera vengarse por él , debia vengarse por su pueblo. Decidió pues una expedicion contra la isla de Mallorca y para ello ordenó á la armada de su valiente almirante Roger de Lauria que se dispusiese á hacerse á la vela desde el puerto de Salou , nombrando gefe del ejército expedicionario á su primogenito D. Alfonso.

En estos preparativos se hallaba ocupado D. Pedro , cuando le sorprendió la muerte camino de Tarragona. Al sentirse herido por la cruel enfermedad que conducirle debia al sepulcro , se hizo trasladar á Villafranca del

Panadés y, queriendo morir tan noble y dignamente como habia vivido, pidió la absolucion de las censuras que contra él habia fulminado el Papa diciendo que « justas ó injustas debian temerse. »

1285 Así murió señores, el gran D. Pedro á 10 de noviembre de 1285, es decir á últimos del año mismo que habia visto bajar al sepulcro á los otros tres héroes del drama que hemos contado: Carlos de Anjou, Martin IV y Felipe el Atrevido.

Bello era el trono que legó á su hijo, bello sí, pero rodeado de peligros. Su padre D. Pedro *el Grande* habia visto á casi toda la Europa contra él; su hijo D. Alfonso se sentó en el trono cuando aun rugian de cólera los pueblos y cuando aun el nombre de Aragon era mirado generalmente como enemigo.

El papa Honorio IV, digno sucesor de Martin, se mostraba celoso en apoyar á los hijos de Carlos de Anjou á quienes á toda costa queria devolver el trono de Sicilia; la Francia, humillada y vengativa solicitaba nuevas alianzas con el marcado intento de vengar la derrota sufrida en Cataluña; Castilla misma, que debia ser una hermana del Aragon, parecia dispuesta á inclinarse en favor de la Francia y solo la detenia el ver que se hallaban en poder del monarca aragonés los infantes de la Cerda. Y como si estos nublados no hubiesen sido bastantes á amenazar aquel trono cuyas gradas subia con pié vacilante un jóven rey de veinte y un años, vinieron á agregarse los disturbios domésticos, las querellas y contiendas promovidas por la *Union* aragonesa.

Cuando murió D. Pedro *el Grande*, el de invicta memoria, D. Alfonso III que debia ser llamado *el Liberal* estaba ocupado en la empresa contra Mallorca, empresa que felizmente llevó á cabo con ayuda del valiente D. Blasco de Alagon, uno de los caballeros mas esforzados de su tiempo y uno, señores, de los héroes de nuestra historia.

D. Alfonso se apresuró á venir á tomar posesion de la corona, y declarándose lo primero de todo amigo y aliado de su hermano D. Jaime que entraba en posesion de la Sicilia, tomó los títulos de rey de Aragon, Mallorca y Valencia y de conde de Barcelona. En seguida pasó á Zaragoza en cuya Seo fué coronado por mano de D. Sancho obispo de Huesca y Jaca, repitiendo al ceñirse la corona la protesta de que « no la tomaba de manos del obispo en nombre de la iglesia ni por ella ni contra ella » añadiendo á estas palabras las de que « por coronarse en Zaragoza no pretendia dar á esta ciudad un derecho privativo que obligase á sus sucesores á hacer en la

misma esta ceremonia , siendo su ánimo el que pudiesen hacerlo en otra cualquiera parte de Aragon .»

Estas palabras fueron causa de que los aragoneses , descontentos ya de D. Alfonso porque había tomado los títulos de rey antes de jurar los fueros , se disgustasen mas aun y le requiriesen por medio de sus cortes para que apartase de su lado á sus consejeros de estado , justicia y guerra , recibiendo en cambio los que le nombrase la nacion . Rechazó el rey la proposicion que juzgó indigna , y las demandas y respuestas que con este motivo se promovieron entre una y otra parte le obligaron á salir al fin y al cabo de Zaragoza , que al momento nombró un consejo compuesto de personas principales para que velara por los fueros del reino que D. Alfonso , en su fogosa mocedad , habia imprudentemente pisoteado .

Desde aquel momento empezó á formarse el núcleo principal de la célebre *Union* aragonesa , que habia de ser bandera de tan funestas discordias .

Los *Unidos* no tardaron , señores , á apelar á las armas para sostener su derecho , y la insurreccion se comunicó de pueblo en pueblo hallando en todos turbulentos partidarios .

En el interin se formaba esta tempestad , mayor que todas las que sobre su trono habia visto agruparse amenazadoras la casa de Aragon , D. Alfonso que tenia algo del carácter belicoso de su invicto padre , juntó en el
1287 puerto de Salou una armada y con ella pasó á la conquista de Menorca con el éxito feliz y la buena fortuna que parecian ya compañeros inseparables del pendon de las barras .

La *Union* iba en esto haciéndose cada vez mas temible ; los defensores de los fueros se presentaban compactos y formidables ; en todos los lábios habia una queja y en cada mano brillaba un arma . D. Alfonso tuvo que ceder y , lo que es peor aun , señores , tuvo que ceder en mengua de su decoro y en menoscabo de su dignidad . Vióse precisado él , el rey de Aragon . el hijo de D. Pedro *el Grande* y el nieto de D. Jaime *el conquistador* , á humillar la cerviz ante sus vasallos y á acatar la ley que á los turbulentos partidarios de la *union* les plugo imponerle . Dos privilegios tuvo que firmar .

El primero fué el de que «no pudiese el rey ni ninguno de sus sucesores proceder contra persona alguna de la *Union* sin la sentencia del Justicia de Aragon y el consentimiento de las cortes .» Para seguridad de esta promesa , los *Unidos* obligaron á D. Alfonso á entregar en rehenes diez y seis castillos y á permitir que si faltaba á esta palabra pudiesen sus vasallos negarle la obediencia y elegir el soberano que mas les acomodase .

El segundo fué de que « todos los años se hubiesen de celebrar por noviembre cortes generales en Zaragoza y en ellas se señalasen los consejeros con los cuales hubiera el rey de tratar » Para seguridad de esto el rey empenó tambien los mismos diez y seis castillos que para el anterior.

Fueron firmados estos privilegios el dia de los Inocentes del año 1287; y como se ofreció de pronto alguna dificultad para la entrega de los indicados castillos, el rey puso interinamente en manos de los *Unidos* como rehen la persona del prisionero rey Carlos de Nápoles, el mismo que, como ya sabemos, señores, habia cautivado Roger de Lauria en aquella famosa jornada que hubo á la vista de Nápoles. Mas tarde, para recobrar D. Alfonso á su prisionero tuvo que entregar á los *Unidos* al conde de Pallás y á D. Berenguer de Puchuert.

Mientras todo esto tenia lugar en Aragon, el Papa Honorio IV continuaba fulminando contra el reino de Sicilia las censuras y anatemas, intentando arrojar de su trono á su nuevo rey D. Jaime, infante de Aragon, hermano de D. Alfonso é hijo de D. Pedro, proclamándole escomulgado lo mismo que á su madre la reina viuda D.^a Constanza con las ceremonias mas terribles y espantosas que para un caso semejante tenia destinadas la iglesia. No se libraba tampoco de estas repetidas escomuniones el mismo reino de Aragon, donde las iglesias estaban cerradas y donde los templos se negaban á recibir á los fieles que en vano querian acudir con sus rezos al Dios de las misericordias.

Envió D. Alfonso una embajada al sumo pontífice para que mitigara su rigor y su cólera, pero el Papa impuso condiciones deshonrosas para la casa de Aragon, y la casa de Aragon á la que animaba aun la sombra de Pedro, las rechazó con dignidad y con altivez.

Intercedió á esta sazón Eduardo I rey de Inglaterra, grande amigo de D. Alfonso, y por su solicitud se reunió un consejo compuesto de personas prudentes y espertas para tratar y ventilar los negocios de la santa sede con Aragon, pero la muerte del Papa vino á interrumpir por el momento la decision de este consejo, si bien no tardó luego en reunirse la asamblea decidiendo, segun proposiciones presentadas por el mismo D. Alfonso, que el rey Carlos de Nápoles seria puesto en libertad entregando, empero tres de sus hijos en rehenes con mas sesenta caballeros á eleccion del rey de Aragon: que su hijo primojénito debiese ser tambien dentro de un año entregado en rehenes, pena de cincuenta mil marcos de plata, de los cuales hubiese de depositar los treinta mil antes de salir de Aragon; que el rey Carlos

alcanzase del Papa, rey de Francia y demas príncipes beligerantes, treguas por dos años con las coronas de Aragon y Sicilia; que si el mismo rey de Nápoles no ajustaba en el término de los dos años una buena y firme paz con Aragon y Sicilia, incurriese en la pena de cien mil marcos de plata y en la pérdida de sus hijos y sesenta caballeros; finalmente, que si el rey no cumplia todas estas condiciones, debiese volver á su prision dentro de un año. (1)

Tales fueron las duras condiciones á que se sometió Carlos para obtener su libertad.

1228 Al año siguiente, 1289, D. Alfonso entró en Castilla con un ejército de mas de cien mil hombres para apoyar el derecho de sus sobrinos los infantes de la Cerda, y aunque sus primeras armas contra D. Sancho fueron coronadas por la victoria, tuvo que abandonar el campo por el temor de que el francés penetrara en sus estados mientras á él le traian ocupado las guerras con el castellano. Dejó pues gran parte de su ejército á las órdenes de D. Alfonso de la Cerda, y se retiró á Barcelona donde recibió un cartel de desafío de su tío D. Jaime, rey desposeido de Mallorca, en que le retaba á singular combate en Burdeos y á presencia del rey de Inglaterra.

Admitió el duelo D. Alfonso, pero en su contestacion no pudo menos de hacer constar á su tío que pocas ganas tendria de llevar á cabo su arrogancia, pues que le citaba para un paraje en donde habia sido burlado su padre.

Así fué, el de Mallorca no volvió á acordarse del duelo.

Tan pronto como Carlos rey de Nápoles hubo llegado á Italia, el Papa le absolvió del juramento con que se habia obligado al cumplimiento de los tratados y le dió la investidura de Sicilia. Pero ya sabemos, señores, lo fácil que era en el Papa dar coronas y lo difícil que era conquistarlas.

D. Jaime, que era en Sicilia muy querido, continuaba alcanzando victorias una tras otra y teniendo siempre á raya á sus constantes enemigos con la sola ayuda de sus sicilianos, de sus catalanes y de sus aragoneses. Entre las mayores batallas que entonces se ganaron, fué la mas célebre el combate naval de Castellamar en la que el invencible Roger de Lauria — nombre, señores, con el cual se tropieza siempre allí donde hay laureles que recojer — con cuarenta galeras venció á ochenta y cuatro huyentando la mitad y quedándose cautivas las restantes.

(1) Braulio Foz.

Todas estas victorias vino, señores, á destruir las debilidades de D. Alfonso III de Aragon con quien en este punto debe ser severa á la par que justa la historia. No manifestó por cierto en este caso que era hijo de aquel D. Pedro *el Grande* cuya fama imperecedera volaba por el mundo.

En efecto, D. Alfonso, para que el Papa le alzase las censuras, le reconociese por hijo de la iglesia y revocase la vana investidura de Aragon dada á Carlos de Valois, consintiendo al mismo tiempo en la incorporacion de Mallorca á su corona, se obligó á pagar á la romana sede el mismo tributo de treinta onzas de oro que un dia y en un momento de debilidad le prometiera su antecesor D. Pedro *el Catolico*, y este tributo se obligó á pagarlo con todos sus atrasos. Aun mas, — señores, y lo que voy á decir lo digo con repugnancia porque es, señores, una mancha imborrable para la casa de Aragon — se comprometió tambien á obligar con sus fuerzas á su hermano á que dejase su reino de Sicilia.

¡Baldon! señores, ¡baldon eterno! ¡El hijo de D. Pedro á los pies de la santa sede! el hijo de D. Pedro ofreciéndose á devolver el reino de Sicilia y á emplear para ello las fuerzas mismas con las cuales tan gloriosamente habia sido ganado.

Es triste, señores, tener que consignar estas verdades.

Como si tan vergonzoso tratado le hubiese aniquilado, como si Dios no hubiese querido que sobreviviese á su deshonra — que tal, señores, la llama la historia, — D. Alfonso III murió en Barcelona á poco tiempo de
1291 haber firmado aquella obligacion, obligacion cuyos lazos de hierro rompió su muerte. Exhaló D. Alfonso el último suspiro el 18 de junio de 1291, nombrando por heredero á su hermano D. Jaime.

•

•

•

•

•

|

LECCION XXVI.

UNA GUERRA ENTRE HERMANOS.

Sube al trono Jaime II. — Blasco de Alagon. — Aragon abandona á Sicilia. — D. Fadrique. — Hermanos contra hermanos. — Combates y glorias.

SEÑORES :

Ya tenemos en el trono á D. Jaime II *el Justo* y estamos atravesando un período de decadencia para la casa de Aragon. Sin embargo, aun nos toca dar cuenta de algunos hechos importantes y de algunas expediciones famosas llevadas á cabo por nuestros reyes. Todavía hemos de ver cruzar por el cielo de nuestra historia las sombras gloriosas de nuestros grandes soberanos inspirando con sus recuerdos nobles acciones á sus sucesores.

Empero, no tardaremos en ver la gloria que hasta D. Pedro *el Grande* permaneció esclava del trono de Aragon, cambiar pronto de dueño y darse otro soberano. En efecto, señores, la gloria iba á abandonar los palacios reales que le eran ingratos para refugiarse en las filas del pueblo que le era adicto. El pueblo iba á heredar al trono.

Con la elevacion de D. Jaime II al solio de Aragon, la Sicilia vió dilatarse el golpe mortal que le amagaba. Quedó encargado del gobierno de aquel país D. Fadrique, hermano menor de D. Jaime, y este desembarcando en Barcelona pasó á Zaragoza donde juró los fueros, siendo unjido y

1291 coronado por mano de D. Hugo de Mataplana obispo de Zaragoza en setiembre de 1291. Al ceñir la real diadema repitió la protesta de que «no recibía la corona con reconocimiento temporal á la iglesia,» añadiendo «que no tomaba posesion del reino en virtud del testamento de su hermano, sino por el de su padre» y dándole esto derecho á declarar que pensaba conservar las dos coronas de Aragon y de Sicilia. Desgraciadamente, no estaba lejos el dia en que D. Jaime, señores, debia olvidar esta solemne declaracion y echar al olvido su juramento.

Inmediatamente pasó á Monteagudo á avistarse con el rey de Castilla D. Sancho que solicitó su alianza ofreciéndole la mano de su hija la infanta Doña Isabel. Accedió D. Jaime y no tardaron en celebrarse en Calatayud sus bodas con la D.^a Isabel, á la sazón de edad tan solo de nueve años. Es fama que solemnizaron este enlace grandes y ruidosas fiestas y memorables justas en las cuales fué mantenedor y vencedor el célebre Roger de Lauria.

D. Jaime envió embajadores á Génova para tratar paces con esta señoría por lo tocante á las cosas de Italia, y nombró por su capitán general en Calabria al ilustre D. Blasco de Alagon que debia en una infinidad de victorias y de hazañas sin cuento inmortalizar su nombre y hacer eterna su fama consignándola en el libro de oro donde se consignan los hechos de los héroes. Blasco de Alagon, señores, era un hombre leal y adicto, de voluntad de hierro y de corazón indomable, que vivia por la gloria, que pasaba los dias en el campo de batalla y que dormia con la mano en el puño de su espada. Si no fuese para todos verdad que el país donde alcanza sus triunfos es el país que el hombre adopta como patria, seria esto al menos una verdad para Blasco de Alagon. La Calabria y la Sicilia le vieron siempre vencedor, y se adhirió por lo mismo á ellos con un lazo mas fuerte que de hierro, con el lazo de la gloria. Y tanto se adhirió, señores, y tan amante se mostró del suelo que le procuraba el segundo bautismo del héroe, el bautismo de la inmortalidad, que no solo le defendió contra sus enemigos naturales, sino contra él mismo D. Jaime de Aragon cuando luego, como no tardaremos en ver, llevó sus armas contra el país que tanto le habia costado conquistar á su escelso padre.

Al llegar Blasco de Alagon á Calabria fué su primer hecho de armas vencer en una batalla á los contrarios y poner preso á su general Guido de Primerano. A esta victoria vino unirse otra de Roger de Lauria. Su brillo sin embargo se mitigó cuando se supo que D. Jaime empezaba á dar oídos á la

paz con la vergonzosa y humillante condicion de entregar á los franceses la Sicilia y la Calabria.

1293 Parece increíble, y sin embargo, nada mas cierto. D. Jaime iba á abandonar aquel rico legado del valor y del heroismo de su padre. Desavenencias con el rey de Castilla del cual rechazó la hija haciendo anular su matrimonio, y el ver que no podía contar con él, decidieron á D. Jaime, á aceptar la paz, y en su consecuencia tuvo una entrevista con el antiguo prisionero de la casa de Aragon, el rey Carlos de Nápoles, en el collado de Panisas y de la Junquera. Trataron ambos reyes sus negocios y se convinieron en ajustar la paz á cualquier precio que fuere, y como para esto juzgaba D. Jaime indispensable la concesion de la Sicilia, envió á llamar á D. Blasco de Alagon y á Conrado de Llanza que no debian por cierto acceder á sus deseos.

Aguardaron los dos reyes para publicar su tratado á que ocupase un Papa la silla de San Pedro á la sazón vacante; ciñó Bonifacio VIII la tiara, y no tardaron en publicarse en Roma las paces.

Hé aquí, señores, sus artículos.

1.º Que el rey de Aragon casaria con Blanca hija del rey Carlos de Nápoles que le llevaria en dote cien mil marcos de plata.

2.º Que el rey de Aragon devolveria al de Nápoles sus hijos y los demas caballeros que tenia en rehenes.

3.º Qué restituiria la Sicilia, la Calabria y demas posesiones de Italia á la iglesia.

4.º Que si los sicilianos se resistian á ello, concurriese á reducirlos con sus fuerzas.

5.º Que volviese al rey de Mallorca sus estados con los mismos feudos y dependencias que antes disfrutaba.

6.º Que el pontífice levantaria en Aragon sin cargas ni pensiones las censuras y concederia al rey de Aragon y sus sucesores la investidura del reino de Cerdeña.

7.º Que el rey de Francia y su hermano se apartarian de sus pretensiones al reino de Aragon.

8.º Que el rey de Nápoles cederia al de Aragon los treynta mil marcos de plata que su hermano habia recibido del mismo en rehenes.

Tales fueron, señores, los capítulos que componian el tratado por medio del cual la huérfana Sicilia dejaba de pertenecer á su hasta entonces solícita protectora la casa de Aragon.

Recibieron muy mal semejante tratado los sicilianos, y tan mal como ellos lo recibieron lo ha recibido también la historia.

En efecto, señores, D. Jaime á quien la potestad ha llamado *el Justo* debe ser culpado en este punto por su egoísta ingratitud. Es cierto que halló la recompensa de sus cesiones ya en la investidura de Cerdeña ya en las cuantiosas sumas de plata que por ellas se le dieron, pero no puede menos de tacharse, cuando no fuera otra cosa, su poco afecto á su hermano D. Fadrique que por el testamento de D. Alfonso y por el mismo amor que en él habían cifrado los sicilianos, tenía derecho á esperar la corona de este país.

Conoció el Papa que D. Fadrique sería el principal obstáculo á la conclusión del tratado y por lo mismo le envió á buscar, deseoso de atraérselo. D. Fadrique obedeció, y pasó á avistarse con el sumo pontífice llevándose en su compañía á los hasta entonces terribles enemigos del papado Juan de Prócida y Roger de Lauria.

Recibióles el Papa á los tres con las mayores demostraciones de júbilo y cariño, y cuéntase que al ver á D. Fadrique armado le dijo, cual si de reprobarle tratara traje tan militar para tan pacífica entrevista:

—¿Por qué causa, hijo carísimo, desde vuestra niñez os habeis inclinado tanto á las armas?

Y en seguida, sin esperar respuesta, se dirigió al almirante á quien le preguntó:

—¿Con que eres tu aquel tan cruel enemigo de la Iglesia cuya terrible diestra ha quitado la vida á tanto número de gentes?

A esto contestó Roger con rudeza de militar y franqueza de marino:

—Padre santo, de todos esos males fueron causa vuestros predecesores y vos mismo.

No resultó de esta entrevista lo que se había prometido el Papa. Para atraer á su partido á D. Fadrique y hacerle abandonar su derecho sobre Sicilia, el pontífice llegó hasta prometerle el imperio de Oriente casándole con Catalina de Conteniach, su heredera como hija del último emperador latino, pero D. Fadrique, si bien se cuenta que vaciló ante la tentación, no tardó en rechazar las proposiciones de la santa sede. Era, señores, un alma noble la del tercer hijo de D. Pedro *el Grande*, y acaso á haber podido este abandonar su sepulcro, le hubiera estrechado con efusión contra su pecho rechazando como indignos á sus dos otros hermanos.

En el interin Sicilia, esa fiel y constante amiga del Aragon que el Ara-

gon abandonaba villanamente, reunióse en parlamento general y decidió enviar una embajada á D. Jaime «suplicándole con la mayor instancia, afecto y rendimiento se dignase no desechalles del número de sus vasallos, cuando ellos se gloriaban de serle los mas fieles; y que si sus continuos servicios no podian merecerles aquella recompensa, les permitiese por lo menos el consuelo de que quedase por su rey el infante D. Fadrique.» (1).

En vano los embajadores intentaron, suplicaron y lloraron. D. Jaime cerró sus oídos á sus palabras y su corazón á su amor. Inútil fué todo. Los embajadores estuvieron tiernos, suplicantes, enérgicos, llenaron el aire con sus exclamaciones de dolor y dejaron oír sus lamentos; D. Jaime permaneció inflexible.

Entónces los mensajeros rasgaron sus vestiduras y mesaron sus cabellos como los antiguos hebreos, é invocando acaso la ira del cielo sobre aquel país á que tan adictos habian pertenecido y que con tanta ingratitud entónces les arrojaba de su seno, volviéronse á Sicilia á arrancar del corazón de los sicilianos las últimas esperanzas que les quedaban. Atónita y consternada recibió Sicilia la fatal noticia; de nuevo envió otra embajada á D. Jaime, pues no podia creer en el completo abandono de su antiguo y tan querido rey, el rey que les diera el gran campeón de su libertad, y viendo que no obtenia este nuevo mensaje mejor éxito que el primero, los sicilianos todos cayeron á los pies de D. Fadrique dándole la corona y depositando en él su confianza.

Digno depositario de ambas se mostró D. Fadrique. Nápoles, Roma, Francia y el mismo Aragon se disponian á atacarle y á todos se decidió á hacer frente. Todo el genio militar y emprendedor de su gran padre pareció haber ido á refugiarse en su jóven corazón.

Al tener noticia de la coronacion de su hermano, D. Jaime envió mensajeros á Sicilia para obligar á todos los gobernadores catalanes y aragoneses á hacer entrega de las plazas que tenian en gobierno, pero pocos fueron los que tal orden obedecieron. Algunos gobernadores abandonaron sus fortalezas y pasaron á Aragon, pero la mayor parte permanecieron adictos á la causa de D. Fadrique: de este número fueron los capitanes Blasco de Alagon, Hugo de Ampurias, Conrado de Llanza y Roger de Lauria, el mismo Roger de Lauria, señores, que no debia tardar en arro-

(1) Braulio Foz.

jar una mancha sobre toda una vida intachable abandonando la causa que le habia hecho héroe y peleando—¡inícuo!—contra sus propios compañeros.

La victoria, que parecía decididamente empeñada en proteger la justa y santa causa de aquel pueblo huérfano, coronó las primeras armas de D. Fadrique. Esquilache, Cantaranzo, los castillos de S. Severino y Rosarno, las fortalezas de Cotran y Pelicoro, se inclinaron una tras otra ante el ejército de D. Fadrique para el que cada día que brillaba era una nueva victoria. El tercer hijo de D. Pedro marchó de hazaña en hazaña, de conquista en conquista, siguiendo una carrera de triunfos y pisando una senda tapizada de flores.

Voló la fama y el terror que infundieron estas victorias por todo el reino de Nápoles, y hubiera este acabado por rendirse y caer de rodillas ante el afortunado vencedor, si su mismo hermano y nuestra propia nación, señores, no hubiese malogrado aquella brillante empresa haciendo armas contra si misma.

El Papa habia nombrado á D. Jaime *confalonero* y capitán general de la iglesia, y D. Jaime se decidió á marchar contra Sicilia tan pronto como le dejaron libre las guerras que sostenia en Castilla en favor del infante de La Cerda.

1298

Corria el año 1298 cuando al frente de un poderoso ejército y de una poderosa armada salió D. Jaime del puerto de Barcelona pasando primero á Roma á recibir el estandarte de la iglesia de manos del Papa, y luego á Nápoles donde se le juntó la flota de napolitanos y franceses.

Los dos hermanos iban á encontrarse frente á frente; dos ejércitos peleando entrambos á la sombra del mismo pendon iban arrojarse uno contra otro. La victoria que hasta entonces habia sonreído á las gules barras catalanas, debió de encontrarse aquel día en bien dura posición sabiendo que do quiera que se posase, al dar el triunfo á un pendon le daba tambien al mismo la derrota. Hubo por fin de decidirse á favor de la causa á que parecía desde largo tiempo inclinada.

En los primeros encuentros D. Fadrique fué el vencedor. D. Jaime se retiró á Nápoles, pero no tardó en volver á salir de este puerto con una poderosa armada á la que se dispuso á hacer frente D. Fadrique con solas cuarenta galeras y auxiliado de sus principales capitanes entre los que se contaban, acaso como los mas dignos, Blasco de Alagon, Hugo de Ampurias, Gombaldo de Entenza, y Ramon de Ribelles. En cuanto á la armada de

D. Jaime estaba bajo las órdenes de Roger de Lauria, al que parecía haber abandonado la fortuna desde que él había desertado la causa de Sicilia. En efecto — y no deja de ser extraño, señores, esta particularidad — Roger de Lauria fué invencible hasta el día mismo que hizo armas contra su patria. La victoria quiso sin duda castigarle por su ingratitud haciendo caer sobre él el látigo cruel del vencimiento.

Tuvo lugar el 4 de junio de 1299 aquella funesta batalla entre dos hermanos que en realidad se amaban, pero á los que contraria suerte lanzaba á opuestos bandos. Combatian por una y otra parte aragoneses, catalanes y valencianos; las mismas enseñas y el mismo estandarte guiaban á la lucha á las dos armadas, eran los mismos los gritos de guerra de uno y otro ejército, y los feroces y adictos almogavares tripulaban las galeras de uno y otro bando.

Héroe hasta lo sumo se portó en esta acción D. Fadrique, noble hasta lo mas se mostró en la misma D. Jaime. Ambos hermanos se portaron como quien eran: el uno combatiendo por la causa de Sicilia hasta que cayó exámine y faltó de fuerzas sobre la galera capitana, el otro no queriendo gozar del fruto de su victoria y no queriendo hacer, segun sus propias palabras, mas daño á su hermano. En efecto, D. Jaime, vencedor en la jornada, hubiera acaso acabado por apoderarse de todo el reino de Sicilia sino hubiese preferido retroceder.

— «Harto hemos hecho contra un hermano querido: — exclamó— vencido le dejamos. Logren si quieren la victoria sin mí.

En esta triste jornada para Sicilia fueron impotentes todos los esfuerzos que hicieron los capitanes de D. Fadrique. Tuvieron lugar heróicos rasgos de valor y de bravura. D. Fadrique, que debió su vida á Hugo de Ampurias, queria volver contra sus enemigos y á grandes gritos llamaba la muerte que, segun decia, prefería á la deshonra del vencimiento. Fernan Perez de Arve, caballero aragonés guarda del pedon, recibió orden, cuando ya la victoria se habia declarado por los contrarios, de arriar el estandarte de las barras, pero para no ver lo primero ni tener que mandar lo segundo, ciego de cólera se hizo pedazos la cabeza contra el árbol de la galera.

En la armada contraria el mismo D. Jaime dió una gran prueba de valor y serenidad. Un dardo le hiriera en el pié, pero disimuló el dolor y pisando la flecha con su mismo pié herido se mantuvo en esta posicion inmovil hasta el fin de la jornada. En cuanto á Roger de Lauria estuvo feroz

y salvaje, y parecia querer abogar en torrentes de sangre la derrota que habia sufrido algunos meses antes, derrota para él tanto mas sensible, cuanto que ya hemos dicho que fué la primera que esperimentó en su vida. Todos los prisioneros que cayeron en su poder fueron degollados sin piedad ni misericordia, y ni siquiera perdonó la vida á su propio cuñado el valiente y famoso almirante Conrado de Llanza.

Esta victoria,—que el vencedor fué, señores, el primero en deplorar — tuvo tristes consecuencias para Sicilia. Verdad es que D. Jaime abandonó la empresa, pero la continuó el rey de Nápoles á quien prestó valerosa ayuda Roger de Lauria. Infinidad de hechos de armas tuvieron lugar. D. Fadrique y sus capitanes fueron defendiendo palmo á palmo el pais, y como, á pesar de los muchos triunfos alcanzados por los enemigos, se vió y conoció imposible la empresa de arrojar de allí al hijo de D. Pedro, las cosas vinieron á parar en un tratado por el cual se estipuló entre otras cosas que D. Fadrique quedaría señor de aquellas islas, que se casaria con la infanta doña Leonor hija del rey de Nápoles, y que á su muerte se restituirian aquellos dominios al mismo rey de Nápoles D. Carlos.

Así fué, señores, como quedó D. Fadrique de Aragon en tranquila posesion de la Sicilia despues de tantas guerras, escándalos y anatemas con que los Papas habian tan fuertemente resistido su posesion á la real casa aragonesa desde el año 1282 en que se proclamó rey y campeon de su libertad D. Pedro *el Grande*, hasta el de 1302 en que su hijo D. Fadrique logró con el tratado que hemos indicado asegurar su pacífica posesion y con otros que posteriormente estipuló dejársela á sus hijos y herederos.

Y ahora, señores, nos toca que consignar un gran hecho, un hecho de suma importancia para nuestra historia. Nuestra próxima leccion será dedicada por completo á narrar la magnífica epopeya de un puñado de aragoneses y catalanes que fueron á clavar vencedores el pendon de las barras en la cúpulas de Atenas. La espedicion de Levante no es, señores, un hecho de fama catalana, es un hecho de fama europea. La gloria no es la de una nacion, es la del mundo.

Tal será, señores, el gigantesco asunto que prestará materia á nuestra leccion próxima.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

	PÁG.
Dedicatoria.	III.
Prefacio.	VI.
Tabla cronológica.	VIII.
Discurso inaugural.	I.

PARTE PRIMERA.

CATALUÑA ANTIGUA.

Leccion I.—Los cartagineses.

	PÁG.
Los doce pueblos que formaban la antigua Cataluña. — Cartago y Roma. — Régulo. — Amilcar. — La esposa de Régulo. — Los cartagineses en Cataluña. — Los betulones. — Fundacion de Barcelona. — Desembarco de Scipion en Empurias.	17.

Leccion II.—Los romanos.

Anibal. — Teolongo Babilio. — Cartago y Roma. — Scipion. — Mandonio é Indibil. — Iberjetes y cartagineses. — Los Scipiones.	29.
---	-----

Leccion III.—Scipion y Sertorio.

Muerte de los Scipiones. — Scipion el joven. — Muerte de Indibil y Mandonio. — Division de España. — Tarragona. — Desafueros de los pretores. — Sertorio. — Pompeyo. — Muerte de Sertorio.	41.
--	-----

Leccion IV.—La muerte de Jesus.

España despues de la muerte de Sertorio. — El triunvirato. — Pompeyo y César. — Los ceretanos. — Los emperadores. — Los apóstoles y los mártires. — Aurora de la nueva civilizacion. — Saqueo de Roma por los bárbaros.	55.
---	-----

Leccion V.—Los visigodos en su apojeo.

Cristianismo. — Mártires catalanes. — Ataulfo. — Barcelona y Tarragona. — Asesinato de Ataulfo. — Sucesores de Ataulfo. — Atila. — El pañuelo ensangrentado.	67.
--	-----

Leccion VI.—Los visogodos en su decadencia.

PÁG.

Theudia.—Sus sucesores.—Hermenegildo y Recaredo.—El catolicismo y el arrianismo.—Wamba y Paulo.—Rodrigo.—El conde D. Julian.—Los árabes. 81.

Leccion VII.—Los barones de la fama.

Otgero Catalon.—Sus nueve compañeros.—Sitio de Ampurias.—Muerte de Otgero.—La balada de Carlomagno.. 91.

Leccion VIII.—El sitio de Barcelona.

El campo de marzo.—Ludovico Pio.—Guillermo de Tolosa.—El árabe Zeid.—Toma de Barcelona.—El primer conde gobernador. 103.

PARTE SEGUNDA.

CATALUÑA EN TIEMPO DE LOS CONDES.

Leccion IX.—Los condes gobernadores.

PÁG.

Bara.—El juicio de Dios.—Bernardo de Tolosa.—Su muerte.—Aledran.—Guillermo de Tolosa.—Odalrico.—Wifredo.—El conde Salomon.—Muerte de Wifredo.—Venganza de su muerte. 117.

Leccion X.—Wifredo el velloso.

Independencia catalana.—Las cuatro barras de sangre.—Levantamiento del feudo.—Victorias de Wifredo contra moros.—Wifredo II.—Sunario. 129.

Leccion XI.—Borrell segundo.

Muerte de Miron.—Expedicion de Almanzor.—Jornada de *Matabous*.—Borrell en Manresa.—Los hombres de *Paradjo*.—Reconquista de Barcelona.—La cueva del conde.—Las cabezas de los quinientos caballeros.—La caida de Basca. 139.

Leccion XII.—Borrell III.—Berenguer Ramon *el curvo*.—
Ramon Berenguer *el Viejo*.

Expedicion á Córdoba.—El año de los francos.—Victorias contra moros.—Ensamhe de fronteras.—Pujanza y esplendor de Cataluña. 151.

Leccion XIII. — El fratricidio.

PÁG.

Asesinato de Doña Almodia. — Espiacion del asesino. — Los dos condes hermanos. — La partida de caza. — Asesinato de Ramon Berenguer II. — El halcon. — Cain, dónde está tu hermano Abel? — El vizconde de Cardona. — El juleio de Dios. . . 169.

Leccion XIV. — Berenguer Ramon el Fratricida.

Primera lucha con el Cid. — Reconquista de Tarragona. — El salto de la reina mora. — Segunda lucha con el Cid. — Espiacion del fraticida. 173.

Leccion XV. — Ramon Berenguer el Grande.

Pedro el ermitaño. — Las cruzadas. — Cruzados catalanes. — La jornada de Alcoraz. — El campeón de la cruz roja. — Infancia de Ramon Berenguer. — Campañas y glorias. — Provenza y Cataluña. — Expedicion contra Mallorca. — Ramon Berenguer en Italia. — Toma de Castelloix. — Sucesos posteriores. 185.

Leccion XVI. — El campeón de la inocencia.

El juglar de la emperatriz. — La oferta. — El campeón desconocido. — La inocencia triunfante. — Ramon Berenguer IV. — La familia de Castellet. — Guimen de Moncada. — Union de Cataluña y Aragon. 195.

Leccion XVII. — Ramon Berenguer el Santo.

Sucesos y luchas. — La conquista de Almería. — Tradicion. — Toma de Tortosa. — Ponce de Cervera. — Avances de Ramon Berenguer. — Conquistas de Lérida, Fraga y Mequinenza. — Cataluña libre de moros. 205.

PARTE TERCERA.

CATALUÑA EN TIEMPO DE LOS REYES DE ARAGON.

Leccion XVIII. — Alfonso el casto y Pedro el Noble.

PÁG.

Guerras en Provenza. — Aragon libre de moros. — Don Pedro en Roma. — Singular aventura. — Nacimiento de D. Jaime. — Expedicion de Matromad el Verde. — Batalla de las Navas. — Los albijenses. — El desastre de Muret. 219.

Leccion XIX. — Las mocedades de D. Jaime.

Infancia de D. Jaime. — Bandos y luchas. — La milicia mercenaria. — D. Pedro Ahones.

—Eulalia de Cervelló. Moncada. La condesa de Urjel. Toma de Balaguer. —
El hanquete en Tarragona. Expedición á las islas. Conquista de Mallorca. . . 233.

Lección XX. — Jaime el Conquistador.

El milagro de los panes. Las cuevas de Artá. D. Blasco de Alagon. — Expedición
contra Valencia. — Cañas por lanzas y sábanas por pendones. — Conquista de Mur-
cia. — Muerte de D. Jaime. 233.

Lección XXI. — Pedro el Grande.

Todavía D. Jaime. — El consejo de ciento. — Cúe D. Pedro la corona. — Su enlace
con Doña Costanza. — Asuntos de Sicilia. — El Guante de Coradino. — Toma de
Montesa. — Victorias marítimas de Conrado de Llanza. — La hora de la venganza. . . 264.

Lección XXII. — La conquista de Sicilia.

Juan de Prócida. — Las vísperas Sicilianas. — Sicilia proclama por su rey á D. Pedro.
Este se corona en Palermo. — Los almogavares en Mesina. — Victoria naval. . . 275.

Lección XXIII. — El desafío en Burdeos.

Victoria de Catona. — Carlos de Anjou. — Proyecto de duelo. — Escomulga el Papa á
D. Pedro. — Entrega el reino de Aragon á la casa de Francia. — Privilegio de la
Union. — Roger de Lauria. — Victorias marítimas. 287

Lección XXIV. — Los franceses en Cataluña.

Cruzada contra el rey de Aragon. — Carácter de D. Pedro. — Berenguer Oller. — El rey
de Mallorca. — *Via fora somaten!* — Paso de los Pirineos. — Victoria del príncipe
D. Alfonso. — Incendio de Perelada. — Sitio de Gerona. — Las moscas de San Nar-
ciso. — Muerte de Felipe. 297

Lección XXV. — Alfonso el Liberal.

Derrota de los franceses. — Nobleza de D. Pedro. — Muerte de D. Pedro. — Coronación
de D. Alfonso. — Los *unidos*. — Tratos con la Santa Sede. — Devolución del reino
de Sicilia. — Muerte de D. Alfonso. 309.

Lección XXVI. — Una guerra entre hermanos.

Sube al trono Jaime II. — Blasco de Alagon. — Aragon abandona á Sicilia. — D. Fa-
drique. — Hermanos contra hermanos. — Combates y glorias. 319.

ERRATAS.

Contra los deseos y prevenciones del autor, se han deslizado en este tomo algunas erratas que el autor confia habrán ya sabido corregir sus lectores.

Las que se han podido observar en una rápida lectura son las siguientes:

PÁG.	LÍN.	DICE.	DEBE DECIR.
XIV.	25.	Fernando III (IV de España).	<i>Fernando III (VI de España).</i>
17.	1.	Epoca primera.	<i>Parte primera.</i>
33.	5.	unja á su carro.	<i>uncia á su carro.</i>
35.	36.	sitio.	<i>sitio.</i>
35.	37.	sitio.	<i>lugar.</i>
37.	36.	de las ciudades.	<i>de sus ciudades.</i>
38.	33.	enrtandola.	<i>entrándola.</i>
39.	21.	llejado.	<i>llegado.</i>
46.	8.	ante sí los.	<i>ante sí á los.</i>
49.	31.	El teatro no te.	<i>El teatro no le.</i>
86.	23.	se ve el.	<i>se ve al.</i>
87.	20.	y que el orgullo no tenia cabida en su corazon puro.	<i>y en cuyo corazon puro no tenia cabida el orgullo.</i>
89.	15.	Dos sucesores.	<i>Los sucesores.</i>
119.	5.	prenderle.	<i>perderle.</i>
119.	23.	conbalian.	<i>combatian.</i>
120.	28.	corona del conde.	<i>corona de conde.</i>
132.	14.	revesas.	<i>reveses.</i>
143.	31.	una hoz.	<i>una hax.</i>
106.	20.	como hacia paladin.	<i>como hacia un paladin.</i>
206.	37.	establecer una escuela.	<i>establecer una secuela.</i>
210.	37.	á Gálceran de Pinós y Sancerri.	<i>á Gálceran de Pinós y á Sancerri.</i>
213.	8.	á las plantas de cristiano.	<i>á las plantas de un cristiano.</i>
218.	17.	diciembre 1147.	<i>diciembre de 1147.</i>
226.	9.	á su viva fuerza.	<i>á viva fuerza.</i>
229.	20.	do quiera que la halla.	<i>do quiera que la halle.</i>
230.	31.	fueran un dia.	<i>fueron un dia.</i>
246.	30.	hundirian las aguas.	<i>hendirian las aguas.</i>

El autor vuelve á suplicar que se le disimulen estas y otras erratas notables, y

que se recuerde á propósito de esto lo que á propósito de un caso igual dice al frente de sus obras un famoso escritor antiguo:

«Este libro — dice — se empezó á imprimir estando yo tan atareado por pecados propios y ajenos que ni aun tiempo para leer una prueba he tenido. Los que trabajan en la estampa tienen el estipendio tan corto, que le quita el sosiego á la atencion. Van á la oficina á hacer el sustento de mañana, lo demas es despues. No me espanto; primero es la vida propia que la fatiga ajena. Lector, donde hallares sentido contrario al intento, ó ningun sentido, miralo como á priesa de las manos del uno ó de los otros.»

Lo mismo dice á sus lectores, por ser idénticas las circunstancias, el autor de esta obra.





3 2044 035 958 586

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.